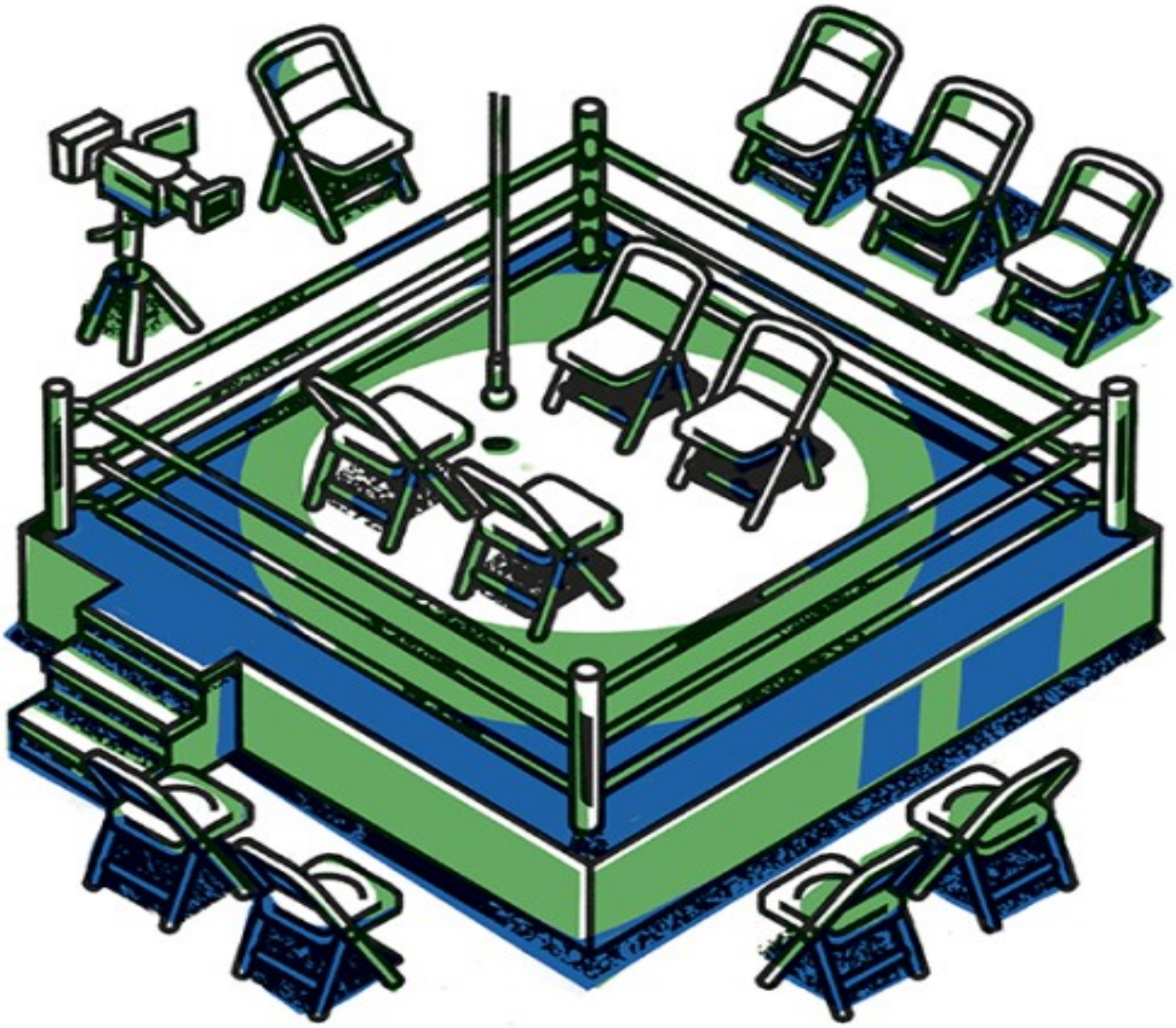
TERTULIANOS

UN VIAJE A LA INDUSTRIA DE LA OPINIÓN EN ESPAÑA



ANTONIO VILLARREAL

PENÍNSULA

Índice

Portada

Portadilla

Introducción

1. Tertuliano significa no tener que decir nunca lo siento (o me equivoqué)

2. Cuando solo había una tertulia

3. El fuego que no quema (primera parte)

4. Historia de un cuadro

5. El fuego que no quema (segunda parte)

6. La precaria antesala del espectáculo

7. Un juguete en manos de la política

8. Pe-rio-dis-mo

Notas

Créditos

TERTULIANOS

Un viaje a la industria de la opinión en España

Antonio Villarreal

PENÍNSULA

Introducción

Como toda conversación que acaba saliéndose de madre, esta historia de los tertulianos empieza en el bar de la esquina. Un día, un matrimonio argentino se animó a levantar sobre las cenizas del viejo Las Leandras —que, con suerte, un puñado de vecinos del barrio de Valdezarza, en Madrid, recordará— un acogedor emporio de cañas, empanadas y chorizos criollos. Lo rebautizaron como El Rincón de Mana.

Este era un barrio de emigrantes de provincias que llegaron en el aluvión y han mantenido sus negocios con aires gallegos o extremeños milagrosamente. Hasta que llegó la jubilación. Ahora, quienes suben la persiana de todos estos templos son todos vecinos latinoamericanos, marroquíes o europeos del Este.

Desde hace años, he deambulado (mañana, hora del aperitivo, tarde y noche) frente a la terraza de este bar, que colinda con el parque; en una primera etapa, tirando de la correa del perro; más tarde, empujando el carrito de un bebé. En aquel rectángulo asfaltado, se reunían cada mañana un grupito de parroquianos, entre cuatro y seis. Recuerdo oírlos discutir, siempre sobre política, con el paso de las estaciones en los árboles del parque como fondo. Cada uno de ellos parecía haber interiorizado un papel: el socialdemócrata, el conservador, el comunista de barrio o el thatcherista madrileño, que fueron puliendo con la práctica diaria. Algunas caras cambiaban, pero había un núcleo duro —a los que presumía jubilados— que jamás faltaba a la cita.

Desde la distancia, estudiaba su forma de expresarse, los argumentos que blandían, cómo se interrumpían unos a otros a pesar de que no había nadie más que ellos en aquella terraza vacía ni pausa publicitaria que pudiera cortar sus intervenciones. Aquel espectáculo no parecía solo una discusión de bar entre parroquianos habituales, sino el simulacro, íntimo y diario, de una tertulia política de radio o televisión.

Eso sí, sin moderador que les pusiera límites.

Por aquel entonces, desconocía que aquello podía ser el germen de un libro de investigación periodística sobre el tertuliano. Sin embargo, algo me atraía a girar la antena hacia aquel grupo cada vez que pasaba frente a su mesa.

Poco a poco, mi cerebro fue encajando algunas piezas y cogiendo con alfileres una teoría sobre este tipo de reuniones. Quizá no de forma recurrente, mucho menos profesional, pero todos hemos acabado formando parte de alguna tertulia política en la que terminamos adoptando un papel. Son funciones que, en este mismo momento, se están representando en bares, plazas, salones o salas de espera de toda España.

Cada una con sus peculiaridades, pero con elementos, clichés y roles que coinciden en muchos casos. No es algo espontáneo, sino aculturado. El factor que lo unifica todo son los tertulianos. Todo hijo de vecino que se ve envuelto en una discusión algo teatralizada con amigos o compañeros de trabajo ha seguido su particular camino de intoxicación, después de toda una vida expuestos al programa matinal en la radio del coche, a las tertulias irradiadas desde el televisor de la cocina o al runrún de los debates nocturnos en televisión que se filtran por los patios de vecinos.

Aunque el papel de cada uno de los individuos que escuchamos en la radio o vemos en televisión pueda parecernos insustancial, todo

ese enjambre opinativo late en nuestro oído interno como el verdadero marcapasos de España. Nos levantamos con ellos, conducimos con ellos, nos vamos a la cama con ellos y, a veces, soñamos con ellos.

Cada día, las voces de esos opinadores retumban dentro de millones de cráneos anónimos hasta que sus cerebros logran vestir esas ideas con sus palabras y les hacen pensar que todo fue siempre idea suya.

La tesis que este libro persigue ratificar es que, hoy en día, la unidad mínima de información ya no es la noticia, sino una opinión cualquiera. En el pasado, dos personas podían tener una visión contrapuesta de la realidad, pero al final podían acudir a una fuente, común y basada en hechos, que les permitiera dirimir quién tenía o no razón.

Eran las unidades básicas, equivalentes al bit en informática o al ladrillo en construcción, porque no son opinables. «El presidente del Gobierno comparece el miércoles en el Parlamento.» «Un edificio se incendia en el barrio del Campanar.» «El Atlético de Madrid remonta al Chelsea en Stamford Bridge.» Es la roca madre, imposible de perforar o de modificar en su esencia, sobre la que se construye la opinión pública.

Cada vez más, sin embargo, nuestra fuente primaria de información no es una noticia, sino una opinión: la interpretación que alguien hace de los hechos desnudos que oímos en un programa de radio, televisión o internet que coincide con nuestra visión del mundo. Luego, la procesamos en nuestra cabeza, le ponemos nuestras propias palabras y, como por arte de magia, la cristalizamos de nuevo para lanzarla a nuestro compañero de trabajo, a nuestra pareja, a nuestra madre o a nuestros 1.769 seguidores en redes sociales.[1]

Ningún niño quiere ser tertuliano. Incluso los pocos que aún quieren ser periodistas piensan en otras cosas: viajar al otro lado del mundo, conocer a celebridades o, al menos, ganar mucho dinero como estrellas de la televisión o de internet. Pero nunca sentarse en una mesa a opinar rodeado de otros contertulios. Eso es más un deseo adulto, relacionado con otro tipo de valores más intangibles, como la influencia intelectual o el poder relacional.

El proyecto intelectual de estudiar al tertuliano como concepto fue germinando dentro de mi cabeza sin una forma definida. Como tengo algo de experiencia en periodismo de datos, mi primera aproximación fue cartografiar todos los rostros que aparecen en las principales cadenas de radio y televisión un día cualquiera. Durante quince días de enero y febrero de 2025, me abracé a la obsesión a apuntar en una hoja de cálculo todos y cada uno de los hombres y mujeres que comentaban la actualidad política frente a un micrófono: saltaba de cadena en cadena mientras llevaba a mi hija en coche al colegio, sabiendo ya que la tertulia de Carlos Herrera en la COPE suele dar comienzo a las ocho y cuarto de la mañana y las demás van sucediéndose en cascada: Àngels Barceló en la Cadena SER, Josep Cuní (ahora Juan Ramón Lucas) en Radio Nacional de España (RNE), Carlos Alsina en Onda Cero y Federico Jiménez Losantos en esRadio, que era la más fácil de anotar, porque suele ser un monólogo suyo de varias horas salpimentado por la opinión de un par de tertulianos que alteran durante un instante el timbre monocorde de Federico, como pistoleros disparando al mar.

Luego estaban las tertulias de televisión. Como verlas todas al mismo tiempo era físicamente imposible —como descubrirá en el libro, hay muchas empresas que realizan este tipo de servicios de forma certera e informatizada, pero mi concienzudo amateurismo hizo un servicio impecable a la causa y terminé siendo como un

Tycho Brahe, el último gran astrónomo en observar el cielo a simple vista—, iba almacenando los programas en decenas de pestañas cuando los iban subiendo a YouTube o a las distintas plataformas. Así, con el paso de los días y tras filtrar o corregir todos los datos, acumulé un total de 314 opinadores que habían aparecido en las tertulias políticas de las cinco principales emisoras de radio y cinco principales cadenas de televisión durante los últimos quince días.

Fue un ejercicio interesante del que afloraron muchas revelaciones, como la recurrencia de algunos nombres y el hallazgo de que algunos tertulianos solo aparecían en determinadas cadenas o en determinados programas. Elaboré una lista con los 50 con más apariciones e incluso pude seguir el itinerario de alguno de ellos por el extrarradio de Madrid —el epicentro de casi todas las tertulias sucede dentro del triángulo irregular que forman Prado del Rey, Fuencarral y San Sebastián de los Reyes— un jueves cualquiera, pero ya en ese momento me di cuenta de que aquel análisis se quedaba muy corto.

Apenas había perforado unos milímetros en la superficie del fenómeno. Para llegar a comprenderlo, necesitaba estudiarlo de cerca. La imagen mental que me vino fue la de un biólogo investigando una nueva especie hasta entonces desconocida. No es que los tertulianos lo sean. Al contrario. Pero son una especie profesional tan expuesta que, en realidad, no sabemos nada de ellos. Estamos cegados por los focos que todos tienen encima 24/7 y, cuando todo es fogonazo, no podemos ver sus sombras ni delimitar su forma.

En primer lugar, tenía que bucear hacia atrás en el tiempo y tratar de vertebrar una historia general del tertuliano en nuestro país. Contar cómo surgieron, cómo encaja este nuevo tertuliano de radio y televisión en la legendaria estirpe de la tertulia de café, el papel

que ocuparon en la consolidación de nuestra democracia o en su actual depauperación. Tenía que indagar en la complicada relación, nunca resuelta, entre las tertulias y los medios de comunicación, de cuyas grandes firmas se nutren. Y, por supuesto, en cómo, poco a poco, las tertulias han sido dominadas por el poder político, que pasó de atacar a los intérpretes de sus mensajes a introducir en cada programa a sus propios agentes dobles, que a veces actúan con elegancia, al estilo Le Carré, y otras de una forma más cercana a *Mortadelo y Filemón*.

Lo más problemático —e interesante— de los tertulianos es precisamente su connivencia con las altas esferas políticas y económicas. En estas últimas décadas, la sociedad española ha pasado de informarse con noticias a hacerlo a través de las opiniones de un grupo selecto —en todos los sentidos— de personas. Para cualquier Gobierno o gran corporación, cambiar los hechos es casi imposible, pero influir en su interpretación es sencillo. Y, sobre todo, barato.

He pasado los últimos meses de mi vida hablando con docenas de tertulianos, presentadores o productores de tertulias en su hábitat natural. Por supuesto —gracias a la generosidad de varios compañeros que me abrieron las puertas—, he logrado inmiscuirme en varias tertulias, colocándome como lo que los americanos llaman *fly on the wall*, la mosca en la pared, para ver cómo se comportan cuando el público no los ve o los escucha. He logrado enterarme de cuánto se paga, de cómo se llega a fin de mes y de cómo el kilo de opinador está cayendo a plomo, coincidiendo con la multiplicidad de los debates.

A la dificultad de hacer reporterismo en habitaciones llenas de periodistas se sumaba la tentación de *tertulianear* sobre el tertuliano. A lo largo de estas páginas, he intentado agarrarme a la

metáfora del biólogo, procurando no juzgarlos en ningún momento y, por supuesto, atando muy en corto mis propias opiniones. Entendiendo sus preocupaciones e influencias, acudiendo a los académicos que los han estudiado antes que yo —no demasiados para la magnitud del fenómeno— y tratando de entender por qué nuestro país es un caldo tan fértil para los opinadores todoterreno, profesionales que no suelen proliferar tan alegremente allende nuestras fronteras.

En junio de 2025, la entonces jefa de política de *El País*, Inma Carretero, participaba como tertuliana en el programa *Hora 25* de la Cadena SER cuando, sin percatarse de que el micrófono estaba abierto y toda España la estaba escuchando, comentó al resto el contenido de unos mensajes de WhatsApp intercambiados con la vicepresidenta del Gobierno María Jesús Montero, sobre el famoso informe de la Unidad Central Operativa (UCO) que incriminaba a Santos Cerdán. «Estoy justo hablando con ella», decía Carretero, quien se refería al presidente del Gobierno como «Pedro».

Al trascender este lapsus, muchos ciudadanos en redes sociales se echaron las manos a la cabeza. La naturalidad del trato entre periodista y política los escandalizó. Sin embargo, en el mundillo del periodismo —más allá del sonrojo por la revelación de una charla privada—, a nadie le resultó epatante que la jefa de política de *El País* hablara por WhatsApp con un alto cargo del Gobierno socialista, a la que además ha tratado desde hace muchísimos años.

Lo mismo sucedió meses después, en agosto, cuando varios medios digitales del espectro conservador publicaron que la vicepresidenta Yolanda Díaz había comido en una marisquería de Bueu (Pontevedra) con Xabier Fortes, presentador de *La noche en 24 horas* (RTVE) y varios colaboradores de su tertulia, entre otros,

Pedro García Cuartango, Juanma Lamet, Javier Casqueiro y Jesús Núñez-Villaverde.

De nuevo, los implicados no parpadearon al ser sorprendidos, aduciendo que habían pagado aquella comida a escote. Pero no era eso lo que provocaba la indignación de los lectores de aquella revelación, sino el indisimulado pasteleo entre periodistas y políticos, actores que en el imaginario popular están en trincheras opuestas, defendiendo intereses distintos.

Son dos anécdotas, pero ilustran un cambio de paradigma. En la mente del público, el tertuliano ya no es visto como un intérprete neutral de la actualidad. Cuando las tertulias comenzaron, a mediados de los ochenta, eran, de hecho, denostadas por los gobernantes, las tildaban de «nidos de antipolítica» y las mantuvieron vetadas en la radiotelevisión pública o en las emisoras afines hasta que la marabunta opinativa fue imposible de contener, porque en todas partes el formato era —como lo es hoy— un éxito de audiencia. Sin embargo, en la actualidad, todo el mundo ha perdido la inocencia y la composición de una mesa de análisis esconde un sinfín de intereses, obligaciones, vasallajes, traiciones y, por supuesto, lealtades. Nadie está ahí por casualidad.

La tertulia es el formato perfecto para un tiempo en que el espectador no se va a la cama con una verdad en la cabeza, sino con una fragmentación de versiones, de reacciones y contrarreacciones. Informarse hoy es un trabajo en progreso que nunca acaba, del que no debemos desconectar ni un día, porque si lo hacemos podríamos perdernos la pieza fundamental que nos ayude, por fin, a entender el puzle.

He pasado casi dos décadas trabajando en algunas de las redacciones más importantes del país y, lo reconozco, nada de todo esto me parecía descabellado. Los tertulianos que mi familia o mis

amigos veían por la tele con reverencial distancia eran mis compañeros, tomábamos café o nos saludábamos por el pasillo cuando iban o venían de aquellos programas. Era parte de la rutina y, de alguna forma, llegamos a normalizar cosas que en cualquier otro momento nos habrían llamado la atención.

El hecho de ser reportero y conocer de cerca a algunos de los protagonistas de este objeto de estudio era una ventaja, pero, al mismo tiempo, me dificultaba afrontar una tarea cuyo tamaño era ya desalentador. Es normal, demasiada cercanía nubla la vista, pero, además, siempre estaba el riesgo de escribir el típico libro complaciente de periodistas sobre periodistas, con el que todo el mundo sonríe recordando los viejos tiempos. Y, por supuesto, el riesgo de la autocensura, de no contar algo interesante por miedo a sabotear mi futuro laboral.

Necesitaba encontrar la forma de observar el fenómeno de los tertulianos con más nitidez, encontrar una mirada nueva y curiosa dentro de mí, observarlos a una cierta distancia pero nunca por encima del hombro. Quería sumergirme hasta el fondo del universo tertuliano, comprender sus claves, entender su idioma y subir con todo ese botín a la superficie. Para ello, era necesario desandar el camino que llevaba años recorriendo.

La vida, al parecer, tenía planes para mí.

En octubre de 2024, fui despedido del periódico donde trabajaba. Y así, lanzado desde un tren en marcha, rodé colina abajo hasta llegar a los arrabales del periodismo.

El único lugar desde el que era posible escribir este libro.

1

Tertuliano significa no tener que decir nunca lo siento (o me equivoqué)

1.1. Poligoneros

Jueves, 19 de diciembre de 2024

Como un palé de láminas de policloruro de vinilo, como una caja de pernos cromados, como un saco de *pellets* de biomasa, eso que llamamos opinión pública —o, más poéticamente, el sentir de un país— sale en gran medida de dos complejos situados en polígonos industriales al norte de Madrid.

Uno es el que Mediaset tiene en Fuencarral, junto a Las Tablas; el otro es el que Atresmedia tiene en el Polígono Industrial Norte de San Sebastián de los Reyes. Son las siete y media de la mañana y el sol debe de haber salido en algún sitio, pero no aquí. La oscuridad aún domina esta parrilla de persianas bajadas y muros bajos de ladrillo, naves alineadas en calles donde incluso las malas hierbas en la acera y el alquitrán resquebrajado resultan funcionales. Calles que algún inspirado concejal bautizó con topónimos canarios, en estos momentos iluminadas por tenues farolas naranjas salpimentadas del rojo de las luces de freno de los taxis, que se detienen cada pocos minutos a soltar colaboradores de Onda Cero y Antena 3 frente a la garita de seguridad.

Los tertulianos más madrugadores de *Más de uno* llevan más de dos horas en pie. Para cuando el coche los ha recogido en la puerta de casa ya han escaneado toda la prensa nacional y, depende del día, alguna cosa de fuera. No se sabe a qué hora volverán hoy a casa. Su vida, como escribió T. S. Eliot, se mide en cucharitas de café, por lo general, de plástico.

El programa que Carlos Alsina dirige en Onda Cero es heredero de muchas tradiciones, naturalizadas por el tiempo y sepultadas bajo los diales. Hace muchos años, habría parecido insólito que un mismo programa durara seis horas, pero hoy esa es la duración estándar en todas las cadenas.

Los programas matinales —los más escuchados y, por tanto, los más rentables publicitariamente— han ido moldeándose unos a otros. Lo que funcionaba en la emisora de enfrente era adaptado de inmediato; si un locutor decidía convertir el espacio en un macrocontenedor que contuviera información política y económica a primera hora y, más tarde, en un magacín de entretenimiento salpicado con crónica rosa, en cuestión de semanas todos sus competidores lo imitaban. Si alguien, en un ramalazo de osadía, adelantaba el inicio del programa para clamar ser el primero de la mañana, los demás modificaban también sus arranques.

Y si alguien introducía en el programa un formato novedoso, en el que el presentador se rodeaba en el estudio de tres o cuatro sospechosos habituales para hablar de la actualidad política o económica, bastaban apenas unas horas para que la competencia hiciera lo mismo.

En 2025, lo natural es que estas tertulias vengan ya en tandas. Cada hora y pico, la mesa se vacía de colaboradores y vuelve a repoblarse con otras caras, otros argumentos y otras supuestas pericias. Como quien pide otra ronda de una bebida infinita.

La tertulia principal es, desde siempre, la que se produce alrededor de las nueve de la mañana, el horario de más audiencia y anuncios más caros para la emisora. El momento en que uno muestra el músculo opinativo del que dispone.

A primera hora, Alsina cuenta con un coro de voces motejado como «La España que madruga».[1] No es una tertulia en sentido estricto, sino un coro de voces que actúan en paralelo y casi sin interacción,[2] cada uno con una misión definida.

Atraer a alguien a un estudio de radio lejos de su casa tan temprano es un reto organizativo para cualquier productor. Por eso, los madrugadores suelen ser perfiles muy vinculados al grupo y que, a menudo, complementan su participación en *Más de uno* con alguna otra más tarde en otros espacios de la misma radio o en programas de televisión que se emiten dentro del complejo. Se levantan muy temprano, trabajan muchas horas y se aseguran de que ningún atisbo de opinión que se les ocurra caiga en saco roto. Se los podría considerar, a riesgo de cometer un pleonasmo, hipertertulianos.

El más veterano de los que están hoy en la mesa con Alsina es el catedrático de Economía argentino Carlos Rodríguez Braun. A sus setenta y siete años, hace ya un tiempo que se retiró de cualquier actividad docente, aunque en las ondas sigue luciendo el sobrenombre de «profesor». En la actualidad, ejerce de analista a tiempo completo para Onda Cero: por la mañana con Alsina, por la tarde-noche en *La linterna* y siempre que se le requiera, pues su disposición a prestar con amabilidad su voz para galvanizar de liberalismo cualquier asunto del día es legendaria.

Aprovechando un descanso publicitario, Rodríguez Braun inclina su cabeza hacia Rosa Belmonte, sentada al otro lado de la mesa, y le dice que esa mañana tiene mucho mejor la voz. El soniquete de

cascabeles en los anuncios se filtra por todas partes, faltan solo unos días para Navidad y las afecciones de garganta están haciendo estragos. Algo dramático sucede en la garganta de Belmonte, quien se desempeña como columnista sindicada en varias cabeceras, pero tiene también en las tertulias un importante sustento. Su voz es un hilo quebradizo cuya intensidad solo puede sostener unos pocos segundos; a partir de ahí, la frecuencia baja tanto que cae al rango del infrasonido solo audible por algunas especies de ballena.

El solícito Rodríguez Braun vuelve a insistir en la mejoría de su voz y ambos se recomiendan algunos remedios para cuidar esa parte esencial de la anatomía tertuliana. Por suerte para Belmonte, su labor esta mañana ha finalizado y puede poner su voz en barbecho.

Suena la música y la bombilla roja vuelve a encenderse.

«Son las ocho en punto de la mañana», dice Alsina, y empieza a declamar su soliloquio de cada jornada. Mientras habla, gesticula con las manos en dirección a los técnicos en un lenguaje íntimo desarrollado a lo largo de muchos amaneceres. Los paralelismos del conductor de un programa con un director de orquesta no terminan aquí.

Un director de orquesta no siempre escoge la partitura que va a interpretar y no siempre puede elegir a cada uno de los miembros de la banda. Con las tertulias sucede algo muy parecido. La música, por lo general, está determinada por la actualidad y la selección de los músicos depende de un cúmulo de factores casi incognoscible, que incluyen su disponibilidad, su ideología, su filiación corporativa, su relación con la audiencia y, por supuesto, el azar.

Como un director de orquesta, el conductor de la tertulia debe jugar con factores que se le escapan, pero su pericia está en darle a esa música un ritmo y un color propios.

Para lograr eso, Alsina suele alinear un esquema de cinco o seis tertulianos de los que una mitad son rotativos y la otra suele estar compuesta por colaboradores fijos, principalmente, Rubén Amón y Marta García Aller, opinadores versátiles capaces de salir airosos de cualquier envite con estrategias diferentes pero complementarias. Amón parte de un acervo más clásico, trufado de referencias culturales, y García Aller de la prensa internacional, la economía y la tecnología.

Amón parece ejercer, además, un segundo papel para Alsina. Es algo difícil de verbalizar, pero tiene un aura bufonesca y su cabeza carbura a varias revoluciones por delante del resto. Esto se traduce en que su presencia introduce una especie de vibración, en antena suelta chascarrillos continuamente, pero fuera de ella también, está de manera permanente aportando un nuevo giro de tuerca al último comentario, un aporte ingenioso sacado de la manga o, simplemente, ofrece una mueca cómplice allá donde juzga que puede ser útil.

Su último libro[3] trata de la importancia de la conversación y dedica muchas páginas a las tertulias. Amón no quema los puentes —previsible, dado que esperará poder seguir viviendo de esto muchos años—, pero en uno de los últimos capítulos rubrica una reveladora taxonomía de los tertulianos.

Para Amón, «las tertulias —y su prestigio— se resienten de la que podría llamarse la composición de los tres tercios». El primero de ellos corresponde a los «periodistas u opinadores íntegros y honestos», no alineados con ningún partido político o grupo de poder, que emiten sus razonamientos sin apriorismos. La segunda categoría estaría formada por los tertulianos corporativos, cuya posición y trayectoria «obedecen a las buenas relaciones y a la docilidad empresarial», acota el columnista. Finalmente, destaca a

los contertulios impuestos por las formaciones políticas, a quienes Amón acusa de «intervenir las tertulias y los debates con soldados o mercenarios perfectamente entrenados».

Desde que la leí, esta categorización de los contertulios se adhirió a mis ojos como una lentilla seca, impidiéndome ver ya las tertulias de otra manera. No obstante, aunque el mapamundi es preciso, cuando uno saca el microscopio descubre que las fronteras entre categorías son, a veces, más porosas de lo que se desprende del libro de Amón. Está, por ejemplo, su propio caso. Aunque se encuadra a sí mismo como un opinador independiente y, por tanto, parte de esa «cuota libre» de Alsina, su persistente presencia en otros espacios del grupo, como *La cultureta*, de Onda Cero, *o Espejo público* y *El hormiguero*, de Antena 3, hacen sospechar que algo de corporativo hay también. Su propio ejemplo delata lo desguarnecido que está ese paso fronterizo entre ser un librepensador y una voz de la casa.

También hay tertulianos que coquetean peligrosamente con las categorías, hasta el punto de que es difícil saber si están ahí por sus credenciales profesionales, por su sesgo político o porque una cosa llevó a la otra.

Al final, la composición de una tertulia es el producto de una lucha diaria a brazo partido entre el director del programa (que suele ser también la persona que modera) y sus superiores jerárquicos. Cuando uno va cumpliendo años en antena y acumulando crédito, va ganando el poder de tener a los tertulianos con los que le gusta contar. Pero siempre es un *work in progress*.

Alsina, cuyo programa cumple en 2025 una década en antena,[4] pasó a las mañanas después de muchos años dirigiendo *La linterna* de ocho a once de la noche. Llegaba para suplir a Carlos Herrera, quien sustituyó una década antes a Luis del Olmo. Si la

historia de la tertulia en España fuese la de una empresa familiar, con varios herederos anhelando tomar el control tras la retirada del patriarca, Alsina interpretaría el papel del principal candidato. Desde que Javier González Ferrari se lo llevara, con veintitrés años, a Antena 3 para ser subdirector de informativos, su carrera como director de programas ha crecido a la sombra de todos los grandes nombres que dan forma a la historia de la tertulia.

En su tesis doctoral,[5] el periodista José Ignacio Wert contaba una anécdota de Alsina muy reveladora. Durante su periplo con González Ferrari, se encargaba de hacer la revista de prensa, una labor ingrata pero indispensable que Alsina adoptó con entusiasmo: cada madrugada iba él mismo al Vips de López de Hoyos y salía de allí con el fajo de periódicos bajo el brazo.

Desgraciadamente, el bagaje importa poco cuando tomas las riendas de un programa matinal tan icónico como el de Onda Cero. Por mucho currículum que luzcas, no dejas de ser un presentador debutante y todo el mundo quiere meter baza en tu tertulia.

Los periódicos, por ejemplo, sacan de su planta noble a alguien para que se reúna con los ejecutivos de la emisora y rubrique algún tipo de pacto Ribbentrop-Mólotov: «Yo no me meto con tu empresa, tú colocas en la tertulia a una de mis plumas». Los partidos políticos no imponen, pero sugieren. Tú verás. A veces los nombres de unos y otros son los mismos.

El director de uno de estos programas empieza a conquistar la tertulia de su programa los viernes.[6] Es el día en el que los tertulianos que uno asume por compromiso, y a los que se otorgan unas ciertas prebendas, prefieren no asistir al programa. Así que ese día el presentador aprovecha para introducir a su alrededor a gente que hable su idioma, que le dé a la tertulia el color y el ritmo que

busca. Los que funcionan van quedándose o repitiendo otros días de la semana.

Como sus ilustres antecesores y como sus competidores, Alsina ha tenido que ganar muchos pulsos a lo largo de esta última década para verse rodeado de las voces que le gusta escuchar. Los presentadores de la radio matinal salen cada madrugada en busca de la tertulia perfecta, siempre montaña arriba, con la roca de Sísifo a cuestas en busca de lo inalcanzable. Y, un día más, le dan las ocho y cuarto.

Tras su monólogo, Alsina da paso a la publicidad. Desde fuera, puede parecer un receso, pero la cabeza del presentador no desconecta nunca. Transmite una obsesión por el medio radiofónico que trasciende su programa y la emisora. Además de meterse cada mañana seis horas de radio en vena, Alsina investiga, escucha y recupera géneros perdidos, graba ficciones y radionovelas para el programa, se pasa si es menester por *La cultureta*, inventa nuevos formatos y, cuando la ocasión se presta, se lleva un micrófono portátil y se planta en la calle como Ramón Gómez de la Serna hizo casi cien años antes en la Puerta del Sol. En las semanas que sucedieron a las catastróficas inundaciones que arrasaron varias localidades y acabaron con más de doscientas vidas a finales de octubre de 2024, Alsina viajó varias veces a Valencia para hacer su programa sobre el terreno.

En esta mañana de finales de diciembre, Borja Fernández, la voz de la publicidad de *Más de uno*, se acerca para brindarle un pequeño obsequio. Es un sobre. Alsina, con las gafas a media asta, levanta la mirada y la posa sobre el rectángulo de papel. El sobre contiene un décimo de la lotería de Navidad traído desde Paiporta, el pueblo más afectado por aquella gota fría. Estaba salpicado de barro y acababa en siete. Alsina agradece el gesto y, al mismo tiempo, ofrece al otro

una mueca de desesperanza. A continuación, se sincera: «Uno de mis planes de vida, que nunca cumpliré, sería rehabilitar una de esas antiguas casas de aperos, una masía...» y, de repente, interrumpe la confesión, se pone los cascos y dice: «Son las ocho y veinte». Luego sigue departiendo. La vida y el programa se reparten los hemisferios de su cerebro y transcurren en paralelo.

Mientras, los protagonistas de la tertulia van deslizándose hacia sus posiciones.

Además de Amón y García Aller, esta mañana están en el estudio Carmen Morodo, subdirectora de *La Razón*, y Toni Bolaño, que interviene desde Barcelona, junto a María Dabán, una guionista de *El hormiguero* que poco a poco ha ido ocupando posiciones de analista en otros medios del grupo.

Por sus insinuaciones, es evidente que todos vienen dispuestos a hablar del tema del día: la última declaración del empresario Víctor de Aldama, investigado en un caso de corrupción con múltiples ramificaciones que apuntan a varios ministros del Gobierno. En el último capítulo de un serial que lleva meses ocupando portadas y tertulias, el empresario está tratando de salvar el culo tirando de la manta.

Pero Alsina, hábilmente, hace un requiebro y pone al quinteto a hablar de la pobreza infantil, coincidiendo con unas cifras publicadas horas antes que muestran un aumento en España. En teoría, se suele avisar a los tertulianos de los temas que se van a tratar, pero con la experiencia llega también la confianza ciega de poder afrontar cualquier envite.

Entonces es cuando se ve la habilidad del tertuliano y cuando hasta el más taimado acaba estrellándose. La tertulia es un fenómeno posmoderno, una conversación inacabada y fragmentaria que termina siendo autorreferencial. De un día para otro sobreviven

los componentes emocionales, las filias o fobias entre tertulianos, pero nunca sus argumentos. Todo conocimiento se resetea al terminar.

Así que vamos con la pobreza infantil. Antes de cederles la palabra, Alsina entrevista durante un par de minutos a Catalina Perazzo, directora de infancia en Save the Children. En ese lapso de tiempo, con total naturalidad, Morodo se acomoda en su silla, dobla una pierna por debajo de la otra, se ajusta el pelo con una pinza y comienza a tomar notas de forma frenética en su libreta mientras escanea la pantalla del móvil.

En los quince segundos que cualquier persona tardaría en comprobar los resultados en la primera página de Google, Morodo ya tiene los mimbres necesarios para hablar durante casi dos minutos con absoluta suficiencia de la pobreza infantil en España, un asunto del que —según pude comprobar más tarde— la subdirectora de *La Razón* nunca había escrito en profundidad hasta la fecha. «Es muy llamativo que las ayudas que reciben las familias en España están en torno al 1 por ciento del producto interior bruto (PIB) mientras que en Europa están en el 2,5 por ciento —dice— y, si miramos a aquellas en exclusión social, serían el 0,7, por debajo de ese 1 por ciento.»

Cuando el oyente escucha algo así por la radio, tiende a interiorizar que ese tertuliano maneja de forma habitual este tipo de datos, que es capaz de soltar en una conversación casual cuál ha sido la diferencia porcentual entre los dos últimos datos del EBITDA de Inditex o la depreciación del PIB de Irlanda en el último año.

Pero la magia de estos profesionales, a menudo minusvalorados como *todólogos*, no es que sepan de todo, sino que son capaces de buscar esa información y declamarla, como un monólogo teatral, para crear esa impresión de omnisciencia. En casi ningún caso están

aportando información nueva, sino seleccionando con mayor o menor criterio fragmentos de información disponible que ayuden a construir un armazón —o, con suerte, un cascarón— argumental.

En muchos casos, son *de facto* actores que hacen suyo el texto de una noticia que acaban de leer en el móvil. La tertulia, en el fondo, no es una conversación natural entre una élite ilustrada, sino un trampantojo, la ilusión de un intercambio de conocimiento, porque esos tertulianos no saben, sino que fingen saber. Y, cuando discuten, en realidad solo teatralizan un lamento que jamás altera el discurso ajeno, pues los argumentos carecen de los elementos necesarios para accionar un engranaje de pensamiento en la cabeza del otro.

Pese a todo, esos son los ladrillos con los cuales se construye el ecosistema informativo actualmente. Ellos no escogieron su destino, simplemente han sido los más capacitados para ejercer un papel que, como el de seleccionador nacional de fútbol, todo español cree llevar dentro.

No es un trabajo fácil en absoluto. A quien crea que puede hacerlo, que intente en casa hablar durante diez minutos, a solas, a una grabadora sobre un tema que crea dominar. Apuesto a que antes de los tres minutos acabará divagando, quizá insultando a algún electrodoméstico y tosiendo a causa de la ausencia de saliva. Imagínese hacer eso para toda España, en directo y con temas que desconoce por completo. Como escribió David Foster Wallace, hablar por la radio «es un trabajo exótico y de alta presión para el que no mucha gente está preparada, y ser realmente bueno requiere habilidades tan especializadas que muchas de ellas no tienen nombre».

Para aparecer en una tertulia a cualquier hora del día cualquier día de la semana, hay que vivir sumergido en el éter informativo, sumergido entre mensajes de WhatsApp, alertas de última hora,

argumentarios de partidos políticos, bucles interminables de declaraciones y reacciones, tuits, canutazos, correos, notificaciones y mensajes privados, permanentemente respirando sobreinformación hasta que llega el momento de salir, asomar la cabeza y ponerse delante de un micrófono, opinar durante tres minutos y volver a sumergirse. Si un tertuliano pasa demasiado tiempo fuera del éter, su voz comienza a agrietarse. Por eso, en casi cualquier tertulia, todos llevan dos cosas: el teléfono móvil y un iPad con funda teclado, quizá el objeto más preciado del tertuliano moderno.

García Aller y Bolaño se enzarzan en una discusión sobre si la pobreza infantil es visible o invisible. La versión verbal de dos futbolistas pasándose el balón a la espera de que el árbitro decrete el descanso y los mande a vestuarios. Bolaño concluye su análisis diciendo: «Tenemos un problema grave con la burocracia», una conclusión abstrusa, pero, en cierto sentido, reveladora.

En un entreacto de la tertulia, Alsina se acerca y nos estrechamos la mano. Se interesa por el motivo que me lleva a sentarme, un jueves cualquiera, en una de las sillas del estudio de *Más de uno* a tomar notas como un poseso. Alguien en la redacción del programa ha preguntado «¿Quién es ese, un agente de la CIA?». Le explico que estoy escribiendo un libro sobre tertulianos. Me devuelve un gesto enigmático. No soy capaz de descifrar qué puede estar pensando mientras camina de regreso a su asiento.

Ocupa su lugar y revisa sus papeles. Los demás siguen hablando animadamente, como si el público aún los escuchara. En la mesa, frente a él, hay un MacBook, un café de Starbucks, un atril con el guion, una botella de agua y una anécdota sobre el exministro Cristóbal Montoro que María Dabán ha dejado botando: «Lleva el coche al taller y el mecánico le pregunta: "¿Lo quiere con IVA o sin IVA?", y Montoro respondió: "¡Oiga, que soy el ministro de

Hacienda!”». La historia es tan redonda que solo puede ser apócrifa. Ríen y luego siguen charlando.

—¿Estuvisteis ayer en la gala?

—¿Qué gala?

—La de los periodistas parlamentarios.

—Qué va, hace años que no voy.

La luz del directo vuelve a encenderse y, por fin, llega el momento de hablar de política, la zona de confort de cualquier tertulia y donde todo se acelera. Alsina pregunta qué va a pasar hoy en el Congreso y cede el turno de palabra a Bolaño, que enarbola una perorata de minuto y medio coronada con un «Veremos qué pasa». A continuación, Morodo aborda el *affaire* Aldama y dice: «Una cosa son las redes y los relatos que estamos haciendo y otra es la realidad de los jueces». García Aller, por su parte, comenta unas manifestaciones de la vicepresidenta María Jesús Montero en las que dice poner la mano en el fuego por la inocencia de su jefe de gabinete: «Si pones la mano en el fuego por alguien, es que vas a acabar imputado», sentencia.

La tertulia moderna es un formato enloquecido. Se supone que en todo momento están opinando sobre algo real, unos hechos probados, que diría una sentencia. Pero en realidad todo es mucho más difícil. Se sabe que, de fondo, hay un caso de corrupción que se está investigando, pero la mayor parte del tiempo los tertulianos no opinan sobre un hecho, opinan sobre otra opinión.

Tradicionalmente, la unidad mínima de información era la noticia y sobre ella se construía todo lo demás: la contranoticia que desmentía o matizaba, el análisis de los hechos, el contexto político y social. Pero ahora, la unidad mínima es, muchas veces, una interpretación. Ya sea en forma de declaración apresurada o de tuit, casi cualquier cosa sirve para construir a su alrededor una hora o

dos de tertulia. Durante el transcurso de la tertulia, Alsina alude a una columna de Daniel Gascón, columnista en *El País*: «No sabemos si Aldama miente. Pero sabemos que las explicaciones de miembros del Gobierno no convencen a nadie...», lo que es, de nuevo, una opinión sobre otra opinión, la de los miembros del Gobierno, con lo cual llegamos a una tercera capa por encima del hecho probado. Minutos antes, Amón había aludido a un dato sobre la pobreza infantil que escuchó la noche anterior en la tertulia de *La brújula de la economía*, por lo que en realidad aludió a la opinión de alguien que mencionó el dato. Tras lo de Aldama, los tertulianos y Alsina comentaron los resultados del barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), una encuesta, que no deja de ser una forma sofisticada de opinión sobre una elucubración: «Qué haría usted si hoy, 19 de diciembre, se celebraran elecciones generales en España».

«Todas las encuestas dicen lo contrario de lo que dice el CIS», apunta Alsina.

Si nos paramos a pensarlo, en este tipo de radio hay poco de factual. No es un problema de *esta* tertulia. De hecho, es objeto de debate que pueda ser considerado un problema, si acaso, una característica central de un sistema informativo ebrio de espectáculo. Por supuesto, el *infoentretenimiento* no es un valor absoluto, sino un espectro. Dadas las circunstancias, hay quienes como Alsina tratan de mantener cierta solemnidad, sin alejarse mucho del lado *info* del espectro, pero hay otros presentadores que han sido vistos corriendo desnudos a toda velocidad y sin mirar atrás en dirección al *show*.

1.2. UN ORIGEN INCIERTO PERO SEGURAMENTE FABRICADO

En 2016, Marta Montagut, profesora en la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, viajó a Glasgow para ampliar una investigación académica sobre el fenómeno de la espectacularización de las tertulias televisivas. «Cuando fui a entrevistar a la gente de *Good Morning Scotland*, el programa de la BBC, sobre el género de la tertulia, ellos directamente no lo entendían —explica—. ¿Pero cómo puede ser? ¿Pero cómo controlas la pluralidad? ¿Cómo controlas que haya un equilibrio de opiniones? ¿Cómo controlas la calidad de los contenidos?»[7]

Son preguntas pertinentes que, en España, nadie que haya organizado una tertulia en radio o televisión se ha visto obligado a responder jamás.

Se alude a una tradición legendaria de juntarnos en los cafés, como también la tienen los franceses, alemanes, austriacos o escoceses, aunque estos prefirieran la cerveza tibia. Se alude a una necesidad económica, pero en el resto de los países de Europa los medios de comunicación tienen problemas, ¿por qué solo ha florecido aquí este peculiar género de debate político que se desarrolla sin más acotaciones que el exabrupto o la publicidad?

Se alude, por último, a que la dictadura de Franco nos mantuvo privados durante cuarenta años de discusiones públicas sobre política. Como una botella de espumoso excitada durante décadas que de repente hace ¡pum!

Cualquier explicación resulta insatisfactoria, al igual que cualquier intento por explicar de dónde viene en realidad la palabra *tertulia* y la derivación de quien la practica, *tertuliano*.

Da la impresión de que los tertulianos modernos, conscientes de la procacidad de su tarea, buscaban una forma de dignificarla. Los más redichos miraron, obviamente, a Quinto Septimio Florente Tertuliano, pero, a decir verdad, casi nada en la biografía de este hijo de un

centurión romano, nacido en Cartago en el siglo II, encaja con la actividad que vino a usurpar su apellido. Si bien es cierto que ambos despachan sobre lo divino y lo humano, el Tertuliano original se convirtió en uno de los líderes del cristianismo primitivo escribiendo en latín, mientras que los tertulianos contemporáneos juran en arameo.

El escritor mexicano Gabriel Zaid hizo un repaso escéptico y, por tanto, crítico[8] a todas estas teorías sobre el origen de la tertulia, «una singularidad de la lengua española». Lo único veraz es que su aparición se da en el siglo XVII, asociada sobre todo al teatro, y se populariza en el XVIII. Lo atestiguan libros como *Historia de la literatura y del arte dramático en España* de Adolf Friedrich von Schack (1846),[9] que dice:

> El nombre *tertulia* aparece hacia la mitad del siglo XVII y sale desde entonces frecuentemente en las obras teatrales. Así se llamaban los palcos del piso alto, que antes habían llevado el nombre de *desvanes*, y en los cuales se sentaba sobre todo el público educado y la gente de Iglesia. [...] De estos palcos, a los cuales ya anteriormente se había dado el nombre honorífico de *desvanes eruditos*, salían los dictámenes a los que el autor reconocía más fuerza, como procedentes de hombres entendidos.

A partir de aquí, cualquier intento de asociar la actividad de debatir libremente con venerables autores del pasado, como Marco Tulio Cicerón —otra teoría sugiere que el tertuliano, *ter-tullius*, sería tres veces Tulio, es decir, sabría el triple que Cicerón—, es desechada por Zaid por ser «demasiado rebuscada».

No nos queda otra opción que destripar la discusión con la navaja de Ockham: «La explicación más simple y suficiente es la más probable, mas no necesariamente la verdadera». En su tercera acepción, el *Diccionario de la lengua española* recoge que *tertulia* es «En los antiguos teatros de España, corredor en la parte más alta». Como estas localidades suelen ser aquellas más baratas,

habitualmente tildadas como gallinero y dadas al desorden, no es difícil que a quienes armaban algún alboroto en el teatro se los empezara a llamar *tertulianos* y, de ahí, el término hiciera fortuna y comenzara su viaje a los cafés y botillerías del centro de Madrid.

En *La sociedad del espectáculo*, Guy Debord,[10] gran teórico de todo lo que estaba por venir, describía el funcionamiento de lo que llamaba la *maquinaria espectacular*, ese rodillo que acaba por convertirlo todo, también el periodismo, en un «subproducto consumible». El libro se publicó en 1967 y Debord murió en 1994, por lo que apenas pudo contemplar cómo todo cuanto pronosticó ha acabado siendo una broma en comparación con la cruda realidad.

El periodismo clásico se construía sobre las noticias puras y duras, pero los hechos van demasiado despacio y el tiovivo va demasiado rápido. En palabras del filósofo francés, «Los pseudoacontecimientos que se presentan en la dramatización espectacular no han sido vividos por quienes han sido informados de ellos y, además, se pierden en la inflación de su reemplazamiento precipitado a cada pulsación de la maquinaria espectacular».

La maquinaria del infoentretenimiento necesita un simulacro que pueda cambiar cada pocas horas, porque ese cambio es el que hace que los espectadores vuelvan a ver qué hay de nuevo. Por eso, la opinión ha ido fagocitando a la información, y el tertuliano al redactor o reportero. O, lo que es peor, se ha producido una hibridación: un periodista que despache información de un día para otro y, en los ínterin, se pasee por los estudios para rellenar la vida opinando. Sin pisar la calle, sin hablar con nadie más allá de la pantalla de su teléfono. «Lo que ha sido realmente vivido no tiene relación con el tiempo irreversible oficial de la sociedad y está en oposición directa al ritmo pseudocíclico del subproducto consumible de este tiempo», repite Debord de forma profética.

En internet circula a menudo una —supuesta— cita extraída de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, tan apócrifa como la anécdota de Montoro: «Todo lo que escuchamos es una opinión, no un hecho. Todo lo que vemos es una perspectiva, no la verdad».

Siendo amables, es la reducción de una obra clásica al formato de galleta de la suerte china. La frase original de Marco Aurelio dice: «Pero entre los principios que están a tu alcance y sobre los que debes reflexionar, que sean estos dos. Uno, que las cosas objetivas no se apoderan del alma, sino que permanecen quiescentes fuera; mientras que las perturbaciones no son sino el resultado de esa opinión que está dentro de nosotros».[11]

Dicho de otra forma, lo que nos perturba, para bien o para mal, no son los hechos, sino la interpretación que alguien hace de ellos. Ahí radica parte del éxito de la tertulia: las opiniones y los análisis se adaptan como un guante al ritmo endiablado de la vorágine mediática (¡última hora!), pero también enganchan al espectador desde lo emocional, hay drama, tensión, furia, solemnidad o humor, según lo requiera cada situación.

Todo esto es mucho más que una discusión teórica. La figura del tertuliano ha trascendido, forma parte del paisaje español como algo simpático. Hace ya muchos años, el sociólogo Amando de Miguel hablaba del «tertulianés», una jerga que se había extendido entre los opinadores como un agente infeccioso y que se caracterizaba por abusar de muletillas como «dicho lo cual» o «me llama poderosamente la atención».[12]

> Los oyentes quizá piensen que los tertulianos cobran por el número de palabras emitidas —escribía De Miguel, quien durante décadas participó en algunas de las tertulias más reconocidas—. No es así. Hablan varios a la vez porque no se escuchan. Es mucho más difícil escuchar que hablar. Por esa razón, muchas tertulias son más bien una sucesión de monólogos, aunque en parte superpuestos, lo que hace que parezcan un diálogo.

Más allá de todo este repertorio folclórico —y sus eternas asociaciones con el carácter español—, las tertulias tienen un lado oscuro que ataca al corazón mismo de la democracia. Combatir un hecho es difícil, requiere presentar pruebas que afirmen lo contrario y que, además, resulten convincentes.

Sin embargo, cuando el juicio de un ciudadano está edificado sobre opiniones, como tantas veces es el caso hoy en día, desarmarlo es tan sencillo como bombardearlo con otras opiniones. Los partidos políticos (a todos los niveles, nacional, autonómico e incluso local) son plenamente conscientes del poder de los tertulianos para plantar determinados mensajes en la mente de los oyentes, a veces con hábil persuasión, a veces con burda repetición. Por ello, desde hace décadas, se han asegurado de infiltrar en estas trincheras mediáticas a su infantería, para defender sus posiciones o atacar las del rival.

Es el otro gran pulso que periodistas como Alsina, profesionales íntegros pero al final parte de un sistema, tienen que afrontar cada nueva temporada, en la que la renovación de la parrilla de tertulianos conlleva reuniones al más alto nivel y presiones al más bajo nivel. Es una medida del poder de cada cual. En algunos sitios, una empresa o un partido apenas podrá sugerir, presionará con sutileza para introducir alguna voz favorable. En otros, colocará directamente a sus avatares, guiñoles que reciben sin falta el argumentario a primera hora de la mañana, o serán teledirigidos por los gabinetes de prensa con mensajes en tiempo real.

Por supuesto, hay voces independientes. Periodistas, columnistas, académicos o escritores íntegros. Aunque quizá lo desconozcan, también ellos forman parte de una cuota.

La alargada sombra de las señales horarias que marcan las diez de la mañana oscurece un día más la tertulia en su momento más

animado.

Los panelistas se despiden antes de volver a introducirse en el éter. Últimas horas sin leer, mensajes sin responder, una nueva entrada en la agenda calendario del iPhone haciendo tictac, tictac. Es también el momento de las maledicencias, el mejor lubricante social. En un pequeño corrillo despellejan lúdicamente a alguien, asumo que de otra tertulia.

Alsina, que andaba un paso por detrás despachando con su equipo, intuye por dónde van los tiros y, mirando de soslayo al fondo de la sala, donde yo estaba, musita: «Ah, cuando solo había una tertulia podías tener ahí a los mejores, pero ahora...».

El comentario despierta unas carcajadas breves que pronto se desvanecen. El presentador se despide de sus colaboradores y se toma un brevísimo respiro antes de dar paso a la segunda parte del programa, el magacín. Los tertulianos también se aventuran hacia la salida. Otra mesa de actualidad los espera, puede que a un par de pasillos de aquí.

Mientras cruzo el control de seguridad y mis pasos se encaminan hacia la neblina que rodea al polígono en esta mañana fría, sigo dándole vueltas a ese último comentario. Tenía la levedad aparente de un chascarrillo de máquina de café —Alsina tiene el sarcasmo integrado en un nivel casi genético—, pero al mismo tiempo contenía un peso amargo de inevitabilidad, una carga de profundidad capaz de dejar temblando, de un modo imperceptible, el cristal de la sala de control del estudio durante unos segundos.

«Cuando solo había una tertulia...»

2

Cuando solo había una tertulia

2.1. La noche en que todo explotó

Lunes, 26 de marzo de 1984

Salvo que uno tenga ya una cierta edad, es imposible imaginar la radio sin tertulias. Algo que parece tan sencillo como un grupo de personas hablando por turnos alrededor de una mesa también hubo que inventarlo y, después, hubo que adaptarlo a los límites de un programa, hubo que crear un lenguaje para que esa nueva criatura, el tertuliano profesional, aprendiera a hablar con los seres humanos. Hubo que darle un ritmo a todo aquello, una pizca de teatralidad, hubo que asalvajar a algunos y domesticar al resto.

Nada de esto existía hasta que una noche de hace cuarenta años, sobre la moqueta de la séptima planta de Gran Vía, 32, el periodista Manuel Antonio Rico dio por finalizado su programa, *Hora 25*, dando paso por primera vez a *La trastienda*, un formato del todo experimental que se convirtió, oficialmente, en la primera tertulia política que hubo en la radio española.

Era un lunes cualquiera a medianoche. Quien estaba tras el micrófono de aquel espacio era Javier González Ferrari, aunque la creación de *La trastienda* se atribuye a su superior, el entonces

director de informativos de la SER y probablemente el periodista más famoso de la Transición: Fernando Ónega.

La anécdota ha sido contada tantas veces por el periodista gallego que en algún momento devino en versión oficial. Ónega y otros conocidos plumillas de la época formaban un grupo bautizado como «Crónica» que cada jueves se reunía a almorzar con alguna personalidad política en el Club Internacional de Prensa, ubicado en la madrileña calle Pinar. «Hubo un jueves en el que el invitado nos falla y nos quedamos solo los periodistas», recordaba. En aquel momento, escuchando las maldades de sus colegas, Ónega tuvo la visión. «*Joer*, esto es fantástico, es mucho más interesante lo que cuentan estas lenguas viperinas que el invitado: esto hay que llevarlo a la radio.»[1]

Los ejecutivos de la SER no parecían convencidos, pero la salida de José María García de la emisora —tras llamar payaso a un ministro— les había dejado un hueco tras la emisión de *Hora 25* que el director general, Eugenio Fontán, no sabía cómo llenar. En aquel momento, Ónega volvió a probar suerte, lanzó de nuevo aquella idea estrafalaria y, esta vez, aceptaron.

Reunir a un grupo de periodistas para que afilaran la lengua en antena sin ningún tipo de filtro era una ocurrencia tan atractiva como potencialmente inflamable en aquellos primeros años de democracia. Según su propio relato, a Ónega no le costó convencer al director de *Hora 25*. Rico valoraba, sobre todas las cosas, la pulcritud informativa. Por ello, el cambio de denominación ayudaba a separar el agua del aceite. Su espacio seguiría ofreciendo al oyente un producto informativo contrastado, «aprobado por Sanidad», y quien quisiera degustar una mercancía más suntuosa de estraperlo podía pasar a *La trastienda*.

Esta es la versión oficial de cómo nació, hace cuarenta años, la primera tertulia política radiofónica de la historia de España, aunque es una verdad en disputa. José Luis Gutiérrez, entonces subdirector de *Diario 16* y uno de los tertulianos de *La trastienda*, declaró antes de su fallecimiento en 2008 que aquella historia de Ónega sobre el grupo Crónica es apócrifa, que fue él quien le dio la idea un año antes de que el programa se pusiera en marcha. Por otro lado, Ramón Pi, otro de los pioneros que participaron en aquellas primeras tertulias, siempre sostuvo que el nombre del programa procede de un comentario que le escuchó una vez a su mujer.

Poco importa. Si bien ha podido adornar este viejo testamento de las tertulias en España para lucir mejor en mitad de la pista central, es indiscutible que Ónega tuvo un papel clave en el nacimiento del formato.

Comparada con las tertulias actuales, *La trastienda* nació con una diferencia singular: la loable aspiración de Ónega y González Ferrari no era hacer una tertulia tradicional, es decir, al estilo Café Gijón. Allí no se limitarían a comentar la actualidad, tampoco reunirían a un grupo de luminarias como hacía José Luis Balbín en *La clave*,[2] para discutir sobre el legado de Primo de Rivera, la paz en el mundo o Jesús de Nazaret. No, en *La trastienda* se jugaría sucio. Darían «noticias cañeras»,[3] justo las que no cabían en *Hora 25*.

Además, la estructura de los opinadores sería casi siempre la misma. La tertulia fundacional de aquel lunes a medianoche estuvo compuesta por González Ferrari como moderador y Pilar Urbano, Gutiérrez y Pi como contertulios.

En otras madrugadas se dispusieron otros periodistas icónicos de la Transición como Javier M. Reverte y Pedro Calvo Hernando, quien en las siguientes décadas pudo dejar su poso en innumerables

tertulias, pero que definió aquel espacio como el de mayor libertad en el que nunca haya participado.[4]

El programa, en realidad, solo duró dos meses.

El 1 de junio de 1984, viernes, José Luis Gutiérrez, entonces subdirector de *Diario 16*, reveló en antena una información de la que no queda ningún registro sonoro. Hay distintas versiones de lo que se dijo, pero todas acaban convergiendo.

En su tesis doctoral, Chelo Sánchez Serrano, la gran investigadora en España del fenómeno de la tertulia, apunta a que «José Luis Gutiérrez descubre un día en la tertulia que Rafael Delgado, el secretario de Alfonso Guerra, tiene a su amiga en Roma gozando de una serie de privilegios especiales por ser quien es. Entre otras cosas, un Mercedes y un chófer a su disposición, así como una habitación en la embajada para cuando va a Roma el propio Delgado».

Incluso muchos años después, Ónega seguía argumentando[5] que aquel *scoop* era «rigurosamente falso», pero solo por un matiz, y no menor. El amante no era el secretario, sino el entonces vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, quien había tenido con aquella mujer, una joven sevillana de buena familia llamada María Jesús Llorente, una hija al margen de su relación matrimonial. Por este motivo, Llorente había sido enviada a Roma con la excusa de cursar unos estudios en restauración artística.

Aunque todo esto es algo que hoy está confirmado, en aquel momento ardió Roma. Durante varios meses, la prensa rosa persiguió a «la amiga de Guerra», pero, finalmente y gracias a un férreo control de los medios de comunicación públicos y afines, la tormenta mediática amainó. Aquella niña secreta, nacida en 1983, se llamó Alma —como la esposa de Gustav Mahler, gran debilidad del melómano vicepresidente— y, sin jamás haberlo pretendido, esta

mujer, hoy cuarentañera y empleada en la conservación artística, tuvo un papel protagonista en el desarrollo de las tertulias en España.

El lunes siguiente, González Ferrari se reunió con Ónega y toda la plana mayor de la emisora: el presidente del consejo de administración, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, el director general Eugenio Fontán y el subdirector general Ramón Varela. El Gobierno quería la cabeza de Gutiérrez y se la entregaron.

Aquello provocó un cisma cuyas consecuencias llegan hasta nuestros días. Aunque el programa continuó un tiempo más, aquel golpe acabó por desnaturalizar sus ansias de dar caña. Su abrupta desaparición fue el comienzo de un erial para la discusión radiofónica en la Cadena SER, donde el formato de tertulia permaneció vetado durante nueve años.

El periodismo libre es como una flor de Pascua, basta con un leve cambio de la luz o la temperatura para que se mustie. Un día, después de la decapitación de Gutiérrez, fue Urbano, una de las contertulias más conocidas de *La trastienda*, quien hizo las maletas —voluntariamente— en dirección a la COPE, donde Luis del Olmo estaba construyendo en su programa *Protagonistas* la madre de todas las tertulias.

En apenas tres años, Ónega y González Ferrari, principales artífices de la creación de la primera tertulia política de la radio española, acabarían en nómina de la Conferencia Episcopal. Y, con ellos, los primeros líderes de opinión de la democracia.

Aunque el invento no fue suyo, Luis del Olmo es considerado el padre de la tertulia en su formato actual. Él tomó ese intercambio maldito, lo sacó de la medianoche y lo colocó en la peana de su buque insignia.

Del Olmo había comenzado con su programa en 1969, en las postrimerías de la dictadura. Lo que explica su éxito y que *Protagonistas* pudiera estar en antena durante cuarenta y cuatro años[6] fue su carácter mutante. Como esas grandes empresas de Silicon Valley que no inventan nada nuevo pero fagocitan las ideas brillantes de *start-ups* minúsculas, el programa de información y entretenimiento más longevo de la radio española fue absorbiendo ideas y formatos que funcionaban fuera y que empezaban a despuntar dentro.

Ninguno de los presentadores que hacen hoy radio matinal en este país puede negar la influencia de Luis del Olmo. Él convirtió su programa en un canon y hasta quienes renegaban de él tuvieron que seguirlo desde otros espacios que eran estructuralmente idénticos al suyo. Él demostró cómo manejar la información con una mano y la opinión con la otra, cómo ganar dinero de formas que antes no existían: desconexiones locales, anuncios con gracejo, secciones patrocinadas como «Los desayunos de Pascual» e incluso convirtiendo el programa en una feria ambulante patrocinada por los ayuntamientos de toda España.

«España venía de cuarenta años de dictadura, de repente se aprueba la Constitución y se convierte en un país democrático, además, ávido de información, de opinión —explica Elsa González, en aquellos años una joven presentadora del informativo nocturno de la COPE—.[7] Las tertulias dieron un paso enorme para democratizar España.»

En muchos aspectos, para extirpar el horror y el sufrimiento de aquellos cuarenta años de franquismo, en España reseteamos hasta el punto de crear un enorme espacio en blanco dentro de nuestra historia. Cuando miramos hacia atrás, por ejemplo, en algunas artes, parece que con la llegada de la Guerra Civil se acaban la literatura o

la música y que nada digno de mencionar se reinicia hasta 1977. Que aquellos escritores, escultores, pintores, arquitectos e ingenieros que florecieron bajo la sombra de Franco estaban, de alguna forma, intoxicados y, por tanto, eran inválidos para subir las escaleras del Parnaso. Esto hace muy difícil establecer una continuidad, como sucede con los callejeros, donde los nombres de los siglos XVIII y XIX conviven con los contemporáneos, pero con muy poca presencia del siglo XX.

La radio es un poco distinta en ese sentido por su carácter fluvial. Las voces llegan y se van, pero poco a poco van construyendo estructuras, creando programas, explotando fórmulas que llegan desde el franquismo —los años cincuenta, cuando la televisión aún no había llegado a las casas, fueron la edad dorada de la radio en Estados Unidos y muchas de sus ideas fueron importadas ya a nuestro país vía bases militares estadounidenses: la primera emisora en frecuencia modulada nace en 1957 en la base de Zaragoza— hasta nuestros días.

Por ejemplo, el hispanochileno Bobby Deglané creó en aquellos años dos contenedores esenciales para el devenir del medio, ambos en la SER. En 1951 introdujo el primer programa de entretenimiento, *Cabalgata fin de semana*, y, en 1952, *Carrusel deportivo*, que además ha seguido manteniendo su marca original. Prácticamente toda la radio actual son mutaciones de estos dos programas seminales, incluidas las voces. En la radio, sobre todo, existe un sistema ancestral de maestros y discípulos. La magia del medio radiofónico está en que, cuando uno habla, no lo hace para los cientos de miles de oyentes que registran estos programas, sino que lo hace para una sola persona.

Así, el próximo gran locutor empieza a entablar con su maestro un diálogo íntimo, como oyente antes que como aprendiz. Las grandes

voces de la radio del franquismo recibieron a sus faldas a unos pocos jóvenes que, años más tarde, fueron convirtiéndose en versiones actualizadas de ellos, capaces de galvanizar su legado con una voz más moderna y, además superarlos, en muchos aspectos: en el comunicativo, llenando de color aquellos buques contenedor que heredaron, pero, sobre todo, en el comercial, gestionando ellos mismos los pingües beneficios que sus programas generaban y transformándose en empresas comunicativas andantes.

Así, un día de finales de los años cincuenta o principios de los sesenta, un joven llegado desde Ponferrada fue a un teatro madrileño a ver en directo cómo José Luis Pécker —quien había cogido las riendas de *Cabalgata fin de semana* tras Deglané— presentaba uno de esos concursos tan populares en aquella época: *Medio millón*, patrocinado por Gallina Blanca, y *Un millón con casa y coche*. El joven Del Olmo idolatraba al hombre tras el micrófono y tuvo la fortuna de que, según recuerdan los herederos de Pécker, este lo invitó a subir al estrado y sentarse a su lado.

Fue uno de esos momentos en los que el cetro se traspasa de forma imperceptible al aspirante, como la noche en que Manolo Caracol y Camarón se sentaron el uno al lado del otro en Venta de Vargas y se mataron a cantar, subiendo el tono en cada nuevo fandango hasta que en el séptimo cayó la leyenda y solo quedó en pie aquel gitanito rubio.

Aquel día, Luis del Olmo empezó a cambiar la radio heredada del franquismo.

«Era una radio más hierática, formal, del locutor...», recuerda Elsa González. Incluso en aquellos años, con un dictador mermado en sus facultades, la censura en la radio era predominante. Todas las emisoras estaban obligadas a conectar con RNE para emitir «el parte», únicos minutos de información en un medio copado por las

variedades. «El primer informativo que desconecta de RNE fue el de la SER», donde la propia González se desempeñó antes de trabajar en la COPE, «al final se empezaron a oír noticias en las desconexiones locales que comenzaban a bordear la censura, pero el grueso de la información seguía en manos de Radio Nacional».

Llegada la democracia, y desde Radio Miramar, Del Olmo mantuvo todo lo que le servía de la vieja radio y desechó lo demás. «Era una radio diferente —recuerda González—. Con él pasa de ser una radio del locutor a una radio del pueblo, las tertulias introducen la pluralidad y él, en aquellas primeras tertulias, abría el micrófono para que el público pudiera participar, invitaba a los oyentes a llamar, discutían con él y con los invitados...»

La tertulia política es el único género radiofónico genuino de la España democrática. No había una tradición, no había ningún referente así, ni en los países de nuestro entorno ni en Estados Unidos, que pudiera copiarse. Fue un gran experimento comunicativo que fue puliéndose en tiempo real.

Del Olmo, como antes Ónega, no era un perfil particularmente creativo, pero tenía muy buen ojo y mejor olfato. Fue, por tanto, algo mucho más importante que un inventor: «Era un hacedor: él es quien revoluciona esa radio de la Transición», reivindica González.

2.2. Del Olmo era inimitable, su programa era imitado

El periodista Diego Fortea, miembro del equipo de *Más de uno*, expuso sus oídos a unas sesiones maratonianas de programas de Luis del Olmo para construir *Protagonista*, un enciclopédico pódcast sobre la figura del locutor ponferradino.[8] Aquellas primeras tertulias «germinaron como un recurso que necesitaban para los veranos,

cuando no tenían tantos entrevistados y necesitaban llenar minutos», me explica.

De hecho, otro de los nombres que figuran en esta génesis es el de Carlos Herrera, uno de los primeros sustitutos estivales de Del Olmo en Radio Miramar de Barcelona. Herrera se ganó con creces el puesto de interino cuando reemplazó con éxito en antena durante una semana al locutor titular, aquejado de un cólico nefrítico sobrevenido. Al llegar el verano de 1984 —recordemos, con el eco fugaz de *La trastienda* vibrando aún en el tímpano—, Herrera «empezó a establecer mesas redondas con expertos, no necesariamente de actualidad política, sino debates más sociales, con humor, más parecidos a *La clave* de Balbín, pero donde, poco a poco, se iban colando cuestiones más políticas y de cambio social», apunta Fortea.

Al terminar aquel verano y comenzar la temporada de radio, *Protagonistas* introduce la tertulia en horario matinal. «Uno de nuestros primeros tertulianos, fue un 23 de enero de 1985, lo recordarán ustedes, fue el doctor Vallejo-Nágera», recordaba Del Olmo años más tarde.

Aquel año, su primera alineación de tertulianos estaba compuesta por José Agustín Goytisolo, Alfonso Ussía, Javier Lentini, José Sacristán, Alberto Closas, Federico Jiménez Losantos, José María de Areilza, Ana Diosdado, Fernando Vizcaíno Casas, Fernando Díaz-Plaja y Juan Antonio Vallejo-Nágera.

O expresado de otra forma: un poeta de la generación del 50, un columnista aristocrático con vis humorística, un cirujano con facilidad para el verso, dos actores legendarios, un antiguo embajador e impulsor de la Transición, una dramaturga argentina, un corrosivo abogado laboralista devenido en autor de *best sellers*, un historiador

trotamundos y el entonces psiquiatra más famoso —para bien o para mal— de España.

Lo más parecido a un periodista ahí era Jiménez Losantos, por entonces un hombre de letras que hasta hacía poco compaginaba la escritura de columnas en *Diario 16* con las clases de Literatura en el Instituto Lope de Vega de Madrid. A *Protagonistas* iba, sobre todo, a hacer perfiles sonoros de los artistas que acudían al programa, de Pepe Sancho a Sara Montiel, de Sancho Gracia a Chicho Ibáñez-Serrador... Queda patente que la intención entonces de Luis del Olmo era reunir a lo más granado de las ciencias y las letras para departir sobre temas sobre los que tuvieran *auctoritas*.

Cuando solo había una tertulia..., en efecto, podía atraer a cualquiera, pero pronto, *Protagonistas* tendría competencia dentro de la casa.

El padre Gago,[9] visionario sacerdote al mando de la COPE, metió también a otro pionero del género tertuliano: Alejo García, el mismo periodista que, con voz temblorosa, había transmitido a los españoles siete años antes y desde los micrófonos de RNE que el Partido Comunista de España había sido legalizado: «Señoras y señores, hace unos momentos, fuentes autorizadas del Ministerio de la Gobernación han confirmado...».

La espuela comenzó en septiembre de 1985 y guardaba muchas similitudes con *La trastienda*: se emitía de noche y duraba treinta minutos, en los que García moderaba una conversación entre los periodistas Carlos Dávila y Ramón Pi. Aquello no era una tertulia como *La clave* ni como lo que hacía Del Olmo por la mañana, aquello era otra cosa. Precisamente, la misma cosa que ahora oímos con total naturalidad en la radio mañana, tarde y noche. Dávila y Pi no ejercían de adversarios, sino que se complementaban e integraban al presentador como un trío perfectamente engrasado. Con la

autoridad que le confiere su experiencia, García declaró en su momento: «Luis [del Olmo] no es el inventor de las tertulias radiofónicas. Es absolutamente falso. Cuando él ve el éxito de *La espuela*, hace las tertulias políticas. [...] Fue tanto el éxito de *La espuela* que lo copia y, después, lo harán otros».[10]

Alejo García, además, llevaba varios años experimentando con la cuarta pared y abriendo el micrófono a los oyentes,[11] por ejemplo, para que preguntaran a Santiago Carrillo por Paracuellos. Un concepto que, más tarde, Del Olmo haría suyo denominándolo como «el quinto tertuliano».

En 1986, la tertulia política de *Protagonistas* se convirtió en un acontecimiento. La COPE empezó a amasar mucho dinero, hasta tal punto que obligó a la SER a bajar sus tarifas cuando Luis del Olmo o Encarna Sánchez, que arrasaba en las tardes con su tertulia folclórico-social, estaban en antena. Las tertulias tenían buena culpa de los resultados de audiencia y, como consecuencia, comenzaron a reproducirse como esporas dentro del propio programa. Jiménez Losantos fue incrustado en «El cafetín de los artistas», un espacio cultural. Tras la información pura de primera hora y la tertulia política de las nueve, Del Olmo introdujo la citada tertulia de crónica social patrocinada por un emporio lechero, que contaba con varios de los capitostes del género rosa: Jimmy Giménez-Arnau, María Eugenia Yagüe, Paloma Barrientos, Jesús Mariñas y Pilar Eyre.

Algo había cambiado, sin embargo, en aquel año 1986. La tertulia de sabios de *Protagonistas* empieza a ser colonizada por una especie capaz de adaptarse sin problema a los cambios de guion, a los enfrentamientos con la audiencia y a sobrevivir largos periodos desprovista de oxígeno informativo. Ussía es uno de los primeros en darse cuenta del cambio.

> Es una de las pocas cosas en que estuve en desacuerdo con Luis; él fue el creador de las tertulias, pero eran unas tertulias mucho más intelectuales, libres, y por supuesto que se hablaba de política [...], pero se hablaba también de literatura, se hablaba de teatro, de música... Mis primeros contertulios fueron el psiquiatra Juan Antonio Vallejo-Nágera, el doctor Dexeus y Alberto Closas, todo lo más granado del periodismo español estuvo allí, y estuve en desacuerdo cuando empezó a meter a representantes de los partidos. Porque la tertulia se convirtió en una especie de debate, perdieron frescura y calidad.[12]

Él siguió allí, pero ya no estaba rodeado de poetas y cirujanos, ahora compartía la trinchera de los lunes con José Luis Martín Prieto y Fernando Jáuregui. Aún quedaban algunos literatos, pero poco a poco la tertulia de *Protagonistas* se fue convirtiendo en un campo de minas para cualquiera que no fuese un periodista de raza. Por allí desfilaban cada semana.

No tengo una razón clara de por qué lo hizo Luis —sopesa Fortea —. Creo que era la época, antes no se podía hablar de política y en los ochenta lo cogieron con muchas ganas, con demasiadas ganas incluso: vieron que se podía meter a un tertuliano de centro, otro de izquierdas y otro de derechas y armar ahí una olla a presión.

Había otro factor. Pese a estar levantando cada día las alfombras del poder, todos esos nombres eran desconocidos para el ciudadano de a pie. Fue la tertulia de *Protagonistas* la que les puso cara y ojos.

Del Olmo, reflexiona Elsa González, «se rodea de quienes tienen información privilegiada, porque están en sitios, porque acuden a los congresos de los partidos, están en los pasillos del Parlamento... Él puso en el foco a muchos periodistas que estaban en la prensa, pero no habían dado el paso a la popularidad».

Cuatro años después de aquella primera mesa de debate, la tertulia se ha convertido ya en uno de los principales reclamos del programa. En 1989, la COPE se anuncia en las marquesinas con un primer plano de Luis del Olmo y la frase: «Hablando se entiende la gente», y una lista de colaboradores: «Pilar Cernuda, Alfonso Ussía,

Juan Antonio Vallejo-Nágera, Julián Lago, Manu Leguineche, Fernando Vizcaíno Casas, Amando de Miguel, José Luis Gutiérrez, José Mario Armero, Carlos Carnicero, Pablo Sebastián, Pepe Oneto, Antonio de Senillosa, Martín Prieto, Consuelo Álvarez de Toledo, Nativel Preciado, Juancho Armas Marcelo...».

Con respecto a 1985, solo repiten tres (Ussía, Vallejo-Nágera y Vizcaíno Casas) y el resto son ya casi todos periodistas. Además, empieza a verse la figura del tertuliano recurrente: Cernuda y Carnicero, entre otros, aparecerán también en *La linterna*, el programa nocturno —en aquellos años se emitía a medianoche— que la COPE ofreció a González Ferrari para sacarlo de RNE. «Todas las noches, Javier G. Ferrari, Emilio Romero, Pilar Cernuda y Carlos Carnicero encienden "La linterna" y sacan a la luz lo que se esconde detrás de cada noticia», anunciaba un corte promocional de la época.

Entre 1986 y 1990, se sumaron también otras voces procedentes de las efervescentes redacciones madrileñas y barcelonesas: Pedro J. Ramírez, Luis del Val, Lalo Azcona, Fernando Jáuregui, Raúl Heras, Jesús Cacho, Alfonso Rojo, Justino Sinova, Ernesto Ekaizer, Ramón Cotarelo, Francesc Sanuy, Felipe Sahagún, Javier Tusell, Joan Miquel Nadal, Javier Sádaba, Pilar Rahola... Muchos eran treintañeros entonces. Hoy, el que no está muerto sigue en la brecha.

Lo de *Protagonistas* no era un monopolio, pero casi. Aunque en aquellos años aparecieron otras tertulias, ninguna se atrevía a enfrentarse al tótem de Ponferrada. En 1987, se estrenó *Viva la tarde*, programa de Antena 3 Radio en el que Miguel Ángel García-Juez realizaba un simulacro radiofónico de una tertulia de café madrileño, tan anárquico como divertido, pero también *Mesa camilla* y *La linterna*.

2.3. LA SER REGALA SU GRAN INVENTO A LA COMPETENCIA

En los cuarenta y un años que han pasado desde que las tertulias nacieron en 1984, los socialistas han estado veintiséis en el Gobierno (con González, Zapatero y Sánchez) y los populares quince (con Aznar y Rajoy); por tanto, no debería sorprender a nadie que quienes más hayan hecho por darle forma a este nuevo invento comunicativo hayan sido las emisoras y cadenas de televisión más críticas con los Gobiernos del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). La tertulia es un invento que la SER, una emisora de izquierdas, regaló a la competencia para que desgastara a los sucesivos Gobiernos del PSOE que en España ha habido.

Tras el experimento de *La trastienda*, el Grupo Promotora de Informaciones, S. A. (PRISA) se convirtió en accionista mayoritario de la SER y la emisora aceró su sesgo progubernamental. De alguna forma, la empresa hizo suya la consigna de Guerra y el Gobierno de que las tertulias eran la forma en la que Satanás se dirigía al pueblo.

Por supuesto, esta consigna fue interiorizada hasta el punto de ser transformada en una virtud estratégica y de diferenciación. Frente a la barbarie de las emisoras que dejaban hablar a cualquiera, en la SER de la segunda mitad de los ochenta apostaban por la esterilización anglosajona. Ellos solo ofrecían la descripción inmaculada de la actualidad, con el debido distanciamiento, los hechos desnudos y sin la frívola vestimenta de lo subjetivo. Durante aquellos años hizo fortuna un lema: «Opinamos que no debemos opinar».[13]

En un editorial de *El País* publicado en abril de 1988 y titulado «Nuevos predicadores»,[14] el periódico ajustaba cuentas con las tertulias radiofónicas, a las que tildaba de «secta de predicadores, tan parecida a la que en Estados Unidos acumula millones de dólares

y hasta opta a la Casa Blanca». Añadía: «Aquí se los escucha lanzar venablos contra sus enemigos; lloriquear sobre una falsa caridad que apenas modifica su voz para utilizarla en una publicidad adyacente; formar tertulias de charlatanes, en las que meten algún inquieto de la izquierda para justificarse y potenciar los ataques al sistema democrático, del que se aprovechan tanto como lo fustigan».

La crítica podría casi denominarse *ad hominem*, puesto que cuando alerta de la «presencia ostensible en algunas cadenas de tantos sermoneadores y denostadores sistemáticos y arbitrarios de todo lo que su ignorancia no alcanza a analizar», se está refiriendo en concreto a la tertulia de Del Olmo en la COPE. También había otras en ese momento como *La espuela* de Alejo García o *Primera hora* de Antonio Herrero, pero en 1988 eran testimoniales al lado del espectáculo radiofónico de *Protagonistas*.

«Jugó un papel clave, diría que incluso más importante que cualquier otro», dice J. F. Lamata, doctor en Periodismo, autor de obras como *El libro negro de TVE*[15] y fundador de La Hemeroteca del Buitre, un repositorio que desde hace años recoge noticias presentes y pasadas del mundo mediático, ahormadas por la prodigiosa memoria de su fundador y las múltiples entrevistas que, a lo largo de los años, ha hecho a muchos de los artífices de la tertulia en España. «Si tuviera que marcar un punto de inflexión en las tertulias, se lo daría a *Protagonistas* y a Luis del Olmo: en el año 1989, Alfonso Guerra ya hace un alegato público diciendo que esas tertulias están desgastando al Gobierno. Se refería a Del Olmo, que era su pesadilla. Era entonces una tertulia muy agresiva, contaba con Pepe Oneto, Pedro J. Ramírez y otros.»

Sin embargo, pese a que el editorial de *El País* exhortaba a «que los oyentes sepan reaccionar y busquen en el dial a quienes les ofrecen una variedad seria», la SER no fue del todo ajena al formato

de moda. Xavier Sardà y Gemma Nierga en *La ventana* pudieron experimentar con el juguete; eso sí, manteniéndose alejados, al menos formalmente, de la actualidad política pura y dura. En aquellos años realizaron tertulias con presos, con niños o con personas neurodivergentes, algunas tan brillantes y desconcertantes como Leopoldo María Panero..., e incluso —tanteando los límites de la desaprobación gubernamental— con políticos, convocando a charlar los viernes a José Barrionuevo y Alberto Ruiz-Gallardón, aunque más que una tertulia era un *tête-à-tête*.

Enfilando el cambio de década, Del Olmo era ya hegemónico. La tertulia de *Protagonistas* dio un nuevo giro y comenzó a introducir a políticos en activo: Julio Anguita, coordinador general de Izquierda Unida (IU) y secretario general del Partido Comunista; Inocencio Arias, entonces director de la Oficina de Información Diplomática perteneciente al Ministerio de Asuntos Exteriores; Joaquín Leguina, presidente de la Comunidad de Madrid, y Pablo Castellano, de IU, fueron algunos de los más sonados.

La política de veto de las tertulias empieza a difuminarse en la emisora de PRISA[16] y, como había ocurrido una década antes, se utiliza el patio trasero de *Hora 25* para comenzar a introducir a los tertulianos de nuevo en antena. El 14 de enero de 1993 se estrena *La hora de la verdad*, un espacio muy acotado en el que María Esperanza Sánchez entrevistaba a un invitado y más tarde dialogaba con Elena Ochoa, Vicente Verdú o Fernando Pérez Royo, es decir, voces de la socialdemocracia que en ningún caso buscaban la fricción. De hecho, el lema del programa era «serenamente hablando». Fue cancelado en septiembre de ese mismo año. El presentador de *Hora 25* era Carlos Llamas, el hombre que recuperó las tertulias políticas para la SER. Fue el 4 de septiembre de 1994 y los invitados fueron Nativel Preciado, Miguel Ángel Aguilar, Carlos

Mendo y Carlos Carnicero. Dos de los cuatro eran antiguos participantes de *Protagonistas*, que ya entonces había dejado de ser la única tertulia.

En los diez años que pasaron, las tertulias habían caído en la forja de la COPE, Antena 3 Radio y, en última instancia, Onda Cero. En todas ellas, los tertulianos empezaban a ver futuro a aquello de opinar *contra* el Gobierno y cada vez eran seleccionados de una forma menos ingenua. González, cada vez más cuestionado, se atrincheraba. La oposición, liderada por un José María Aznar siempre dispuesto a dejarse entrevistar por los presentadores de aquellos programas matinales, era cada día más fuerte en los sondeos.

Algo había que hacer. O, al menos, era razonable que alguien desde el Gobierno lo pensara. Toda la maquinaria se puso en marcha para, principalmente, evitar una derrota en las elecciones de 1993, anticipadas, en las que el PSOE logró una victoria agónica.[17] Si la supresión de *La trastienda* tuvo un efecto dominó en la proliferación de las tertulias de derechas, el siguiente movimiento de ajedrez provocó un tsunami comunicativo cuyas réplicas llegan hasta hoy. La historia es muy conocida: en 1992, el presidente de PRISA, Jesús de Polanco, hizo una oferta al conde de Godó para hacerse con el control de Antena 3, la principal competidora de la SER.[18]

La consecuencia más inmediata es que las estrellas de Antena 3 pasaron de repente a reforzar a sus rivales directos. Si alguien de quienes tomaron aquellas decisiones en la Moncloa pudiera haber visto en una bola de cristal lo que sucedería en el futuro, probablemente habría enunciado en voz alta aquellas inmortales palabras de Homer Simpson antes de precipitar su coche a un lago helado: «¿¡Por qué mis acciones tienen consecuencias!?».

En 1994, Chelo Sánchez Serrano, entonces estudiante de Periodismo de último curso en la Universidad Pontificia de

Salamanca, propone a su profesor investigar a fondo para su tesina ese palpitante fenómeno que, por entonces, era solo radiofónico. El docente, Arturo Merayo, no la desalentó, pero la previno. «Me advirtió de que el asunto era tan novedoso desde el punto de vista de la investigación académica que ni siquiera existía una caracterización como género o una taxonomía que definiera exactamente la tertulia», explica Sánchez Serrano, hoy profesora en la universidad salmantina.

Se aproximó al objeto de estudio con ojo científico y nariz periodística. Visitó tertulias, escuchó y grabó muchas horas de radio en directo y aplicó un cuestionario al centenar de tertulianos que entonces se reclinaban a diario frente al micrófono. Les preguntó por su preparación, por sus métodos, por su recorrido profesional. Algunos le reconocían que se documentaban a fondo y que siempre pedían conocer los temas que iban a conformar la tertulia, y otros, que simplemente aprovechaban su bagaje, incluso que una tertulia era pura improvisación.

«Hoy en día vivimos en la era del periodismo interpretativo, de opinión, los tertulianos rara vez aportan información propia o diferencial —cuenta Sánchez Serrano—, pero, al comienzo, las tertulias eran diferentes, estas tenían un aire más *confidencial*, aportaban siempre más información y, sobre todo, contexto para entender las informaciones, que por entonces solían responder básicamente a qué había pasado.»

En estos últimos treinta años, el tertulianismo ha pasado por muchas fases. «En los años noventa, había hasta un obispo de tertuliano, catedráticos de diferentes ámbitos, abogados, escritores, dibujantes... Se trataba de que estuviera representada toda una clase intelectual —relata Sánchez Serrano—. Hoy en día, sin

embargo, los tertulianos pertenecen casi todos a un mismo grupo: periodistas especializados en política, directores de medios...»

En los últimos cuarenta años ha habido momentos de gran reconocimiento social para el tertuliano, pero también de animadversión, de perfil bajo, de zozobra con la entrada de nuevos medios y plataformas, cada uno imponiendo su propio ritmo y sus propias reglas de juego. En cualquier otro oficio, estos cambios habrían significado un relevo de los protagonistas, pero, en el mundo de la tertulia profesional, si bien los perfiles pueden haber cambiado —los obispos y catedráticos se fueron quedando por el camino—, tres décadas después de aquel trabajo seminal, pocos de los tertulianos con los que Sánchez Serrano habló han colgado el hábito.

Pueden haberse reconvertido ideológicamente, pueden haberse transformado en animales televisivos, pero los que no han muerto siguen en la carretera, sirviendo en caliente su opinión para quien quiera escucharla cualquier mañana, tarde o noche o a cualquier hora gracias al pódcast.

Sí, el mundo ha cambiado, ¿pero y qué? Caminar por un alambre sobre el barranco de la ignorancia, surfear el vértigo de la última hora, transitar la delgada línea entre la autoridad y la insensatez, lejos de ser un hándicap, es la gasolina del tertuliano auténtico.

2.4. PIQUITOS DE ORO

Cuando, en 1990, Luis del Olmo acepta la oferta para moverse de la COPE a la recién creada Onda Cero, se genera un efecto dominó que encarece el kilo de tertuliano. El mercado deshace el monopolio de *Protagonistas*. Comienza la edad de oro.

La COPE no estaba dispuesta a que le birlaran alegremente aquella gallina de los huevos de oro. Puso al frente de su matinal a Javier González Ferrari. Una de las primeras medidas que toman para amortiguar el impacto del cambio de escudería de Luis del Olmo es adelantar media hora la tertulia, a las ocho y media, para comerle terreno a sus rivales.

Logró retener a muchos de sus colaboradores, como Pilar Cernuda, Miguel Ángel Gozalo, Julián Lacalle y Miguel Ángel Aguilar, pero otros se marchan a la competencia o, si se quedan, venden cara su lealtad.

La guerra por la audiencia no se limitaba a la COPE y Onda Cero. Para entonces, la SER se había puesto las pilas y, además de a Carlos Llamas, alineó a un flamante competidor en las mañanas de la emisora: Iñaki Gabilondo. Aquellos locutores, llamados a suceder a Del Olmo, pasaron de repente a ser sus competidores en otras cadenas. Por ejemplo, Carlos Herrera, su primer sustituto, pasó a las mañanas de RNE.

El llamado *antenicidio* se resolvió con la llegada a la COPE de las principales figuras de la desaparecida Antena 3: José María García, Luis Herrero y Antonio Herrero, quien asumió el programa matinal *Primera hora* y lo adelantó hasta las seis de la mañana. La época en la que solo había una tertulia en España hacía tiempo que había pasado al Antiguo Testamento de la radio, ahora eran cuatro los jinetes que manejaban la opinión. Del Olmo aprendió rápido que el *stock* de buenos tertulianos se movía en la escasez, como la crisis del petróleo que en aquellos años sacudía las economías del mundo.

«Hubo un grupo de periodistas que convirtió el *antenicidio* en la prueba de que habían sido víctimas del Gobierno —explica Lamata —. A partir de ahí, se colocaron como héroes de la historia: el Gobierno era el villano, ellos los héroes. Eso tuvo mucha fuerza,

especialmente en *El Mundo*, lo cual tiene mucho que ver con la personalidad de Pedro J. Ramírez y de Federico Jiménez Losantos. Se podría incluir a otros, pero ellos fueron los más destacados porque tenían habilidad para construir relatos. Y no digo que sean relatos falsos, pero sí que están construidos al modo clásico: con buenos y malos, con un componente heroico, con esa idea de "lo teníamos todo en contra y vencimos".»

Esto fue clave, por ejemplo, a la hora de que Ramírez diera el salto desde *Protagonistas* a la tertulia que en la COPE estaban organizando Herrero y el resto de confabuladores contra el Gobierno socialista.

Una anécdota de septiembre de 1994 revela los movimientos tectónicos que se estaban produciendo en el universo de las tertulias políticas. Luis del Olmo entrevista por teléfono a uno de los personajes del momento, el banquero Mario Conde. Más allá de estar enfilado por la justicia por su participación en el caso Banesto,[19] en la España de principios de los noventa no había gran movimiento empresarial del que no se sospechara que tenía detrás a Conde, para apoyarlo o para hacerlo descarrilar.

En un momento dado, el locutor berciano se sale del guion de la entrevista: «¿Le puedo hacer una propuesta, señor Conde? Tiene usted un piquito de oro. ¿Acepta usted venir una vez a la semana a la tertulia de *Protagonistas*? Para hablar de sus cosas, y de otras después. Desde el aborto hasta el chantaje marroquí...».

Conde se sorprende, se confiesa halagado, pero toma la propuesta con cautela.

—Me parece muy agradable que usted me proponga eso, por la calidad de la emisora y de las personas que colaboran ahí.

—Ya le advierto que no tengo pasta suficiente para su caché.

—¡Es que eso es a lo que iba ahora! Mecachis, que tengo que vivir de algo. [...] No me puedo comprometer a ir todas las semanas, pero si a usted y a los tertulianos les parece... No sé si la palabra *tertuliano* es correcta o incorrecta..., como la he oído alguna vez.

—Es correctísima.

—Pues si yo puedo, iré con muchísimo gusto y además con temas libres.

—Pues hacemos oficial entonces que es usted tertul...

—No, no tanto, no tanto... A ver si puedo...

—Pues cada quince días.

El cortejo a Conde resultó infructuoso porque su propia audiencia reaccionó negativamente al posible fichaje, pero le costó a Del Olmo, además, una filípica de Antonio Herrero, quien atacó en su programa al veterano locutor por pastelear con el banquero. Del sermón de Herrero apenas quedan registros documentales más allá de las palabras *tertulia desprestigiada*, que recoge la prensa de la época, pero al director de *Protagonistas* le sentó como un tiro. A la mañana siguiente, se le tiró a la yugular: «Antonio Herrero, desde su púlpito de la COPE, nos volvía a atacar —comenzaba Del Olmo la mañana de aquel 27 de septiembre de 1994—. Pensábamos que íbamos a tener la mañana tranquila, pero Antoñita la Fantástica sigue dando caña, supongo que porque necesitan que se la den. En su inacabable sermón mañanero, Herrero llega a un estado delirante, sobre todo cuando dijo que Mario Conde quiere prestigiar las tertulias que están desprestigiadas. Hombre, Antonio, supongo que en casa del Herrero no basta con el cuchillo de palo y, según el mocito, el prestigio pasa por contar entre sus tertulianos con, no sé, con este inventor de la máquina de coser, Julianillo Lago, pero, en fin, ya lo he dicho muchas veces: "Antonio, deja de fantasear, lo tuyo es la hoja parroquial de Astorga, con todo el cariño, y lo nuestro es,

perdón por la chulería, el *Herald Tribune*. Más de un millón de oyentes nos separan. En fin, saludos a tu mesa camilla y no te alteres, Antonio"».

La invectiva tiene tantas capas de análisis que podría ser de interés para el Departamento de Paleoantropología de Harvard. Bajo el ataque de Herrero estaba, por ejemplo, el pálpito de que Conde había financiado la compra de Antena 3 o el intento de recalar en Onda Cero de la mano de José María García, que la emisora (solo les interesaba fichar al periodista deportivo) rechazó, pero también era un síntoma de que el tótem que *Protagonistas* había erigido en los últimos años estaba dando muestras de agotamiento, por eso necesitaba desesperadamente buscar tertulianos de renombre. En todas estas maniobras, la feroz competencia por suceder a Luis del Olmo olía la sangre y se tiraba, como un castor, a mordisquear la base del tronco.

En aquel momento, todos los programas matinales bebían de *Protagonistas* en cuanto a temática o estructura, lo reconocieran o no, pero, además, le habían dado una vuelta de tuerca al invento.

«Las tertulias de Antonio Herrero son muy dinámicas y agresivas, contienen grandes dosis de opinión y son especialmente críticas, sobre todo, con el poder. El tono de esta tertulia hace que el oyente no diferencie, en ocasiones, cuando le están informando y cuando le están *colando* opiniones», escribió Chelo Sánchez Serrano en su tesina de 1994.

«Herrero renueva la radio informativa. Con un estilo provocador imprime a la información la misma emoción que al magacín —cuenta Elsa González en su libro sobre la historia de la COPE—. Su fuerza y agilidad expresiva, sin hurtar el humor, constituyen un auténtico espectáculo radiofónico. Se convierte en una estrella con características diferentes a lo conocido hasta ahora.»

Hay otro factor no desdeñable. Con la llegada de las televisiones privadas, la tertulia inicia un nuevo asalto al medio televisivo.

«La primera tertulia de televisión en la que participé yo la hizo Jesús Hermida», dice Antonio Pérez Henares, un auténtico veterano del formato en nuestro país. Chani, como lo conoce todo el mundo, no había cumplido entonces los cuarenta años. Él frecuentaba una tertulia en el Café Gijón: «Era el más joven entonces, allí estaban grandes nombres del periodismo, como Manuel Vicent y Raúl del Pozo, pero también gente del mundo literario, de la pintura, del espectáculo... Algo así quiso hacer también Hermida».

Entre los habituales en *La noche de Hermida*, que debutó en octubre de 1992 y donde llegaba a reunirse una docena de tertulianos en torno al veterano periodista onubense, estaban Miguel Gila, Fernando Sánchez Dragó, José Luis García Berlanga, Luis Antonio de Villena, Fernando Fernán Gómez, Adolfo Marsillach, Massiel..., es decir, una idea muy parecida a la que había puesto en marcha Luis del Olmo años antes en *Protagonistas*. «Se hablaba del tema del día o de la semana o de lo que iba saliendo, pero no era todo política —recuerda Chani—. Había una mayor variedad de temas.»

«Hermida fue pionero en el género televisivo —dice Sánchez Serrano—, uno en el que todavía se podía hablar, se respetaban las formas y hasta algún tertuliano se callaba si no sabía de lo que había que hablar.»

Por supuesto, aquel tipo de tertulia estaba condenada y *La noche de Hermida* solo duró una temporada, hasta junio de 1993. Había, no obstante, muchas ganas en Telecinco o en Antena 3 de encontrar la fórmula que les permitiera llevar aquel formato tan exitoso de la tertulia radiofónica hasta la televisión.

Antes incluso de aquel programa de Hermida, Antena 3 introdujo, en primer lugar, *La tertulia*, un espacio presentado por Miguel Ángel García-Juez y enfocado al mundo de la cultura, con colaboradores míticos como Carlos Pumares y Luis Carandell. Aquel programa se realizaba con muy pocos medios, apenas un plató a oscuras donde un foco vertía su luz a plomo sobre una mesa con cuatro sillas, dándole al conjunto un aire de clandestinidad.

Poco más tarde, fue el propio Antonio Herrero quien hizo su intento de dominar el nuevo medio con *La tarántula*, una traslación directa del programa de radio donde departía con tres políticos: Santiago Carrillo, Miguel Herrero de Miñón y Ernest Lluch. Aunque el programa tuvo cierto recorrido en aquellos primeros años de la televisión privada, la verdadera fama y el dinero seguían estando en la radio matinal. No obstante, la participación de Herrero en *La tarántula* no fue en absoluto inocua. En aquella época que hoy se nos antoja prehistórica, en la que radio y televisión empezaban a hibridarse, la tertulia de radio se contaminó pronto de una cierta plasticidad tomada de la televisión: gestos, conceptos, ademanes difíciles de definir, pero que denotaban cierta modernidad de quien los ostentaba. Del Olmo intuía que Herrero estaba tocando ciertas teclas y creando una melodía distinta.

A mediados de los noventa, *Protagonistas* registraba dos millones de oyentes y el programa de Herrero casi 1,3 millones, según el Estudio General de Medios (EGM). La diferencia era bastante menor a aquel millón del que Del Olmo presumía en su invectiva, pero, sobre todo, las tendencias eran opuestas, uno bajaba lentamente y el otro subía como un cohete.

En realidad, la hoja parroquial de Astorga no estaba tan lejos del *Herald Tribune*. Y, en apenas tres años, aquel «mocito» lograría pasar por la derecha al transatlántico de las ondas.

3

El fuego que no quema (primera parte)

3.1. Cuarenta años después, donde todo nació

Miércoles, 22 de enero de 2025

Aunque ha arrastrado su voz por varios turnos de informativos, mañanas o fines de semana, ya fuera como redactor o como presentador interino, Aimar Bretos ha alcanzado ya ese momento en el que su timbre se convierte en indisociable de la hora del día a la que empieza su programa. Con los ojos cerrados, su voz sirve de banda sonora a la escena de un padre bañando a una niña pequeña en una bañera de plástico con la radio de la cocina colándose a través del pasillo. De las gotas de lluvia cayendo sobre el parabrisas y distorsionando el reflejo de luces rojas de freno en el penúltimo atasco del día en plaza de España esquina con Princesa mientras la radio suena. De una dependienta de Lush ofreciéndole fuego a una compañera mientras otra de ellas baja la persiana del establecimiento y un inmigrante latino aventa las brasas en un puesto de castañas asadas en la acera de Callao, a apenas unos pasos del epicentro de la voz de Bretos.

Es otro miércoles por la noche en la redacción de la Cadena SER. Sobre la moqueta se desliza el runrún de un Real Madrid-Red Bull

Salzburgo de la Champions League narrado en *Carrusel deportivo*. El fútbol ha desplazado *Hora 25* a un pequeño estudio con un único ventanuco que da al callejón de Mesonero Romanos. El mismo lugar donde comenzó la historia de las tertulias políticas en España, solo que cuarenta años más tarde y ahora con este donostiarra como director de orquesta.

Bretos tiene treinta y nueve años y es el primer director de *Hora 25* que es más joven que el propio programa.[1] Llegó a la emisora con veinticinco años, como un becario más. Hay pocas figuras de su generación en la radio española al frente de programas importantes. Da la sensación de que, en otra época, la oportunidad le habría llegado antes. Él recibió la dirección de *Hora 25* de manos de su antecesora, Pepa Bueno, solo cuando esta se fue a dirigir *El País*. Aunque su rostro sirva hoy a la SER para vender una cierta renovación generacional —los otros rostros icónicos de la emisora, como Àngels Barceló, Carles Francino o Javier del Pino sobrepasan ya los sesenta años—, lo cierto es que el estilo de Bretos no tiene nada de juvenil. Presenta *Hora 25* al estilo de sus precursores, sin artificios, arremangado frente al micrófono, con la honestidad y el instinto como únicos filtros. El guion impreso, apoyado de cualquier manera en la pantalla del portátil y gesticulando «Qué calor» a la sala de control, como si ellos pudieran alterar eso.

Faltan unos minutos para que empiece la tertulia. El gran tema esta semana es, por supuesto, el retorno de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos. Se hable de lo que se hable en las tertulias, el apellido del magnate acaba saliendo tarde o temprano como una letanía, un comodín que lo explica todo y resuelve cualquier nudo argumental. Sin embargo, este miércoles los analistas llevan todo el día enfrascados con algo más local y pintoresco: el Gobierno ha fracasado a la hora de intentar aprobar

una ley ómnibus porque, además de quienes habitualmente se oponen a sus políticas, los siete diputados de Junts, el partido del prófugo nacionalista catalán Carles Puigdemont, se han negado a apoyar la tramitación de este decreto.

Quizá por eso, Valentina Martínez Ferro, exdiputada del Partido Popular (PP), llega frotándose las manos. «Has tenido suerte, has venido a la única tertulia donde interviene alguien de derechas», me dice en referencia a sí misma. Sonríe, pero no bromea. Lo habitual en el programa es encontrar tres voces de izquierdas, situadas en cualquier punto del espectro que va desde la socialdemocracia hasta el maoísmo.

3.2. Pluralidad monocromática

Utilizando uno de esos recursos baratos de la literatura de no ficción, escapo por un segundo del presente y me elevo por encima del espacio y del tiempo para observar a los tertulianos[2] que han acudido o acudirán a *Hora 25* durante toda la semana del 20 al 27 de enero de 2025 y contemplo que, en efecto, ni los días anteriores ni los posteriores acudió nadie ideológicamente próximo a la derecha.

Es casi una seña de identidad de la emisora.[3] Ya en los años noventa, a Iñaki Gabilondo le comentaron en una entrevista: «Se dice que su tertulia es monocromática», y él respondió: «Era un reproche que se nos hacía, a pesar de que hemos buscado sin parar gente de todos los colores. Este año hemos incorporado a cuatro personas para darle mayor cromatismo. En cada una de las emisoras se han ido marcando posiciones ideológicas y hay gente que tiene dificultades en aceptar ir a un sitio porque cree que no es el suyo».

Antes de comenzar el programa, Bretos confiesa entre bastidores que los tertulianos de derechas, cuando acuden a la SER, tienden a ejercer un papel de centristas moderados. Algo de miedo escénico hay, pero también mucho de estrategia. Como en el fútbol, si juegas en Ipurua, con el campo embarrado y frente a un público hostil, más que ir al ataque conviene sacar un empate o, dicho de otro modo, tratar de que el oyente de la SER pueda replantearse ciertos axiomas. No cambiarán su voto, pero sí su percepción. Dicho lo cual, Martínez Ferro —gallega como Mariano Rajoy y, de hecho, la escogida para ocupar su escaño en el Parlamento cuando el expresidente dejó la política y volvió a ser registrador de la propiedad en Santa Pola— es de lo más centrado que el PP tiene en su fondo de armario.

Junto a ella, esta noche comparecen en *Hora 25* Luis Arroyo, sociólogo, presidente del Ateneo de Madrid y, en aras del espectáculo, un socialista ferviente, y Sergio Pascual, antaño diputado por Podemos, donde llegó a ser secretario de organización antes de ser decapitado por Pablo Iglesias para vengarse de Íñigo Errejón.

Hace rato que es noche cerrada. La lluvia ha parado momentáneamente y el viento mece una sombrilla en un balcón de la tercera planta en el edificio de enfrente. La luz anaranjada de las farolas se desmigaja al penetrar en el acalorado estudio. En una esquina, sentada al borde de la silla, hay una mujer rubia de mediana edad llamada Lola. Es gerente de una empresa agrícola de Balerma, Almería, que ha aprovechado su visita anual a FITUR para presenciar con sus propios ojos la grabación del programa, del que es una entusiasta seguidora desde que una vez, hace unos meses, Bretos la llamara por teléfono para hablar del tomate español.

Pese al entusiasmo de Lola, el ritmo de la tertulia no está siendo electrizante porque todos están más o menos de acuerdo en lo esencial. Suele ocurrir cuando entre los contertulios no hay polos opuestos, sino una gradación de opiniones.

Sergio Pascual y Valentina Martínez Ferro coinciden en prácticamente todos los reproches al Gobierno, algo que para el ritmo de un programa de radio resulta matador, pero continúan con el juego de las microinterrupciones y los «sí, pero...» para tratar de justificar que uno viene de Podemos y la otra del PP. Bretos pide a ambos que sean «telegráficos de verdad» y, en cuanto puede, cede el turno de palabra a Luis Arroyo.

Arroyo se sitúa al final de una línea sucesoria de hombres que presidieron en los dos últimos siglos esta institución cultural y científica: Ramón María del Valle-Inclán, Antonio Cánovas del Castillo, Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón y Manuel Azaña. Aunque nunca será propuesto al Nobel, como algunos de sus predecesores, el cargo permite a Arroyo incrustar en sus opiniones toda esa raigambre ateneísta y que su voz sea la que más tiempo quede suspendida en el aire del estudio, auxiliada por la leve cacofonía que se obtiene al hablar desde un púlpito. «¡Es una vergüenza!», exclama una y otra vez, siempre en referencia al Partido Popular. Más tarde, al ser preguntado por Trump, responde mencionando a la presidenta madrileña Isabel Díaz Ayuso y continúa: «¿Cumplirá, no cumplirá...? ¡Qué más da, si es un fascista!».

Arroyo, con su media melena y su barba de tres días, es el más tertuliano de los tres. Los otros dos pueden tener colores en la paleta de los que él carece, pero él, sin duda, lleva dentro ese *hardware* que le indica qué amperaje meterle a la charla o cuándo pasar a un discreto segundo plano. Así, al ser llamado a filas por

Bretos, se incorpora un poco en la silla y brama: «¡En el PP son unos patriotas de hojalata, como dijo Zapatero!».[4]

Da la impresión, al mismo tiempo, de no haberse preparado demasiado sus intervenciones y de saber muy bien qué quieren los oyentes.

En realidad, cada uno de los integrantes de la tertulia tiene muy claro lo que se espera de ellos. Pascual adopta un perfil profesorial hierático. En estos momentos está aportando unos datos sospechosamente precisos sobre el EBITDA de Iberdrola —que acaba de leer en su teléfono móvil y apuntar en su libreta minutos antes— para justificar un impuesto a las energéticas contenido en el decreto frustrado.

Martínez Ferro ejerce esta noche de guinda de la tertulia, un elemento que sopla en otra dirección que el resto de la mesa, para provocar así un cierto oleaje. En la noche de hoy lo tiene todo a favor, pero golpea tan tímidamente al Gobierno como la lluvia a los cristales de la ventana. Nunca llega a inflamar un contraargumento por parte de los otros dos contertulios, si acaso, algún gesto de anuencia o una microinterrupción. Por educación o estrategia, es amable en sus formas, lo que provoca hacia ella un tratamiento como de minoría étnica.

«¡Ahora estoy hablando yo, Valentina!», exclama de repente Pascual en respuesta a una microinterrupción. Las discrepancias entre los tres son estéticas y se resuelven con cordialidad, sin la intervención del moderador. De pronto, llega una pausa para publicidad, la puerta se abre, se oye cierto alboroto desde el pasillo y todos giran la cabeza en esa dirección.

Bretos se pone en pie y se aproxima a saludar a Elma Saiz, la Ministra de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones de España.

3.3. «ME HAS APRETADO, ¿EH?»

La gran controversia de esta ley ómnibus que ha naufragado en el Congreso era que mezclaba cuestiones de interés general, como la revalorización de las pensiones o los descuentos en el transporte público, con otras, como la cesión de un palacete parisino al Partido Nacionalista Vasco (PNV). Como sabemos, los políticos de cualquiera de los dos partidos que aspiran a gobernar España tienen un cuidado máximo en todo lo que rodea a los pensionistas, que cada día acrecientan su papel como principal nicho de votantes del PP y del PSOE.

Por eso está aquí la ministra Saiz en persona, para desinflamar a los cuatro vientos a los iracundos pensionistas que temen que su prestación se vaya a ver depreciada por no haber sabido convencer a una mayoría parlamentaria suficiente. Mientras que para otras cadenas lograr la presencia de un ministro es misión imposible, para la SER resulta del todo natural que, en noches así, la responsable de la cartera que haya protagonizado la noticia del día llegue por su propio pie a dar las explicaciones pertinentes.

Menos de cinco segundos después de saludar al director de *Hora 25* y acomodarse en el asiento, la ministra Saiz ya está hablando.

—Ministra, ¿en febrero se van a volver a bajar las pensiones?

—Eso es lo que quiere el PP.

Aunque toda la atención de los oyentes está ahora mismo en el interrogatorio de Bretos a Saiz, para los tertulianos es momento de introducir de nuevo la cabeza en el éter informativo para rellenar sus branquias de ideas que sirvan de esqueleto a la cháchara, o viceversa, de confeccionar las plumas conversacionales con las que adornar las consignas. En resumen, Pascual está mirando su móvil y, en paralelo, tomando notas en su cuaderno. Martínez Ferro está

tecleando algo en su ordenador; por la cadencia, las pausas y el movimiento circular de sus ojos, parecen anotaciones en un bloc de notas. Por último, Arroyo, reclinado en su silla, consulta el correo electrónico. Son las 22:29 y los sonidos de grada del *Carrusel deportivo* que entran desde el pasillo cada vez que alguien abre la puerta del estudio van, poco a poco, apagándose.

Bretos está sometiendo a la ministra a la parábola de la rana hervida. Con cada pregunta, educado pero implacable, va subiendo la temperatura al agua.

—¿Tienen ya un plan y no nos lo cuentan para que PP y Junts se cuezan en su propio jugo?

Saiz trata de salir del bucle con lugares comunes futbolísticos: «Me voy a dejar la piel, y el Gobierno también, no puede ser que paguemos justos por pecadores», dice la ministra incurriendo en una curiosa despersonalización por la cual ella, como ministra del ramo, contempla el Gobierno desde fuera: «El Gobierno ha hecho lo que tenía que hacer».

Los políticos dicen a menudo cosas sin demasiado sentido, pero siempre dentro de una narrativa coherente. En estos momentos se ve a la ministra incómoda. Las referencias continuas al PP no están funcionando esta vez, porque si el decreto ha descarrilado ha sido por la negativa de Junts, uno de sus socios de investidura. Pero Saiz es una veterana y saca de la manga un recurso poderoso, la anécdota personal: «Me ha llamado mi madre diciéndome que sus amigas y vecinas le han preguntado qué está pasando, "¿No voy a cobrar en febrero la pensión?"».

Así estuvieron unos minutos más, con Bretos dejando caer preguntas como una gota malaya sobre la gobernante socialista...

«¿El Gobierno se compromete con los pensionistas a que no van a perder poder adquisitivo?» «¿Fue un error meter esta subida de las

pensiones en un decreto ómnibus, mezclado con muchas otras cosas?» «¿No es hipócrita que cuando les falla la mayoría parlamentaria alternativa recurran al PP diciendo que les tienen que aprobar algo?»

Y Saiz respondiendo que el Gobierno «no da ningún partido por perdido», «se va a dejar la piel» y «va a sudar la camiseta», estrategia discursiva iniciada por el propio presidente Sánchez en su balance de fin de año de 2024, cuando dijo que el Gobierno seguiría la política del «partido a partido» para lograr tener presupuestos antes del mes de marzo.

Un par de minutos después, la entrevista acaba y la ministra se levanta de la silla con el mismo automatismo con el que se sentó. Antes de despedirse del todo, con una media mueca, se gira hacia Bretos y le dice: «Me has apretado, ¿eh?».

El periodista replica instintivamente «¿Yo?», devuelve una sonrisa atónita y se encoge de hombros, en plan *qué otra cosa podía hacer*. Pero cierta tensión queda flotando en el ambiente del estudio. Martínez Ferro salta como un resorte: «¡Si le has dado más caña que yo!», buscando pinchar el globo de la incomodidad, generar otra dinámica. No funciona, pero da igual, Saiz se tiene que ir y lo dicho dicho queda.

La mera insinuación de que el periodista debería haberse contenido a la hora de preguntar a la ministra ya es reveladora de cuáles eran las expectativas de Saiz con la entrevista. En realidad, Bretos no le hizo ninguna pregunta que no le hubiese hecho alguna de las vecinas de su madre si se las hubiese encontrado por la calle.

Tras la entrevista, el debate político continúa.

Poco después, al hablar de un tal Víctor Soriano, abogado que es a la vez asesor del PP en el Senado y representa a la asociación Manos Limpias en la causa abierta contra el fiscal general del

Estado, Arroyo espeta: «Luego eso acabará filtrado en pseudomedios o medios de mierda» y, tras unos segundos, pregunta en voz alta: «¿Se puede decir medios de mierda?».

Publicidad. Los tertulianos comentan con el micrófono apagado que Soriano se levanta, al parecer, 56.937 euros anuales de dinero público como asesor de la secretaria primera de la Mesa del Senado, Eva Ortiz. Martínez Ferro alza entonces las cejas y exclama divertida: «¡Hala! ¡Y yo aquí por 150 euros!».

El debate se interrumpe un momento para dar paso a Manu Carreño, el director de *El larguero,* que entra en el estudio para informar a la audiencia sobre los resultados de la noche de Champions. Carreño trae también una noticia bomba, que comparte con los miembros de la mesa. «¿Sabes que cambian a Ana Rosa? —dice—. Ahora entrará a las nueve, la tarde no ha ido bien y van a ver si levanta las mañanas.»

En la calle, el sirimiri nocturno da paso a una lluvia más consistente. La aguja se aproxima a las señales horarias. «Treinta segundos para cada uno, eh», les dice Bretos fuera de micro, y propone que, para finalizar, comenten una propuesta de Pedro Sánchez para que los «tecnomillonarios» sean responsables de lo que la gente postee en internet y, antes de que la cuestión pueda llegar a nada sustancial, el presentador se despide de los oyentes y baja la persiana una noche más.

Pascual se acerca a Arroyo y ambos se intercambian los teléfonos. Martínez Ferro revela en *petit comité* que ha recibido un mensaje de un consejero de PRISA que le recomienda más dureza en el debate, a lo que ella responde: «Pero, bueno, ¡si casi os pego!».

En la misma puerta de la Cadena SER, los tres tertulianos departen antes de despedirse. Pascual pregunta por la estación de metro más cercana —lo cual, viniendo de alguien que fue diputado

durante una legislatura en el Congreso de los Diputados, que está a unos diez minutos a pie desde el número 32 de la Gran Vía, resulta inquietante o quizá revelador— y la exdiputada popular despliega un paraguas y se ofrece a guiarlo. Enemigos frente al micro, solidarios bajo el paraguas. Habría sido un gran final para esta historia, de no ser porque ni siquiera sirve para concluir este capítulo.

3.4. La tertulia es un fuego que no quema

A unos doscientos metros calle abajo, la vida continúa para quienes se mantienen ajenos al circo de la actualidad y se han metido, al filo de la medianoche, en el Kentucky Fried Chicken para resguardarse de la lluvia masticando trozos de pollo picante envueltos en una servilleta.

De todo lo que acababa de presenciar, lo que más vueltas me daba en la cabeza fue esa reacción de Saiz a las preguntas de Bretos. «Me has apretado, ¿eh?» Los tertulianos que estaban sentados junto a ella en aquella mesa llevaban, a excepción de Arroyo, toda la noche criticando la gestión de aquel decreto ley ómnibus. Con una vehemencia limitada, de acuerdo, pero tampoco es que las preguntas fueran cargadas de inquina.

El Gobierno en general y el presidente Pedro Sánchez en particular llevan meses señalando la desinformación, los bulos o las *fake news* como uno de los problemas más acuciantes del país en estos momentos. En el verano de 2024 promovieron un «plan de calidad democrática» que pretendía, entre otras cosas, identificar a los propietarios de algunos medios de comunicación, limitar su financiación por medio de la publicidad institucional y reforzar el derecho al honor o a la rectificación. La intención de fondo es

desincentivar campañas como las que afectan al propio Sánchez, con publicaciones en prensa digital sobre las investigaciones en curso a su esposa o a su hermano.

Han tildado a muchas cabeceras de pseudomedios y a algunos informantes de activistas. Es cierto que existen, pero es llamativo que ni el presidente, ni la ministra Saiz ni nadie del Gobierno haya mencionado nunca en todo este debate las tertulias.

Ahora mismo, son el altavoz más grande para cualquier tipo de contenido político, desde la información hasta la opinión, pasando por el chascarrillo o la replicación de cualquier vídeo que se haya hecho viral en TikTok. Según una estimación de 2014, las cadenas dedicaban más de treinta y cinco horas semanales a programas con algún tipo de tertulia política. Esto es, cinco horas diarias, muchas de ellas en *prime time* y con audiencias de hasta el 15 por ciento. Hoy será mucho más, dado que espacios no tradicionales como *El hormiguero* de Pablo Motos[5] o el programa de Iker Jiménez cuentan ya con sus propias tertulias. De hecho, Radiotelevisión Española (RTVE) abandera en la actualidad esa fiebre por el formato: tras los últimos cambios anunciados en la parrilla en septiembre de 2025, las tres principales cadenas públicas (La 1, La 2 y el Canal 24 Horas) encadenan hasta doce horas diarias de programas con mesas de análisis,[6] desde *La hora de La 1* hasta *La noche en 24 horas*, los dos programas de infoentretenimiento que sitúan a los tertulianos en pantalla desde las 7.50 de la mañana hasta más allá de la medianoche. En todas ellas, los analistas opinan sin ningún tipo de filtro sobre lo que hace el Gobierno y, por supuesto, llevan cualquier noticia publicada por un periódico digital —donde el impacto de una noticia puede llegar teóricamente a cientos de miles de lectores, pero en realidad suele quedarse muy por debajo de esa cifra— hasta los millones de telespectadores de estos programas.

Hace cuarenta años, cuando Guerra las censuró, solo existía *La trastienda* y los únicos tertulianos eran González Ferrari y sus dos contertulios. Hoy, en el mismo minuto en el que Martínez Ferro, Pascual y Arroyo departían en *Hora 25*, en la constelación de las tertulias españolas brillaban también Nicolás Redondo y Antonio San José en *La linterna* de la COPE; Ainhoa Martínez Hoyos, Javier Caraballo, David Jiménez Torres, Carlos Rodríguez Braun y Francisco Pascual en *La brújula* de Onda Cero; Juan Pablo Polvorinos, Mario Noya, Pepe García Domínguez y Fernando Lázaro en *La noche de Dieter* de esRadio; Carmelo Encinas, Javier García Vila, Elsa García de Blas y Yolanda Gómez en *La noche en 24 horas*, y Pablo Iglesias, José Manuel García Margallo, Esther Palomera y María Claver, que discutían, dos para dos, en *59 segundos*. Sin contar los que aparecían en cadenas de radio y televisión de menor alcance, en autonómicas o en canales de *streaming*.

Es una industria en sí misma, capaz de hacer cambiar de opinión cada día a millones de ciudadanos y, sin embargo, no merece ni una nota al pie en la lucha que el Gobierno ha emprendido contra la desinformación. Me pregunto por qué o, más bien, dejo que las conspiraciones que manejaba devengan en hipótesis y más tarde en certezas al respecto.

Podría argumentarse que las tertulias son un subproducto de la democracia, que después de tanto tiempo sin poder escuchar opiniones en la radio, por fin, en 1978 pudimos hacerlo de nuevo, pero no es algo que importara a Guerra cuando, en 1984, les declaró la guerra por exponer a todo el mundo las circunstancias de su *affaire* extramatrimonial y de su hija secreta. Podría argumentarse que las tertulias han traspasado hace tiempo el terreno de juego de la información para trasladarse al del espectáculo, que han mutado en un nuevo género inasible para cualquier ley que pretenda echar

el lazo a los medios de comunicación. O podría argumentarse que el Gobierno aún considera la información un animal salvaje —que escapa a su control, se esconde, muerde y a veces hay que disparar —, mientras que la opinión es otra cosa, algo que ladra pero no muerde, algo domesticable.

Podría argumentarse que, por mucho que uno se desgañite en una tertulia faltando al respeto a un gobernante —incluso a un empresario, siempre que no ponga pasta en publicidad—, este nunca va a tratar de reprimirlo. Es como si supieran de antemano que la detonación está controlada, que no escapará de esa burbuja ni sobrevivirá al día siguiente, cuando todo empezará otra vez de cero. Que la tertulia es un fuego que no quema.

A esta hora, los sonidos humanos han sido ya totalmente reemplazados por el pi-pi-pi de las máquinas que dan marcha atrás, el rechinar de la madera de un palé al ser colocado sobre otro, el ruido neumático de las puertas al cerrar. Un barrendero desliza las cerdas de su cepillo sobre la calzada húmeda de la Gran Vía y el sonido que emite, áspero y rítmico, recuerda al de una radio desintonizada.

3.5. NIVELES DE COMPLEJIDAD

Repaso mis notas previas, tomadas meses antes, y me doy cuenta de la superficialidad de mis análisis sobre las tertulias. En el programa de Alsina entendí que la construcción de una tertulia no termina nunca, que es siempre una obra inacabada y un pulso infinito del conductor por colocar a su alrededor a los músicos adecuados para interpretar la endiablada partitura de la actualidad. Lo recordé al ver cómo Arroyo y Pascual se intercambiaban el

teléfono. El trío de esa noche era inédito y quizá no se repita. Porque en esta búsqueda de la mesa perfecta siempre hay más niveles de complejidad, nunca es tan sencillo como «tres tertulianos, una del PP, otro del PSOE y otro de Podemos».

Hay otras cualidades intangibles que no aparecen en un currículum, pero el moderador de una tertulia —y, siendo justos, también los productores del programa— saben detectar. Por ejemplo, la capacidad de inflamar el debate o enfriarlo. O la capacidad de ser esa persona hacia quien el presentador dirige su dedo, y su plena confianza, cuando el programa se le encasquilla.

Es precisamente a lo que juega, por ejemplo, Ángeles Caballero, colaboradora de Bretos pero también de La Sexta. Caballero sabe que, pese a aparecer cada semana en algunas de las tertulias con más audiencia del país, aún hay media España que no tiene ni idea de su existencia. «Mi suegro sabe quién soy yo, claro, pero mi suegro lleva suscrito al *ABC* desde su más tierna infancia —me cuenta—. Tiene noventa y un años y, para él, todo lo que ocurre en el mundo está en esa cabecera.»

Su llegada a las tertulias no tuvo nada de convencional. «Fue absolutamente inolvidable.» Aunque sirve para entender cómo los productores se dedican a peinar España de una esquina a otra para encontrar voces con las que rellenar sus mesas.

Caballero era redactora en la sección de pymes de *El Economista* cuando, un día, «al director se le ocurrió darme una columna de opinión para escribir sobre temas que entonces estaban muy presentes, aunque ahora suenen anticuados: mujeres hablando a mujeres, la conciliación, la brecha salarial..., esas cosas que se suponía que solo nos competían a nosotras».

Un día, escribió una columna en la que se jactaba de ser una mala madre, «antes incluso de que se popularizara el término *malamadre*

—dice—. Estaba orgullosa de no ser ni la mejor cocinera, ni la mejor enfermera, ni una madre perfecta». El texto cogió algo de vuelo y, *voilà*, un día la llamaron de *Espejo público* para participar en una tertulia. Cuando llegó, se vio sentada en una mesa junto a Lucía Etxebarria y Lolita. «Apenas hablé —confiesa—. Fue un test de estrés importante: aunque yo soy locuaz, ese primer día estaba tan nerviosa que apenas pude decir nada. Entre el maquillaje y la peluquería, sentía que estaba viviendo algo parecido a una peregrinación a Lourdes.»

Así comenzó la escalada de Ángeles Caballero desde las tertulias de variedades, cotilleos, sucesos, escándalos absurdos y cosas fresquitas hasta la cima del análisis político. Una tertulia llamaba a la siguiente. La llamaron de *La ventana*, con Carles Francino, para colaborar durante el verano, la época del año donde se prueba a los *sparring*. La llamó Carlos Alsina para su programa y, poco después, de *Más vale tarde*, en La Sexta.

«Ahí empecé a asentarme en el papel de tertuliana, opinando sobre temas de actualidad, política y sociedad —dice Caballero—. Me convertí, digamos, en una especie de artista de variedades de la tertulia.» Y, de ahí, a firma estrella de *El País*, tener su propio espacio en el *Hoy por hoy* de la SER y presentar, junto a Jorge Javier Vázquez, el último libro del presidente del Gobierno, *Tierra firme*.[7] Nada mal para alguien que sigue moviéndose en Cercanías.

Lo interesante de su caso es precisamente que Caballero ha ido ocupando espacios de tertulia sin anteponer una erudición en ningún tema determinado. Más bien usando un sentido arácnido para saber qué cables se pueden pisar o no y dejando un par de cosas claras de antemano.

«Una ministra de Podemos, del Gobierno anterior», la citó un día para conocerse. «Le dije: "Encantada de que me invites a tomar café

en tu ministerio y me cuentes qué hacéis, pero yo no te debo nada —le soltó—. Me caes muy bien, pero cuando haya algo que me parezca mal, lo voy a decir. Con educación, pero lo voy a decir".»

Con variaciones de estilo e ideología, pero probablemente, todos los presentadores de tertulia tienen en cartera un perfil así dentro de su cuota personal, alguien capaz de decir en antena lo que ellos, u otros panelistas, nunca dirán, o que intuya con solo un matiz de la voz del presentador que es necesario apurar o cambiar de tema inmediatamente. De nuevo, hay habilidades en el currículum de un tertuliano que no tienen nombre.

4

Historia de un cuadro

4.1. El Sindicato del Crimen

Jueves, 8 de mayo de 1997

No era nada fácil encontrar bajo el mismo techo a todos los miembros del Sindicato del Crimen, pero, como en las películas de mafiosos, siempre hay un bautizo, aunque fuera de un óleo. Antonio Herrero, posiblemente la mayor estrella de la radio española en ese momento, los había convocado a todos en la galería de arte Ansorena, próxima al cuartel general de la COPE.

Siguiendo la máxima maquiaveliana de que «Es mejor ser temido que amado si no puedes ser ambas cosas», Herrero era entonces el terror de demasiada gente. Los socialistas lo consideraban responsable de que Felipe González hubiera perdido las elecciones en 1996, provocando la entrada del PP en la Moncloa. La derecha, a su vez, lo consideraba responsable de no haber ganado con una mayor diferencia. Era implacable con todos, pero especialmente con quienes detentaban el poder, por eso Aznar no acababa de estar tranquilo sabiendo que ahora el vía crucis le tocaría a él.

Aquel año de 1997, la SER era la emisora más escuchada en términos generales, gracias en parte al *boom* de *El larguero*; por las mañanas, *Primera hora*, el programa de Herrero, lograba alcanzar el

liderato durante algunos tramos. Si Luis del Olmo fue el responsable de introducir esos macroprogramas de varias horas —en los cuales cabían como mínimo dos tertulias, una política o de actualidad y, la segunda, social o de sucesos—, Herrero fue el primero en adelantar el inicio de estos espacios hasta las seis de la mañana, obligando así al resto a seguirle el paso.

Del Olmo llevaba unos años en la recién nacida Onda Cero, pero ya no era el *hegemón* de antaño. La siguiente generación le había arrebatado a dentelladas a buena parte de su audiencia: Iñaki Gabilondo a los socialdemócratas y Herrero a los liberal-conservadores. Al veterano locutor aún le quedaba un par de trucos en la manga para lograr llevar a su emisora a ser la más escuchada, pero siempre a media mañana, cuando los programas se dedicaban a ser magacines de entretenimiento.

Sin embargo, no tenía nada que hacer a la hora de la tertulia, el *prime time* de la mañana. Entonces era Herrero —y Carlos Herrera, encargado del segundo tramo del programa— quien hacía a los españoles de aquella época cambiar el dial para ver qué tenían que decir, tanto él como sus más inefables contertulios. Ellos llevaban a la COPE a arrebatar el liderato[1] de ocho a diez de la mañana a la todopoderosa SER, ellos fueron bautizados por por Juan Luis Cebrián, entonces consejero delegado de PRISA y *El País*, como el Sindicato del Crimen, y ellos se arrogaron haber logrado, contra viento y marea, que el timón del país cambiara de rumbo al echar a los socialistas de la Moncloa después de catorce años.

Por eso fueron citados aquel lunes en aquella galería y casa de subastas con poso decimonónico, situada a dos pasos de Cibeles, en el epicentro de lo que en la época dorada de los cafés se llamó el Madrid de las tertulias.

El motivo de la convocatoria era la presentación de *La tertulia de Antonio Herrero*. El cuadro, técnica mixta sobre tabla de 170 por 180 centímetros, representaba una tertulia imposible, dado que normalmente Herrero se rodeaba de tres, a lo sumo cuatro tertulianos. Sin embargo, la obra mostraba al locutor de pie en mitad de una enorme mesa ovalada y, a cada lado, seis de sus contertulios. El cuadro, obra del pintor Álvaro Toledo, era una fantasía por encargo, a caballo entre *La tertulia del Café de Pombo* de José Gutiérrez Solana y *La última cena* de Leonardo da Vinci.

Toledo era un artista con entonces treinta y un años que ya destacaba dentro de aquel movimiento que se dio en llamar *realismo madrileño*. Acababa de ganar un premio en el Salón de Otoño[2] y lo último que podía imaginar era que acabaría metido en un torbellino que lo llevara a codearse con algunos de los personajes más famosos —y temidos— del país.

Un día de julio del año anterior, Toledo recibió una llamada de su suegro. Le pidió que lo acompañara a una finca en Extremadura. Tenía asuntos que discutir con su dueño, un famoso periodista, aficionado al campo y a la caza, al que el pintor había conocido en la boda de David Pécker.[3] Durante el enlace, ambos habían hablado brevemente y ya le había comentado, sin concretar nada más, su idea sobre el cuadro. Así que nada más poner el pie en aquella dehesa, Toledo sospechaba por dónde podían ir los tiros.

Antonio Herrero presentaba *Primera hora*, el programa matutino de la Cadena COPE, donde había recalado después de que el Gobierno de Felipe González maniobrara para desmantelar Antena 3 Radio, emisora que había logrado arrebatar el liderato a la Cadena SER y donde Herrero dirigía *El primero de la mañana*.

Muchas de las principales figuras, encabezadas por Manuel Martín Ferrand, José María García y el propio Herrero, se negaron a aquella

venta de la emisora al Grupo PRISA y, a partir de 1992, acabaron recalando en la radio de la Conferencia Episcopal.

«Las empresas, las acciones, pueden comprarse; los hombres no», dejó dicho en su despedida de Antena 3 el presentador, antes de reagrupar a sus huestes en la competencia. Desde su nuevo púlpito, siguieron fustigando cada mañana al Gobierno socialista, cada vez más debilitado por los casos de corrupción que no dejaban de aflorar. Así nació el Sindicato del Crimen.

Formaban parte de este grupo, además de otros exiliados de Antena 3 como Federico Jiménez Losantos, los directores de los principales periódicos que confrontaban al Gobierno, como Pedro J. Ramírez de *El Mundo*, José Luis Gutiérrez de *Diario 16* y Luis María Anson de *ABC*, pero también nombres como el del escritor Fernando Sánchez Dragó, el economista Ramón Tamames, el sindicalista Justo Fernández... Había conservadores, liberales, socialdemócratas, comunistas conversos o en ejercicio, pero prácticamente todos compartían un mismo objetivo vital: sacar a Felipe González de la Moncloa.

«Tanto el *ABC* de Anson como el *Diario 16* de Pedro J. Ramírez y, tras su defenestración por presiones del Gobierno del PSOE, *El Mundo* tuvieron en el programa de Antonio Herrero (*El primero de la mañana* en Antena 3, *La mañana* en la COPE) el altavoz que ampliaba sus denuncias, la conciencia crítica que respaldaba sus argumentos, el lugar donde se refugiaban los damnificados por el felipismo para seguir políticamente vivos, la batería de tertulias que diariamente trataban de conmover la conciencia cívica», escribe Jiménez Losantos en *De la noche a la mañana: el milagro de la COPE*,[4] libro donde repasa el papel de Herrero como la clave de bóveda que amalgamó a todo el antifelipismo, de izquierda a derecha. «Sin la radio, sin aquella radio madrugadora e implacable

de Antonio, cada periódico por su lado y todos en bloque no habrían alcanzado la eficacia galvanizadora en la derecha moderna y la disuasión moral en cierta izquierda antigua que dejó de apoyar al PSOE.»

Por eso, cuando en 1996 Aznar logró el objetivo, Herrero y compañía estaban exultantes. La visita del pintor y su suegro —escultor— a su finca extremeña pasaba por inmortalizar aquel trascendental momento de la historia reciente de España.

Sin demasiados circunloquios, Herrero cogió por banda a Toledo y empezó a hablarle del encargo. «Me dijo que andaba con esta idea en la cabeza desde hacía tiempo», recuerda el pintor en una entrevista para este libro. Quería un cuadro que lo representara a él junto a sus principales colaboradores en *La mañana*. A Toledo el encargo le vino como caído del cielo. En aquel momento estaba buscando terminar su relación profesional con un marchante con el que llevaba tiempo trabajando. Necesitaba un encargo ajeno que lo mantuviera ocupado durante varios meses y provocara que aquel tratante se acostumbrara a su ausencia.

«Tenía muy claro —recuerda el pintor— que quería representar la tertulia contemporánea haciendo un juego, no sé si un poco osado, con el cuadro de Solana.» A esa tarea se dedicó, casi en exclusiva, hasta marzo de 1997.

4.2. Regreso al Café de Pombo

La tertulia del Café de Pombo, el lienzo de José Gutiérrez Solana que está colgado en el Museo de Arte Reina Sofía de Madrid, es la quintaesencia del tertulianismo. Pintado en 1920 por encargo del escritor y periodista Ramón Gómez de la Serna, muestra una mesa

donde un grupo de intelectuales se reúne alrededor de una botella de Ron Negrita.

Gómez de la Serna encargó el cuadro a su amigo Solana para inmortalizar las reuniones que él mismo había comenzado a organizar en este café en el número 4 de la calle Carretas, junto a la Puerta del Sol, en 1914. Cualquiera estaba invitado a unirse, siempre que cumpliera con dos condiciones: pagarse la consumición y *no hablar de política*.[5]

Solana utilizó para pintar su óleo una fotografía tomada por su compadre Alfonso Sánchez Portela, un detalle sintomático de esa frontera entre épocas que habitaban estos vanguardistas de comienzos del siglo xx. El diálogo entre la moderna técnica del negativo fotográfico y la tradición del pincel, donde lo moderno del blanco y negro retrocedía hasta una época pretérita para reencontrarse con los colores. Entre los tertulianos inmortalizados estaban el poeta José Bergamín, el escritor Manuel Abril y el ilustrador Salvador Bartolozzi. Dentro de los artistas e intelectuales españoles de hace un siglo, sus figuras pueden resultar menores en comparación con otras que pacían en cafés a poca distancia del Pombo. Sin embargo, ahí están todos hoy, mirándonos a los ojos desde la pared del museo de arte contemporáneo más importante de España.

Sin duda, aquel cuadro contenía un mensaje claro para las generaciones del futuro: no permitas que otros dictaminen qué voces dieron forma a tu época, coge a tus colegas y adelantaos a la inmortalidad. Además, muchos consideraban a Gómez de la Serna el antepasado más reconocible del tertuliano moderno.[6]

«Me pareció un reto muy interesante hacer un retrato colectivo, era un tema clásico de la historia del arte, como los retratos holandeses o la misma referencia del Pombo —reflexiona Toledo casi

treinta años después de aquel cuadro—. Era un cuadro muy ambicioso y de composición bastante compleja, porque había que representar a doce personajes en un diálogo entre ellos.» Antonio Herrero y sus doce apóstoles.

Pero, en aquel momento, nada pesó tanto en su decisión de aceptar el encargo como la posibilidad de librarse de su marchante. Herrero se avino, mediante un contrato de palabra, a pagarle el trabajo a plazos durante los meses que durara la creación de la obra.

Según pudo indagar Toledo durante su breve relación de mecenazgo con Herrero, este había contactado antes con el pintor Eduardo Naranjo. «O no le respondió como él esperaba o el precio que le pidió era enorme —indica—. Entonces decidió hacerlo conmigo y nos pusimos en marcha: así fue la génesis.» «Este va a ser el cuadro de la tertulia del siglo XXI», recuerda que le dijo. El pintor y el locutor apenas se llevaban diez años, «pero Antonio Herrero estaba en la estratosfera —recuerda Toledo—. Era un periodista con mucho poder y una conciencia tremenda de ello».

El cuadro *La tertulia de Antonio Herrer:* nunca pudo realizarse como el artista habría deseado. En primer lugar, porque aquella estampa de Herrero y sus doce adláteres nunca se había dado en la naturaleza, ni siquiera de forma figurada. En segundo lugar, porque era imposible en la práctica retener durante horas —o días— a algunos de los principales líderes de opinión de aquella España de 1996. El que no dirigía un periódico daba clases en la universidad o era un sindicalista con mando en plaza en tiempos de zozobra. Es más, el propio Herrero había ocultado a sus tertulianos el motivo de la presencia de aquel joven rubio y de ojos azules, a todas luces desconocido, que los abocetaba durante muchas mañanas en los estudios de la COPE.

«Esto nos facilitó las cosas —recuerda Toledo—. Es gente vanidosa, si se hubiesen enterado de que eso iba a servir para inmortalizarlos, igual habrían estado mucho más encima.»

El joven retratista tuvo que hacer una serie de dibujos preparatorios para cada uno de los personajes. No solo para aquellos que aparecen en el cuadro, sino para otros colaboradores que Herrero barajó y finalmente no fueron incluidos.

«Uno de los problemas que había con el cuadro es que la lista era muy inconcreta», recuerda el artista. Los apóstoles iban cambiando a lo largo del tiempo, siempre según el humor del mecenas. Toledo, por ejemplo, empezó a dibujar al periodista Raúl del Pozo, pero en algún momento Herrero comentó que se olvidara de él. Al parecer, fue el propio Del Pozo quien rechazó ser fotografiado para aparecer en el cuadro. Lo contrario sucedió con Julián Lago, a quien le sentó fatal saberse fuera de los elegidos. «Fue un poco complicado, porque Antonio nunca me llegó a concretar quiénes iban a aparecer finalmente hasta fechas muy tardías. Hubo varios movimientos de personajes. Creo que quería meter a demasiada gente en el cuadro y yo le dije que era imposible.» En el cuadro incluso había personajes que nunca estaban presentes físicamente en la tertulia, como el sindicalista Justo Fernández, «que sostiene el teléfono mientras habla, porque siempre se conectaba a través del teléfono».

Paralelamente a estas discusiones, el pintor iba haciendo sus avances preparatorios.

Durante esos meses, Toledo acudió varias mañanas a la emisora y fue testigo de cómo funcionaba la tertulia política de la que todo el mundo hablaba en aquellos años.[7] «Allí había siempre tres, cuatro o cinco con Antonio Herrero, pero no muchos más, y la mesa era más pequeña» que en su retrato coral. La iluminación del estudio, con

refulgentes neones blancos, tampoco ayudaba. «Era horripilante, no estaba pensada para dibujar ni fotografiar nada.»

Como estas expediciones no fueron suficientes para capturar a todos los personajes del cuadro, Herrero le proporcionó a Toledo los servicios de su fotógrafo de confianza, Miguel Ángel Mota, para que retratara a los candidatos, pero ni por esas.

«Con Luis María Anson, no recuerdo por qué, no hubo manera de coincidir físicamente —dice el pintor—. A través de su secretaria, me mandaron unas fotografías.» Cuando las sacó del sobre contempló a un hombre de mediana edad. Pero en 1996, Anson ya había cumplido los sesenta y un años. «La fotografía más reciente que me mandó podía tener treinta años», recuerda Toledo.[8] De ahí que en el cuadro aparezca un Anson mucho más joven de lo que le correspondería. Otros rostros también aparecen con una imagen muy cercana a la de sus imágenes promocionales de la época.

El pintor se vio sumergido de repente en un mundo asombroso y perturbador. Durante semanas, aparecía al filo del amanecer para observar a escasos metros a las personas que —sin exagerar— más información tenían del país fuera de la Moncloa. Felipe González llevaba entonces casi catorce años allí, su Gobierno era un mastodonte achacoso al que cada semana la prensa encontraba un nuevo síntoma de resquebrajamiento. Y los responsables de aquellas informaciones iban cada mañana a la COPE a soltar el calambrazo, amplificando las revelaciones de las fuentes que aquellos periodistas tenían en la Policía, el Ejército, la Magistratura, la Administración General del Estado y hasta la Iglesia.

La prensa entonces era la gallina de los huevos de oro y los directores de periódico se arrebataban a los reporteros a golpe de talonario. El mercado estaba en ebullición, también para los tertulianos. Según un reportaje publicado en aquellos años[9] por la

extinta revista *Tribuna* sobre los cuatro jinetes de la radio mañanera, Del Olmo era quien más tertulianos distintos tenía (21) y quien mejor les pagaba: con un mínimo de 50.000 pesetas por programa[10] era el que más lana soltaba junto con RNE, que tuvo que rascarse el bolsillo para no quedar descolgada y solo contaba con la mitad de voces que Onda Cero. Por detrás andaban la COPE, que pagaba unas 30.000 pesetas a sus trece tertulianos, y la SER, con 25.000 por acudir a *Hoy por hoy*. Luego, por supuesto, había acuerdos privados que superaban, con mucho, estas cifras.

Más allá de estos estipendios, el premio estaba en otra parte. A finales de los noventa, con las ventas de periódicos disparadas —internet era entonces un bebé—, meter una buena cuña en la tertulia con la exclusiva del día contra el Gobierno equivalía a agotar la pila de ejemplares en el quiosco. Y todos lo acababan haciendo en el programa de Herrero, de ahí el auge en su audiencia y la fama del Sindicato del Crimen entre sus oponentes.

En aquel tempestuoso ambiente, Toledo trataba de avanzar con el carboncillo. «Era una persona bastante joven y no estaba acostumbrado a ese mundo», recuerda. Aunque por lo poco que lo había tratado, Herrero le parecía una persona que tendía a lo excesivo por las cosas que esperaba de aquel cuadro, pronto entendió que el entorno en el que se movía lo explicaba todo. «En aquella época, todos estaban muy excitados todo el tiempo, yo eso lo percibía en la radio, sobre todo, por el tipo de comentarios que se hacían *off the record*, fuera de micrófono.»

Siempre que la tertulia se interrumpía para ir a publicidad y se cortaban los micrófonos, aquellos hombres comenzaban a hablar de las figuras más importantes del Estado con la naturalidad con que uno habla de un vecino en el descansillo. Muchos de ellos habían sido señalados públicamente como enemigos por miembros del

Gobierno y, encima, sobre las tertulias de la COPE pesaba aún aquella fetua dictada por Alfonso Guerra años antes.

«Se lo tenían todos muy creído y eran muy conscientes —recuerda el pintor—. Habían logrado derribar a Felipe González, ellos eran el Sindicato del Crimen y habían conseguido sus objetivos, se les notaba verdaderamente exultantes.» Era un ambiente apabullante, pero él tenía una misión: resolver el cuadro.

Una vez concluidos los trabajos preparatorios, Herrero decidió la lista final de tertulianos que lo acompañarían en la inmortalidad. Eran Ramón Tamames, José Luis Gutiérrez, Justo Fernández, Pablo Sebastián, Fernando Sánchez Dragó, Pedro J. Ramírez, Manuel Martín Ferrand, Luis María Anson, Federico Jiménez Losantos, Jaime Campmany, Amando de Miguel y Víctor Márquez Reviriego.

«Hubo personas que cayeron del cuadro en el último momento, por ejemplo, Paca Sauquillo», la histórica letrada laboralista vinculada a los abogados de Atocha, a los movimientos sociales y a la izquierda.[11] Habría sido la única mujer del cuadro y, sin duda, un añadido interesante. «Hice dos bocetos preparatorios, él tenía pensado meter a Paca Sauquillo, pero se cayó de repente. Me dijo: "No metas a Paca Sauquillo", y nada, pues no meto a Paca Sauquillo», recuerda Toledo. En aquella fase, el artista estaba ya al límite de su hartazgo y deseando terminar la obra. «Tuve un poco la sensación de que había demasiada gente metida, o sea, que me quitara a uno me hacía un favor. Por el bien de la obra.»

Toledo entonces dejó de visitar la radio y se encerró en su estudio para componer el óleo.

Durante aquellos meses, Herrero le dejó espacio para trabajar, confió en el criterio del pintor y tan solo apareció tres o cuatro veces por allí para comprobar cómo iba la obra. Siempre iba con prisa. «Eran apariciones fulgurantes, hacía algún comentario, a veces

extemporáneo, y salía zumbando —rememora—. Solamente tuvimos un encontronazo, muy al final», dice Toledo. La polémica vino porque el cuadro tiene, por encima de las cabezas de los tertulianos, un espacio vacío.

«Es un aire que yo encontraba necesario para compensar la cantidad de cosas que ocurren en la parte inferior», explica el autor. A menudo, por culpa de los formatos de imagen que imperan en internet (4:3 o 16:9), el lienzo aparece con una forma muy rectangular. «Casi siempre sale reproducido así, por desgracia, entonces resulta una composición muy aplastada, muy agobiada.»

Herrero tampoco entendía que el cuadro tuviese ese espacio vacío por encima. Una vez terminado, le dijo al pintor que eso sobraba.

—Voy a cortar el cuadro —le dijo.

Toledo se quedó de una pieza.

—Antonio, no puedes cortar el cuadro porque es una obra mía, no lo puedes cortar —respondió.

—Pues lo voy a cortar —insistió.

—Bueno, pues si lo cortas, atente a las consecuencias —le exhortó orgulloso el joven artista sin saber muy bien ni cuáles podían ser esas consecuencias.

«El caso es que no lo cortó, esta es la realidad —recuerda Toledo —. Creo que no lo hizo porque no sabía ni cómo hacerlo, no porque le importara lo más mínimo lo que yo le había dicho.»

El 11 de marzo de 1997, Herrero acudió por última vez al estudio de Toledo, acompañado por un miembro del equipo del programa y con otro semblante. Se mostró plenamente satisfecho y ambos dieron la obra por terminada.

4.3. «TODO EN ESTE CUADRO FUE EXCESIVO»

En uno de sus últimos encuentros, pocas semanas antes de la presentación del cuadro en la galería de arte Ansorena, Herrero le dijo que quería comprarle todo el material preparatorio, también los bocetos. «Negociamos un precio, naturalmente me atornilló bien y se quedó con todo: se los regaló a cada uno de los participantes, incluso a algunos de los que no salían en el cuadro», por ejemplo, a José María García, con quien Herrero mantenía una relación estrechísima, pero obviamente no formaba parte de su tertulia.

Toledo entraba una mañana por la puerta de la redacción de la COPE cuando se encontró a los dos. Había quedado para hablar de un asunto económico con Herrero, que justo en ese momento estaba entregándole a García su boceto. Observando a cierta distancia, el pintor contempló al periodista deportivo encantado con su retrato esbozado y diciendo: «¡Oye, cómo me alegro, me encanta! Pues me gustaría darle las gracias al artista». Entonces, Herrero se percató de la presencia de Toledo y dijo: «Pues mira, lo tienes bien fácil, porque está aquí mismo».

«Entonces me señaló a mí y a García le cambió la cara instantáneamente —recuerda el artista—, pasó de ser superamable a totalmente arrogante.» Toledo estaba poco acostumbrado a esos cambios de registro repentinos: «No me miraba a la cara, era una cosa extrañísima, se le puso una actitud de jefe hablando a un becario».

Para el pintor, nada de aquello había sido un negocio redondo. Ni el dinero que recibió a cambio de su trabajo, ni el proceso de hacerlo, ni el resultado final. «No me arrepiento de haberlo aceptado, más bien de cómo salió, pero eso es culpa mía en gran parte», dice Toledo de su obra, que se ha convertido en la más mediática de su catálogo. «Soy muy perfeccionista, ahora lo veo y... me habría gustado que aguantara mejor el paso del tiempo.

También me han molestado las circunstancias alrededor del cuadro. Ya han pasado treinta años y cada vez que sale es por algo extrapictórico, como que Tamames se presente a una investidura absurda[12] o que se celebre el aniversario de la muerte de Antonio Herrero —lamenta—. Todo en este cuadro fue excesivo, los personajes que participan en él, las circunstancias..., todo me parece muy ajeno a mí —reflexiona—. Mi pintura es más tranquila, es un mundo más callado, y todo este griterío está en las antípodas de lo callado.»

Después de aquella conversación, el cuadro fue entregado por fin a su dueño y salió de su estudio en dirección a casa de Herrero. El radiofonista y el pintor solo coincidieron una vez más, aquel lunes de mayo por la tarde.

En la galería, Toledo era el convidado de piedra. Los representados se acercaban a él, le dedicaban unas breves palabras de cortesía y volvían a sus enredos. Recuerda el ingenio, aunque no las palabras exactas, de Jaime Campmany. Recuerda a José Luis Gutiérrez —tertuliano primigenio—, todo simpatía, en especial hacia las chicas que acudieron a la galería, y a Tamames, particularmente encantado con su representación en el cuadro.

En la abigarrada composición de *La tertulia de Antonio Herrero*, todos los personajes aparecen haciendo la guerra por su lado. No hay una interacción lógica entre ellos, solo coexisten en paralelo, algo bastante apropiado para describir una tertulia contemporánea, pero que chirría en un lienzo. El único personaje que se sale de esa dinámica y lanza su mirada hacia el espectador es Ramón Tamames, situado en la esquina inferior izquierda, haciendo un escorzo sobre la silla y observando al espectador con los ojos por encima de sus gafas. Es un detalle llamativo, porque lo natural sería que el

profesor, economista y antiguo diputado por IU mirara en dirección al centro del cuadro, donde está el director de la tertulia.

Así iba a ser originalmente, pero algún tipo de pálpito hizo que el pintor tomara, hacia el final de la composición, la decisión de representarlo de esta otra manera.

Un año después, Toledo escuchó sobresaltado por la radio que Antonio Herrero había muerto con cuarenta y tres años. Que el principal azote del Gobierno —de uno, además, con la sospecha de los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) a cuestas— muriese tan joven y en circunstancias tan extrañas levantó muchas cejas en un primer momento, aunque poco a poco todo el mundo fue acoplando sus suspicacias a la versión oficial. En un viaje a Marbella, de donde era su madre, Herrero sufrió una hemorragia digestiva alta mientras practicaba submarinismo, consecuencia del Alka Seltzer, cuyo principio activo era el ácido acetilsalicílico. En aquellos años, la aspirina aún se anunciaba en televisión con la coletilla «No consumir en caso de úlcera gastroduodenal». Bajo el agua, la expulsión de vómito con sangre obturó el regulador de la bombona de aire. La voz de Herrero, una de las más importantes del periodismo radiofónico de la España democrática, se apagaba bajo la superficie del Mediterráneo aquel 2 de mayo de 1997.

Un día antes de aquel desenlace fatal, en la residencia del palacio de la Moncloa, José María Aznar había invitado a cenar a Federico Jiménez Losantos y Luis Herrero, ambos compañeros de Antonio Herrero en la COPE, para que lo traicionaran.[13] El presidente debutante sucumbió al relato por el cual toda su estrategia de centralidad había sido puesta en riesgo por la radicalidad de los locutores de la COPE, especialmente, por el ausente en aquella cena.

Aznar planeaba presionar a la Conferencia Episcopal para que se lo cargaran, algo que habría supuesto el fin de su carrera, porque lo situaba entre la espada del Gobierno y la pared de los grupos mediáticos más favorables al PSOE. En aquel momento, todo el mundo le estaba dejando tirado: desde los obispos catalanes a muchos compañeros de emisora, celosos del éxito de *Primera hora*. Para colmo, muchos de sus íntimos colaboradores habían comenzado a alejarse de él para no ver torpedeado su futuro como tertulianos en el nuevo régimen.

«En mi tesis doctoral marco el año 1997 como el de mayor agitación mediática —explica Lamata—. Es en 1997 cuando se intenta meter a Jesús de Polanco en la cárcel, el año en que Antonio Asensio, presidente de Antena 3, aparece en el Congreso diciendo que ha sido amenazado con la cárcel, es también el año de *Tómbola*, una tertulia muy importante a esos efectos, el año en que se produce un cambio de propiedad en Antena 3, que acaba en manos de Telefónica —prosigue Lamata—. Hay un proceso judicial contra toda la cúpula de Telecinco —el caso que vimos con el juez Garzón, que imputa a Berlusconi, a Miguel Durán y a todos estos—. Es también el año de la transición del *Mississippi* al *Pelícano* y de la muerte del *Pelícano* de Pepe Navarro. Fue un año de mucha movida.»

A Herrero, principal azote del felipismo, el cambio en la Moncloa no iba a beneficiarlo precisamente. Quienes lo conocieron han elucubrado desde entonces, con cada aniversario de su muerte, qué papel habría jugado su feroz independencia y su implacable criterio en los años que han transcurrido desde que su estrella se apagara súbitamente.

Cristina Pécker, hija de una estrella de la radio, de repente fue viuda de otra. La mujer se encontró sola, con cuatro hijos a los que

sacar adelante y un cuadro colgado en casa que representaba a su difunto esposo rodeado de algunos personajes a los que —literalmente— no quería ver ni en pintura. Lo puso en manos de un marchante que, poco después, le anunció que el cuadro había encontrado comprador.

Lo siguiente que Toledo supo de su obra es que pasó a ser propiedad de uno de los personajes que aparecían en el lienzo: Ramón Tamames, quien pagó seis millones de pesetas de la época. Bastante más de lo que Herrero había pagado por el encargo.

4.4. En casa de Tamames

En el salón de su apartamento de Costa Fleming, el barrio de Montmartre del tardofranquismo, Ramón Tamames bebe un largo sorbo de café americano. Deja sobre una bandeja la modesta taza de plástico que su asistenta repone con frecuencia a lo largo del día.

Tiene noventa y dos años y, aunque su cabeza rige aún con precisión cartesiana, la memoria es más caprichosa con los detalles. Los recuerdos, las caras o los nombres aparecen entre brumas, pero las emociones que le generaron hace décadas siguen reapareciendo en alta definición cuando las evoca.

El cuadro que ahora luce en el angosto vestíbulo que uno encuentra nada más salir del ascensor le ha acompañado desde que se hiciera con él hace casi veinticinco años. Primero estuvo colgado en su despacho en el número 100 de la Castellana, donde lo presentó un 19 de diciembre de 2002 en una copa de fin de año. Fue entonces cuando Toledo descubrió de nuevo su obra, colgada en una larga pared blanca junto a un enorme mapa del Mediterráneo

que Tamames había adquirido en París durante los años en que dio clases en la Sorbona.

El lienzo prosiguió su periplo hasta el domicilio de Tamames. Primero lo colgó en su despacho, abrumadoramente rodeado de cuadros, fotografías, títulos, premios o recuerdos de la vida de Tamames, entre tesoros como dedicatorias manuscritas de Pío Baroja, «mi maestro», o unos garabatos que Pablo Picasso dedicó a su padre. El salón de su casa podría ilustrar la entrada en la enciclopedia de *horror vacui*.

Sin embargo, el cuadro fue escabulléndose de aquel lugar hasta dar a parar a su ubicación actual. En tiempos recientes intentó venderlo, sin éxito. La COPE, dice, esperaba que se lo regalase, pero él se negó. Tiene la intención de donarlo algún día al Reina Sofía, «con la condición de que lo cuelguen al lado de *La tertulia del Café de Pombo*».

Tamames fue uno de los tertulianos mejor pagados en la edad de oro de la tertulia. Trabajó con tres de los grandes referentes del género, el citado Herrero, Luis del Olmo y Carlos Herrera. Su carrera como opinador comenzó siendo él aún uno de los siete diputados que la IU de Gerardo Iglesias tenía en la Carrera de San Jerónimo. Como tertuliano, Tamames era un caramelo. Además de ser el economista que escribió *Estructura económica de España* —un clásico de las facultades económicas, popularmente apodado *El Tamames*, publicado en 1970 y que a día de hoy acumula más de veintiséis ediciones—,[14] un comunista que criticaba al Gobierno de Felipe González aportaba a una tertulia el salvoconducto moral definitivo para colocar a los socialistas contra el paredón. Si el periodismo se escuda en la búsqueda de la verdad para justificar cualquier tropelía, la tertulia hace lo propio con la pluralidad.

Por eso, Herrero llevaba un tiempo tentándolo para su programa.[15] «Tienes que hacerte tertuliano», le repetía. Ambos mantenían una relación de amistad. Se veían para comer, a veces por iniciativa de uno, otras veces del otro. «Al dejar el Parlamento, me llamó y me dijo: "¿Te acuerdas de aquella propuesta que te hice?", así que empecé —recuerda Tamames—. Iba dos días por semana, era el único.»

Herrero le pagaba como a una estrella: un millón de pesetas al mes. La cantidad no solo resulta desorbitada en comparación con los estándares contemporáneos —hoy es imposible encontrar a alguien que gane esa cantidad yendo solo a dos tertulias semanales—, es que si aplicamos la inflación acumulada entre 1990 y 2025, aquel millón de pesetas equivaldría hoy a más de 15.000 euros mensuales.

De sus compañeros en el cuadro, Tamames recuerda llevarse bien con Justo Fernández, José Luis Gutiérrez, Víctor Márquez Reviriego... «Y aprendí mucho con Amando de Miguel, era un gran personaje, pero lo castigó mucho la naturaleza y murió el año pasado, una pena.»

Frente a quienes pensamos que antes las tertulias eran más comedidas al carecer de esa espectacularización que nos ha traído la televisión, el economista discrepa. Al menos, en lo que respecta a *Primera hora*. «Eran tertulias violentas, más con Antonio Herrero, porque era más primitivo que otros —sentencia—. Hoy se ha degradado un poco el lenguaje y el tratamiento, pero antes se discutía mucho. [...] Estaba con el Sindicato del Crimen, pero yo nunca fui del Sindicato del Crimen —aclara—. Con el único que me llevaba regular fue con Jiménez Losantos, siempre hubo un poco de pullas, historietas, gracias..., pero nos respetamos, nunca llegamos a decirnos nada desagradable.»

Era una pieza codiciada. En una ocasión, le organizó un homenaje a Raúl del Pozo en su casa para festejar que le habían dado el Premio Francisco Cerecedo. Era 1989. A la cena acudieron personajes de alta alcurnia, empezando por la infanta Elena y su entonces acompañante, Jaime de Marichalar.[16] También acudió Paco Umbral, que le espetó: «¿Así que a Raúl del Pozo sí le das un homenaje y a mí no me has dado un puñetero homenaje en toda tu vida?», lo cual obligó a Tamames a organizar otra cena para Umbral poco tiempo después.

También estaba allí Luis del Olmo.

«Esa noche me dijo: "¿Por qué no te vienes conmigo?", pero le dije que no —rememora Tamames—. No podía dejar a Antonio Herrero, porque me había metido en este fregado, me trataba muy bien y le tenía un gran cariño.»

El catedrático define aquellos años como «la época de la caza furtiva» en el mundo de las tertulias. La bolsa de tertulianos pata negra era reducida, existía un auténtico frenesí por arrebatarle a la emisora de enfrente a uno de estos opinadores. «Si te despistabas, venía otro y te quitaba la pieza.»

Herrero, sin embargo, había logrado conformar un grupo que le era fiel más allá del dinero. Del Olmo tenía entonces los bolsillos más profundos del sector, pero en la tertulia de la COPE había una misión que amalgamaba al colectivo e iba más allá de opinar acerca de la actualidad del día: largar a los socialistas.[17]

Para ser justos con Herrero y su figura, hay que subrayar que la tertulia de *Primera hora*, pese a ser un azote del Gobierno, no era tan monocromática como las que escuchamos hoy en día. «Herrero tenía su espacio de opinión de seis a ocho de la mañana, pero su tertulia no era tan sesgada; de hecho, muchos tertulianos lo interpelaban directamente —recuerda Lamata—. Estaban Paquita

Sauquillo, que era de la ejecutiva del PSOE; Nicolás Redondo; Joaquín Navarro Estevan, que prácticamente era de Herri Batasuna; Justo Fernández, de la Unión General de Trabajadores (UGT); Reviriego... Ninguno era fan de Felipe González, pero tampoco permitía un discurso pepero dominante: eso hizo que Herrero fuera escuchado también por gente de IU.»

Varias tertulias beben hoy de aquella fuente, pero, para Lamata, ninguna alcanza los niveles de pluralismo de *Primera hora*. «Federico Jiménez Losantos nunca hubiera tenido a alguien como Joaquín Navarro Estevan en su tertulia, y tiene sentido: si tu discurso es que "la izquierda es el mal", no puedes sentar al enemigo contigo —añade el documentalista—. Las tertulias de Federico son muy breves, y los contertulios tienen dos turnos de palabra. Están siempre los mismos: José Alejandro Vara, Luis Balcarce, Julián Quirós, Inda, Marhuenda..., todos medidos, con intervenciones limitadas. Punto. Pero son las reglas del juego, es su programa y su formato.»

Para Tamames, aquellos fueron años irrepetibles. «Para que te hagas una idea del personaje», me dice. Cuenta que una vez, en 1994, Herrero le dijo que Nelson Mandela andaba de campaña electoral en su país. «¿Quieres ir?» Tamames dijo que por supuesto, y el director de *Primera hora* le soltó un millón de pesetas. El tertuliano compró dos billetes, para él y su esposa, y se marchó con ella quince días a cubrir las elecciones sudafricanas y el fin del *apartheid*. «Hacíamos conexiones en directo cada día, por teléfono, qué experiencia tan bonita, estuve con Mandela y todo.»

Otro día, Herrero le pidió a Tamames que lo acompañara a una comida. Era con Jordi Pujol, en la época en que Convergència i Unió (CiU) tenía que afrontar el cambio de pareja de baile, del PSOE al PP, que cristalizó en el Pacto del Majestic de 1996. «Fuimos a comer

cerca de la emisora, al Horcher —recuerda el economista—. Él se presentó con tres o cuatro adláteres y en un momento dado empezó a hablar de 1714 y de la independencia. Yo me metí a fondo con él, "¿Pero qué decís, adónde vais?", y Pujol me puso muy mala cara.» Tamames lo conocía desde hacía mucho tiempo y trató al entonces presidente de la Generalitat con una confianza que todos en aquella sala juzgaron como inaudita. «Él me respondió: "Mira, Tamames, como sigas así...", y Antonio, que nunca me había dicho nada, me miró e hizo una señal de "Ten cuidado, baja el tono."»

Tamames pide ayuda para incorporarse. Con vocación didáctica, señala varios objetos de la casa para dar a conocer su interesante origen. Pese a su edad, sigue más que interesado en seguir dando su opinión. Ahora solo lo hace una vez por semana, en una modesta tertulia llamada *La verdad desnuda* que un amigo suyo, Ramiro Aurín, dirige en Capital Radio, una emisora de información económica. Pero nada es comparable a los años con Herrero. Tamames recuerda perfectamente la última vez que habló con él.

Aquel 1 de mayo de 1998, ambos iban a viajar juntos a Bruselas porque España entraba en el Banco Central Europeo[18] y, además, el Parlamento Europeo iba a realizar una histórica votación para que once países, entre ellos, España, pasaran a integrar el euro.[19] Tamames y Herrero iban a asistir aquel 2 de mayo a un importante evento presentado por Gordon Brown, entonces ministro de Finanzas con Tony Blair.

«Pero antes de salir, Antonio me llamó —cuenta Tamames—. "Ramón, estoy muy cansado, no tengo ganas de ir a Bruselas, me voy a Marbella.", me dijo. No me dijo que iba a hacer submarinismo. Ni sabía que lo hacía. De haberlo sabido, habría hecho lo posible por evitarlo.»

Tamames no fue informado de nada durante el tiempo que estuvo en Bélgica. Al regresar y subirse al taxi que le llevaba a casa, su mujer le llamó. «Ramón, ¿estás sentado?»

«Creo que, salvo la muerte de mi hijo, es la vez que más he llorado en los últimos tiempos —recuerda con aflicción—. Fue una muerte muy inesperada, muy dura, qué espanto, qué cosa más terrible, me impactó tanto que estuve media hora llorando en la terraza de casa, hasta que me recompuse un poco —dice Tamames —. Qué magnífica persona. Era un tipo más listo que el hambre, listo de verdad, de estar en la calle, de ver las cosas, y hablaba tan bien, tenía esa voz tan bonita, con muy buen tono...»

Entonces fue cuando decidió comprar el cuadro. Pero antes, Ramón Tamames hizo otra cosa. «Se murió Antonio y me faltó tiempo para llamar a Luis del Olmo —recuerda—. Mi mujer me dijo: "Pídele un millón", y eso hice, pero al final lo dejamos en 750.000 pesetas. Estuve diez años con él.»

5

El fuego que no quema (segunda parte)

5.1. Desde los estudios de Prado del Rey

Jueves, 23 de enero de 2025

Poco después de que los programas deportivos de medianoche se despidan de sus fieles seguidores, suena el despertador de los redactores, técnicos y productores de *Las mañanas de RNE*, el programa matinal de la emisora pública.

La mano de obra del equipo tiene un turno inhumano: entran a las dos de la madrugada y terminan ocho horas más tarde, poco después de las diez de la mañana. Antes de que el primer aliento del presentador, Josep Cuní,[1] acaricie el micrófono, los redactores han confeccionado línea a línea ese documento colaborativo al que Cuní y compañía irán prestando su voz en las cuatro horas de duración del programa.

La subdirectora y mano derecha de Cuní en el programa, Lara Hermoso, coordina al resto de los redactores. «Sácame un corte de eso», dice sin levantar la mirada de la pantalla. A lo largo de la noche, las señales horarias van sonando en absoluta sincronía con una ventanita azul en su pantalla que muestra la hora. Los periodistas van adaptando cada una de sus palabras al minutaje del

programa, estructurado hasta el último segundo. «Llega hasta y treinta y cinco, ¿puede llegar a y cuarenta?»

El programa suena de fondo en todo momento mientras en la redacción va construyéndose sobre la marcha.

«¿Podéis sacar un audio de las comparsas de Cádiz?»

Generar un solo minuto de radio es complejo, mucho más en un programa de este tipo, que contiene información, actualidad y entretenimiento. El ensamblaje que realizan los redactores y técnicos es solo el final de un proceso que empieza en el micrófono de cada uno de los redactores, corresponsales o enviados especiales de la radio pública, la única emisora que mantiene la capilaridad de antaño en una época en la que todas las radios se han ido replegando sobre sus propias redacciones y sustituyendo la información a pie de calle por —exacto— las mesas de análisis con tertulianos a cualquier hora del día y de la noche.

Tampoco RNE es ajena a eso. Cada hora de tertulia supone un respiro para los presupuestos del ente y también para los trabajadores de *Las mañanas*, que aprovechan esos valiosos minutos en los que el programa va cuesta abajo para ir adelantando trabajo.

Aunque Prado del Rey, sede de RTVE, funciona las veinticuatro horas del día, en estos momentos duerme casi como el resto de España. El amanecer aún no ha llegado y en las ventanas de la Casa de la Radio solo hace guardia el rocío que envuelve las papeleras, oscuras y tiroteadas durante décadas por millones de cigarros a medio apagar.

«Cambiaría *solución* por *avance*, lo demás perfecto, y, luego, el corte con la música —prosigue Hermoso—. ¿Qué está diciendo Rutte de Ucrania?»

Faltan unos minutos para que comience la tertulia, que aquí está bautizada como «Club de opinión». La bocanada de oxígeno se

aproxima. El asunto central de la actualidad política que sigue coleando desde el día anterior es la derrota parlamentaria del Gobierno para intentar aprobar el decreto ómnibus. El tema eclosionó antes del mediodía del miércoles, fue alimentado por reacciones durante toda la tarde y en los programas vespertinos, y llega al jueves por la mañana igual de agitado, sin haber perdido apenas gas.

«Tiramos ya, que son 55:30.» Pulsan un botón y los folios empiezan a salir por la impresora.

En los años ochenta, RNE fue la única gran cadena de radio junto con la SER en resistir la tentación de la tertulia. En 1987, tuvieron un espacio de actualidad política a las nueve de la mañana llamado *Escrito en el aire*,[2] pero fue cancelado antes de cumplir los cuatro años. Muchos de sus opinadores fueron reutilizados en otra tertulia de medianoche, *Las cosas como son*, donde el espíritu seguía siendo el de reunir a plumas como las de Miguel Ángel Aguilar, Emilio Romero, Darío Valcárcel y César Alonso de los Ríos, entre otros, para departir en un tono mucho más moderado y menos agresivo del que se estilaba en la radio privada. «No acabo de compartir la tendencia actual a la agresividad entre los propios contertulios o contra cualquier persona e institución que se analice», decía la presentadora del espacio, Mercè Remolí.[3]

La radio pública siempre ha tenido ese sambenito particular con respecto a los tertulianos. No es ninguna leyenda. La aversión del vicepresidente Guerra al formato podía ser comprensible, pero su forma de gestionar aquellos debates radiofónicos *underground* devino en una proliferación de los mismos en todas las emisoras que tenían al Gobierno González en su punto de mira. El resto de los Gobiernos que ha habido desde entonces dedicó un cuidado extremo a no repetir ese mismo error.

Una de las primeras cosas que hizo José María Aznar después de llegar al Gobierno en 1996 fue meterle mano a *Los desayunos de TVE* de forma casi quirúrgica. Mantuvo al entonces presentador, Julio César Iglesias, pero cambió a los tertulianos. Introdujo a dos evangelistas del género, Javier González Ferrari y Alejo García, para sacar de escena a Antonio San José y Diego Carcedo, quien fue inmediatamente recolocado como consejero de RTVE a propuesta del PSOE.

Si algo caracterizó los años noventa fue la pérdida de la inocencia.

En las cadenas privadas, el plantel de tertulianos de un programa puede responder a una gran cantidad de variables, desde la pura necesidad de rellenar la mesa un jueves de puente a que el consejero delegado escuchara un día una entrevista con algún columnista, sintiera un flechazo y ordenara al subalterno de turno ofrecerle una silla en la tertulia matinal. En las públicas, sin embargo, la ecuación resulta mucho más sencilla.

«Aquí a los tertulianos siempre los pone el Gobierno, esté quien esté —me espeta un veterano trabajador de RTVE frente a una de las máquinas de café. Busca en un bolsillo algo de cambio para la máquina y prosigue—: El otro día estuvo por aquí Yolanda Díaz, a quien la entrevistaron donde Cuní, y, al ver a Casqueiro [en referencia a Javier Casqueiro, el corresponsal político de *El País*] le dio un abrazo tremendo. En ese momento pensé: "Pero, tía, córtate un poco, que lo habéis puesto ahí vosotros".»

Aunque a los periodistas nos encanta darnos importancia y decir «Todo esto se sabía», con esto sucede como con los premios literarios. Todo el mundo lo da por supuesto, pero prácticamente nadie se ha atrevido a explicitar los mecanismos que usa la política para colocar voces afines en las tertulias de las cadenas —públicas y privadas— de radio y televisión.

Como suele pasar, quien sabe lo que ocurre no quiere contarlo y quien quiere contarlo no lo sabe. Uno de los poquísimos en hacerlo fue David Gistau. En una de sus columnas en *ABC*, señaló directamente a la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría y a su jefa de gabinete, María G. Pico, «de cuyo concepto de la comunicación ya tuvo una muestra este cronista una vez que la vio avasallar, en el pasillo del Parlamento, a un tertuliano que por aquel entonces buscaba hueco en el oficio y que acababa de debutar en los programas de RNE. "Recuerda quién te ha puesto ahí", le dijo Pico».

Aunque Gistau se cuidó de no aportar más detalles, el *timing* apuntaba a un único nombre: Jorge Bustos, hoy subdirector de *El Mundo*, curtido en mil tertulias y, por si fuera poco, probable sustituto de Herrera en las mañanas de la COPE tras un rodaje de varios meses como presentador del programa de mediodía de la cadena católica.

David Jiménez, quien se convirtió en director del periódico poco después de que Bustos llegara a él, terminó de apuntalar el rumor en su incendiario libro *El director*.[4] Una vez más, sin dar su nombre, Jiménez hablaba del «articulista de cabecera de Rajoy», y añadía: «Un par de años antes se encontraba en paro y pidiendo trabajo en las cercanías del PP, hasta que le dieron una oportunidad en la radio pública, a ver qué tal se portaba. Cumplió y fue recibiendo más encargos».

En realidad, no solo el Gobierno tiene mano en las tertulias de la radiotelevisión pública. Otros partidos con representación parlamentaria han sabido jugar bien sus cartas para introducir a perfiles de su cuerda en las mesas de análisis. Eso sí, en menor número. De la mano de Podemos, Roberto Lakidain, un veterano periodista eibarrés, pasó de su puesto de redactor de informativos

en Sevilla, donde había estado más de treinta años, a ser ascendido a consejero de RTVE y, más tarde, a director de Desarrollo Corporativo y Servicio Público de RTVE, un puesto ejecutivo de nueva creación dependiente de Presidencia. La nueva RTVE de José Pablo López encontró en Lakidain un aliado de sus políticas, pero también alguien capaz de servir de correa de transmisión con el sindicalismo dentro de la corporación. El precio que tuvo que pagar fue introducir dentro de la rueda de tertulianos de la televisión y radio públicas a Pablo Iglesias y varios de sus adláteres, como los periodistas de Canal Red Manu Levin y Laura Arroyo.

Para facilitar la entrada de todos estos caballos de Troya, en septiembre de 2022, coincidiendo con la dimisión del presidente de RTVE, José Manuel Pérez Tornero, Pablo Iglesias denunció en *Hora 25*, la tertulia donde participaba junto a Carmen Calvo y García Margallo, que la mayoría de los tertulianos de TVE y RNE era de derechas. Esta denuncia estaba basada únicamente en un informe elaborado por José Manuel Martín Medem y el propio Lakidain, ambos consejeros a propuesta de Podemos, y contaba como «de derechas» a cualquiera que trabajara en un medio del espectro liberal-conservador.[5]

La presión surtió el efecto deseado: José Pablo López ascendió a la cúpula de la corporación, Podemos colocó a sus consejeros y estos situaron a sus tertulianos. Es una relación simbiótica. El Gobierno no cuenta con el apoyo político de Podemos en el Parlamento, pero sabe que, al menos, en el aspecto mediático, tratarán de no morder con insistencia la mano que da de comer al líder emérito. Y, cuando haga falta, pueden contar con ellos para achicharrar a la derecha o incluso a la vicepresidenta Yolanda Díaz.

Como tertuliano, Iglesias ha perdido mucha frescura —parte de su encanto estaba en su potencial—, pero todavía tiene algunos trucos

en la manga para levantar una tertulia. Esta temporada ha alternado *Las mañanas* con su participación cada semana en programas de TVE como *Mañaneros*, *Malas Lenguas* o —hasta su cancelación en marzo de 2025— un *remake* de *59 segundos*, una de las tertulias más reconocibles de comienzos del siglo XXI, sin duda la edad de oro del formato en televisión. El programa, aunque volvió en 2024 con una presentadora de renombre, Gemma Nierga, que sustituyó a Mamen Mendizábal y Ana Pastor, tuvo hasta su cancelación en marzo de 2025 un perfil más bajo que antaño: de hecho, se emitía en La 2. Al parecer, que se grabara en Barcelona[6] no facilitaba las cosas; además, aquello obligaba a RTVE a pagar el desplazamiento a la Ciudad Condal y, en caso de necesidad, hotel.

Una fórmula no escrita sobre los tertulianos en las cadenas públicas: la composición suele seguir la regla del taburete cojo, con la tercera pata siempre decantada hacia el que manda, es decir, cuando gobernaba el PP, en una mesa con tres tertulianos había uno del PP, uno del PSOE y el tercero, aunque no alineado, más escorado a la derecha para decantar los debates hacia el lado del Gobierno. Piensen en un economista liberal o un simpatizante de Ciudadanos. Cuando manda el PSOE, también hay un tertuliano progresista y uno más conservador, pero en esta ocasión el tercero en discordia suele estar a la izquierda del PSOE. Algún expolítico con buena labia, algún sindicalista o, algo cada vez más común, algún académico, politólogo o asesor de comunicación que —aunque suele maquillar su verdadera filiación política tras un discurso colmado de matices, tecnicismos y anglicismos— no tarda en revelar el color natural de su ánimo ideológico.

Los cambios en las mesas de análisis, aunque se evidencian cada nueva temporada cuando entra un nuevo Gobierno, son percibidos desde mucho antes por los tertulianos más avezados. Como buen

hombre de campo, al intuir una leve alteración en la dirección del viento, Pérez Henares abandonó por su propio pie la tertulia de RNE momentos antes de una tormenta que amenazaba con llevárselo por delante. «Me fui el día de la moción de censura; tras dos horas y media sin dejarnos preguntar, me dije: "¿Pero esto qué cojones es?" —recuerda. Entonces, se levantó en un entreacto—. Me convencieron para quedarme, pero, al volver a las andadas, dije: "Ahí os quedáis".» Recuerda que un miembro del programa le dijo: «Eso será por un mes...», y el tertuliano le espetó: «Para toda la puta vida. Hasta luego».

«Tengo un genio alcarreño jodido», admite. Poco después hizo lo propio con el resto de las tertulias televisivas, admitiendo que las radiofónicas mantenían algo más de esencia y, alrededor de 2020, las abandonó por completo.

5.2. Cataluña, laboratorio del nuevo tertulianismo

Parte de la magia de la radio consiste en provocar la impresión en la cabeza del oyente de que está en casa, de que todas las voces que intervienen se sientan alrededor de una misma mesa. Sin embargo, la realidad es distinta. En la tertulia de este jueves, 23 de enero, Cuní está acompañado en el estudio solo por la politóloga Cristina Monge, que llega a la carrera y, mientras con una mano suelta el bolso, con la otra se coloca los cascos y devuelve los buenos días al presentador.

Monge es un rostro que, en estas últimas temporadas, suele prodigarse a menudo en radio y televisión, pues aparece como mínimo en cuatro tertulias a la semana. Principalmente, en la pública (*Las mañanas*, *La hora de La 1*, *La noche en 24 horas*), pero

también en el *Hoy por hoy* de la SER, lo cual da alguna que otra pista sobre su perfil.

Esta mañana la acompañan en conexión desde Barcelona dos expolíticos cuya locuacidad les ha garantizado una plaza en el olimpo de las tertulias: Joan Coscubiela y Joan López Alegre,[7] amigo y parte de la cuota personal de Cuní para la bolsa de analistas de *Las mañanas*.

La reconversión de López Alegre es especialmente paradigmática. Durante años, este geógrafo con formación en *marketing* proliferó por las tertulias de los medios catalanes abogando por el unionismo —es decir, por el antiindependentismo— en un entorno extremadamente hostil para estas ideas. Sin embargo, López Alegre les daba a estos medios lo que necesitaban, la pieza que justificaba la pluralidad de esta tertulia proindependencia y, por tanto, la validez de las conclusiones que de ella surgieran.

Desde el punto de vista de la oferta y la demanda, era un movimiento muy inteligente. Por aquella época, López Alegre tenía una visión muy lúdica del asunto: se definía profesionalmente como tertuliano y asumía que la ignorancia sobre los temas de actualidad era parte del juego.

López Alegre escribió un libro donde contaba alguna anécdota reveladora sobre el *zeitgeist* del momento:[8] «Había quedado para comer con Toni Bolaño y se nos cruzó, en pleno centro de Barcelona, un tipo de unos sesenta años, trajeado, y que iba solo (de manera que hemos de descartar las ganas de fanfarronear), cuando, de repente, sin preámbulos, se puso a gritarnos: "Yo, de este —refiriéndose a mí— lo esperaba todo, pero de ti, Bolaño, nunca habría dicho que fueras un fascista y un anticatalán. Vete de aquí". Bolaño no se cortó un pelo y le replicó en el mismo tono»,

provocando el deleite de los transeúntes, que se vieron de repente invitados a una tertulia en directo.

Por mucho que López Alegre se identificara con el apelativo que le pusieron, «el catalán tranquilo», era innegable que al participar en aquellas tertulias contribuía al clima que degeneró en el referéndum del 1 de octubre de 2017, más todo lo que sucedió antes. Así, el 10 de octubre de aquel año, López Alegre e Ignacio Martín Blanco —otro ejemplo de periodista metido a tertuliano que devino en político, primero en Ciudadanos y más tarde del PP— publicaron en la edición catalana de *El País* un artículo titulado «Adiós al circo del odio»,[9] donde admitían que «como colaboradores habituales de los medios catalanes, representantes de lo que ignominiosamente se ha dado en llamar *cuota unionista*, hemos llegado a la conclusión de que nuestra presencia en las tertulias de TV3 y Catalunya Ràdio es contraproducente, pues solo sirve como coartada para demostrar su supuesta pluralidad y apuntalar la tesis dominante».

Cataluña era un laboratorio de populismo donde los límites entre los medios de comunicación, la política y el espectáculo saltaron por los aires. De Pilar Rahola a Cayetana Álvarez de Toledo, de Andrea Levy a Gabriel Rufián, cualquier figura de la primera línea política era tertuliano en excedencia, o viceversa.

Al mismo tiempo, en Madrid empezaron a aparecer también Pablo Iglesias en *La tuerka* o una joven Isabel Díaz Ayuso dando su opinión en tertulias nocturnas de derechas. Es el nacimiento de una generación de parlamentarios que ya no miran a su contrincante, sino a la cámara. Que ya no aspiran a modificar el pensamiento o el voto ajeno, sino que se conforman con dejar una frase lapidaria que pueda ser empaquetada. Que no escuchan, sino que solo hablan: todos en paralelo. Son características tanto de la nueva política como de la tertulia contemporánea.

5.3. TERTULIOCRACIA

Sabemos que los tertulianos operan en un registro peculiar, un universo donde nada es falsable y donde se hacen predicciones sobre el futuro que nunca llegan a refutarse, donde el ayer no existe y donde la realidad es un títere en manos de la dramaturgia. Pero verlos sometidos a este experimento que fue el *procés*, afectados por unas condiciones extremas, fue como colocarlos en una placa de Petri. En ese tiempo y ese lugar, pudo observarse con singular pureza el papel de este nuevo paradigma que, a comienzos de los años noventa en Estados Unidos, se definió ya como *tertuliocracia*.

La conciencia sobre el fenómeno estaba comenzando a despertar. En mayo de 1992, Dan Nimmo y James E. Combs —dos académicos tan poco conocidos que hasta Wikipedia cree que siguen vivos con noventa y dos y ochenta y cuatro años, respectivamente—[10] publicaron el seminal *The Political Pundits*.[11] Ahí ya avanzaban que «nuestra democracia está siendo transformada en una tertuliocracia que reemplaza el debate ciudadano serio por una discusión guiada por los valores del *show business*». El tertulianismo, explicaban, «produce una curación simbólica más que efectiva de los males políticos, paternalismo político en lugar de reflexión y, en el fondo, el desencanto público con la política».

El ensayo fue uno de los primeros documentos en impugnar esa visión, hasta entonces generalizada, de que este tipo de debate era un foro adecuado para hacer la política más accesible a los ciudadanos. Nimmo y Combs distinguían cuatro grupos de *pundits*: sacerdotes, bardos, sabios y oráculos. Siguiendo su terminología, lo que ambos autores hacen aquí es tirar de la cortina para desvelar a los magos, es decir, despojar a los *pundits* de todas esas ínfulas que

ellos mismos se otorgan como únicos intérpretes del poder político en Washington.[12]

El truco funciona igual de bien en cualquier país: los tertulianos transmiten la idea de que la Moncloa o el Congreso de los Diputados encierran un laberinto de códigos indescifrables para el ciudadano de a pie y, por ello, es imprescindible su mediación: solo *ellos* pueden explicar qué está pasando de verdad.

El periodista e historiador Eric Alterman[13] fue otro de los visionarios que, a comienzos de los noventa, comenzó a vislumbrar el papel que estos *pundits* estaban teniendo en la sociedad estadounidense. Un *pundit* y un tertuliano no son exactamente lo mismo —allí suelen centrarse en una competencia mientras que aquí hablan de cualquier cosa—, pero son equivalentes en su sentido político. Alterman los definió como un híbrido entre periodistas y políticos.[14] El periodismo sirve a los tertulianos como refugio y los ayuda a validarse, pero, a diferencia de un redactor o un reportero, el tertuliano no se limita a describir los hechos. Y, sobre todo, no se limita a fiscalizar al poder, sino que a menudo aspira a sustituirlo.

El nacimiento de la tertuliocracia en Estados Unidos viene dado por la mezcla de los valores de la producción televisiva y la cultura política de los *insiders* de Washington, que Alterman define como «un pequeño grupo de pontificadores políticos altamente visibles que se ganan la vida ofreciendo opiniones políticas desde dentro y predicciones en los medios nacionales de élite. Y son sus debates, más que cualquier parecido a un debate democrático, los que determinan los parámetros del discurso político en la nación hoy en día».

Sin embargo, hay una diferencia capital entre tertulianos y políticos: la democracia impone una fecha de caducidad a quienes participan en ella, cuatro años tras los cuales los electores pueden

decidir sobre su futuro. La tertuliocracia, para Alterman, es lo más parecido a una aristocracia que existe en Washington, una casta que independientemente de quién habite la Casa Blanca seguirá ahí, gritando a los estadounidenses al oído los susurros que se escuchan en los cenáculos del poder. El historiador, como verán, no mostraba demasiada simpatía por esta «élite de la clase parloteadora», equiparándola a una versión turbocapitalista del politburó del Kremlin.

Cuando Chelo Sánchez Serrano se puso a analizar el mundo de las tertulias en los años noventa, contó alrededor de un centenar de tertulianos participando en un formato que apenas tenía quince años de vida. Cien tertulianos, en su mayoría periodistas, pero también actores, escritores, abogados y economistas.

Hoy, los lugares donde es posible encontrar una tertulia se han multiplicado. Nuevos canales de radio y televisión, tanto públicos (nacionales, autonómicos e incluso locales) como privados, programas que se han adaptado a introducir tertulias en cualquier hora del día, el formato ha colonizado también cualquier nuevo medio que haya aparecido en este tiempo, de los pódcast a YouTube o Twitch.

Si hace treinta años había un centenar..., ¿cuántos hay ahora?

En un ejercicio demencial, traté de contarlos. Durante esas dos semanas —del 20 de enero al 2 de febrero de 2025— salté de una tertulia a otra y fui apuntando el nombre de cada tertuliano que apareciera. Como la tarea era incompatible con la vida, me ayudé de la hemeroteca que se almacenaba *a posteriori*, de las listas de tertulianos que algunos programas subían a sus resúmenes de Apple Podcast o mencionaban cada día en la cuenta de Twitter (hoy X) del programa, y, cuando no contaba con nada en absoluto, revisité docenas de programas a saltos o a cámara rápida hasta que el

presentador tenía a bien —algo que no todos hacen— presentar a sus colaboradores de aquel día. Demencial.

Pero aprendí una cosa. Si uno toma solo los programas con tertulias de las cinco cadenas con más audiencia en televisión (La Sexta, Antena 3, Telecinco, Cuatro y TVE, contando La 1, La 2 y el 24 Horas) y radio (SER, COPE, Onda Cero, RNE y esRadio) de aquellas dos semanas, fueron 314 tertulianos distintos.

Por supuesto, en esta cantidad hay algo de ruido. Incluye a todos aquellos especializados en crónica negra o rosa, incluso humoristas, que aparecen en programas de información principalmente política. También a los expertos ocasionales. Por ejemplo, la semana del 20 de enero, investidura de Donald Trump, nombres como José Antonio Gurpegui, catedrático de Estudios Norteamericanos en la Universidad de Alcalá, acudieron a varias tertulias.

Pero si observamos solo a aquellos tertulianos que, en esa quincena de enero, aparecieron más de dos veces por semana en las principales emisoras de radio y televisión, el marcador se reduce a medio centenar de personas, en concreto, a 53. El ejercicio no es exhaustivo y, seguramente, de haber escogido otras dos semanas del año o haber tenido en cuenta también algunas emisoras menores o cadenas autonómicas, algunos nombres habrían cambiado, pero, sin duda, un amplio porcentaje de la siguiente lista permanecería inmutable.

Por orden de recurrencia, los *53 principales* de las tertulias durante ese periodo fueron Rubén Amón, Antonio Naranjo, Carlos Cuesta, Marta García Aller, Ainhoa Martínez Hoyos, Carmen Morodo, Pilar Gómez, Pilar Velasco, Alejandro Vara, Cristina Monge, Paco Marhuenda, Esther Palomera, Joaquín Manso, Jesús Maraña, John Müller, Juan Pablo Polvorinos, Toni Bolaño, Afra Blanco, Carlos E. Cué, Eduardo Inda, Estefanía Molina, Fernando Berlín, José María

Olmo, Luca Costantini, Pablo Montesinos, Paloma Esteban, Raquel Ejerique, Rodolfo Irago, Ángel Antonio Herrera, Ángela Martialay, Alberto Sotillos, Antonio Caño, Antonio Maestre, Carmelo Encinas, Carmen Tomás, Cristina de la Hoz, Fernando Garea, Gonzalo Miró, Ignacio Camacho, Ignacio Cembrero, Isabel Morillo, Iñako Díaz-Guerra, Javier Caraballo, Javier Casqueiro, Juan Fernández-Miranda, Juanma Romero, Miguel Lago, Nacho Gay, Nicolás Redondo Terreros, Pablo Pombo, Pilar Vidal, Rebeca Marín y Sarah Pérez Santaolalla.

5.4. VIEJOS AMIGOS

Tanto entonces como ahora, la tertulia de RNE intenta distanciarse de la competencia ofreciendo un tono más conciliador. Esto se logra, sobre todo, mediante dos fórmulas: el orden del día y la composición de la mesa.

Algunos patrones se repiten en todas las tertulias. Antes de presentar la discusión sobre el decreto ley fallido, Cuní aprovecha para entrevistar a Daniel Rodríguez, coordinador estatal de la Plataforma Estatal por la Defensa del Sistema Público de Pensiones. Monge se pone entonces las gafas y aprovecha para consultar su *tablet* y tomar notas en el teclado integrado.

Coscubiela desmenuza la cuestión evitando la confrontación política y explicando que se trata de un decreto técnico para renovar diversas cuestiones, sin ánimo de camuflar nada. López Alegre responde con «No es lo mismo gobernar que permanecer en el Gobierno», uno de esos comodines que los tertulianos emplean a menudo. Son dos colegas fingiéndose antagónicos, pero a López Alegre se le escapa un «Llevamos veinticuatro horas Coscu y yo debatiendo sobre esto», en referencia al decreto ley ómnibus.

Monge trata de ocupar el hueco que los otros le dejan, una habilidad de tertuliano que requiere de mucho olfato. La politóloga saca la carta de la no adhesión incondicional y afea que el Gobierno trate de «hacer la parte por el todo» con ese decreto ley. Sin embargo, lo hace de una forma tan pulcra que no resulta agresiva, sino didáctica. Es, además, un día propicio para hacerlo, ya que el fiasco del decreto ley se ha debido a la deslealtad de Junts, uno de los socios de investidura del Gobierno. Al salir de la dialéctica PSOE-PP, es más sencillo para un tertuliano sospechoso de simpatizar con los socialistas gastar ese día unos cuantos créditos de crítica gubernamental, lo cual ayuda a posicionarse como ecuánime.

Según pude descubrir días después, Monge figura dentro de ese top de tertulianos que más aparecen en radio y televisión. No debe de ser fácil permanecer ahí arriba, especialmente para aquellos tertulianos que carecen de un cargo concreto —director, subdirector — que los blinde. Aquellos que están menos alineados o a los que se les supone un perfil técnico o académico deben manejar con soltura aquello de revolotear como una mariposa y picar como una abeja.

Además, si algo estaba claro hoy es que todo esto del ómnibus había que tocarlo, pero saltando con rapidez al siguiente punto del orden del día. ¡Se celebra Fitur! La politóloga aporta entonces uno de esos datos: «El turismo supone el 12 por ciento del PIB aproximadamente».

Mientras Hermoso reemplaza brevemente a Cuní para cantar los titulares del día, coincidiendo con las señales horarias de las nueve, un camarero entra en el estudio y deja sobre la mesa una botella de agua y una copa. Imperceptible, pero ceremonioso. Estos pequeños detalles de la corporación. El destinatario de la bebida es el ministro de Industria y Turismo, Jordi Hereu, que saluda efusivo a Cuní al entrar por la puerta.

El presentador de *Las mañanas* despliega aquí, en este tipo de entrevistas, su maestría. Cuní, de setenta y dos años, ha trabajado durante prácticamente toda su vida en Cataluña, donde ha alcanzado un rango casi institucional que se nota al instante en su interacción con entrevistados como el ministro Hereu. Ambos pertenecen a una misma esfera.

Nadie llega a eso por casualidad, está claro. Cuní lo hace muy bien, despliega con el invitado una sensación de proximidad, risueño pero firme, amable sin resultar servil, como esos periodistas que al hablar con un gobernante lo primero que preguntan es por la oposición.

La entrevista, en cualquier caso, transcurre con placidez porque el tema aquí es cuántos récords bate el turismo en España. Para el ministro es un paseo por la orilla animado con sobresaltos mínimos, como los retos de las viviendas turísticas o cómo lograr que la gente vacacione en Teruel a finales de enero. Hereu, en un momento de disociación (ha sido tantas cosas, desde alcalde de Barcelona a presidente de Hispasat), se arranca con un «¡Es el momento de más Europa!».

La entrevista termina, pero Hereu pasa medio minuto más con Cuní y Monge despidiéndose mientras un acompañante trajeado espera al ministro al otro lado de la puerta. Treinta segundos pueden parecer poco tiempo, pero son instantes cruciales para el *networking*, uno de los grandes valores que aporta estar en el circo de las tertulias, mucho más que la remuneración.

«Bueno, bueno, cómo te has explayado», le dice Cuní a Hereu. Monge se acerca y añade: «¡A todos no nos da tanta cancha!». Sonrisas, un paso adelante y de repente se forma un corrillo, incluso una breve melé, de la que escapan frases como «Me debes un café

o, mejor, una comida» o «¡Es la misma entrevista desde hace veinticinco años!».

La tertulia no ha terminado. Queda un último bloque, en el que el tema elegido es que las renovables superan al carbón en Europa, gracias a la contribución de España. Estoy sentado en una silla al fondo del estudio y algo en la nariz me lleva a pensar que, en las otras tertulias que están teniendo lugar en este mismo momento, ni Carlos Sánchez, Ignasi Guardans o Elisa de la Nuez (*Hoy por hoy*); ni Bieito Rubido, Ángela Martialay o Salvador Sostres (*Herrera en COPE*), ni María Dabán, Mamen Mendizábal, Toni Bolaño, Marta García Aller o Rubén Amón (*Más de uno*); ni Julián Quirós o Luis Herrero (*Es la mañana de Federico*); ni Ana Pardo de Vera, Ricardo Martín, Fátima Iglesias, María Peral, Patricia Godino o Julio César Herrero (*La hora de La 1*); ni Nicolás Redondo Terreros, Jaime de los Santos, Chema Crespo, Paco Marhuenda, de nuevo Rubén Amón, Ángel Antonio Herrera o Rosa Belmonte (*Espejo público*); ni Antonio Caño, Luis Arroyo, Carlos Cuesta o Pilar Gómez (*La mirada crítica*), están hablando en estos momentos sobre energías renovables.

En cualquier caso, poco importa. Fuera del *affaire* ómnibus, la semana tertuliana ha sido secuestrada por la segunda venida de Donald Trump a la Casa Blanca. Los panelistas se ven impelidos a incluir su apellido —la forma de pronunciarlo también denota una competición entre ellos, una marca de clase— en cualquier tema que se ponga sobre la mesa, distorsionando así toda narrativa.

El camarero que se lleva la copa y el agua no puede escuchar el programa. Entra en el estudio y apenas ve al veterano Cuní, encorvado sobre su micrófono, diciendo: «Diez segundos, López Alegre», y un instante después: «Diez segundos, Coscubiela».

5.5. La circularidad de la opinión

Daniel Gascón se presenta en la cafetería del Círculo de Bellas Artes con el mismo atuendo —americana azul marino y camisa blanca— con el que, hace unos minutos, aparecía en la tertulia de *Al rojo vivo*. Como si hubiera atravesado la cuarta pared.

Está aquí porque, un par de plantas más arriba, se entrega el Premio Alfaguara. Gascón es un hombre de letras, ese es realmente su mundo, donde se ha movido desde muy joven. Autor de relatos, novelas o guiones, traductor de Christopher Hitchens y V. S. Naipaul, entre otros, editor desde hace años de la versión española de *Letras Libres*..., la tertulia, que practica en radio y televisión, es casi una mancha en su expediente. Sin embargo, abandonar un par de horas cada semana los silencios en el sillón o el previsible runrún de la agenda cultural madrileña por el alto voltaje del plató, con sus gritos, sus desplantes, su atrevimiento y su canto a la ignorancia... tiene algo de *affaire* sentimental, de cambiar por un rato a su encantadora pareja de siempre, la escritura sosegada, por un apasionado revolcón opinativo. Solo que la infidelidad sucede frente a los ojos de toda España.

Gascón habría sido un candidato idóneo para una tertulia de 1985, cuando los dramaturgos o los poetas eran habituales, pero hoy en día su perfil letraherido resulta, incluso, sospechoso. En primer lugar, porque habla bajo y sin utilizar estribillos[15] y, en segundo, porque no es fácil asimilarlo a un bloque concreto. Tiene una forma de pensar reconocible y es tan crítico con el actual Gobierno socialista como con la extrema derecha, pero sus razonamientos no se adscriben a una ideología ni, mucho menos, a un partido.

«A veces voy a Ferreras, a veces voy a Telemadrid, digo lo mismo en las dos y en una soy tertuliano de derechas y en la otra tertuliano

de izquierdas», indica. En una ocasión, Gascón recuerda estar sentado en una tertulia junto a una periodista de *El País*, cuando desde producción dijeron: «Oye, han llamado de un partido diciendo si pueden sentarse los dos en estas otras sillas». La petición le sorprendió, al parecer hay quien necesita ver a los tertulianos sentados a izquierda o derecha en función de sus simpatías políticas, como en la Asamblea Nacional francesa de 1789. Hay que subrayar que los responsables del programa no accedieron al capricho del partido en cuestión.

Siguiendo la taxonomía tertuliana de Amón, Gascón entraría en ese tercer sector, no alineados ni con intereses partidistas ni corporativos, pero, como dice, «Ir de alma libre también te hace ser un poco prisionero».

O, como dijo Keynes, «Los hombres que se creen completamente libres de toda influencia intelectual son generalmente esclavos de algún economista difunto».

Cada mañana, el escritor maño recibe en su móvil algún que otro argumentario de partidos, un concepto que está muy mitificado pero que no es más que un wasap. Los propios jefes de prensa de los partidos dicen al tertuliano: «¿Quieres que te mande esto?».

Con los argumentarios todo suele funcionar de manera tácita, nadie obliga a nadie a repetirlos en antena, pero los partidos saben de sobra que si se envían a un centenar de opinadores, el mensaje acabará calando, por goteo, en algún momento.

«Yo intento no mirarlos —dice Gascón—, especialmente cuando sabes que vas a decir algo en esa línea, para que no te contamine», y pone como ejemplo algo sucedido esa misma mañana, con el asunto de la ley ómnibus.

«Esta mañana Alsina ha dicho que era un batiburrillo, que es una muy buena palabra para definirlo», así que Gascón procedió a

anotarla en su cabeza, pero después escuchó a Cuca Gamarra, la portavoz del PP, usar la misma palabra: *batiburrillo*. Quién contamina a quién —por usar la terminología de Gascón— nunca está claro, si Gamarra escuchó a Alsina esa mañana y tomó prestada la palabra o si ambos leyeron un mismo tuit la noche anterior o fue por pura serendipia. Lo que evidencia la anécdota es la circularidad de la opinión: el día que visité el programa de Alsina, este citó una columna de Gascón y hoy es Gascón quien se inspira en el monólogo del presentador de *Más de uno*. El caso es que Cuca Gamarra invalidó para él la palabra *batiburrillo*. «He tenido que buscar otra palabra porque no quería sonar igual que la portavoz del PP.»

Días después de esta conversación, llamé a un veterano de la comunicación política para que me describiera mejor en qué consiste un argumentario. No son respuestas comprometedoras, pero, a cambio de ofrecerlas, exige algo de discreción respecto a su identidad, pues en este sector el capital laboral depende de la intensidad de la sombra donde te muevas.

«Hacer argumentarios es una dinámica clásica de los gabinetes», me explica. Estaba sorprendido por la pregunta, muy obvia quizá para quienes trabajan en política o periodismo, pero no tanto para el resto del mundo. «Se mandan a los periodistas, afines o no afines, hay algunos que los cogen con más ganas, otros con menos...»

Básicamente, los gabinetes de los partidos tienen dos partes diferenciadas, pero que dialogan todo el rato. La primera, que podríamos llamar Prensa, pivota sobre la relación con los periodistas o tertulianos y el seguimiento en medios de las noticias que tienen que ver con el partido. La otra, que suele denominarse Comunicación, tiene un componente más narrativo. Reciben las noticias del día y piensan en una interpretación o, como se le suele

llamar, un *spin*. «La pregunta que se hacen siempre es "¿Por dónde vamos?"», explica esta fuente.

La noticia cruda, por ejemplo, es que el Gobierno ha sido incapaz de aprobar en el Parlamento una ley ómnibus que contenía una serie de medidas que consideraba esenciales. El *spin*, en función de cada gabinete, sería que esto es la prueba definitiva de la debilidad del bloque de investidura y compromete la estabilidad de la legislatura o, por el contrario, que el Gobierno debe luchar contra una oposición que ni siquiera apoya medidas básicas como la revalorización de las pensiones o la subvención del abono de transportes.

En ambos casos, el argumentario tiene una estructura similar. «Se mandan como tres *bullets*, ideas contenidas en una frase con algún tipo de cifra o dato para respaldarlas, básicamente son narrativas —indica este fontanero de la política—. En términos periodísticos, sería como el editorial que hacen desde los partidos.»

Hablando de argumentarios, Gascón recuerda una anécdota de hace unos meses. Había ido a una tertulia en la que se estaba hablando de la invitación que Pedro Sánchez había hecho a los presidentes de las comunidades autónomas. Isabel Díaz Ayuso, la presidenta madrileña, que tenía un enfrentamiento político y personal con el líder socialista, amenazó con no acudir. «Estábamos hablando de si debía ir o no a la Moncloa —rememora Gascón— y, entonces, un tertuliano dijo que Feijóo, años atrás, cuando era presidente de la Xunta, había dicho que si el presidente te llamaba, tenías que ir.» Diez minutos después, apareció en escena otro tertuliano y, tras excusarse por haber llegado tarde por un atasco, malicia Gascón, «sin haber oído nada de la tertulia, nada más darle paso, comenzó a decir que Ayuso tenía que ir porque Feijóo en el año... Debían de haber recibido la misma información».

6

La precaria antesala del espectáculo

6.1. «ESTA SEÑORA ES UNA GUARRA, UNA PUERCA Y ESTÁ FABRICANDO *DEGENERAOS*»

Lunes, 29 de agosto de 2011[1]

Quienes idearon la implantación de la televisión digital terrestre (TDT) en España nunca tuvieron en cuenta la crisis que entre 2008 y 2010 sacudió las economías del mundo entero. En nuestro país, el desplome de la publicidad en medios de comunicación provocó despidos en los principales periódicos y emisoras. Las cadenas de televisión comenzaron a externalizar de forma salvaje sus contenidos. En aquellos años, dos colectivos colonizaron con éxito el paisaje postapocalíptico de la TDT: las videntes y los tertulianos de derechas.

Era uno de esos lunes de verano tardío en Madrid, cuando la ciudad aún tenía esa aura de magnificencia provinciana y una geometría familiar, compuesta por el círculo gris de la línea 6 del metro, el triángulo verde de El Corte Inglés y el rectángulo rojo del VIPS. Los millonarios y los camellos estaban, como en las canciones de Sabina, justo donde uno se los esperaba.

El Grupo Intereconomía presumía entonces de una flamante sede con ventanas a la Castellana, a la altura de Rubén Darío. Tuvieron

que salir de allí por impago apenas dos años después y refugiarse en Leganés, pero no adelantemos acontecimientos.

En la planta que daba a la calle, el bar El Plató contaba con un aforo de apenas ocho mesas, situadas frente a los cristales que separaban el comedor del estudio de grabación de Intereconomía Televisión. Aquella noche de lunes se estrenaba la sexta temporada de un programa que no dejaba indiferente a nadie: *El gato al agua*.

En la mejor mesa del bar, desde la que se podía observar la tertulia casi frontalmente, se sentaban dos señoras mayores, enjutas y con el pelo cardado. El hombre que las acompañaba, algo más anciano, desempeñaba en la mesa un rol gregario. Era el único de los tres sentado de espaldas al espectáculo y el único que parecía estar más interesado en comer que en charlar.

Veinte minutos antes del inicio, un chico con vaqueros y una camiseta de Duff empujó el sofá —antes ocupado por los presentadores del telediario de la noche— mientras los técnicos comenzaban a ensamblar la larga mesa blanca de debate.

Más por falta de espacio que de interés, *El gato al agua* no admitía público. El salón del restaurante era el único lugar para ver el programa *in situ*, aunque, paradójicamente, sin poder escuchar una sola palabra de lo que se estaba discutiendo. Tampoco se podían leer los mensajes que los espectadores enviaban y aparecían en pantalla, es decir, el programa despojado de las partes que lo hacían odioso o imprescindible, según desde cuál de las dos Españas se sintonizara.

Para acallar cualquier susurro procedente del estudio, el bar contaba, además de con cristales insonorizados, con un hilo musical que aquella noche revisitaba clásicos de Joe Cocker, alternados con versiones *jazz* de conocidos clásicos pop de la categoría «espérate al estribillo». Tres hombres y una mujer, probablemente empleados en

el edificio y con ese movimiento de piernas propio de quienes necesitan un cigarro, aparecían salpicados a lo largo de la barra, ajenos al espectáculo.

En la única mesa ocupada por una sola persona había una mujer con falda roja, blusa negra, rubia de peluquería. Aunque maquillada, parece haber alcanzado esa edad en que algunas mujeres emanan a su paso un aroma a planta cero de El Corte Inglés. Está sentada frente a una copa de vino. «Tendrían que poner como en el AVE», dice a la mesa de al lado, señalándose los oídos, y luego al plató. Se refería a los auriculares.

Al otro lado del cristal, el presentador del programa aparecía por primera vez en escena, entre dos paneles, cruzándose con Noelia Atance, la presentadora del telediario. Se saludaron como dos oficinistas al cruzarse en la puerta del servicio de caballeros, con un sutil movimiento de ojos y barbilla.

La figura de Antonio Jiménez resalta frente al diminuto cuerpo de la maquilladora: pelo rizado, vestido verde, estampado floral, esponja rosada asida a la mano que trepa, chaqueta arriba, hacia los pómulos del presentador.

«Ha engordado estas vacaciones», comentaba la mujer al matrimonio sentado en la mesa de al lado. Habían llevado a ver el programa en primera fila a sus hijas, dos adolescentes que escuchaban mostrando poco entusiasmo.

Los técnicos de iluminación trasladan un cuarto de vuelta el objetivo de las luces del plató. El presentador está de pie frente a la mesa mientras los técnicos suben y bajan un foco hasta conseguir que esté en ese punto en que Jiménez estira un poco el brazo y levanta el pulgar.

La pantalla dentro del restaurante mostraba, sin volumen y con un par de segundos de retraso, lo que ocurría en el interior de la pecera

hexagonal, donde los técnicos ya habían logrado ese tono característico de luz blanca contaminada por destellos de neón fucsia y apliques violetas.

«Pero si están todos hoy», murmuró la mujer para sus adentros, pero con intención de ser escuchada. La infantería tertuliana de esa noche estaba compuesta por José Luis Balbás, Carmen Tomás, Ignacio Gil Lázaro, Hermann Tertsch, Alfonso Rojo y Amando de Miguel. Inmediatamente, la mujer buscó el contacto visual con Tertsch y, cuando lo encontró, levantó la mano y abanicó los dedos. Este le devolvió el saludo. A continuación, repitió el proceso con otro tertuliano, pero fue interrumpida por el camarero, que aparecía con dos raciones, una de chipirones fritos con mojo verde y la otra, pantagruélica, de tortilla de bacalao con pimientos rojos. No era una *femme fatale* al uso. Quizá la ley antitabaco la convirtió en esto.

Un chico joven con gafas, vestido con camisa y vaqueros que parecían haberle caído encima mientras dormía, se acercó a la barra y pidió al barman una botella de vino. Sonrió y dijo que era «para los amigos», refiriéndose a los tertulianos, «para que se tomen algo».

Según pude descubrir, el chico era un licenciado en Periodismo por la Complutense cuya carrera laboral comenzó trabajando para pequeños canales locales de derechas, que entonces abundaban gracias a las múltiples licencias concedidas por el PP. Ahora era auxiliar de producción en *El gato al agua* y una de las tareas de su eufemístico puesto consiste en conseguir un vino decente en el bar y volver al estudio para llenar la copa a cada tertuliano, antes del programa y durante la publicidad. El de esta noche era un Solar Viejo Crianza de 2008, un rioja de entre cinco y ocho euros la botella, dependiendo del supermercado.

El País, en un reportaje del año anterior titulado «Los "ultras" conquistan la TDT»,[2] además de apuntar a estas tertulias como una especie de cuevas de Tora Bora catódicas para talibanes del mal gusto, señalaba algo fundamental: «El éxito de Intereconomía tiene que ver con la elección de un nicho».

Pero los éxitos rara vez llegan por casualidad. En aquellos momentos, ese mismo nicho estaba siendo cortejado también por programas como *La tertulia de César Vidal* en el canal de Libertad Digital o *La vuelta al mundo* en Veo7,[3] que para entonces ya había sido desterrado de la pugna y cedido a sus principales tertulianos al buque nocturno de Intereconomía.

Las polémicas les daban mucha vida en una época en que cualquier chispa prendía en las colinas secas de las redes sociales, pero en *El gato* no solo había vísceras, también había neuronas que conocían al dedillo el mundo de las tertulias y supieron sacar de la nada un producto de impacto. Intereconomía era un proyecto personal de Julio Ariza que, al principio, fue un canal temático de información exclusivamente económica, de ahí el nombre. Pero este Bloomberg castizo nunca llegó a despuntar en las plataformas de pago.

Su segunda vida se dio al aprovechar las licencias locales de TDT que Ariza logró rascar en Madrid, Valencia y Alicante. Ahí viró el modelo de negocio radicalmente. Uno de los primeros movimientos que hizo Intereconomía después de lograr sus licencias fue contratar a Pilar Blanco como directora de producción para radio y televisión. Blanco fue, entre otras cosas, un pilar fundamental de Luis del Olmo durante muchos años, en los que ejerció de subdirectora de *Protagonistas*. Llegaba a Intereconomía para llevar aquel concepto a un nuevo campo de batalla híbrido.

A lo largo de los noventa y principios del siglo XXI, muchos habían intentado llevar a la pequeña pantalla el éxito de un formato que arrasaba en la radio. Lo más normal era trasladar a pelo programas como *Carrusel deportivo* a un plató con cámaras. Pero algo siempre fallaba. El ritmo y la agilidad de la radio no acababan de encajar en el corsé televisivo. O viceversa, la tertulia parecía haber nacido para ser escuchada en segundo plano en un transistor y no para prestarle atención fijamente. Pero *El gato*, de alguna forma, había tocado las teclas adecuadas.

Además de a Blanco, incorporaron a Carlos Pécker,[4] quien hizo de realizador y aportó al programa los aspectos más creativos y técnicos. Por ejemplo, el uso de las copas de vino en la mesa de tertulia era premeditado, ya que *El gato al agua* vendía la asociación entre incorrección política y libertad de expresión como uno de sus estandartes.

No en vano, sus mayores picos de audiencia (de más de medio millón de espectadores y superando el 3 por ciento de *share*) han estado precedidos de episodios como este, de junio de 2010, que representamos a continuación:

Dramatis personae

ANTONIO JIMÉNEZ: presentador.

EDUARDO GARCÍA SERRANO: tertuliano 1.

JOSÉ MARÍA CARRASCAL: tertuliano 2.

PABLO CASTELLANO: tertuliano 3.

Entra Antonio Jiménez sosteniendo en sus manos un ejemplar de *La Gaceta de Intereconomía*.

JIMÉNEZ: «Esta es una noticia cuando menos provocadora e insultante».

Muestra la portada y lee: «La Generalitat dio este año 2.300 millones de euros al departamento de Marina Geli, que es la consejera de Sanidad. La Consejería de Sanidad catalana, que está en manos del Partido Socialista de Cataluña (PSC)-PSOE, recomienda sexo oral a los jóvenes».

Entran los tres tertulianos.

JIMÉNEZ, leyendo del periódico: «La práctica del sexo oral, el consumo de drogas, la masturbación y la contracepción de emergencia es lo que aconseja el Instituto Catalán de Salud, organismo dependiente de la Consejería de Sanidad, a través de una polémica página web destinada a los adolescentes [...]. Da consejos incluso a las adolescentes de catorce años, a las que recomienda el uso del *petting*, el sexo oral y la masturbación».

CARRASCAL: «¿Mmbrrooe...?». [Apreciable murmullo que detiene la lectura de Jiménez, único capaz de interpretarlo.]

JIMÉNEZ: «¿*Petting*? *Petting* pone aquí. Tienen ustedes treinta segundos para comentar».

CASTELLANO: «He oído que el *petting* es sin penetración. Sexo sin penetración. Lo he leído, eh, en un periódico. Efectivamente».

GARCÍA SERRANO: «Yo he de decir que esta señora... ¿Cómo se llama?».

JIMÉNEZ: «Marina Geli. Consejera de Sanidad socialista catalana».

GARCÍA SERRANO: «Esta señora es una guarra, una puerca y está fabricando *degeneraos*».

Antes de concluir el acto, García Serrano divaga durante minuto y medio, volviendo una y otra vez sobre la frase, y al final lanza una pregunta en voz alta: «¿Pero qué sociedad estamos fabricando?», y repite: «¿Qué sociedad estamos fabricando?».

Pese a lo que afirmaban sus responsables, *El gato al agua* no triunfaba porque el público demandara una tertulia liberal-conservadora. Más bien, en una época de poca facturación por publicidad, supieron colocarse exactamente sobre el sumidero con un programa en *prime time* enfocado a los españoles de mayor poder adquisitivo: gente mayor de derechas.

Para conocer el tipo de persona al que está dirigido un programa de televisión, nada como observar su publicidad. En el primer corte de *El gato al agua*, en la pantalla comienzan a sucederse anuncios de tiendas de Opticalia, cuentas bancarias de ING y tarjetas de crédito del BBVA, del portal de citas eDarling, de adhesivo fijador para dentadura postiza, de un aparato de gimnasia pasiva Happylegs, Micralax para el estreñimiento, gel de afeitar Gillette, yogures Activia para regular el tránsito intestinal y Danacol para el colesterol. No por casualidad, entre los presuntamente cegatos, solteros o viudos, varicosos, desdentados, barbudos y estreñidos espectadores mayores de sesenta y cinco años, *El gato al agua* registraba cerca de un 8 por ciento de *share*.

Al mismo tiempo, el programa era emitido por Radio Intereconomía, de donde también obtenía ingresos por publicidad. Otro dato importante aquí es que España ha presumido siempre de tener uno de los *prime time* más tardíos del mundo. En aquel momento, la hora del día en que más gente estaba viendo la tele eran las 22:50 de la noche. Tiempo suficiente para que el Solar Viejo Crianza de 2008 hubiera revelado si era bueno o malo y las lenguas comenzaran a soltarse. El momento estelar de García Serrano sucedió a las 23:18 horas.

En el bar restaurante El Plató, al otro lado del cristal, daba sin embargo la impresión de que los contertulios podrían estar hablando de entomología o diseccionando la última biografía de Pío Baroja.

Ninguno gesticulaba ni se mostraba iracundo o indignado, algo natural, ya que habitualmente los seis panelistas solían estar casi de acuerdo en todo. Como en otros casos, no había bandos, sino gradación.

Durante la publicidad, los tertulianos se asemejaban a juguetes desconectados por un niño mientras se va a merendar. Todos absortos en sus pensamientos y sin apenas cruzar palabra, con el modo de bajo consumo activado. El auxiliar de producción apareció entonces para reponer el vino. También llevaba un libro bajo el brazo, que entregó a los tertulianos para que lo fueran firmando. Se trataba de *La España de «El gato al agua»*,[5] una selección de intervenciones editada y prologada por Jiménez que fue sorteada, más tarde, entre la audiencia.

Y, al volver de los anuncios, más publicidad. Antonio Jiménez se puso en pie para presentar Angel Driver, el detector de radares definitivo. Aquella noche llevaba pantalones color beis y chaqueta azul marino, en su camisa y su corbata se mezclaban, como diría Baudelaire, el rosa con el azul místico.

Jiménez siempre ha trabajado en la radio, en las cadenas SER, COPE, Onda Cero y RNE. Su programa no era, al fin y al cabo, más que una tertulia radiofónica con cámaras. Salvo él y la asistente que leía los mensajes del público, en *El gato al agua* nadie miraba nunca a la cámara. El presentador apenas sonreía al objetivo y, cuando lo hacía, para el espectador era como ver pasar un pueblo, a lo lejos, desde el tren. Durante un cuarto de segundo, Jiménez mostraba unos dientes pequeños y grises, muy al fondo de la boca, rodeada por unas mejillas picadas de viruela pese al maquillaje, de la que a continuación brotaba la voz áspera de este antipresentador.

El gato al agua, que Jiménez consideraba sin ambages «un programa de culto», llevaba desde 2005 trepando por la enredadera.

De canales locales a canales de TDT reconvertidos, finalmente, en cadenas de emisión nacional. Intereconomía TV formaba entonces parte de un múltiplex empresarial con Vocento —rival en los quioscos y a la vez accionista mayoritario— y The Walt Disney Company.

Una botella de vino de cinco euros. Seis tertulianos. Seiscientos mil espectadores.

Segundos después, en la pantalla del bar, aparecía Bertín Osborne con un rótulo: «Hágase socio del Club Intereconomía», y el programa se iba otra vez a la publicidad con la sonrisa blanqueada de Bertín, tan radiante que permanece una fracción más de segundo que el resto de las imágenes sobre el fundido a negro.

6.2. El reverso especular

Pocos días después de aquella visita a *El gato al agua*, el 5 de septiembre de 2011, se produjo otro hecho relevante para la historia de las tertulias: *Al rojo vivo*, que había nacido unos meses antes como una contraofensiva de izquierdas al programa de Intereconomía y se emitía en La Sexta 2 a las once de la noche, pasó de repente a emitirse en La Sexta a media mañana.

Los ejecutivos de la cadena no tardaron en comprobar los buenos datos de audiencia que estaba dando aquel experimento, que usaba un patrón similar al del programa de Antonio Jiménez, solo que con unas aspiraciones y un presupuesto mayores. *El gato al agua* había sido el rey de la televisión *low cost* de aquellos años y marcó el devenir del formato de la tertulia en televisión.

Frente a las retribuciones millonarias que un tertuliano podía llegar a recibir antes de la crisis, los participantes en la tertulia de

Intereconomía cobraban en cheques de El Corte Inglés, una moneda de curso legal en España especialmente popular en las redacciones, gracias a ese legendario *quid pro quo* entre la cadena de grandes almacenes y las empresas periodísticas.

Otra enseñanza de *El gato al agua* que muchos aprendieron rápido es que, si la tertulia es teatro, no hace falta seguir ese guion de la pluralidad y la equidistancia. Al igual que Antonio Herrero logró superar a Del Olmo subiendo un poco más el nivel de agresividad y dinamismo, la llegada de las tertulias de la TDT hicieron palidecer a todas las tertulias tradicionales, que pasaron de ser vibrantes a emparejarse con *La clave* de Balbín en el baúl de los juguetes rotos. Con una excepción: *Federico en la COPE*.

El programa de Jiménez Losantos, quien bebió de los maestros de la tertulia desde el minuto uno, tenía ese ritmo endiablado y la facilidad para el improperio de su presentador. Su tertulia entonces contaba con nombres como Gabriel Albiac, Jesús Cacho, Cristina López Schlichting, su inseparable Luis Herrero, Lucía Méndez, Cayetana Álvarez de Toledo y Pedro J. Ramírez, con quien formó una dupla terrorífica en los años que siguieron al 11-M.

Losantos logró llevar a la COPE al podio de los programas matinales jugando muy al límite. Fue despedido en 2009, según su versión, por soliviantar a la parte de la Iglesia representada en el obispo Cañizares y a la parte del PP representada por Mariano Rajoy y Alberto Ruiz-Gallardón. Las cinco condenas por injurias que le cayeron tampoco ayudaron.

El auge de las tertulias digitales de derechas se retroalimentaba con el ocaso del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero tras haber maquillado durante dos años la crudeza real de la crisis económica y, a continuación, tomado medidas que dinamitaron su agenda social. España había superado los seis millones de parados

en un abrir y cerrar de ojos, cientos de miles de personas se quedaron sin casa por no poder afrontar la hipoteca, parte de la clase media se vio haciendo cola en comedores sociales y Europa apretaba con más y más demandas. En pleno mes de julio, el presidente socialista convocó elecciones en la simbólica fecha del 20 de noviembre, aniversario de la muerte de Franco. Tres años antes, Zapatero fue víctima de un micrófono abierto en el que revelaba a Iñaki Gabilondo: «Nos conviene que haya tensión».

Tras años de perfil bajo en los que miles de pijos españoles habían tenido que ocultar su media melena bajo la capucha de una sudadera marca El Niño, la derecha por fin crecía social y mediáticamente. Las tertulias nocturnas eran solo una alfombra roja esperando el momento en que Mariano Rajoy tomara los mandos de la Moncloa y los náuticos volvieran a pisar las calles con orgullo.

La polarización tal y como la conocemos hoy era entonces una quimera, de modo que no existía ningún tipo de cordón sanitario sobre *El gato al agua*. Ni siquiera se empleaba el término *ultraderecha* para referirse a ellos; si acaso, eran considerados frikis. Hasta que dejaron de serlo. Cuando Pablo Iglesias fue invitado a Intereconomía por primera vez, el 25 de abril de 2013, definió todo aquello como «territorio comanche». Para entonces, el sueño de Ariza ya había comenzado a implosionar y Jiménez y Josep Pedrerol —creador de otra tertulia hegemónica, solo que futbolística— habían saltado ya del barco de Intereconomía, uno a 13TV, la tele de la Iglesia, y el otro al grupo Atresmedia.

Al rojo vivo, ese programa que había nacido para competir con *El gato al agua*, se encontró con sus rivales en la cuneta nada más echar a andar. Pronto, Ferreras se estaría midiendo con las reinas de la mañana: Ana Rosa Quintana y Susanna Griso.

6.3. *Al rojo vivo*, UNA MEDIANA EMPRESA DE TERTULIANOS

Los paralelismos son evidentes, pero, siendo justos, cualquier ascendencia de otros programas sobre *Al rojo vivo* pronto quedó desfasada. En esta historia de la tertulia, hay un antes de *Al rojo vivo*, pero no un después.

El programa que Antonio García Ferreras dirige en La Sexta desde hace casi quince años ha trascendido a cualquier formato conocido. Como Luis del Olmo en los ochenta, Ferreras ha logrado absorber todos los elementos de una época para convertirse en un acorazado mediático sin parangón.

Basta con un solo ejemplo para darse cuenta de su magnitud. En aquellas dos semanas de recopilación obsesiva por mi parte, el programa de Antonio García Ferreras dio cancha a una cincuentena colaboradores distintos,[6] es decir, de un total de unos trescientos tertulianos que pasaron por programas de todo tipo, mañana, tarde y noche, en los principales medios de radio y televisión españoles, *Al rojo vivo* acaparaba una sexta parte.

Cada día saca a ocho o nueve distintos. En realidad, muchos de ellos no siempre se sientan en la mesa de *Al rojo vivo*, pues continuamente muchos de estos tertulianos entran en escena desde el salón o la puerta de su domicilio, lo que en el argot se conoce como un «dúplex», responden a un par de preguntas de Ferreras y desaparecen. ¿Pueden considerarse entonces tertulianos, colaboradores, entrevistados con remuneración...?

El programa ha ensanchado el término de lo que significa ser un tertuliano al adaptarse a la fragmentación que domina en estos momentos la actualidad informativa. Del mismo modo, Ferreras ha trascendido la comparación con el director de orquesta a otra cosa, más parecida a un *DJ*.

Como los concurridos restaurantes de las zonas turísticas, *Al rojo vivo* dispone de dos turnos de tertulia, uno a las once y otro a las doce y media, cuando se cambia por completo la mesa. También hay cambios, como en el fútbol: algunos tertulianos llegan en mitad de un turno y sustituyen a otro para que siempre haya seis o siete voces, a las que Ferreras va dando paso mientras introduce cortes de vídeo, lanza alertas informativas de última hora o entrevista al personaje del día. La clave siempre es el directo. Los tertulianos no saben de qué les va a tocar hablar y, aunque lo intuyan, en cualquier momento puede haber un accidente, una declaración o un crimen que hace a Ferreras cambiar el foco por completo.

«Una cosa que me llama la atención cuando voy a *Al rojo vivo* es que, cuando alguien lo ve por la televisión, cree que es una experiencia muy tensa, pero, luego, cuando tú estás allí, ves a los colaboradores bastante relajados, incluso algunos escribiendo sus artículos —dice Gascón, quien lleva unos años acudiendo—. Y, a veces, otros programas que desde fuera pueden parecer más relajados, para los que estamos allí son mucho más exigentes, porque hay argumentos de verdad: eso te obliga a pensar muy bien lo que vas a decir cuando te toque, porque probablemente no tengas dos ocasiones para elaborar bien tu postura, tienes que elegir o mezclar, y hay gente que sabe exponer muy bien y otros a los que nos cuesta más rematar.»

«En mi caso, con Ferreras hay un entendimiento claro —dice Ángeles Caballero—. Él sabe qué puede preguntarme, a veces incluso en directo me hace una señal para ver si quiero intervenir, pero, si no tengo nada que decir sobre un tema, no hablo. No es autocensura, simplemente no tengo la necesidad de opinar sobre algo que no manejo —indica—. También he dejado claro que yo no

hago información. No me preguntes qué dicen en Génova o en Ferraz, porque no es mi trabajo.»

Para manejarse en un entorno caleidoscópico y cambiante como el universo de Ferreras, Caballero ha desarrollado un método: «Yo me tomo muy en serio las tertulias. Cuando me convocan, me pongo nerviosísima —confiesa—, hasta el punto de que he tenido jefes que se han reído, sorprendidos, al ver que yo llevaba apuntadas veinticinco cosas en mi cuaderno. Si tengo a Ferreras ese día, me escucho dos tertulias de radio, me pongo *La hora de La 1* por si Silvia Intxaurrondo dice algo, y luego tengo dos cuadernos: el del día a día y el libro gordo de Petete», en referencia a un cuaderno separado donde Caballero lleva apuntadas «estadísticas que voy actualizando: mujeres asesinadas por violencia machista, la tasa de desempleo, la tasa de criminalidad según el Ministerio del Interior... Me abrazo al dato como si fuera el amor de mi vida. Veinte años de periodista económica dejan huella. Y ese cuadernito me lo llevo. No llevo iPad ni portátil ni nada: mis cuadernos y mi boli».

Fijándose, un día observó que Antonio Maestre, también contertulio en *Al rojo vivo* y otros programas, seguía un método parecido al suyo pero mucho más obsesivo. «Él usa siempre un iPad, pero sinceramente creo que, de aquellos compañeros con los que he coincidido, Maestre es quien más preparadas lleva siempre las tertulias.»

Hay otro aspecto que llama mucho la atención en *Al rojo vivo* y es el sentimiento de pertenencia inculcado por Ferreras. El presentador y alma del programa tiene un currículum intrincado, pero no resulta fácil de caricaturizar. Fue el jefe de informativos de la SER durante el 11-M, y muchos en la derecha aún recuerdan el error de informar de que en los trenes de Atocha había un supuesto terrorista suicida con *tres capas de calzoncillos*,[7] algo que atribuyeron a fuentes de la

lucha antiterrorista. Sin embargo, también fue durante años el dircom (director de comunicación) de Florentino Pérez en el Real Madrid y, más tarde, se reveló como un audaz empresario de la comunicación al situarse en el vértice del tándem formado por José Miguel Contreras y Miguel Barroso, fundadores de La Sexta cercanos a Zapatero. Pero mientras unos y otros han ido saliendo de escena, Ferreras siempre ha seguido ahí, con uno u otro Gobierno: su imagen con las palmas de la mano sobre la mesa en ángulo de noventa grados, mirando a cámara con los ojos entrecerrados, ha devenido icónica.

En todos estos años, docenas de tertulianos han pasado por la mesa de *Al rojo vivo*. Algunos persisten, otros salieron de allí tarifando o por la puerta de atrás, pero pocos tienen un mal comentario hacia García Ferreras. Al menos, en público.

El director de *Al rojo vivo* ha estado muchas veces en el ojo del huracán. Lo han atacado desde la derecha, algo previsible dado el sesgo de su programa, pero también desde algunos sectores del PSOE y, particularmente, desde Podemos, por la connivencia del presentador con personajes como Eduardo Inda, quien durante años fue un fijo en el programa y empleó esta plataforma para difamar a Pablo Iglesias y otros líderes de la formación morada.

Sin embargo, siempre que Ferreras se ha visto a la intemperie en mitad de una tormenta, la respuesta de sus colaboradores ha sido cerrar filas con él. No hay que olvidar que una parte (no despreciable) de su ejército de opinadores es gente a la que Ferreras ha dado cobijo tras un despido o en la que ha seguido confiando lealmente, como las conexiones diarias que hace con Alberto Sicilia desde Ucrania, conflicto que ha perdido presencia en cualquier canal de televisión pero por el que *Al rojo vivo* sigue apostando a diario.

Antonio Pérez Henares, *Chani*, tempestuoso como es, abandonó públicamente *Al rojo vivo*, programa en el que había estado desde el principio, cuando era en emisión nocturna. Es, de hecho, de los pocos tertulianos que puede presumir de haber estado tanto en la tertulia de La Sexta como en las de Intereconomía o 13TV. Con Ferreras representaba el flanco conservador y en las otras salía a relucir su pasado comunista, cuando fue redactor jefe de *Mundo Obrero* o jefe de prensa del PSOE durante el 23-F.

«Fui al primer *Al rojo vivo*. Ferreras conmigo siempre se portó bien. Nunca me censuró. Sabía el juego que yo daba y yo lo respeté —dice Chani—. En La Sexta empezamos con uno y pico, 2 por ciento... y lo celebrábamos. Antes, a *Al rojo vivo* se iba con más gusto. No había trincheras, ni tanta presión. Yo me fui porque ahora te llevan del ramal. Con los temas, las preguntas, los tiempos. Donde interesa, opinas. Donde no, no, pero, ojo, Ferreras es muy buen periodista. [...] De *Al rojo vivo* me fui, pero de *El gato al agua* me echaron —añade—. Por la ferocidad con la que manifiesto mi independencia.»

Para Marta Montagut, profesora en la Universitat Rovira i Virgili y coautora de un estudio sobre la espectacularización de las tertulias políticas,[8] *Al rojo vivo* representa este fenómeno «al máximo»: «Ese tipo de locución superenfática, la música dramática, las imágenes, el presentador buscando continuamente la confrontación y la polarización...».

La competencia carece del presupuesto o la ambición de *Al rojo vivo*, pero es evidente que el modelo Ferreras ha calado en muchos otros programas, casi marcando la pauta de la tertulia contemporánea en televisión. Por ejemplo, ya no quedan casi tertulias cuyo presentador sea neutral. «Cuando *Al rojo vivo* pasa a mediodía, lo hace con un estilo más próximo al de las tertulias

matinales —explica Lamata, pero pronto añade que Ferreras impone su sello—: En aquella franja, las tertulias de, por ejemplo, María Teresa Campos no tenían una línea editorial clara, la de Ferreras sí.» La última en caer fue la de Ana Rosa Quintana, que empezó siendo continuista con respecto a sus predecesoras —blanca, sosegada— y, en un momento dado, que Lamata sitúa en torno a la pandemia de 2020, la presentadora decide imprimir a su espacio una línea editorial muy crítica con el Gobierno Sánchez.

Cuando hablan de espectacularización, Marta Montagut y Nereida Carrillo no se refieren solo a la música de película de acción o los efectos especiales de infografía, sino que promueven debates basados no tanto en «una valoración política de la gestión, perfectamente legítima en una tertulia», sino en elementos más llamativos, «como la personalización o la entronización de la anécdota; nosotros siempre hacíamos la broma de "venía yo hacia la radio andando y he visto a un señor pidiendo en la puerta de una casa, eso significa que hay muchos pobres en Barcelona"»,[9] explica la investigadora.

«Un ejemplo muy paradigmático de este tipo de tertuliano estrella espectacularizado es Pilar Rahola», dice Montagut. Un día de 2020, salió de casa y se tropezó con uno de los separadores de goma que delimitan el carril bici en el Eixample barcelonés. «Hizo toda una diatriba en *La Vanguardia* y luego en las tertulias sobre el horror que eran los carriles bici en Barcelona porque hacían que la gente se cayera —dice la investigadora de la Rovira i Virgili—. Parece una broma, pero no lo es: esto vende mucho y funciona muy bien al conectar de una manera muy empática con la gente, todo eso hace que las tertulias sean un género muy popular y, en la televisión, esto se acentúa por mil.»

Pero, pese a lo incombustible de su modelo y de su presentador, *Al rojo vivo* ha cambiado mucho en estos casi quince años. Básicamente, porque la tertulia y sus protagonistas también lo han hecho. Los vociferantes periodistas de sus inicios han ido cediendo el testigo a la generación de politólogos que llegó a las costas de la tertulia hace una década y, más tarde, abriendo también la puerta a los comunicadores estrella de las redes sociales. «No es lo mismo cuando tenían a Eduardo Inda y a Marhuenda que ahora, que quien representa a la derecha es Santiago Martínez-Vares», dice Lamata. Este periodista ha trabajado casi toda su vida en comunicación política, muy vinculado al PP andaluz. Su mayor éxito profesional llegó al diseñar parte de la campaña que hizo presidente a Juanma Moreno Bonilla y, desde entonces, forma parte de la cuota pepera. «O Pablo Montesinos.» Montesinos hacía las crónicas del PP para *Libertad Digital*, hablaba muy bien y a Ferreras le pareció interesante llevarlo como tertuliano. «En *Al rojo vivo* se construyó, en gran medida, otro Montesinos —recuerda Lamata—, con una autonomía muy diferente a la que había tenido hasta entonces, digamos, aunque siempre trabajó para los mismos», es decir, el PP, con el que fue diputado entre 2019 y 2022.

6.4. Historia del insulto en la tertulia

En abril de 1989 se produjo en *La linterna*, el programa vespertino de la cadena COPE, una refriega que aún hoy es recordada. Intervenían en la tertulia Pilar Cernuda, Emilio Romero y Carlos Carnicero, cuando este último, según recogió *El País*, «llamó periodista próximo desde siempre al poder a Emilio Romero y este le respondió que era un imbécil».[10]

Otras versiones añaden que la tertulia se vio interrumpida cuando los guardaespaldas contratados por los periodistas accedieron al estudio para evitar que llegaran a las manos. Sea como fuere, aquel incidente provocó una reunión de urgencia entre los altos cargos de la COPE, que ordenaron suspender inmediatamente el programa y despedir a Romero como colaborador de la cadena.

¿Toda esta reacción por un mero *imbécil* que en el actual panorama mediático resultaría anodino? De nuevo, hay que tener en cuenta el contexto en 1989: el vicepresidente Alfonso Guerra seguía obsesionado con las tertulias, pocos días antes había manifestado en la SER que «algunos programas de medios de comunicación vinculados a la Iglesia eran beligerantes con el Ejecutivo socialista». En la SER, como en el resto de los medios del Grupo PRISA, las tertulias eran aún observadas como reductos venenosos.

Para más inri, por encima de Romero y Carnicero, los sospechosos habituales eran González Ferrari como presentador y Ónega como superior jerárquico, los mismos que cuatro años antes, en una madrugada primaveral, habían permitido que un tertuliano revelara a toda España la vida sentimental paralela del número dos del Gobierno de Felipe González.

Más allá de este hecho aislado, en las tertulias de los ochenta y los noventa había discusiones fuertes porque se producían en un país mucho más convulso y acostumbrado a la violencia que el actual. Eran los años del plomo, de la cruenta lucha contra ETA, pero también de la España de las barricadas por la reconversión industrial, de las huelgas generales cada tres años, de Puerto Hurraco y Alcàsser. Y, poco después, el 11-M y la crisis económica, dos *shocks* que sacudieron el corazón y el cerebro del país provocando heridas que tardaron años en cerrarse.

Sin embargo, *El gato al agua* sirvió de heraldo de una nueva era en una España relativamente más pacificada, pero donde la conflictividad en las tertulias batía récords.

Esto no es una mera impresión. En 2017, Marina González-Sanz, investigadora de análisis del discurso en la Universidad de Sevilla, publicó un estudio donde analizaba los «mecanismos de descortesía en la tertulia periodística de tema político».[11]

Para ello, alimentó su ordenador con la transcripción de 32 tertulias grabadas entre los años 2009 y 2013. En total seleccionó cuatro programas de televisión (*El gato al agua*, *La noria*, *El programa de Ana Rosa* y *Espejo público*) y cuatro de radio (*La linterna*, *La noche de César*, *Hoy por hoy* y *Herrera en la onda*), y de cada uno de ellos tomó una muestra de cuatro episodios.

El mecanismo más básico de descortesía es, por supuesto, la interrupción. El «¿Me dejas terminar, por favor?», que hoy se ha vuelto ya un cliché, indicaba para González-Sanz un mecanismo subyacente por el cual las tertulias televisivas o radiofónicas eran gobernadas. La interacción entre los tertulianos no suele estar pautada por el moderador o el presentador, sino que, por el bien del espectáculo, los propios participantes se autoorganizan: «No resulta extraña, por tanto, la abundancia de interrupciones en las tertulias periodísticas de tema político, que muestra una interacción regulada por el mecanismo de autoselección del turno de habla», explicaba este trabajo. La académica encontró que esta mecánica del conflicto sobrevolaba las intervenciones: uno de cada tres intercambios se producían así, en una lucha a cara de perro por el turno de palabra.

Esto sucedió hace más de una década. Cabe sospechar que en 2025, y particularmente en algunos programas, cualquier intervención viene ya precedida de un machetazo verbal para arrebatar el turno de palabra al tertuliano opuesto.

En el nivel superior de descortesía encontramos los insultos. Si en 1989 un *imbécil* logró paralizar la emisión de *La linterna* durante varios días, en 2017 el análisis de esta y otras tertulias de ámbito nacional arrojaba la siguiente selección de insultos, de los cuales un 77 por ciento se registraron en televisión: *Idiota*. *Inepto*. *Cretino*. *Cínico*. *Hipócrita*. *Malvado*. *Miserable*. *Absurda*. *Ridícula*. *Ñoña*. *Animal de poder y sin escrúpulos*. *Arrogante*. *Autoritario*. *Canalla*. *Energúmeno*. *Mafioso*. *Mentirosa*. *Nefasto*. *Sinvergüenza*.

Seguramente, nuestros oídos se han acostumbrado tanto a la tertulia contemporánea que ya muchos de ellos ni siquiera nos resultan insultos, tan solo adjetivaciones hiperbólicas que se hacen en beneficio del espectáculo. En su trabajo, González-Sanz encontró algo interesante: muchos de los términos que los tertulianos empleaban para faltarse al respeto eran palabras inesperadas que habían acabado siendo convertidas en descalificativos a base de ser lanzados a la cabeza del contertulio de enfrente. Los lingüistas los llaman *insultos verbales no codificados lingüísticamente*. Ahí van unos cuantos ejemplos reales:

Burócrata. *Cobarde*. *Chapucero*. *Fracasado*. *Incompetente*. *Irresponsable*. *Insolidario*. *Demagogo*. *Maniqueo*. *Meapilas*. *Sectaria*. *Xenófobo*.

«Únicamente hemos detectado un caso de insulto lexicográficamente marcado como tal: *hijo de puta*, dirigido a un aludido ausente del estudio», señala.

La investigadora encontró que «la descortesía forma parte de la superestructura o del tipo discursivo de la tertulia periodística de tema político», pero existen muchas formas de ser descortés y algunas dependen del género: los tertulianos tienden a descalificar más, aunque ellas marcan el ritmo con más interrupciones y actos de disensión.

Pero el aumento de las interrupciones en las tertulias políticas denota algo más. Todos y cada uno de esos *¿me dejas terminar, por favor*?, *yo no te he interrumpido a ti* y los continuos guiños al moderador o presentador para que les ceda el turno de palabra señalan que algo ha cambiado en esta última etapa de la historia de la tertulia. Si los participantes cobran lo mismo por hablar dos minutos o quince, ¿a qué se debe esa lucha cainita por el turno de palabra, por qué esa urgencia por avasallar verbalmente al contertulio de al lado?

Al menos hay dos razones. La primera es que el modelo ha cambiado totalmente, de las primeras tertulias basadas en la información a las siguientes basadas en la opinión y a las actuales, que son una versión más espectacular. El negocio antes era sentar a voces diferenciales alrededor de una mesa, a las que se les pagaba muy bien, para atraer a una base de oyentes o espectadores a los que colocar anuncios.

Ahora es algo distinto: se colocan todas las mesas de tertulia política posibles dentro de la parrilla de programación, incluso en programas que antaño eran puro entretenimiento, y para rellenar esas mesas necesitan de muchas voces, que suelen cobrar bastante poco. Antes, la emisora de turno elegía a sus tertulianos e incluso competía con las demás por los mejores analistas, pero este segundo modelo abre la puerta a que, como bien sugería Amón, sean otros actores quienes acaben rellenando esas mesas: intereses, acuerdos transaccionales con otros medios o, directamente, los partidos políticos, siempre dispuestos a *recomendar* a alguna joven promesa del filibusterismo o recolocar a algún viejo roquero que, por avatares de la vida, no hubiera logrado su escaño en las últimas elecciones o lo hubiera tenido que dejar por una investigación judicial, como le sucedió recientemente a José Luis Ábalos.[12]

Lo que antes era un secreto cada vez empieza a asomar más en los mentideros. Algunos partidos políticos usan su cuota de tertulias como quien tiene un palco vip en el Bernabéu: «Estoy convencido de que en este momento, en mitad de tanto escándalo, igual que hay intentos de intimidación, se están comprando intentos de apoyo a cambio del nimio pago de participar en una tertulia», escribía Pablo Pombo en *El Confidencial*.[13]

Más o menos por aquellas fechas en las que Intereconomía comenzaba a naufragar, en 2013, se difundió una charla del veterano Antonio Miguel Carmona en la Agrupación Socialista de Chamberí,[14] donde reconocía que su aparición en las tertulias —en aquella época era un rostro frecuente en *El programa de Ana Rosa* o en *Al rojo vivo*— respondía a una estrategia del partido y que todo cuanto decía en ellas estaba teledirigido por sus superiores jerárquicos. Por ejemplo, cuando acudió al programa del sábado noche en Telecinco.[15] «Me mandó el partido», reconoció ante los asistentes. Ya en el plató, tenía al entonces presidente de la Junta de Andalucía, José Antonio Griñán, mandándole mensajes de WhatsApp «todo el tiempo», que él repetía con aplomo frente a las cámaras. Fue poco antes de que la jueza Mercedes Alaya imputara a media Junta de Andalucía en el caso de los Expedientes de Regulación de Empleo (ERE).

Carmona también explicó ese día que acudir a las tertulias era crucial para el PSOE: «Una mentira, filtrada por algún cargo público, en un blog de *El País*, la leen 133 personas, sales en televisión y te ven siete millones».

En ese momento, un asistente replicó: «¿En *El gato al agua*?», y Carmona, que había participado en el programa desde hacía años pero dejó de ir tras el escándalo de García Serrano en 2010, puntualizó que él era el encargado entonces de acudir a las tertulias

en Telecinco y La Sexta. Quien tomaba ese tipo de decisiones era el Comité Ejecutivo Federal del partido. En *Tenemos que hablar*, Rubén Amón revela que en aquellos años también trataron de colarle a Carlos Alsina para la tertulia económica de *La brújula* a otro joven gallo llamado Pedro Sánchez, oferta que Alsina declinó porque no quería políticos en su tertulia, y así cambió de un plumazo la historia de nuestro país.

Pero la vida da muchas vueltas. Pocos años después, Carmona[16] anunciaba de nuevo a sus seguidores su participación cada jueves en el debate nocturno de Intereconomía: «Los socialistas debemos ser como el agua —justificaba entonces—, defender nuestra opinión en todos los ríos, en cualquier lugar, en todos los océanos». Incluso en cualquier charco, llámese Veo7 o Popular TV.

Durante el paréntesis en el que el PSOE envió a Carmona a las cadenas de mayor audiencia, su sustituto para dar los paseíllos por Intereconomía fue otro joven militante socialista, Alberto Sotillos. De alguna forma, estaba predestinado, ya que era hijo de Eduardo Sotillos, quien fuera portavoz del Gobierno con Felipe González. «Sotillos era tertuliano en la Telemadrid más *aguirrista* —recuerda Lamata—. Y siempre decía de sí mismo: "Soy el tertuliano guinda". Lo llevaban cuando había una mesa muy predominante hacia un lado, para poder justificar su supuesta pluralidad.»

Además de seguir la tradición familiar y hacer de tertuliano guinda, Sotillos hijo tuvo una trayectoria política casi análoga en sus inicios a la de Pedro Sánchez. Ambos eran rostros casi inéditos que el partido intentaba colocar en las tertulias para ofrecer una visión fresca del PSOE durante aquellos años oscuros para el socialismo en España. En 2014, ambos compitieron en primarias por la Secretaría General del partido, pero Sotillos no reunió los avales y pronto quedó

descolgado mientras que Sánchez, contra todo pronóstico, fue elegido como líder. Todo aquel que intentó enfrentarse a él por el control del PSOE (Eduardo Madina, Susana Díaz o el propio Sotillos) ha acabado de tertuliano.

6.5. Morir de casi-éxito

El gato al agua lo tenía todo para haber triunfado. Seguía las mismas leyes que han permitido a las tertulias conquistar las parrillas de programación: atraía público y anunciantes de una forma rentable y, además, había logrado birlar a varios tertulianos de renombre en la derecha a otras tertulias rivales. Pero tenía dos problemas: en primer lugar, la empresa que producía el programa se estaba yendo a pique; en segundo lugar, el PP acababa de ganar las elecciones a finales de 2011, por lo que dejó a *El gato* sin su enemigo natural: los socialistas en el poder.

«*El gato al agua* entonces tenía un problema de audiencia —recuerda Lamata—. Intereconomía se hundía, la mitad del equipo se fue a 13TV», la empresa propiedad de la Conferencia Episcopal donde Antonio Jiménez reeditó el programa bajo el nombre *El cascabel al gato*.[17] En aquel momento, encargaron a Javier Algarra tomar las riendas y dieron un cambio de timón que marcó el devenir del programa, de las tertulias e incluso del país.

«Intentaron generar *momentos YouTube*, escenas virales», recuerda el creador de La Hemeroteca del Buitre. Comenzaron a invitar a tertulianos que estaban no en las antípodas de su pensamiento, sino directamente en otros sistemas planetarios. «Tengo mucho agradecimiento a Algarra, pero, cuando Hermann Tertsch se levantó y se fue de *El gato al agua* porque apareció Jorge

Verstrynge[18] y dijo "Yo con este no me junto", Algarra justificó aquello diciendo que lo hacía "por riqueza cultural" y no para lograr audiencia. Yo lo vi y pensé: "¿En serio, Algarra?"», rememora Lamata.

A corto plazo, los éxitos de audiencia llegaron y la intensidad de las confrontaciones fue subiendo. Otros días acudió Máximo Pradera,[19] pero su gran *hit* llegó con un joven melenudo llamado Pablo Iglesias, a quien habían logrado sacar de *La tuerka*, una tertulia de ultraizquierda que emitía Tele K, un canal de Vallecas. Iglesias asistió varias veces a *El gato al agua* a medirse en inferioridad numérica contra los grandes capitostes del conservadurismo español.

No puedo enfatizar suficientemente lo trascendental que fue esto para el futuro desarrollo de las tertulias en España. Iglesias jugaba a otro juego. Había habido muchas tertulias broncas antes de aquello, pero se interrumpían al bajarse el telón. Como decía Carlos Carnicero al salir de una discusión acalorada en directo, «Ya he parado el taxímetro».[20]

Con Iglesias, sin embargo, el taxímetro nunca paraba. El tertuliano no estaba mirando al otro tertuliano cuando le replicaba, sino a su creciente base de seguidores. Iglesias debatía con un tono muy cañí, usaba elementos del rap y, desde luego, convertía sus apariciones en una pelea de gallos que más tarde maceraba y potenciaba en sus redes sociales. Aún no había nacido Podemos, pero todo había cambiado.

Y, por supuesto, a la mínima, Iglesias saltó a hacer su *show* en plazas mayores, concretamente, en el programa que Jesús Cintora tenía en Cuatro. Tras de sí quedó un programa de debate carbonizado que, con los años, fue haciéndose aún más residual y perdiendo audiencia y tertulianos en favor de *El cascabel*.

La llegada del PSOE de nuevo al Gobierno en 2018 pudo suponer un balón de oxígeno para estos espacios, pero de manera trágica su capacidad de polarización fue absorbida directamente por los medios *mainstream*. Ya no hace falta sintonizar una tertulia semiclandestina en la TDT para ver a seis tertulianos azotar sin piedad a los socialistas, basta con sintonizar casi cualquier tertulia.

«Al menos, antes, *El gato al agua* intentaba disimular un poco, pero, hoy, lo que queda de eso —El Toro TV— ya ni siquiera es antiizquierda o anti-Sánchez —dice Lamata—. Es directamente un partido político que explica al espectador, sin sutileza, por qué hay que votar a Vox y no al PP.»

Flota en el aire una pregunta. ¿Existe una correlación directa entre la cordialidad en los Parlamentos y la que los representantes electos perciben en los debates políticos de radio y televisión? «La televisión y la política le deben mucho a *La clave*, el que se considera primer espacio de debate político de la televisión en democracia», dice Sánchez Serrano sobre el mítico espacio que arrancó, como la democracia, en 1976.

Cuando echamos la vista atrás, pensamos irremediablemente en una época de concordia entre diferentes, en Manuel Fraga Iribarne, ministro con Franco y líder de Alianza Popular, presentando a Santiago Carrillo, líder del Partido Comunista de España, antes de la conferencia que este dio en el Club Siglo XXI en octubre de 1977.

Puede que el programa de Balbín no fuera un espejo del espíritu que reinaba en política, sino su manual de instrucciones. Pero de la misma forma habrá que otorgar la misma carta de naturaleza a las tertulias contemporáneas, «lo que algunos han denominado la *salvamización* de la política», entre cuyos principales exponentes Sánchez Serrano destaca programas como *La Sexta noche*, *El cascabel*, *El gato al agua* y *Un tiempo nuevo*.[21]

7

Un juguete en manos de la política

7.1. De columnista crítico a presentador estrella

Lunes, 9 de marzo de 2020

A veces, la vida te regala la oportunidad de alcanzar un conocimiento ontológico sobre un asunto: los hijos que se convierten en padres, los alumnos que un día se vuelven profesores, los ladrones que se convierten en policía o viceversa. A sus cuarenta y cuatro años, Teodoro León Gross era un profesor de Periodismo en la Universidad de Málaga con cierto arte para la columna, que ejercía sobre todo en medios de su ciudad natal. Junto a un compañero,[1] publicó en una revista académica un estudio sobre la tertulia, apuntando a los medios públicos como la última frontera de la pluralidad. En aquel entonces, ni en sueños habría pronosticado que, un día, ya rondando los sesenta y después de tres décadas dando clase, alguien le ofrecería la oportunidad de dirigir una tertulia en un medio público y, mucho menos, que sería en Canal Sur.

Entre medias, por supuesto, tuvo que darse lo impensable. Que el PSOE, que había regido los destinos de Andalucía durante toda la etapa democrática, saldría un día del palacio de San Telmo, pero así fue. En 2019, Juan Manuel Moreno Bonilla llegó al poder, agarró la radiotelevisión autonómica por los tobillos, la puso del revés y la

sacudió, vaciando todo lo que había en los bolsillos de la etapa anterior. A la hora de escoger quién podría hacerse cargo del programa de tertulias de media mañana, apareció el nombre de León Gross, quien seguía como profesor a tiempo completo pese a que su fama se cimentaba sobre todo en las columnas, donde destacaba como uno de los críticos más acerados del clientelismo que caracterizó el régimen anterior.

Así, nació en marzo de 2020 *Mesa de análisis*, el programa en el que León Gross pudo ver de repente en la práctica, y desde todas las dimensiones posibles, aquellos conceptos sobre los que llevaba décadas teorizando. No es que sea un advenedizo en el mundo de las tertulias. Al contrario, lleva años participando en ellas, aunque en las reseñas biográficas de las solapas nunca es tildado de *tertuliano* sino de *comentarista*.

Pero una cosa es ir a sentarte una hora frente al micrófono a las ocho y cuarto de la mañana[2] para soltar un par de perlas, y otra muy distinta es regentar un criadero de ostras.

Aunque lleva desde entonces en excedencia, pronto queda patente que se puede sacar a León Gross de la academia, pero no lo contrario. De su discurso cuelgan frecuentemente referencias y apellidos ilustres, de Thomas L. Friedman a Frank Esser, ideólogo de la *tabloidización* de los informativos y periódicos, que antaño competían en la liga de la «prensa de calidad» y, con la llegada del siglo XXI, se vieron de repente galopando desbocados, sin aliento, en la carrera de las ratas de lo digital, peleando por contentar a un público cada vez más exiguo que amenazaba con largarse a buscar información en redes sociales o sustitutos de baja estofa. Y, lo que es peor, peleaban contra ellos con sus mismas armas.

«Se tiende a identificar ese momento con la aparición de internet, pero es incorrecto: arranca antes —explica León Gross—. A finales

de los años ochenta empieza un proceso de concentración del sistema mediático: a comienzos del siglo xx, más del 90 por ciento de los periódicos eran empresas familiares o pequeñas empresas independientes y, a finales de siglo, más del 90 por ciento son parte de uno de los grandes grupos: PRISA, Prensa Española, Prensa Ibérica, Unidad Editorial y el Grupo Zeta entonces, ahora Henneo. Esa fase continúa con otra, muy interesante, que es la adquisición de cabeceras por parte de la gran industria de la comunicación, del entretenimiento o directamente del *show business*, cuyo icono, el famoso momento psicológico, fue la compra de *Time* por parte de Warner», prosigue el académico periodista en un receso, poco antes de meterse en harina y presentar una nueva edición de su tertulia.

Tras algunas incursiones en radios locales malagueñas a mediados de los noventa, León Gross se estrenó como tertuliano en el programa más escuchado en los últimos años en su franja horaria: *Hoy por hoy*, el programa matinal de la SER. La presentadora entonces era Pepa Bueno, quien más tarde dejó el programa para dirigir *El País*, periódico donde León Gross era columnista.

Por curtido que uno esté, el miedo escénico es inevitable y el profesor León Gross se presentaba cada mañana al examen de tertulianismo con los deberes hechos. «Venía con una experiencia previa, con una formación académica, no era un tertuliano joven dispuesto a comerme el mundo comenta—. Recuerdo que valoraba mucho tener información previa poder preparar el tema. Y entendí progresivamente que eso era un ejercicio melancólico e inútil.» Él llegaba con pantallazos de artículos,[3] ideas, argumentos, «aspirando a dar solidez a aquello, pero ni los tiempos, ni el ritmo, ni el vértigo de la tertulia lo permitían: cuando te ponías a desarrollar una idea, te cortaban».

En aquel momento, aquello lo desconcertaba, pero ahora que tiene que guiar a un rebaño de opinadores cada mañana, ha acabado por comprenderlo. «Ahora lo entiendo, porque violentaba el formato —dice—. Eso es lo más característico que recuerdo: entender rápido que esa forma de preparar la tertulia con profundidad era un error. Tienes que ser consciente de lo que el género pide.»

León Gross era plenamente consciente de que su presencia en aquella tertulia no respondía a la brillantez de sus argumentos, sino a una necesidad coyuntural por parte de la emisora: encontrar voces que representaran a ese nuevo espacio que entonces lideraba Ciudadanos, que en 2019 se convirtió de la noche a la mañana en el tercer partido en número de escaños. Era un sentir algo difuso —un poco de centro-derecha, un poco socialdemócrata, bastante antinacionalista y donde se abusaba del término *liberal*—, pero este profesor y columnista malagueño lo personificaba al dedillo.

«Siempre he pensado que en las tertulias debe haber cierta diversidad —relata— y, si yo he sido una *cuota moderada*, estoy encantado, porque me gusta representar eso. Me gusta creer que es lo que soy. Otra cosa es cuando los partidos presionan para colocar a alguien afín. Eso sí pasa, y hasta lo reclaman. Pero no ha sido mi caso.»

León Gross puede ser muchas cosas, pero no es ningún cínico. Sabe que su posición preeminente como columnista en *ABC*, tertuliano en la COPE y director de orquesta en Canal Sur es posible gracias a un contexto informativo que ha privilegiado la opinión a costa de la información pura y dura de antaño.[4]

«Cuando entra en crisis el periodismo tradicional, cuando el modelo *ad-driven*, basado en la publicidad, revienta después de la irrupción de internet, pues el periodismo, cada vez más precario, va

buscando los formatos más baratos —me explica—. Se va prescindiendo de jefes responsables, se pagan cantidades de miseria a *freelancers* que van por el mundo metiéndose en cualquier charco y se adelgaza la ambición informativa, que es cara: un reportaje, una información, requiere de tiempo, a veces de gastos, requiere de la dedicación de una o varias personas... Y, claro, frente a eso, la opinión es una cosa muy barata, con la que puedes llenar fácilmente espacio del periódico o tiempo en los medios audiovisuales.»

«La opinión es uno de los beneficiados de ese abaratamiento del periodismo —sentencia— y el segundo es el espectáculo.»

7.2. La letra pequeña de la pluralidad

Cuando era académico a tiempo completo y aún no era tertuliano, León Gross observaba en las tertulias políticas un grave defecto. Marcaban la agenda a la opinión pública, pero no llegaban a estimular un debate de forma efectiva, dado que «la pluralidad de opiniones que incorpora resulta, por lo general, muy escasa —escribía en el artículo de 2011 y continuaba—: Las tertulias parecen regirse más por el sesgo ideológico que marcan sus respectivas cadenas que por una voluntad honesta de análisis de la actualidad política y social».

Al llegar a Canal Sur, descubrió que ese objetivo tan noble, alcanzar la máxima pluralidad entre los tertulianos, tenía mucha letra pequeña.

«Estoy en un medio público y, aunque tengo la impresión de que en algunos la erosión ha sido más fuerte que en otros, e incluyo ahí Televisión Española, en buena medida son medios que tienen consejos de administración con una proyección parlamentaria —

indica—. Y, por tanto, eres muy consciente de que eso tiene que acabar también en las propias tertulias. La tertulia tiene que atender a esa pluralidad y eso ha hecho que las televisiones públicas salvaguardaran un perfil más plural en las tertulias.»

León Gross asegura que jamás un directivo de Canal Sur le ha dicho «Pon a este tertuliano» o «Quita a este tertuliano». Es cierto que en el pasado se han visto actitudes así de burdas, pero hoy en día todo el mundo hila más fino.[5]

«La cadena tiene, por así decirlo, un corpus de nombres más o menos numeroso, un elenco razonablemente amplio» de tertulianos, del que cada programa va seleccionando los nombres que se adaptan mejor al programa o, en concreto, aquellos que el presentador quiere ver sentados a su lado. La confección de ese *pool* de tertulianos no suele seguir solo criterios periodísticos o de audiencia, sino que suele tener bastante peso político.

«Me pasó una cosa muy interesante en el tiempo que estuve colaborando en Euskal Telebista (ETB) —dice Ángeles Caballero—. Colaboraba en una tertulia política, iba una vez al mes o así, y me dijeron que ya no me podían llamar porque no era ni tertuliana de partido... ni era vasca. Tendría que haberles dicho: "¡Pero soy mujer!"», bromea la columnista, y, ya en serio, subraya que «Estas cosas pasan, no son ciencia ficción».

Otro tertuliano —que me pidió anonimizar esta anécdota— me explicaba que, hace pocos años, se puso en contacto con él uno de los máximos responsables del PSOE de la Comunidad de Madrid. Habían pensado en su perfil para la terna de tertulianos *progresistas* de Telemadrid. Dice que declinó la oferta porque no se sentía cómodo con el ofrecimiento, pese a que el político lo tranquilizó diciendo que podía criticarlos sin ningún problema. Lo más llamativo aquí es que la Comunidad de Madrid lleva en manos del PP desde

1995; sin embargo, el resto de los partidos con representación también tienen la capacidad de colocar a determinados tertulianos en la televisión pública.

«Lo peor no es eso —me dice Pérez Henares—, lo peor es que hay periodistas que van a los políticos a pedir ser cuota. Pero, vamos, a toda leche. He visto a personajes muy escorados a la derecha corriendo a ver a Pepe Blanco para ponerse a sus órdenes. Y periodistas de izquierdas hacerle la pelota a Cospedal.[6] Sé lo que se hace ahí. Es ponerse a su servicio. También he visto a algunos criticar a Sánchez y el separatismo y, luego, defenderlos con ferocidad. Eso no es supervivencia, es peor —dice el antaño tertuliano, quien hoy disfruta de la jubilación y la escritura de novela histórica—. En este mundillo hay algunos personajes verdaderamente siniestros, como ese que tiene ahora un programa en telev... ¡Nah!, no quiero hacerme más enemigos, que ya tengo bastantes.»

Marta Montagut me contaba que el coordinador de *El matí de Catalunya Ràdio*, el programa matinal de la radio pública catalana, se vio un año con el agua al cuello hasta el punto de que casi no pudieron empezar la temporada en septiembre «porque los partidos políticos no se habían puesto de acuerdo con el equilibrio de la composición de la tertulia».

Técnicamente, explica la académica, esto se debe a que vivimos en un sistema de pluralismo polarizado, que «es básicamente que los medios de comunicación responden de una manera muy fiel a las consignas de los diferentes partidos políticos, o de las facciones dentro de los partidos políticos, y traslada todo esto, que es una tradición larguísima en nuestro país a partir de la Transición y del inicio de la etapa democrática, a las tertulias televisivas —indica Montagut—; o sea, en Catalunya Ràdio o en RAC1 siempre tiene que

haber alguien vinculado a *La Vanguardia*, vinculado a Lara, vinculado a..., etcétera. Existe pluralidad, pero no es un pluralismo social, sino vinculado estrictamente a formaciones políticas y muy corporativo».

Todo esto no implica algo necesariamente malo de los tertulianos que participan en las tertulias de los canales autonómicos, pero que los partidos políticos participen de un modo tan estructural (y tan opaco, porque..., ¿qué criterios siguen?) en el *casting* de comentaristas cada nueva temporada resulta inquietante y denota la importancia que tienen las televisiones autonómicas para que los distintos Gobiernos logren perpetuarse en el poder. Aunque programas como *Mesa de análisis* tengan audiencias discretas en comparación con los grandes programas de tertulia mañaneros, como *Espejo público* y *Al rojo vivo*, en la comunidad donde emiten (Andalucía, en este caso), se sitúan en torno a un nada desdeñable 10 por ciento de *share*. Y, lo más importante, se dirigen al público que les interesa a esos líderes autonómicos.

De nuevo, los directores de programas de tertulia dirigen una orquesta en la que no siempre pueden escoger a los músicos... o la partitura.

Cada mesa de tertulianos está planificada con una semana de antelación. El director del programa tiene en cuenta varios factores, el primero de los cuales es la disponibilidad de los susodichos. «Tenemos algunos tertulianos que tienen poco margen para moverse en la semana, entonces hay algunos peones más fijos, otros más móviles», indica el periodista malagueño. Luego hay parejas que funcionan bien juntas o, en palabras de León Gross, «generan cierta tensión interesante a la hora de la reflexión», y eso es algo que se descubre con el ensayo-error del día a día. «Sí que es verdad que tengo, por así decirlo, desde el principio —esta tertulia cumple cinco años—, una figura que llamo *anclas*, rostros que hacen

la tertulia más reconocible para el espectador, que busca sus puntos de referencia.»

Esta es otra de las estrategias no escritas de la tertulia, pero que se repite aquí y allá. Para una de sus investigaciones, Montagut habló con Carles Francino, en aquel momento director de *Hoy por hoy*. «Nos decía que él tenía la estrategia del "más uno" —me explica—: "No puedo producir una tertulia para cada día con expertos de ese tema concreto, que hablen bien y conecten bien, porque no me da tiempo, hay muchas dificultades en términos de producción —le indicó a Montagut—. Pero sí que puedo tener un 'más uno', es decir, una especie de cartera de expertos a los cuales acudir en función del tema: lleno la tertulia con estos tertulianos que son anzuelos, la cara de la cadena y los que tú esperas encontrar, y luego tienes el 'más uno'".»

En su caso, y dentro de la libertad que ostenta, León Gross tiene la costumbre de introducir siempre a una mujer en la terna diaria, por eso de corregir el tradicional exceso de testosterona que caracteriza estos formatos. Sobre esto hay que puntualizar algo más. En los últimos años, muchas voces han pedido una mayor participación de las mujeres. Incluso, en 2014, TVE y Telecinco se atrevieron con programas como *Amigas y conocidas* o *Hable con ellas*. La cuestión es que, en efecto, cada vez se ve a más mujeres en las mesas de tertulia, pero, salvo en casos explícitos como este de León Gross, este resultado podría no deberse a un esfuerzo por la igualdad, sino a una consecuencia del mercado del *show business*: ellas electrifican el debate y, por tanto, el público premia aquellas tertulias donde hay mujeres.

En el citado artículo de González-Sanz sobre la descortesía, en líneas generales, se percibía «un uso más acusado de las estrategias de descortesía por parte de las hablantes femeninas que de los

masculinos», y la hipótesis de la investigadora sevillana fue que las mujeres tertulianas se rebelan en estos espacios «contra los rasgos lingüísticos tradicionalmente considerados femeninos», para equiparar su comportamiento al de los hombres, que son quienes han colonizado la mayor parte de las tertulias políticas desde sus inicios, es decir, para llegar al nivel de testosterona que perciben, acaban interrumpiendo e interpelando más a sus compañeros de mesa, provocando la respuesta de estos y una tertulia más bronca y, por tanto, más espectacularizada.

«Y luego procuro que haya cierta diversidad —continúa León Gross, y comienza a enumerar—: En mi tertulia tengo gente de *ABC*, de *El País*, de *El Mundo*, del *Diario de Sevilla*, de *eldiario.es*, de *El Confidencial*... He tenido gente de la Cadena SER, de la COPE e de *Infolibre* que por circunstancias ahora no están.»

7.3. EL MARCO DETERMINA EL CUADRO

El 9 de febrero de 2025, León Gross se desayunó con una foto suya en una noticia de *El País*. Salía sentado en una mesa alta, junto a la periodista Victoria Romero y frente al presidente de la Junta de Andalucía, Juanma Moreno Bonilla, a quien entrevistaron para inaugurar el curso electoral de 2022. El titular que tenían encima era el siguiente: «El sistemático doble rasero de Canal Sur a favor del PP». La pieza no era ninguna columna de opinión, sino una información basada en el seguimiento que el periodista Ángel Munárriz —antiguo tertuliano en su programa— realizó durante treinta días de los contenidos de los informativos y hasta del propio programa de tertulia.

El resultado es que noticias negativas, como que Andalucía figuraba la última en listas de espera quirúrgicas, que el sistema de dependencia estaba en situación de colapso o que Moreno había cesado a la interventora general de la Junta después de que denunciara el posible abuso de contratos a dedo en el Servicio Andaluz de Salud, tuvieron nula repercusión en los informativos de Canal Sur. Ambos priorizaron, en esos días, temas como el caso Koldo, el caso del hermano de Pedro Sánchez y el proceso judicial de la pareja de Isabel Díaz Ayuso, todos de indudable relevancia periodística, pero nada incómodos para la imagen de la Junta.

El programa de León Gross también aparecía en el análisis de *El País*. No manchado, pero sí salpicado. El Consejo de Informativos lo señalaba como una continuación de los informativos, donde Moreno Bonilla era frecuentemente representado como garante de los intereses de Andalucía.

Por supuesto, aquí nadie es del todo inocente. Si un periodista de *El País* sigue los contenidos informativos de Canal Sur durante treinta días es porque intuye lo que se va a encontrar y su acomodo a la línea editorial de su periódico. Pero, al menos, el ejercicio de Munárriz sirve para cuestionar la recurrente excusa de la pluralidad. No importa lo aparentemente plural que sea una mesa de análisis si ciertos temas están vetados o ciertos enfoques se presentan de una forma tergiversada, en general a favor del poder político de turno, o, dicho de otra forma, es más que posible tener una mesa formalmente plural de tertulianos, pero dirigir la tertulia de tal manera que sea imposible salir de un marco determinado. En el análisis no solo se apuntaba qué temas se tocaban en Canal Sur, sino durante cuánto tiempo o cómo se planteaban las mesas.

Con frecuencia, los programas comienzan con un corte de vídeo donde, en un caso concreto, la vicepresidenta Yolanda Díaz salía

diciendo: «No se explica la historia de la humanidad, desde Espartaco hasta hoy, sin la conquista de nuevos derechos. Espartaco era un gran sindicalista». A partir de ahí, el debate comienza, pero lo hace con una luz distinta, de cierta sorna hacia Díaz, quien suele incurrir a menudo en este tipo de frases para el recuerdo. Sin embargo, esta forma de arrancar el debate nunca sucedía con los miembros del actual Gobierno andaluz, quienes, según el artículo de *El País*, eran presentados habitualmente desde un planteamiento más sobrio. Desde ese momento, se produce la opinión: sale a escena un gran abanico de bailarines que —por supuesto— actúan con libertad, pero sobre un terreno ligeramente desnivelado.

En la entrevista que mantuvimos para este libro, varias semanas antes de que apareciera publicado este artículo, León Gross defendía que «la tertulia no es un género de rigor periodístico; es fundamentalmente entretenimiento y ese es el secreto de su éxito: en general, se sigue para pasar un buen rato, no para entender mejor el mundo».

Desde un punto de vista exclusivamente teórico, es palpable que el ecosistema informativo ha ido mutando en las últimas décadas hacia el infoentretenimiento y ahora son los tertulianos quienes ponen los ladrillos. Podemos incluso defender la evolución, argumentando que los opinadores actuales están cada vez más preparados, son más diversos que hace décadas y cumplen una importante función social al proveernos de argumentos para manejar la brújula de nuestro día a día. Podemos repetirnos que es un ejercicio melancólico pretender que las cosas sean de otra forma y que, dentro de lo que cabe, hay una variedad suficiente de tertulias a las que podemos amoldarnos en función de nuestras inclinaciones o nivel socioeconómico.

Lo que es más discutible, y a menudo ha permanecido bajo el radar, es el grado de distorsión que introducen los partidos en el debate político. Cómo tratan de imponer desde las tertulias de qué puede o no hablar el público y en qué términos. Y, sobre todo, cómo esta injerencia ha ido permeando las tertulias a lo largo de nuestra etapa democrática, convirtiendo lo que era una imperceptible música de ascensor en un estruendo que no permite escuchar al otro.

7.4. HIPERVIGILANCIA A LOS TERTULIANOS

Las tertulias se han convertido en un asunto de una inusitada relevancia para el Gobierno de Pedro Sánchez. En algún momento, todos los presidentes anteriores trataron de meterles mano de alguna forma, principalmente tratando de silenciar a aquellas voces críticas y sustituyéndolas por aquellas que les convenía oír. Todos acabaron cometiendo errores, porque la tertulia es un material viscoso e inflamable. Cuando el poder trata de acallar a una parte, acaba dañando a los suyos; cuando pone las condiciones para que *sus* voces prosperen, es el enemigo quien acaba aprovechándose.

Pero el actual Gobierno socialista parece haber aprendido parte de las lecciones del pasado, las lecciones aprendidas durante la época de Mariano Rajoy, cuando la secretaria de Estado de Comunicación, Carmen Martínez Castro, y la citada María González Pico acortaban a veces la correa de los opinadores que se salían del guion o de aquellos sobre los que creían tener cierta ascendencia. «Yo puedo hablar de la experiencia que viví como director de *El Mundo* y sí vi, por ejemplo, en tertulias en las que he estado, a Martínez Castro enviar mensajes a periodistas, donde más que un argumento decía algo como "Nos interesaría mucho que sacaras este tema" —dice

David Jiménez—. Esto, dicho así de forma sutil, no deja de ser una presión tremenda, porque también hay que tener en cuenta que esos medios luego dependen de la publicidad institucional, que había reparto de licencias de televisión justo antes de las elecciones... No sé, a mí me parece que es totalmente inapropiado que una persona que trabaja para la comunicación de un Gobierno le sugiera a un periodista de qué tiene que hablar en una tertulia, pero esto sucedía.»

Con el actual Gobierno, no han trascendido llamadas desde la Secretaría de Estado, pero sí que existe una hipervigilancia acorde a la época que vivimos. Como un guante de seda forjado en hierro.

La Secretaría de Estado de Comunicación realiza, desde el año 2006, una monitorización de medios con sistemas automatizados, llevada a cabo habitualmente por empresas especializadas, que cuentan con documentalistas y expertos informáticos. Antes, este era un servicio más caro, pero ha ido abaratándose gracias a una mezcla de competencia empresarial y progreso tecnológico. Estas empresas buscan, según aparece en la memoria justificativa, «información de interés para la Secretaría de Estado de Comunicación emitida por prensa, emisoras de radio y de televisión y medios digitales». El último contrato, de 2023, se lo llevó Rebold Marketing y Comunicación, que le factura unos 34.500 euros al año por este servicio tan valioso para el Ejecutivo,[7] ya que le permite saber perfectamente qué se está diciendo de ellos, comprobar al minuto si la política comunicativa del Gobierno está funcionando, si los medios están comprando su relato y por qué flancos les están atacando desde los medios críticos.

Es comprensible que se haga un *clipping* con la información que salpica al Ejecutivo, pero el interés por las opiniones que los

tertulianos vierten en radio y televisión es relativamente más reciente.

Este tipo de servicios de inteligencia quedaron al descubierto en marzo de 2025, cuando la Secretaría de Estado de Comunicación envió por error a un grupo de periodistas —las listas de distribución las carga el diablo— un dosier con el análisis que varios tertulianos habían hecho a lo largo del día, principalmente, sobre las decisiones del Gobierno, pero también sobre el retorno de Trump y el papel de Carlos Mazón, presidente de la Generalitat Valenciana, tras la catastrófica dana en los principales programas de radio y televisión.[8]

«¿Qué hora es ahora mismo? Las 16:50 —me explicaba Óscar Gutiérrez, quien dio la noticia en *El Confidencial Digital*—. Pues si en este mismo momento alguien, en alguna tertulia de radio o televisión, menciona al Gobierno, dentro de dos minutos ellos reciben ese informe de alguna de las empresas que hacen habitualmente ese trabajo de *clipping*.»

Nada de lo que se diga del Gobierno en una tertulia pasa desapercibido para el Gran Hermano de la Moncloa.

El Gobierno Sánchez, además, ha añadido al *clipping* otra capa de seguimiento, mucho más cualitativa. A mediados de 2024, la Secretaría de Estado de Comunicación contrató a una periodista que venía de trabajar en la SER. Su nombre no es relevante aquí, dado que iba a sustituir a alguien con un perfil muy similar, para hacer lo mismo y, de prosperar en su tarea, lograría ser promovida en algún momento. Este tipo de trabajos no son de nueva creación, tampoco figuran en el organigrama oficial de la Secretaría de Estado de Comunicación, sino que suelen añadirse a la extensa y opaca lista de asesores asignados a Presidencia.

Hasta donde he podido saber, esta asesora se dedica, exclusivamente, a *seguir* a los tertulianos. Sobre sus labores concretas, solo podemos conjeturar a partir de otro tipo de informaciones.

Por ejemplo, tras el gran apagón que dejó la España peninsular a oscuras durante los días 28 y 29 de abril de 2025, desde el Gobierno organizaron un *briefing* de la vicepresidenta Sara Aagesen solo con tertulianos. Por supuesto, con total discreción, sin asistencia de otro tipo de periodistas, por ejemplo, los especializados en energía, y en un contexto en el que la mayor parte de la población española señalaba a Pedro Sánchez por tardar varias horas en comparecer y al Gobierno por no ofrecer apenas información.[9]

Es evidente que nuestros gobernantes conocen perfectamente dónde están los resortes que mueven la opinión pública y dónde hay que colocar los mensajes necesarios para amortiguar un relato desfavorable en una situación de crisis. No es la primera vez que la Moncloa promueve este tipo de encuentros con tertulianos ante una situación similar. Y, probablemente, la elección de quienes participan en estos *briefings* esté determinada por un informe cualitativo, fruto de una concienzuda monitorización.

Pedro Herrero, fontanero de la comunicación estratégica y, entre otras labores, asesor en los últimos años para varios partidos y políticos encuadrados a la derecha del PSOE, observa el fenómeno desde el otro lado: «Hay periodistas cuya función ya no es escribir, sino estar por la mañana en Radio Nacional, a mediodía en Ferreras y luego en una tertulia de las de la noche —explica—. ¿Qué supone eso? Que son periodistas con un altísimo valor narrativo, porque ya no están redactando la noticia, sino que están interpretándola para la audiencia, es decir, el periodista tertuliano es lo que más valor tiene para la política, porque interpreta en términos cotidianos la

realidad de lo que está pasando: esa parte interpretativa, no la factual, es la que tiene un valor extremo para los dos medios con carácter más inmediato, la radio y la televisión».

O quizá, en muchos casos, la explicación sea más sencilla: los políticos recelan de los periodistas, pero ven a los tertulianos de otra forma. Son, como ellos, gente que pasa por maquillaje. Esto no solo funciona con los políticos, también con los —ampliamente mencionados, vagamente definidos— cenáculos del poder, reuniones más o menos informales de gente que manda e invita a quienes ellos consideran que pueden estar ahí. «He estado en alguno —dice Caballero—, muchas veces te invitan solo porque te han visto en la tele. Ni saben dónde escribes, ni de dónde has salido.» La tertulia también abre esas puertas y cruzarlas «depende de lo que a uno le vaya el *rock and roll*: si te gusta la pasta, la notoriedad, que te inviten a sitios, que te digan cosas...».

7.5. La España de las mil tertulias

Los españoles estamos expuestos (por voluntad propia o por irradiación) a varias horas diarias de discusión entre tertulianos partidarios del Frente Judaico Popular y del Frente Popular de Judea, un género que por razones económicas, de audiencia y también políticas se ha convertido en el formato estrella de los principales programas de radio y, desde hace unos años, también de televisión. Los partidos políticos han tomado buena nota de lo sencillo que es introducir en ellas su punto de vista, ya sea mediante avatares tertulianos o diseminando argumentarios.

El sistema ha funcionado, en la sombra, durante décadas, pero, en los últimos diez años, todo se ha acelerado: la irrupción de la nueva

política y el auge de un ecosistema político-mediático basado en la economía de la atención que ha elevado a los tertulianos a un estatus de celebridades de internet han conformado una auténtica bomba alrededor de las mesas de opinión. Hasta hace un tiempo, se veían como una especie de Suiza, un territorio neutral donde los combatientes de uno y otro lado podían reunirse para discutir las ventajas y los inconvenientes del armisticio, pero esa inocencia ha desaparecido: las tertulias ya son trinchera o arsenal. Donde un día hubo un intento de ágora hay ahora una frontera borrosa entre plató y Parlamento. En su retorno a la Casa Blanca, Donald Trump contó con veinte tertulianos y periodistas de Fox News, su cadena amiga, y no como asesores o directores de comunicación, sino para ocupar altos cargos.[10]

Dado que España acaba por copiar de Estados Unidos todas las tradiciones de este tipo, es un buen momento para reflexionar en qué medida ha favorecido al auge de los populismos normalizar que el trayecto que va del periodismo a la política, y que tiene a la tertulia como intercambiador, puede ser de ida y vuelta.

Hace más de dos décadas, Diana Carole Mutz, politóloga en la Universidad de Pensilvania, y Byron Reeves, profesor de Comunicación en Stanford, abordaron cómo los broncos intercambios en las tertulias políticas televisadas de Estados Unidos estaban afectando a la confianza en las instituciones democráticas.[11]

Basándose en tres experimentos de laboratorio realizados con actores, observaron que los debates televisados donde se expresaban diferencias de opinión política no perjudicaban, en sí mismos, las actitudes hacia la política y los políticos. «Sin embargo, la confianza política se ve afectada negativamente por los niveles de incivilidad de estos encontronazos.» Los hallazgos de Mutz y Reeves

sugerían que el formato de gran parte de los programas políticos en televisión «promueve eficazmente el interés de la audiencia, pero a expensas de la confianza en la política».

Desde entonces, las evidencias en este sentido se han ido acumulando, hasta que un día la realidad golpeó a la teoría en la cara y, en 2016, Donald Trump ganó sus primeras elecciones ante Hillary Clinton contradiciendo a prácticamente todas las encuestas. Los medios de comunicación comenzaron entonces a hacerse preguntas. «¿Cómo no lo vimos venir? ¿Estamos tan encerrados en nuestra propia burbuja que somos incapaces de conectar con aquellos que viven fuera de ella?»

Los más perezosos, o menos dispuestos a la flagelación o a tomar medidas para el cambio, apuntaron a internet. En una columna publicada en *TheNew York Times* justo antes de las elecciones, Farhad Manjoo afirmaba que la transición a los medios digitales había hecho que fuera mucho más difícil comunicar eficazmente los hechos y la verdad.[12] No le falta razón, pero el análisis debería haber incluido también a los *talk shows*, programas de debate en las televisiones por cable, los *morning shows* y, en general, todas las tertulias que llevaban meses martilleando inadvertidamente los cimientos del edificio de la candidata demócrata.

Cuando los tertulianos de derechas e izquierdas se pasaban el programa poniendo a caer de un burro al candidato rival, lo que quedaba en la mente del espectador es que todo estaba mal y, en ese ambiente, siempre hay algunos que ganan más que otros.

«La prensa convencional resalta lo que está mal en la política sin decirnos también qué está bien —escribió Thomas Patterson, profesor en Harvard, tras la primera victoria de Trump—. Es una versión de la política que premia a una rama particular. Cuando todo se presenta como profundamente defectuoso, no tiene sentido hacer

distinciones al respecto, lo cual beneficia a aquellos que tienen más defectos. La civilidad y las propuestas sensatas ya no aparecen en los titulares, sino que se da voz a quienes son más hábiles en el arte de la destrucción. El accidente automovilístico que fueron las elecciones de 2016 tuvo muchos conductores. Los periodistas no estaban solos en el coche, pero sus huellas dactilares estaban por todo el volante.»

Es reconfortante para nuestro cerebro contemplar lo que pasó en Estados Unidos, ¿pero qué está pasando en nuestro país? ¿Quiénes se están beneficiando de este régimen de polarización hecha espectáculo, quiénes lo están promoviendo?

El CIS lleva desde 1985 publicando su barómetro con cierta periodicidad. Una de sus preguntas clásicas es «¿Cuál es, a su juicio, el principal problema que existe actualmente en España? ¿Y el segundo? ¿Y el tercero?». Y una de las respuestas cada vez más habituales era «Los políticos en general, los partidos políticos y la política».

A finales de 2019, los políticos en general, los partidos y la política eran la segunda mayor preocupación de los ciudadanos españoles, solo por detrás del paro y muy por encima de los problemas económicos y la corrupción. Y digo «eran» porque poco después de que Pedro Sánchez confirmara que estaba en condiciones de formar Gobierno de la mano de Podemos, el director del CIS, José Félix Tezanos, optó por realizar un «cambio metodológico» y suprimió esa respuesta.

En su lugar incluyó tres: «El mal comportamiento de los/as políticos/as», «Lo que hacen los partidos políticos» y «Los problemas políticos en general». El público es muy mal pensado y hubo quien se atrevió a explicar ese cambio argumentando que la respuesta

original estaba convirtiéndose, con cada nuevo barómetro, en el principal problema de los españoles.

En una tribuna de opinión publicada en la revista digital *Nueva Tribuna*, el director del CIS argumentaba que «un error muy frecuente en este tema ha sido sumar los datos de las tres preguntas sobre los problemas de España, presentando tal suma como la opinión de los españoles sobre cuestiones concretas, es decir, a veces se anuncia que el 56 o el 57 por ciento (o lo que sea) piensa que el principal problema de España son "los políticos, los partidos y la política", en general.[13] Por tanto —continuaba Tezanos —, se ha sustituido lo que anteriormente era un auténtico cajón de sastre ("los políticos, los partidos y la política"..., sin más) por tres cuestiones concretas ajustadas a lo que realmente dicen, quieren decir, los encuestados, es decir, se ha ganado en precisión, claridad y fidelidad a la opinión pública, de forma que ahora todo el mundo dispone de más y mejor información», información que cualquiera puede «sumar o restar a su gusto, bajo su exclusiva responsabilidad».

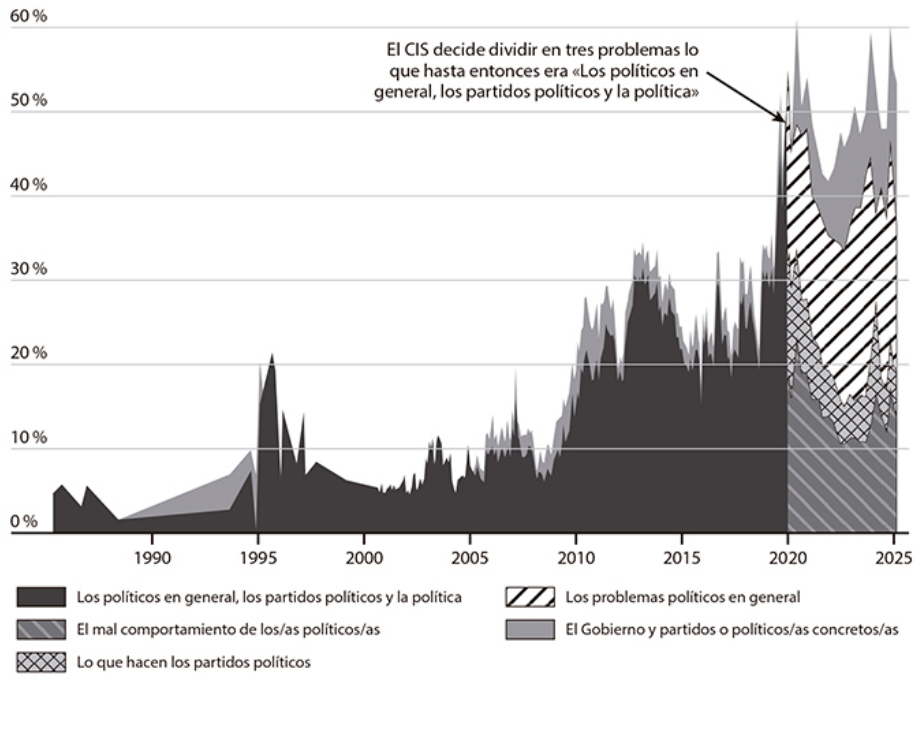
Bien, una vez obtenido el permiso del director del CIS, vamos a tratar de comprobar la evolución del malestar de los españoles con sus representantes políticos entre 1985 y 2025. No es una tarea, como decía Tezanos, para «cualquiera», ya que, para empezar, los datos que muestran estas respuestas están discontinuados y dejaron de actualizarse el año de la pandemia. Para acceder a una base de datos con los barómetros de mayo de 1985 a enero de 2020 hay que acudir al repositorio oficial de internet,[14] descargarse los datos y, a partir de ahí, acudir a cada barómetro publicado desde entonces en la web del CIS para completar toda la serie.

El esfuerzo, parcialmente automatizable, valió la pena. En el siguiente gráfico puede observarse cómo el esfuerzo de Tezanos por

descomponer en tres opciones la respuesta «los políticos en general, los partidos políticos y la política» justo cuando se presentaba como la segunda preocupación solo ha servido para maquillar cosméticamente los barómetros y que estos problemas bajen posiciones en el *top ten*.

Pero, en realidad, la masa de encuestados que consideran a los políticos y sus partidos entre los principales problemas del país no ha dejado de crecer. Es más, el cambio de Tezanos ha dado brío a otra respuesta, la que apunta al «Gobierno y partidos, o políticos/as concretos/as», antes marginal y ahora relevante.

Figura 2. Tres problemas principales que existen actualmente en España



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del CIS.

Abusando de la falacia del hombre de paja, supongo que muchos científicos sociales argumentarían que es algo simplista vincular este aumento de la desconfianza hacia el Gobierno de España, los partidos y los políticos con el auge de unas tertulias que, día tras día, nos insertan en una dinámica polarizadora. Dirían que, en realidad, nos enfrentamos a un problema multifactorial cuyos orígenes se remontan a hace décadas y que también se reproduce en otras democracias modernas.

Pero, sinceramente, me sabría mal haberle arrastrado, estimado lector o estimada lectora, durante varios capítulos para lanzar una piedra y esconder la mano con la excusa de que el mundo es muy complejo.

Los tertulianos no son la única causa de que el nivel de desconfianza —e incluso desprecio— hacia los gobernantes y demás políticos esté en niveles máximos. Las razones apuntan más hacia un *Zeitgeist* por el que la información se ha espectacularizado a todos los niveles; un canon social, cultural y, por tanto, mediático tan enraizado en nuestros cerebros que ya es imposible ponerle nombre; alentado desde la industria audiovisual, coartado por el periodismo, turbopropulsado desde la política y que tiene a las redes sociales como infantería y a los tertulianos como aristocracia.

Pero la nobleza, bien lo saben en Francia o en Rusia,[15] siempre está expuesta a un levantamiento.

7.6. ¿QUIÉN ODIA MÁS A LOS TERTULIANOS?

Barack Obama odiaba a los *pundits*. Por supuesto, a aquellos que le criticaron sacando a relucir un supuesto pasaporte keniano antes de ser presidente, pero también a los opinadores e *insiders* políticos de

TheNew York Times que, por su afinidad a los demócratas, pensaban que podían influir en aquellos asuntos en los que Obama tenía poder de decisión. Durante sus ocho años de mandato, el primer presidente afroamericano de la historia estadounidense se empeñó en negar la autoridad de los *pundits* de Washington sobre la Casa Blanca.

Especialmente tensa era su relación con Maureen Dowd, la columnista política de *TheNew YorkTimes*, cuyos consejos parecían impresionar a Obama tan poco como su Premio Pulitzer. Durante el discurso que dio en una de sus últimas cenas de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca, en 2013, el presidente sacó a relucir su mejor sarcasmo contra ella: «Todo el mundo tiene un montón de consejos para mí —suspiró Obama—. Maureen Dowd dijo que podría resolver todos mis problemas si me pareciera más a Michael Douglas en *El presidente y Miss Wade*. Y sé que Michael está aquí esta noche, así que... Michael, ¿cuál es tu secreto? ¿Podría ser que fueras un actor en una fantasía progresista de Aaron Sorkin? ¿Puede que eso tenga algo que ver?».

Criticar la tertuliocracia no ha sido habitual para ningún presidente, pero aquel discurso no fue algo inédito. Hace años ya que muchas voces están levantándose contra la clase opinadora, que en ocasiones ha demostrado tener un poder superior al de las dos cámaras de representantes.

Cuando Obama estaba aún tomándole las medidas a la Casa Blanca, Glenn Greenwald definió muy bien el sentimiento en un artículo llamado «The Perilous Punditocracy» [La peligrosa tertuliocracia],[16] un artículo seminal, de 2008 nada menos, al decir lo siguiente: «Viven dentro de una burbuja de su propia creación».

El artículo resulta premonitorio sobre el papel de los tertulianos en la sociedad actual. Ahí van algunas partes, traducidas libremente,

pero tratando de preservar el espíritu del original:

> No solo los opinadores, sino también los llamados reporteros honestos, han urdido estas historias predictivas. De hecho, las afirmaciones sobre lo que probablemente ocurrirá en el futuro dominan la cobertura informativa de los medios de comunicación sobre las campañas presidenciales. En lugar de centrarse en el historial de los candidatos, la validez de sus posturas o la veracidad de sus afirmaciones, la cobertura de las elecciones políticas se obsesiona principalmente con la cuestión de quién es probable que gane y quién que pierda. Como la mayoría de los adivinos, la fijación de los periodistas por las narrativas predictivas ha dejado una cadena prácticamente ininterrumpida de errores humillantes. Durante todo 2007, sin que se hubiera emitido un solo voto, dos temas dominaron la cobertura mediática de la contienda. En primer lugar, la nominación de Hillary Clinton era esencialmente inevitable; su ventaja en las encuestas era insuperable y su fuerza organizativa la hacía invulnerable a cualquier desafío. En segundo lugar, la candidatura de John McCain estaba acabada por la mala gestión de la campaña, el enfado de los conservadores por su postura ante la inmigración, el resentimiento de los independentistas por su apoyo a la «oleada», la falta de fondos y la abultada ventaja popular de Rudy Giuliani.

Y aquí viene el golpe:

> Pero, de repente, a finales de enero de 2008, tras unas pocas semanas de votaciones en un puñado de pequeños estados, Barack Obama y John McCain fueron declarados candidatos casi seguros. Hillary Clinton y Rudy Giuliani no eran más que meras ocurrencias fallidas. En cuestión de unas pocas semanas, el guion de todo un año de los tertulianos se reescribió instantáneamente —simplemente se desechó— sin que apenas se reconociera su existencia.

No sorprende, a partir de aquí, la actitud de Obama hacia los *pundits*. Sin embargo, su vicepresidente, Joe Biden, no era así. A él le gustaba ese mundo; como el estadounidense de a pie que decía ser, lo consumía. Tenía sus programas favoritos y sus tertulianos de cabecera.

Y así, casi quince años después, en julio de 2024, pagó las consecuencias.

Sucedió tras el debate presidencial contra Donald Trump. No era la primera vez que el presidente demócrata aparecía ante las cámaras con problemas para comunicarse con claridad —Biden ha sido tartamudo desde siempre, algo que los medios habían aceptado con naturalidad—, pero, en aquel momento, a apenas cuatro meses de las elecciones de noviembre, se empezó a asociar su dicción atropellada con el declive cognitivo.

Los líderes de opinión demócratas se alinearon por primera vez claramente en contra del candidato. Como recogía Rebecca Solnit en su columna de *The Guardian*, «Why is the Pundit Class so Desperate to Push Biden Out of the Race?» [¿Por qué los analistas están tan desesperados en sacar a Biden de la carrera?], en apenas una semana, *TheNew York Times* publicó 192 artículos sobre la incapacidad de Biden de someterse a un segundo mandato, de los que 50 procedían directamente de la sala de máquinas editorial del periódico.[17] *TheWashington Post* incluso publicó un discurso de dimisión para Biden y en *TheNew Yorker*, su director David Remnick expuso que no abandonar «sería un acto no solo de autoengaño sino de peligro nacional».

Fueron cientos de cabezas parlantes las que aparecieron aquellos días exigiendo al círculo íntimo de Biden —como si el presidente fuera incapaz de tomar esa decisión por sí mismo o estuviera impedido mentalmente— que le presionaran para largarse. Joe Scarborough, el presentador del programa de televisión favorito del candidato demócrata, *Morning Joe*, que emite cada mañana en la MSNBC, le asestó probablemente el golpe final. «En realidad corresponde a la gente que está alrededor de Joe Biden dar un paso al frente en este momento y ayudar al presidente y ayudar al hombre que aman a hacer lo correcto —dijo el 18 de julio, en un momento en el que Biden parecía seguro de poder competir contra

Trump—. Esto no va a acabar bien si se alarga.» El 19 de julio emitieron un anuncio en su programa dirigido al veterano presidente con el lema «Pasa la antorcha».

Finalmente, el 21 de julio, Joe Biden comparece para anunciar que se marcha.

A continuación, toda esta clase dirigente creó una nueva narrativa, basada no solo en opiniones, sino en encuestas —exacto, qué es una encuesta sino una opinión más sofisticada— que, una y otra vez, respaldaban los análisis: la sucesora de Biden, Kamala Harris, estaba recortando a Trump toda esa ventaja que tenía y ahora la victoria demócrata, antes imposible, era un cara o cruz.

Cuando las elecciones de noviembre llegaron y Trump arrasó en todo el país, esos análisis se evaporaron, pero algo quedó: la visión de que los tertulianos no eran ya meros espectadores o analistas, sino que intervenían de manera decisiva en la realidad. Que cuando los estadounidenses conectaban con aquellos programas, no estaban simplemente escuchando a un grupo de hombres y mujeres valorando una información objetiva, sino generando narrativas dialécticas dentro de las cuales moverse, narrativas que a menudo no estaban respaldadas por los principios que solían guiar al periodismo, que algo fuera cierto, pero también relevante, sino que se retroalimentaban con el único objetivo de mantener la atención del oyente o del espectador hasta el próximo bloque publicitario, algo que, habitualmente, solo se logra a través de la vía del espectáculo.

O, como dejó escrito Greenwald, «Ser un *pundit* significa no tener que decir nunca lo siento ni me he equivocado».

7.7. La actualidad inventada cada mañana

En mi búsqueda de evidencias de que el tertuliano no es la causa de la situación actual, sino su consecuencia, me acordé de repente de Ángel Benito, un pionero en los estudios de la comunicación en nuestro país, algo así como un Marshall McLuhan patrio. También fue profesor mío, hace ahora veinte años.[18] Por desgracia, al consultar sobre su paradero descubrí que había muerto de cáncer a finales del año del coronavirus. Tenía noventa y un años.

Benito desempeñó también un papel clave en la formación de muchas estrellas de la tertulia, desde Antonio Herrero a Iñaki Gabilondo, por el papel seminal que tuvo, tanto en la Universidad de Navarra, donde fue el primero en instalar un estudio de radio universitario, en los años sesenta, como posteriormente en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, que ayudó a fundar.

A mediados de los noventa, Benito publicó en una editorial de México un libro titulado *La invención de la actualidad*. No recuerdo si lo compré o me lo regaló él mismo.

A juzgar por los subrayados y pequeños pósits fluorescentes, una versión más joven de mí debió de haber leído *La invención de la actualidad* hace años, pero no sospechaba que su relectura sería tan inspiradora.

El libro tiene valor, más que por su originalidad, porque reúne los saberes de los principales intelectuales en comunicación de aquella época. Umberto Eco, por ejemplo, publicó en *Diario 16* un artículo —sospechosamente parecido al título del libro de Benito— donde decía:

> Inventar la actualidad es como dar una noticia falsa. El cuerpo de la noticia es auténtico, pero el marco es falso. Y como el público de los medios de comunicación adora lo que es actual, convencerlo de que algo es actual es peor que decirle que ha ocurrido lo que no ha ocurrido. Porque una falsa noticia se

> olvida y cuando es desmentida produce desconfianza y, por tanto, actitudes de control crítico por parte del lector.[19]

Y añadía:

> El engaño de la falsa actualidad, que nunca puede ser desmentida (porque los periódicos tienen el poder de hacer actual todo aquello de lo que hablan), es el más desagradable de todos porque enciende y aviva la adoración por la actualidad y se autoperpetúa.

¿Y qué es actual entonces? ¿Todo aquello que está sucediendo a nuestro alrededor, solo las cosas más importantes de la realidad seleccionadas por alguien en cuyo criterio confiamos? No. Es mucho más sencillo: un acontecimiento actual es todo aquel que nos provoca la necesidad de emitir una opinión o una toma de posición.

Esto sería lo ideal. Las tertulias, sin embargo, han venido a economizar nuestro propio pensamiento; en lugar de pararnos a reflexionar qué opinamos sobre la actualidad, delegamos ese trabajo en los tertulianos. Luego, absorbemos sus opiniones, las procesamos solo para vestirlas con nuestras propias palabras y, finalmente, nos convencemos de que siempre fueron nuestras, de que las voces de la radio, la televisión e internet solo verbalizaban a su manera lo que ya estábamos sintiendo.

Benito trae también referencias a Paul Lazarsfeld y Robert Merton, quienes en 1948 acuñaron la expresión *disfunción narcotizante*, por la cual los medios informativos —ellos pensaban en la televisión, sospecho que el efecto de internet es mucho mayor en ese sentido— tenían el poder de deformar la opinión, procurando atraer la atención del público hacia materias secundarias e intrascendentes, de interés anodino, para así desviarla de asuntos verdaderamente importantes. Según estos teóricos, una dieta continuada de *panem et circenses* informativo, uno de los «narcóticos sociales más respetables y eficaces», acaba «sumiendo al receptor en una

pasividad política total», castrando, a base de eslóganes y estereotipos repetidos a diario, el sentido político de un pueblo a lo largo de varios años de una sutil manipulación. «Pueden ser tan eficaces que impidan que el drogado reconozca su enfermedad.»

8

Pe-rio-dis-mo

8.1. La tribu es lo primero

Domingo, 20 de diciembre de 2015

La tarde del 20 de diciembre de 2015 acudí a la calle Ferraz para cubrir las elecciones generales desde la sede del PSOE. Trabajaba entonces en la sección de Ciencia de *El Español*, el periódico digital que montó Pedro J. Ramírez cuando le cesaron como director de *El Mundo*.

Apenas llevábamos cuatro meses, era una redacción todavía entusiasta pero modesta en recursos en comparación con los medios que aspirábamos a desbancar, por eso a alguien se le ocurrió enviar a un grupo de redactores de otras secciones a apoyar a la sección de Nacional en la cobertura electoral. Los periodistas políticos se ocuparían de lo más relevante y el resto haríamos crónica de ambiente, lo que se conoce en el gremio como *color*.

Me encontraba perdido en aquellos pasillos, incapaz de oler nada que se pareciera a una noticia. Cargos intermedios que debían de tener una notable importancia en el partido se arremolinaban a mi alrededor en corrillos tan fugaces como infranqueables. Toda la acción tenía lugar a puerta cerrada. Aunque los focos aquella noche estaban en otro sitio —en la sede del PP, que ganó las elecciones, y

en las de los nuevos partidos, Podemos y Ciudadanos—, lo más interesante estaba sucediendo allí: el PSOE se estaba descalabrando electoralmente e iba camino de registrar su peor resultado histórico en unas generales.

Por fin, a unos pasos de la puerta principal, encontré un rostro reconocible. Era la exministra Trinidad Jiménez, una de las pocas que habían llegado a pie —la mayor parte de la cúpula socialista entraba directamente por el garaje—, así que me aproximé adonde ella estaba. Pronto se vio rodeada por el enjambre de cronistas políticos que suelen seguir al PSOE; entre ellos, reconocí a Daniel Basteiro y Juanma Romero.

Acababan de cerrar los colegios electorales. Jiménez soltó las típicas frases del momento, pidiendo cautela. «Es pronto para hacer valoraciones.» «Las encuestas son lo que son.» «Hay que esperar a que acabe el recuento.»

Tomé algunas notas y envié la información al periódico con la mayor celeridad, citando, por supuesto, la fuente de la que procedían las frases. Minutos más tarde, al consultar las redes, pude ver cómo los periodistas políticos profesionales que estaban en el enjambre habían repetido aquellas declaraciones sin riesgo alguno de la exministra citando simplemente a «fuentes socialistas».

Aquello me dejó pensando. Hasta entonces, suponía que la autoría de una fuente era un indicador fiable para que el lector, espectador u oyente pudiera determinar cuánto crédito darle. La trazabilidad. No es lo mismo que hable de los resultados de unas elecciones el secretario general del partido que un concejal de distrito que pasea al perro en la acera de enfrente. Pero todo eran «fuentes del partido», algo que podría entender para prestigiar si te lo ha dicho un político de poca monta, ¿pero con declaraciones de una ministra

con Zapatero y con cargo en la ejecutiva?, ¿por qué los periodistas políticos se permitían esa inconcreción deliberada?

Entonces no lo entendí. Ahora me doy cuenta de que el recurso formaba parte de esa pendiente resbaladiza por la que el periodismo político se desliza hacia el tertulianismo.

En *¡Arriba, Simba!*,[1] su ensayo sobre la campaña de primarias republicanas que enfrentaba a John McCain y George W. Bush, David Foster Wallace pasó una semana empotrado en el autobús de campaña de McCain, tan perdido como lo estaba yo en Ferraz. Allí, el novelista se vio rodeado de los periodistas que cubrían al Partido Republicano (GOP) para los medios tradicionales estadounidenses, desde *TheNew York Times* a la CNN. Se desplazaban siempre en enjambre, haciendo preguntas previsibles al jefe de gabinete de McCain con las que ir alimentando sus respectivos canales. Wallace los apodó los Doce Monos.

De hecho, como nunca interaccionaban con él, ya que le veían —y con razón— como un cuerpo extraño, Rolling Stone (como el escritor se apodaba a sí mismo en el texto) se ponía a hablar a menudo con los operadores de cámara o los técnicos de sonido de los respectivos medios. Así descubrió que sabían muchos detalles internos sobre la campaña de Bush porque se los habían contado los compañeros que seguían al otro candidato. Mientras, los Doce Monos de McCain y los equivalentes Doce Monos de Bush nunca compartían información fuera de sus respectivas tribus, ni siquiera con el compañero del mismo medio que cubría al otro candidato.

Esta era la clave para sobrevivir dentro del grupo. No pisarse nunca los unos a los otros. La competitividad por dar una noticia en exclusiva o antes que los demás había sido sustituida por una fuerza centrípeta guiada por la pertenencia al grupo.

Son códigos invisibles, nunca verbalizados, pero tan arraigados y profundos como los de un clan siciliano, que se observan también a menudo entre los tertulianos que siguen —o, para muchos, representan— a un determinado partido político en España.

Salir en tertulias coloca al periodista de redacción en un lugar especial, desde donde el poder te mira de otro modo. Con menos desconfianza. Los políticos, sean del signo que sean, tienden a mostrar fascinación ante esta figura y son conscientes de su poder. O será simplemente que salen en televisión y, por eso, los consideran más próximos a su esfera que a los redactores que acuden a sus ruedas de prensa, por quienes suelen sentir sobre todo indiferencia o, con suerte, algo parecido al desprecio.

«La tele da una visibilidad brutal —confiesa un colaborador habitual de radio y televisión que prefiere no aparecer nombrado en el libro—, o sea, yo puedo escribir en los principales periódicos, puedo currarme un análisis profundo con datos, contexto, contrastes..., y eso lo ve quien lo ve, pero sales dos minutos en una tertulia de la tele y ya eres alguien para un montón de gente. Aunque no hayas dicho nada. Aunque no hayas hecho el trabajo de verdad. Es un 3 por ciento de esfuerzo y un 90 por ciento de visibilidad. Y eso cambia cosas: te da acceso a fuentes, por ejemplo, porque los políticos, cuando te ven en la tele, te atienden más. No es justo, pero es así. Te abre puertas que un artículo no abre.»

8.2. EL DIRECTOR Y EL TERTULIANO

Aquella misma noche electoral de 2015, pero a unos kilómetros de allí, en la avenida de San Luis, el entonces director del diario *El Mundo*, David Jiménez, miraba ojiplático una de las pantallas de

televisión suspendidas del techo de la redacción, preguntando en voz alta por qué Lucía Méndez, la corresponsal política con más prestigio del periódico, estaba en la tertulia de La Sexta comentando las elecciones y no trabajando para *El Mundo* en aquel momento, acaso el más importante del año.

Todo esto lo cuenta Jiménez, aunque con apodos en lugar de nombres, en su libro *El director*.[2] Sin embargo, el quilombo de las tertulias llevaba muchos años latiendo en aquella redacción.

«Pedro J. entendió la importancia de estar en tertulias —dice Pérez Henares—. En aquella época iban todos los directores: Julián Lago, Pepe Oneto..., porque eras la cara del periódico, y yo, como director de medios, siempre quise que mis periodistas más relevantes tuvieran presencia —confirma, pero, siempre anteponiendo el deber profesional para con el periódico, añade—: Para mí, el periodismo es información y reporterismo, la opinión viene después... Ahora, sin embargo, se empieza la casa por el tejado, hay tertulianos que solo tertulianean.»

En la época en la que el papel lo dominaba todo, tenía sentido potenciar las exclusivas acudiendo a la tertulia de las nueve de la mañana, porque una breve mención a tu cabecera podía decantar decisivamente la mano del comprador en el quiosco. Con el auge de lo digital, esa práctica se volvió más cuestionable,[3] pero ya es demasiado tarde: acudir a tertulias se ha convertido casi en un derecho adquirido.

A comienzos de siglo, no obstante, aquel acuerdo tácito entre jefes y subordinados estuvo a punto de saltar por los aires. En 2002, el entonces jefe de cierre de *El Mundo*, Francisco Frechoso, había llevado al periódico a juicio porque el director, Pedro J. Ramírez, no le dejaba participar en *La mirada crítica*, la tertulia mañanera de Telecinco, presentada entonces por Montserrat Domínguez. En el

contexto de la última huelga general, Frechoso había criticado a su periódico por desinformar sobre la participación en los paros y por ayudarse de unos coches de la Policía Nacional para llevar los periódicos de la imprenta a los quioscos, sorteando así a los piquetes. Frechoso tuvo que esperar cinco años hasta que el Tribunal Constitucional falló a su favor:[4] negarle ir a tertulias vulneraba su libertad de expresión.

Así fue como la justicia amparó con esta sentencia la sorprendente actividad que los periodistas de redacción llevan ejerciendo con total naturalidad desde los comienzos de la democracia, compaginar su empleo con la colaboración en otros medios.

Cuando los debates políticos en televisión comenzaron a popularizarse en Estados Unidos, en la década de los ochenta, algunos periodistas, principalmente de prensa, criticaron el creciente número de colegas que se unían, como un incesante goteo, a la tertuliocracia televisiva de Washington. «Estos programas de fin de semana, que se emiten con entusiasmo, ofrecen a periodistas destacados y a los políticos sobre los que escriben durante la semana un espacio para debatir, a menudo con vehemencia, la agenda política actual», escribía la periodista y crítica mediática Alicia C. Shepard.[5] El programa pionero en esta práctica había sido *The McLaughlin Group*,[6] en 1982, pero para 1995 ya había unos treinta programas similares en cadenas de todo tipo: locales, nacionales y, sobre todo, en la televisión por cable. «Quienes defienden a los periodistas que aparecen semanalmente en la televisión nacional consideran que esta práctica simplemente consiste en aprender y analizar los temas de actualidad. Sin embargo, quienes critican esta tendencia creen que estos programas solo contribuyen a la pérdida de credibilidad de la profesión.»

Una vez, en 1987, McLaughlin invitó a Christopher Hitchens como tertuliano a uno de sus programas. Le pagó 500 dólares, pero no sirvió para obtener una reseña mejor que esta: «Un programa sin seriedad. Una especie de burla de una pelea a gritos entre personas que fingen representar opiniones opuestas, pero que en realidad comparten la mayoría de sus suposiciones, son amigos y colegas cercanos y montan un espectáculo para tontos, como si fueran cargos de Washington en una pelea a muerte. Y creo que, probablemente, algunos piensan que eso es lo que ven cuando lo ven, pero no es así».[7]

Algunos de los críticos más acérrimos de este tipo de programas eran las grandes firmas del periodismo político en las principales cabeceras estadounidenses: *TheNew York Times*, *TheWashington Post* o *TheBoston Globe*. Aquellos plumillas que, a comienzos de los noventa, ayudaron a destapar escándalos como la relación adúltera del presidente de la nación Bill Clinton con su secretaria, Monica Lewinsky, eran continuamente cortejados por esos mismos programas de debate televisivo que se alimentaban de sus exclusivas noche tras noche.

En 1996, la cadena pública PBS emitió un episodio de *Frontline*, el equivalente yanqui a *Informe semanal*, que se titulaba precisamente «Why America Hates the Press» [Por qué Estados Unidos odia a la prensa], donde quedaba patente que muchos periodistas entonces contemplaban los escandalosos programas de tertulia política como una mácula en el prestigio de la profesión.

Stephen Talbot, el presentador, fue a ver al legendario Bob Woodward a *TheWashington Post*.

—¿Alguna vez ha ido a *The McLaughlin Group*?

—No, nunca.

—¿Lo haría?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es serio, porque es... Quiero decir, no es una línea borrosa, eso está ya en la categoría de comedia y entretenimiento.

Ahora tomemos el avión de regreso a España y al presente.

Entre los 53 tertulianos que aparecieron más de cuatro veces en aquellas dos semanas de enero figuraban los directores de prácticamente todos los medios escritos y digitales de cierta entidad —con la honrosa excepción de *El País*, cuya directora entonces, Pepa Bueno,[8] que tantas tertulias moderó, no solía prodigarse— y también los principales corresponsales políticos y jefes de investigación. En España, acudir a tertulias se ha vuelto algo absolutamente común y, aunque podemos matizar que las tertulias matinales radiofónicas no son comparables con los programas que sembraban el terror en la televisión estadounidense de los noventa, hay muchas en la actualidad que superan en decibelios, teatralidad e histrionismo a las norteamericanas. Y en todas ellas hay periodistas de renombre, con altos cargos en los principales periódicos de España.

Es cierto que, hoy en día, ser director de un medio no es exactamente lo mismo que era hace dos décadas. En muchas redacciones, el número uno ha dejado de ser ese mastín que iba por los pasillos agarrando a redactores de las solapas o enviando a reporteros a cubrir un incendio que acababa de ser declarado en la sierra de la Culebra. Eso ahora lo suele hacer un número dos, mientras que el director se ha convertido en un embajador de la marca que se prodiga por escenarios de todo tipo, entre los cuales están las mesas de opinión. Sin embargo, esto no es una novedad, lleva siendo así desde los albores de las tertulias, tanto en radio como en televisión.

Como muestra, el propio Jiménez. Ahora todo el mundo sabe que el plan de colocarle en el pináculo fue un fracaso, pero, inicialmente, cuando Pedro J. Ramírez fue decapitado como director de *El Mundo* por la empresa italiana que, progresivamente, se había hecho con todo el grupo Unidad Editorial, no parecía tan descabellado colocar como su sustituto a un tipo joven que se había curtido durante dos décadas cubriendo historias, grandes y pequeñas, desde Afganistán hasta Indochina, y justo antes de volver a Madrid había sido galvanizado en la Universidad de Harvard. Al menos, tenía cierta autoridad como periodista, aunque pronto quedó claro que para ser director de un periódico hacían falta otras virtudes y otros defectos.

«De los muchos errores que cometí como director de *El Mundo*, uno de ellos fue ir a las tertulias —me explica—. Si yo fuera director de *El Mundo* hoy, no iría a las tertulias. Creo que fue un error y me convencieron precisamente por la idea de que promocionas el periódico, la portada del día siguiente, que es bueno para la marca y demás...»

Su contacto con este mundo fue tardío: «Cuando llego a director llevo casi veinte años fuera de España, trabajando como corresponsal, y además en Asia, es decir, muy aislado, cubriendo conflictos, desastres naturales, revueltas... —me explica Jiménez—. Y al llegar como director con el perfil que yo tenía, hubo una batalla por conseguir que fuera a los programas». Le llamó Susanna Griso para que fuera a *Espejo público* y también Ana Rosa Quintana para acudir a su programa. Para hacer radio por las mañanas le llamaron «prácticamente de todos sitios».

«Yo tenía ciertas dudas porque, claro, el cargo de director demanda mucho, no sabía si eso de las tertulias era necesario, y recuerdo que los responsables del periódico y varios compañeros me decían "No, no, hay que estar".»

Al final, un poco por afinidad y otro poco por recomendación estratégica de sus superiores, Jiménez escogió ir a *Espejo público*, en Antena 3, y a *Más de uno*, en Onda Cero.

«Una de las primeras cosas que me llama la atención y que yo describo en *El director* —me cuenta por teléfono— es que existe un sistema de cuotas por el cual el Gobierno entonces de Mariano Rajoy, sobre todo a través de la secretaria de Estado de Comunicación, Carmen Martínez Castro, impone cuotas de participación y elige quiénes van a ir a esos programas. No solo en medios públicos, sino también en privados.»

Jiménez recuerda una anécdota con Carlos Alsina. «Hubo un momento en el que Carlos me pidió que me cambiara de día, yo le dije que me daba un poco igual [...] y me explicó que iba a empezar a venir Alfonso Rojo[9] porque lo habían pedido desde Moncloa. Entonces, empiezo a descubrir un mundo en el cual ni siquiera los presentadores son absolutamente dueños de qué colaboradores llevan a sus programas.» Como certificaba Rubén Amón en su taxonomía sobre los tertulianos.[10] Jiménez, Amón y Rojo coincidieron más de una vez en la misma mesa de tertulia, por ejemplo, el 8 de julio de 2016, cuando, paradójicamente, el tema del día fue *qué presencia deben tener los partidos en los medios*.

«Yo admiro mucho al señor Rojo, trabajé muchos años con él —dice Lamata—, pero alguna vez le he oído decir en su canal de YouTube que "las tertulias son inaguantables" y, por supuesto, todos podemos cambiar de opinión, la gente evoluciona, pero es que él entre 2004 y hasta un poco antes de que saliera Rajoy del poder, en torno a 2017,[11] fue tertuliano en todas partes: era *Tertuliano Man* y luego se volvió antitertulias, es curioso.»

8.3. LOS PERDEDORES DEL *WIN-WIN*

En realidad, ningún periodista da nunca demasiadas explicaciones por acudir a una tertulia, pero en la profesión han hecho fortuna una serie de claves que suelen escucharse a menudo para justificar que un trabajador, del nivel que sea, se ausente de forma regular de la empresa que le paga la nómina para colaborar en un programa de otra empresa que —por mucho que digamos que no compiten, porque uno es prensa escrita y otro una televisión o radio— es su competencia directa, puesto que hoy todos vivimos en la economía de la atención.[12]

Es donde se marca la agenda. Así la gente te pone cara. Da visibilidad a la cabecera. Al mencionar nuestras noticias, las visitas o las suscripciones aumentan. Encontramos nuevo público que de otra forma nunca nos leería.

Todas estas excusas son, en realidad, homeopatía periodística. Pudo haber un momento, entre los ochenta y los noventa, en el que acudir a un programa como *Protagonistas* con una noticia bomba en portada de tu periódico podía estimular la venta de ejemplares y elevar los ingresos del medio, pero hoy eso no funciona y, desde que el modelo pivota en internet, la excusa es injustificable. Ahora mismo las noticias más leídas de un periódico digital dependen de Google, de la optimización de los motores de búsqueda (SEO, por sus siglas en inglés) y de una última hora. La relación entre las tertulias y las portadas es como las de rémoras y tiburones. La radio y la tele picotean continuamente de los periódicos, pero sin afectar jamás a su trayecto y, mucho menos, contribuir a su manutención.

Hay muy poco investigado sobre esto. En parte, porque a nadie le interesa desmontar un tinglado que realmente es un *win-win*: el tertuliano de turno se lleva un sueldo extra a final de mes por echar

un par de ratos a la semana y la empresa que organiza la tertulia cubre de forma económica un buen trozo de programación. Las tertulias son una forma compartida de consuelo para la precariedad de ambos.

«El marxismo vulgar explica el 90 por ciento de la realidad —me dice Gascón—. A los medios les viene bien porque tienen pocos ingresos. En el pasado, el director de un periódico ni siquiera escribía, solo dirigía el periódico, y ahora, cuando menos, tienes que estar allí promocionando el medio, y a quienes organizan las tertulias también les viene bien, porque dicen: "Bueno, no tengo a un corresponsal en Rusia, pero tú que viviste allí tantos años, ¿qué me cuentas, te gusta Chaikovski?".»

En 2021, un estudiante de periodismo llamado Alejandro Valledor hizo un trabajo de fin de grado titulado «La espectacularización de las tertulias políticas en los magazines matinales» para lograr sacarse el título de Periodismo en la Universitat Ramon Llull.[13] En este interesantísimo trabajo, Valledor comparaba cuatro de los principales espacios de tertulia matinal en televisión: *La hora de La 1*, *Els matins de TV3*, *Espejo público* y *El programa de Ana Rosa*.

Una de las conclusiones de su análisis fue que no existía ninguna correlación entre el medio de comunicación al que pertenecía el periodista tertuliano de turno y la mención de noticias de ese medio. Concretamente, en su análisis, la mayor parte estaba empleada en *El Mundo*, *El Confidencial*, *eldiario.es* y *Okdiario*, medios que, al no tener detrás un gran grupo mediático con terminales en radio ni televisión, tienen la ventaja de que pueden distribuir a sus tertulianos sin demasiadas ataduras, al contrario de lo que sucede con *El País*, que suelen estar vinculados a la SER, y *La Razón*, que aparecen casi exclusivamente en Onda Cero, La Sexta y Antena 3. El caso es que, pese a contar con más tertulianos en antena, las

noticias que eran mencionadas salían principalmente de *El País* o de los medios del grupo editorial que organizaba la tertulia. Con TVE, *a priori*, no existía esta competencia corporativa, pero ni por esas lograba establecerse una relación entre la participación del tertuliano y el impacto del medio que le contrata por cuenta ajena. El trabajo de Valledor alertaba además de que, en un número de casos cada vez mayor, el presentador de la tertulia ni siquiera citaba un medio para dar pie al debate, sino que todo comenzaba con la reacción de alguien en redes sociales.

Los medios se benefician de las tertulias, pero de una forma que rara vez suele enunciarse en voz alta. Básicamente, lo que hacen los periódicos es perder durante unas horas a la semana a sus principales activos; a cambio, las tertulias incrementan los sueldos de estos periodistas y les dan acceso exclusivo a lo que la investigadora portuguesa Rita Figueiras llama la *escena tertuliana*.[14]

Pero, más allá de la ideología, de las luchas políticas o mediáticas, lo único que importa en el mundo de las tertulias es el dinero. Esa es la gasolina que las impulsa y que las hace perseverar año tras año en la parrilla. Las tertulias mueven mucho dinero y, como en todos los órdenes de la vida, aquí también está repartido de forma desigual.

Como cualquier aspecto de la sociedad española, el mundo de los tertulianos también se alimenta de un rencor generacional. Los analistas de menos de cuarenta años tienen que escuchar a menudo de sus contertulios *boomer* cómo antes podían ganarse auténticas fortunas por estar sentado cuarenta minutos alrededor de una mesa.

En aquella edad de oro, que podríamos acotar en la década que transcurrió entre la llegada del euro y la crisis económica, las tarifas podían duplicar o triplicar tranquilamente lo que se percibe hoy por intervención. No era raro embolsarse 400 o 600 euros por entrar un

día en la radio, pero el auténtico unicornio, la cifra que aún hoy los tertulianos repiten para flagelarse, son los 6.000 euros que Pedro J. Ramírez cobraba por sus intervenciones en *59 segundos*.

En aquel momento, la cifra provocó un movimiento sísmico en la corporación, inmersa en un ERE para prejubilar a más de 4.150 empleados mayores de cincuenta años. Según se publicó, Globomedia, la productora que hacía *59 segundos*, tenía tres categorías de colaboradores. El entonces director de *El Mundo* y Nacho Villa, de la COPE, eran los tertulianos *gold*, así los llamaban en aquellos años. Por debajo de ellos había una segunda categoría, que facturaba 1.200 euros, y, por último, una tercera que se llevaba 600 por programa.

La comparación con el presente es dolorosa. Para el *remake* que se emitió doce años después de la desaparición del programa en 2012, bajo la dirección de Gemma Nierga, los coproductores del espacio se vieron obligados a aumentar la tarifa a cada tertuliano hasta rondar los 500 euros para lograr que acudieran a Barcelona, donde se grababa el programa, porque les estaba resultando complicado rellenar las mesas.

Todas las fuentes consultadas para este libro sitúan las tarifas actuales por participar en una tertulia entre los 100 y los 300 euros, dependiendo de la emisora, el horario o el caché. La televisión suele pagar algo más, especialmente, RTVE y los programas en *prime time* nocturno.

La tarifa más habitual por intervención son 150 euros brutos. Visto de cerca, el dinero que un tertuliano percibe habitualmente por intervenir un rato en la radio o la televisión puede resultar irrisorio. Hay en España miles de profesionales, desde fontaneros a médicos, que no se levantarían de la silla para percibir 127,5 euros, después de aplicarle el impuesto sobre la renta de las personas físicas (IRPF),

por una hora de trabajo dos veces por semana, pero, ojo, lo que se gana por acudir a una tertulia va mucho más allá del parné.

No es que la cifra sea irrelevante, claro. Un periodista que aparezca una vez por semana en una tertulia se acaba embolsando entre 500 y 700 euros limpios al mes que puede sumar a su nómina. Nada mal por unos minutos de trabajo que, además, se integran con suma facilidad en la vida diaria del periodista. De cada hora de tertulia, uno acaba interviniendo, como muchísimo, diez minutos. Entre medias, además de documentarse para el bloque que toca, es habitual que los periodistas dediquen el tiempo a contactar con fuentes por WhatsApp, teclear información que se está diciendo en ese momento para incorporarla al artículo o a la columna del día siguiente, responder a correos electrónicos, organizar la reunión de planillo o confirmar la asistencia a una comida. La oficina del tertuliano profesional está en su iPad y, al cabo del día, puede pasar tanto tiempo hablando con el chófer que le lleva a los polígonos del norte de Madrid o a Prado del Rey como con sus compañeros de mesa, si los hubiere.

Vivimos una época en que todo el mundo lamenta que, hace treinta años, alguien cobraba el doble por hacer lo mismo que ellos. Esta situación en el mundo del periodismo, con sus incesantes crisis, es especialmente sangrante.

La mayor parte de los periodistas de menos de cuarenta años que han llegado a las tertulias probablemente hayan recorrido un camino muy parecido a este: nada más licenciarse, entraron en la redacción de un periódico de cualquier manera, por ejemplo, haciendo mesa —teletipos, noticias de última hora, edición de los textos de colaboradores y otros compañeros— o alguna de esas otras labores tan ingratas como insustituibles. La poscrisis de 2008 fue una época en la que era virtualmente imposible entrar en los viejos periódicos,

había que esperar a una desgracia para que el juego de las sillas se activara. Para los viejos periodistas, que disfrutaban de convenios forjados por los mineros de Moria, se podía apostar por el funeral, pero no por la jubilación.

Sin embargo, los continuos ERE y la aparición de formas semilegales de contratar sangre joven —con convenios equiparables al del músico callejero— posibilitó la llegada de chavales recién licenciados que, con un poco de paciencia y ambición profesional, fueron haciéndose un hueco en las secciones de Nacional o Política. Pronto, con la emergencia de nuevos partidos —Ciudadanos, Podemos, Sumar, Vox, etcétera—, sus jefes encontraron una tarea para ellos y esta nueva generación aprendió los rudimentos del periodismo político o la crónica parlamentaria. Era cuestión de tiempo que la efervescencia de la nueva política se apagase o acabase integrada en los partidos *mainstream*. Los redactores sénior también fueron apartándose de la carrera o fueron marchándose a otro proyecto mejor pagado y, entonces, llegó el momento de que todos estos jóvenes, ya treintañeros, hicieran suya la moqueta.

¡Pero claro! Los sueldos de antaño no eran, ni de lejos, como los suyos. Más de uno ha jugado y metido goles en primera con una nómina que decía «auxiliar de redacción». Afortunadamente para ellos y, sobre todo, para quienes les alquilan un estudio en el centro de Madrid, pronto entraron en la realidad paralela de las tertulias de radio y televisión. Esto ha generado en muchas redacciones unas coyunturas sorprendentes: periodistas políticos infrapagados en su nómina que gracias al *doping* que les entra por sus intervenciones en radio y televisión se situaban en un nivel salarial por encima de muchos redactores sénior e incluso de varios jefes de sección.[15]

En el mundo de las tertulias, los periodistas se codean a menudo con políticos, empresarios y, en general, gente que tiene a recién

licenciados cobrando como asesores o empleados mucho más que ellos. Para salvar esa distancia, los medios han tomado ya las tertulias no como un mal menor, sino como una tabla de salvación. Si un empleado llevara dos veces por semana a las once de la mañana a su hija al dentista, pronto tendría una amonestación sobre su escritorio, pero si acude al estudio de radio o televisión ajeno a su medio para opinar en una tertulia, actividad de la que su empresa no obtendrá ningún beneficio tangible, no solo será observado con benevolencia, sino incluso con admiración.

La situación recuerda a lo que sucede en la sanidad española. Para no tener que afrontar subidas salariales que descuadrarían sus balances, los servicios públicos de salud han dado durante décadas vía libre a sus médicos para que ejerzan en la sanidad privada tanto como deseen. Esto, por supuesto, ha generado todo tipo de colusiones: médicos trabajando dieciséis horas diarias y entrando en el quirófano sin dormir, empeoramiento de listas de espera para derivar a los pacientes a sus propias consultas, etcétera, pero, como todo el mundo lo hace, ya nadie puede ponerle el cascabel al gato.

Una tertuliana —que prefiere no ser identificada en esta reveladora anécdota— recuerda que, en sus inicios, se acercó un día al director del periódico donde escribía sus columnas. El diario acababa de anunciar la contratación de nuevos columnistas de los que se rumoreaba un sueldo astronómico, así que ella fue a reclamar, con total justicia, algo más de parné. «Su respuesta fue que para eso ya tenía las tertulias.» Ante la incomodidad del silencio que se acababa de generar entre ambos, el director añadió: «Y, si no, escribe más artículos».

La derivada de todo esto es incómoda para el ejercicio profesional del periodismo: en primer lugar, demuestra una relación de absoluta subsidiariedad y dependencia del formato. La prensa escrita, que

siempre se ha vanagloriado de ser el lugar del que salían las exclusivas, que marcaba la agenda informativa que la radio y la televisión vampirizaban, tiene al mismo tiempo a sus principales estandartes pidiendo la vez en la cola de aspirantes a tertulianos.

Además, se da un evidente conflicto de intereses que siempre se resuelve en favor de una de las partes: si un martes cualquiera se produjera un hecho informativo extraordinario, de los que desbaratan cualquier planillo o escaleta —un atentado terrorista, una catástrofe natural, un fallecimiento súbito, una repentina convocatoria de elecciones—, y ese periodista tertuliano fuera requerido al mismo tiempo por el periódico que le paga y por la emisora donde colabora, ¿dónde sería más probable encontrarle?

David Jiménez observó con sus propios ojos la respuesta a esta pregunta, pero, claro, el día que aceptó formar parte de este carrusel, perdió toda autoridad moral para obligar a un subalterno a priorizar el periódico a las tertulias.

Tras el *shock* de las elecciones, «intentamos establecer una serie de normas para la participación en las tertulias; de hecho, se acabó incluso pidiendo que aquellos que quisieran participar en ellas pidieran una autorización a la dirección del periódico —recuerda— y algunas personas se lo tomaron mal, como si fuera a coartar su libertad».

8.4. El sueldo intangible del tertuliano

Con todo, no es fácil responder a la pregunta de cuánto gana un tertuliano. En las entrevistas realizadas —tanto *on the record* como informalmente— para este libro, he oído de todo y probablemente

las cantidades estaban infravaloradas, porque contienen ciertos intangibles que van más allá de la remuneración.

La tertulia suele ser un complemento al sueldo de muchos periodistas *freelance* o de redacción, algunos de ellos mileuristas, pero también hay quien hace mucho dinero, hablamos de más de 5.000 euros al mes solo en tertulias. Es cierto que para ganar esto tienen que sacrificarlo todo, levantarse cada día antes de las cinco de la mañana, leerse toda la prensa nacional en el coche que los lleva al polígono, salir por patas de un estudio de radio y meterse en otro de tele dentro del mismo complejo o tomar otro coche de empresa que los lleve a Prado del Rey, a Fuencarral o a San Sebastián de los Reyes, dar órdenes a su adjunto, enviar un mensaje de WhatsApp a sus fuentes —si las tiene—, escribir el artículo de opinión para el día siguiente y acabar su jornada ya de noche, con el cuerpo y la mente aniquilados, pero la pantalla del móvil aún palpitando sobre la mesilla. Esto tampoco es lo más común.[16] La mayor parte de los tertulianos que vemos y oímos suelen tener una o dos colaboraciones quincenales.

De las cadenas privadas poco se sabe, más allá de alguna confesión puntual, pero, de la pública, sí. Gracias a una petición de transparencia sabemos que, en los ocho meses que pasaron entre septiembre de 2023 y mayo de 2024, Jesús Maraña, de *Infolibre*, percibió 21.700 euros por participar en tertulias de RTVE. El top 5 de periodistas con más apariciones lo completaban Cristina de la Hoz, de *El Independiente*, con 20.050 euros; Raquel Ejerique, de *eldiario.es*, con 16.650 euros; Javier García Vila, de Europa Press, con 16.200 euros, y Paloma Esteban, de *El Periódico de España*, con 13.710 euros.

Es un podio bastante inusual, lo que da a entender hasta qué punto el mundo de las tertulias se ha desacoplado del puramente

periodístico hasta conformar sus propias categorías, divisiones, familias, noblezas y castas. Este grupo de periodistas, con sus intervenciones en RNE o en los canales de TVE (La 1, La 2 y 24 Horas), ingresaron, de media, entre 1.700 y 2.700 euros brutos extra al mes en su cuenta bancaria. A esto hay que sumar las intervenciones en otros medios y, obviamente, su sueldo en los medios donde trabajan.[17]

Son una muestra (pequeña) de por dónde va la élite de la tertuliocracia en España. Por supuesto, hay mucha vida más allá de la pública, aunque seguir en las privadas el rastro del dinero es más complicado. Los flujos de ingresos que uno recibe por ser una *celebrity* de las tertulias son múltiples. Algunos me explican la fascinación que sienten hacia los tertulianos que son *millennials* tardíos o ya generación Z, capaces de lograr la circularidad total de su contenido: hablan en una tertulia, generan vídeos con sus intervenciones que viralizan en redes sociales y, a falta de ellos, se graban en vertical ofreciendo reacciones a las últimas noticias, motivo por el cual son llamados de repente para entrar en los programas de tertulia. Un ejemplo de esto es el politólogo Alán Barroso (Santa Eulàlia de Ronsana, 1997), de quien un compañero de tertulias, varios años mayor que él, me contaba: «Se nota que cuando habla está mirando a la cámara y pensando en el corte de treinta segundos para redes sociales; respeto máximo por él, pero es que es otra mentalidad totalmente distinta».

Cada vez es más habitual, no obstante. Son gente que ha llegado a las tertulias presentando su candidatura en redes sociales, un pantano con un billón de cocodrilos a los que han superado para llegar hasta el *prime time* televisivo. Para el productor de una tertulia, uno de estos vídeos que se graban en el salón de su casa respondiendo a un agitador tienen mucho más valor que un título de

Relaciones Internacionales en Columbia. Lo que brilla en el currículum de un tertuliano no son tanto sus conocimientos como la capacidad de obtener en unos segundos la compostura suficiente para opinar de un tema con cierto criterio. Y, por encima de todo, el ritmo.

«La espectacularización de las formas informativas en general o de las de opinión consiste básicamente en simplificar el discurso y esto tiene mucho que ver con querer encontrar, en todos los espacios de los medios convencionales, una segunda ventana de oportunidad para llegar a las redes —dice Montagut—. Es la misma política, por ejemplo, que hacen Gabriel Rufián o Ayuso, por poner dos referentes muy distantes ideológicamente, pero que usan un lenguaje muy maniqueo, muy directo, con mucha metáfora... No es tanto una consecuencia de la tertulia, sino esa sensación de querer encontrar momentos que sean instagrameables o quepan en un tuit.»

Para los politólogos y, en general, para ese tertuliano académico que prosperó en los años del 15-M y el auge de la nueva política, las tertulias son además una oportunidad de acceder a lo que los estadounidenses llaman *lecture circuit*, es decir, congresos, conferencias, mesas redondas, charlas plenarias en jornadas de todo tipo, financiadas con fondos europeos, nacionales, autonómicos, de diputaciones, locales, moleculares y hasta intracelulares, que alguna hay.

Hace unos años publiqué con un compañero en *El Confidencial* el sorprendente caso de los economistas José Carlos Díez y Daniel Lacalle. Ambos aparecían a menudo ante las cámaras como antagonistas, el socialdemócrata contra el liberal conservador, y daban un espectáculo que encantaba a los telespectadores de programas como *La Sexta noche*. Sin embargo, tras las cámaras

tenían una buena relación y la explotaron para conseguir contratos como uno del Cabildo de Lanzarote para realizar un informe sobre el futuro del turismo en la isla, junto a otro mediático economista: Miguel Sebastián.[18] Probablemente, existían economistas más conocedores de la realidad económica y comercial de la isla, pero, como dijo Buchanan, ¿quién ha pasado más horas hablando de economía y política en la televisión?

Por último, las tertulias ofrecen algo más poderoso e intangible, un capital social. La gente te reconoce por la calle, los taxistas te animan o te afean comentarios con cuarenta y ocho o setenta y dos horas de antigüedad que siguen grabados en su sesera, cuando sales por la tele te llegan mensajes que dicen «Muy bien anoche» o «Tenías que haberle dado más caña», a menudo de personas tan influyentes que obligan al panelista de turno a frotarse los ojos para saber si es cierto o está soñando. «¿Cómo ha conseguido mi número?» No, no es ningún sueño, es la esfera tertuliana. Pero cuidado.

«Cuando estás todo el día de tertulia en tertulia, te pasa algo que criticamos mucho a los políticos: pierdes el contacto con la calle —dice Caballero—. Estás rodeado solo de tus pares, de gente privilegiada. ¿Cómo vas a saber qué piensa la gente si no sales de ese circuito? Luego les explota la cabeza cuando ven que un 26 por ciento de la audiencia ha visto el reencuentro de *La isla de las tentaciones*. La gente habla de eso, no de sus veinte artículos diarios, pero es que simplemente no les interesa saberlo.»

A pesar de las bajas tarifas, salir en televisión codeándose con la gente más poderosa del país puede hacer que a muchos tertulianos les hagan los ojos chiribitas. La columnista de *El País* siempre se acuerda en estos casos de Teresa Arellano, la secretaria de Rodrigo Rato que, por su cercanía al exvicepresidente, acabó subida en la

misma montaña rusa e imputada —injustamente— en el mismo proceso que juzgaba a Rato por delito fiscal, blanqueo de capitales y corrupción.

«Hace un puñado de años la entrevisté, debió de ser en 2010, y nunca se me olvidará una frase que me dijo —recuerda Caballero—. Decía: "Cuando yo entraba en el ministerio con él, adelgazaba diez kilos, crecía diez centímetros y era mucho más guapa, ¿por qué? Porque iba al lado del poder y era así como se me percibía" y, claro, cuando ya no estás ligada a esa influencia vuelves a ser Teresa Arellano, persona que mide metro y medio y a la que le sobran kilos y arrugas: a los tertulianos nos pasa lo mismo.»

8.5. «¿ACEPTÁIS EXDIRECTORES EN VUESTRA TERTULIA?»

Durante semanas se rumoreaba en *El Mundo* sobre la destitución de David Jiménez. El director había perdido por completo el apoyo de su redacción y el ERE que sobrevolaba a la plantilla había acelerado la búsqueda de un sucesor. Un día, estando en la tertulia de Alsina, Rubén Amón le muestra a Jiménez un pantallazo de una noticia de *Okdiario* donde decían que le acababan de despedir.[19] Estaban en una pausa publicitaria y Alsina le pidió permiso para contarlo en directo.

Jiménez no tenía aún la confirmación oficial de que había sido defenestrado, pero aquello se le parecía mucho. Preguntó a Alsina: «¿Aceptáis exdirectores en vuestra tertulia?», a lo que el presentador, con gran agilidad, le respondió que Jiménez no estaba allí por su cargo, sino por ser un gran periodista. Pese a las buenas intenciones, ambos sabían que Jiménez estaba sentenciado, porque esa decisión se toma en un despacho, nunca en un estudio de radio.

Es paradójico, además, porque, en *El director*, Jiménez relata en profundidad lo que bautizó como «los acuerdos», las reuniones que los medios mantienen con las empresas más importantes del país, que buscan una cobertura más amable a cambio de alguna contraprestación, principalmente económica. Pues bien, en aquel momento acababa de convertirse en damnificado de uno de esos acuerdos.

Tras su salida, el engranaje volvió a moverse y actualmente es otro director de *El Mundo*, Joaquín Manso, quien acude cada semana a la tertulia de Alsina y a *Espejo público*, entre otros foros, como *La brújula* y *Es la mañana de Federico*. Su estilo es antagónico al de Jiménez,[20] pero aquí nada es personal, solo negocios.

En los diez años que han pasado entre ambos directores de *El Mundo*, el paisaje a su alrededor ha cambiado mucho en las tertulias. Jiménez llegó al final de una era en la que aún predominaban los periodistas, pero en la que comenzaba a aparecer un perfil distinto, el de los politólogos, los sociólogos y otros académicos equipados con una facilidad extraordinaria para la divulgación política y, en ocasiones, para el debate bronco con sus contrarios; Manso se ha encontrado en el apogeo de una era en la que el periodista puro comienza a desvanecerse de las tertulias, superado por formas híbridas que beben del periodismo para obtener legitimidad, pero también de un mundo nuevo, el de la jerarquía algorítmica.

Nada de esto sale gratis. Aunque los medios pueden dar gracias a las tertulias por la exposición y el complemento salarial del pasado, estas también se han cobrado un precio: en España, la desconfianza del público hacia los medios de comunicación y los periodistas aumenta cada vez que alguien se dedica a medirla.[21]

Es un melón difícil de abrir, ¿pero qué sucede cuando un periodista político o el director de un periódico, después de haber pasado la mañana en una tertulia hablando sin tapujos del presidente o de algún ministro, tiene que volver a la redacción y ponerse de nuevo el corsé al que obliga la información? ¿Puede esa persona que ha alabado o criticado sin mesura a un político informar sobre él de forma neutral al redactar una noticia? En cualquier película policiaca, un comisario le llevaría a un despacho, daría un portazo y le diría: «Entregue su placa y su pistola».

El auge de los periodistas tertulianos está erosionando el periodismo de redacción de formas muy sutiles. Para empezar, es difícil traer noticias frescas. Tienes que enterarte de algo, es decir, alguien con cara y ojos te lo tiene que contar; luego tienes que demostrarlo, contrastarlo o refutarlo. A veces, eso lleva varios días de trabajo, solo para contemplar cuando llegas a la redacción que la portada del día siguiente ha sido adjudicada a otro análisis prospectivo del periodista estrella de las tertulias, que atribuye a fuentes siempre anónimas un acontecimiento infalible: «Se avecina un otoño caliente para el Ejecutivo». No es inédito que un jefe de sección con la tele puesta en la redacción compruebe cómo su corresponsal está en una tertulia en directo mientras escribe la crónica, del periódico en su iPad, y sospechosamente las opiniones de los tertulianos que tiene alrededor acaben formando parte del artículo, habitualmente atribuidas a fuentes del partido.[22]

No es que los periodistas estadounidenses sean más íntegros que los españoles, simplemente saben que el negocio de la prensa y el de las tertulias políticas de radio o televisión son antagónicos. Un periodista tradicional vive de sus noticias y de su crédito entre el público. Exponerse continuamente en un entorno donde, como

escribió Greenwald, uno vive en modo predictivo no puede sino dañar este crédito.

Antes era imprescindible que un periodista apareciera en las tertulias asociado a un medio de comunicación. Sobre todo cuando el tertuliano estaba empezando, pertenecer a un diario como *El País*, *El Mundo* o *ABC* le servía de parapeto legitimador, su prestigio era el del medio que le contrataba. Sin embargo, cada vez más a menudo las mesas de tertulia se completan con profesionales independientes, de los que el rótulo bajo su nombre solo dice «periodista».

Esto es interesante por dos motivos: primero, porque ya no dependen del prestigio de un medio, sino de su propia imagen; segundo, porque de este modo no arrastran las connotaciones que les pueda dar la cabecera en un mundo cada vez más polarizado.

Carmelo Encinas es uno de los ejemplos más notables de esto. El suyo es uno de esos rostros que uno puede ver en casi todas partes, desde La Sexta a la COPE pasando por RNE y hasta en *Horizonte*, el programa de Iker Jiménez que, tras la pandemia, viró del misterio o los sucesos a la política y para ello abrió una mesa de debate específica.

«Hay un chiste que contaba Fernández Ordóñez —recuerda Chani Pérez Henares—. Sobre Hans-Dietrich Genscher, un ministro alemán que estaba siempre en todas partes: "Chocaron dos aviones y en los dos iba Genscher".» Pues eso pasa aquí, en referencia a esos tertulianos que, como Encinas, «pongas la tele que pongas, está. De tertulia en tertulia, a cualquier hora, en cualquier canal».

En realidad, es un movimiento muy hábil, porque Encinas ha sabido situarse en esa zona liminal en la que su perfil puede servir tanto para una tertulia de derechas como de izquierdas. Puede que nadie recuerde una intervención suya, ni por supuesto una bronca con otro tertuliano, pero siempre consigue dar a sus palabras el

color, el tono y el ritmo necesarios en el programa donde está, lo cual es meritorio.

«Carmelo Encinas fue primero conductor de tertulias antes que tertuliano —explica Lamata—. Era uno de los puntales de la SER y *El País* en Madrid, y creo que su mala relación con Fernando Morán influyó en su salida.» Durante el proceso de primarias para la alcaldía de la capital entre el *oficialista* Joaquín Leguina y Morán, apoyado por el sector renovador, «Encinas y PRISA estaban más con Leguina». Morán se acabó imponiendo por muy poco y, «a raíz de eso, le colocan al frente de la tertulia de Localia, una que funcionó mal», explica Lamata.

En 2009, con el cierre de Localia, Encinas comienza su andadura como tertuliano. «Entra en la llamada cuota PRISA y, aunque después se queda fuera de ese grupo, ya tiene la etiqueta.» Su gran logro como opinador está en haberse creado un personaje que, aunque identificado con el centro-izquierda, no desentona en ninguna de las tertulias conservadoras, «sobre todo, en las televisiones autonómicas de comunidades gobernadas por el PP, era la guinda progre: tres tertulianos afines y Encinas como el disidente controlado», expone el creador de La Hemeroteca del Buitre.

El concepto de *disidente controlado* es clave en este mundo y explica buena parte de este libro. Las tertulias, especialmente aquellas públicas y supervisadas por un partido político determinado, necesitan aparentar pluralidad aunque recelen de la idea de darle aire a la oposición y, para ello, surgen determinados tertulianos capaces de hacer que todo encaje.

«Todo esto también tiene que ver con cómo funciona el poder —me explica un tertuliano que exige a cambio su anonimato—. Se habla mucho de presiones, de que si los partidos te dicen lo que tienes que decir... Sinceramente, creo que eso se sobredimensiona.

No es que alguien te llame y te diga "Di esto". Es más sutil. Es un sistema de incentivos. Si tú en una tertulia dices algo que molesta, sabes que no vuelves. No te lo tienen que decir. Ya lo sabes. Y tú decides: lo dices o no lo dices. Pero sabes lo que pasa si lo haces. Y ahí hay autocensura, claro. Pero no por cobardía necesariamente. A veces es por pragmatismo, por cálculo, por saber jugar el juego sin dejar de ser tú. Eso es lo difícil.»

Más allá de la libertad de opinar a favor o en contra de algo, quien participa en una tertulia acaba teniendo que adaptar su pensamiento al formato o, dicho de otro modo, tiene que dejar a la persona que es en la puerta y meterse en un personaje que habla como se espera que hable alguien en ese espectáculo radiofónico o televisivo, que no es teatro, pero tampoco es algo natural. «Lo que opinas en una tertulia no es lo que tú crees —sentencia este tertuliano—. Es lo que tú decides decir, en ese momento, en ese formato. Tú tienes tu opinión, con matices, con dudas, con contradicciones, pero, cuando hablas en una tertulia, tienes que simplificar. No puedes decir: "Bueno, esto lo veo con ambivalencia". No. Tienes que tomar posición. Ser claro. Y ahí hay una transformación. No una mentira, pero sí una traducción. Y eso desgasta, porque al final no estás diciendo exactamente lo que piensas, sino lo que puedes decir en ese espacio.»

8.6. EL TERTULIANO COMO COMERCIANTE DE ATENCIÓN

Los periodistas crearon este juego de sentarse a hablar de política alrededor de una mesa, lo perfeccionaron y lo convirtieron en la gallina de los huevos de oro, pero cuando el espectáculo comenzó a infiltrarse en la tertulia, los perfiles cambiaron y el valor de sus

participantes ya no dependía de su independencia o su empeño en la búsqueda de la verdad. Hace tiempo que el juego es otro y, aquí, los periodistas tradicionales o se transforman en algo distinto o empiezan a sobrar, superados por nuevas generaciones. Desde fuera, estas nuevas generaciones adoptan ciertas poses del periodista, saquean su legitimidad, pero, en realidad, en su núcleo, son otra cosa, lo que Tim Wu denominó *comerciantes de atención*.

Wu es el autor de un ensayo donde se cuenta toda la historia de un proceso aparentemente simple: las empresas inventan nuevas formas de captar nuestra atención y luego venden esa atención (como publicidad o como datos) a otras empresas.[23] A medida que los medios de comunicación de masas intervienen más en nuestro tiempo, de pasar una hora escuchando la radio como antaño a pasar interminables horas en Google, X, Facebook o Instagram, crece la cantidad de atención disponible para su reventa. En lo que se refiere a las tertulias, el trabajo de Wu explica al detalle su evolución, de un formato más periodístico a uno de puro entretenimiento, y pone el ejemplo de Oprah Winfrey, que tomó un formato denostado, como el de los programas de entrevistas sensacionalistas, y lo elevó a la categoría de respetable programa de entretenimiento.

En España hay muchos ejemplos parecidos a los que se puede aplicar este patrón.

Para Lamata y su hemeroteca andante, «quien convierte la tertulia en espectáculo es Javier Sardà con *Moros y cristianos*», el programa que Telecinco lanzó a comienzos de 1997, donde dos grupos de tertulianos *peleaban* entre ellos (el nombre del espacio era ya premonitorio) y que precedió a *Crónicas marcianas*. «Ahí mete a Matamoros, a Salvador Sostres..., a gente que solo iba a provocar», añade. Sin embargo, todo esto no sale de la nada. Sardà fue, desde *La ventana*, uno de los pioneros de la tertulia radiofónica e introdujo

en la SER este formato en un momento en que aún era denostado dentro del Grupo PRISA. «Pero Sardà copia el modelo de Luis del Olmo —precisa Lamata—. Cuando Norma Duval le lanza un zapato a Jimmy Giménez-Arnau[24] en una tertulia de Luis del Olmo, se demuestra el potencial espectáculo del formato, y a Del Olmo esto le encantaba.»

Aunque hoy no vuelen zapatos, parte de ese espíritu permanece en todas las tertulias. Lo que antaño era un monte con conejos, hoy es un polígono industrial con hamburgueserías; el paisaje ha cambiado y, donde antes había linces ibéricos, ahora hay otra cosa.

Para Montagut, «Hay una lucha, que se da tanto en medios convencionales como en redes, para ver si nos acabamos de cargar la figura del periodista y del líder de opinión legítimo —dice la académica de la espectacularización en las tertulias—. La figura de la persona que sabe y que puede aportar está siendo socavada por otra que hace más ruido, que es muy espectacular, que vende porque indigna, porque enciende la mecha y permite hacer dos o tres capturas de vídeo, en el caso de la tele, o de audio, en el caso de la radio: creo que estamos en ese punto ahora».

Si el juego se desliza hacia el lado del espectáculo, el periodista tertuliano tiene todas las de perder ante nuevos perfiles que garantizan una audiencia mayor y un *engagement* en redes más alto. Esto tiene otro peligro. Las primeras tertulias tenían el aura de ser una especie de panteón de sabios solo accesible a un puñado de personas; más tarde, en los noventa, se abrió un poco la mano y empezaron a entrar expolíticos o periodistas con muchos tiros pegados; con la llegada del siglo XXI, comienzan a entrar otros perfiles, aún con credenciales y que, además, daban bien en cámara, de sociólogos a politólogos, pero, en la actualidad, el mensaje que se manda es que las barreras se han derribado:

cualquiera puede *hackear* su aterrizaje en las tertulias. Basta con acumular unas decenas de miles de seguidores, reales o comprados, una cámara web y un corto historial de vídeos reaccionando visceralmente a la actualidad. Tarde o temprano, su teléfono acabará sonando.

«Hay partidos de extrema derecha que llevan mucho tiempo monitoreando este tipo de *influencers* y son los que más avanzados van en este camino de encontrar esas audiencias especialmente jóvenes, que te piensas que son cuatro hasta que llega tu hijo de diez años a casa y te dice que los impuestos no sirven para nada porque lo ha dicho el *youtuber* no sé quién —explica Montagut—. Cada vez más hay un uso sistemático de este tipo de perfiles, que se apropian de esas funciones del periodismo, pero que son armas del populismo: no tienen formación, no tienen fuentes fidedignas, pero se aprovechan de que el periodismo está hiperdenostado: "Esto no lo vas a ver en los medios, porque los medios están comprados, pero yo te lo voy a decir" —cuenta la investigadora de la Universitat Rovira i Virgili—. Hay una parte de razón, es verdad que tenemos un sistema mediático muy politizado, pero el *influencer* está tan politizado como el tertuliano, a veces más.»

Pero este no es el único frente que tiene abierto el tradicional periodista tertuliano. Si el juego se desliza a servir de avatares para determinadas ideas, los Gobiernos o partidos políticos también acabarán encontrando perfiles mucho más idóneos para comunicarlas.

«Yo observo narrativas —dice Herrero—, las veo surgir a las ocho en la SER y replicarse a las nueve en el programa de Silvia Intxaurrondo, pero, si fuese un Gobierno del PP, pasaría igual, el día de mañana cambiará el Gobierno y pasará lo mismo: narrativas que se van replicando en espacios públicos y privados, siempre con los

mismos *bullets*, que es una unificación del mensaje característica del último ciclo de tertulianos —prosigue este asesor—. Los tertulianos mayores, de sesenta y cinco o setenta años, no hacen eso: pensemos en Javier Aroca, por ejemplo. Es un señor de izquierdas, pero no va a repetir un argumento, lo lleva interiorizado, es genuinamente sincero en lo que cree, nos guste más o menos, pero no se basa en mensajes ajenos.»

La última generación de tertulianos políticos, además de dotar a los mensajes de una mayor circularidad llevándolos a redes sociales o plataformas de *streaming*, son más pragmáticos a la hora de difundir los argumentarios. «Me parecen más cínicos —expone Herrero—, porque la acción, la intervención e incluso el marco narrativo están prediseñados por un partido o un Gobierno, y los tertulianos son meros intérpretes, no hacen de periodistas, sino de médiums.»

En el metro de vuelta tras una de las entrevistas de este libro, leo en el teléfono una noticia sobre cómo los consultores de comunicación están ganando presencia en las tertulias.[25] Aparece citado como fuente el propio Luis Arroyo, a quien me había encontrado en *Hora 25*. Además de presidir el Ateneo, tiene una consultora llamada Asesores de Comunicación Pública. En esa noticia Arroyo dice que los consultores aportan «una aproximación estratégica de la que los periodistas en ejercicio suelen distanciarse», y añade: «Contamos a veces lo que hay en las bambalinas del poder, no solo en el escenario. Estamos más desinhibidos para contar esas cosas».

En lo de su desinhibición no podía estar más de acuerdo.

Por mucho que se hayan multiplicado las tertulias, como en el juego de las sillas, los espacios en aquellas que son realmente relevantes son limitados. Todo el mundo quiere tener a su caballo

favorito corriendo a las nueve de la mañana en la SER, la COPE, Onda Cero o RNE e incluso en la tertulia de Federico Jiménez Losantos, siempre y cuando sea plato de buen gusto para su público. Y, cada vez más, estos consultores están ganando espacio, siempre a propuesta de los partidos. Para ellos tiene todo el sentido, se expresan con pulcritud y a veces pueden ser procaces, pero siempre están más centrados en dejar su mensaje en el aire que en entrar en broncas con otros tertulianos. La mayoría ha estado dentro del periodismo y dentro de la política, conoce muy bien los resortes de ambos mundos. Sus nóminas suelen ser pagadas por un sector con cierta tradición, pero que es relativamente nuevo en el ámbito de las tertulias: las consultoras especializadas en comunicación, gestión de reputación y asuntos públicos.

En los últimos años, estos negocios han atraído mucho *talento* tertuliano o, mejor dicho, han atraído talento y lo han propulsado hacia las tertulias. Nacho Corredor, Eduardo Madina, Verónica Fumanal, Euprepio Padula, Santiago Martínez-Vares, Ricardo Martín... Hay docenas ahora mismo tras los micrófonos de radios y televisiones.

Actualmente, hay una guerra civil silenciosa entre periodistas y consultores por quedarse con estos escasos y cotizados huecos. Los periodistas tenemos muchos defectos, pero una ventaja sobre los demás perfiles: somos toscos, no tenemos credenciales en casi nada de lo que decimos y nuestra independencia está muchas veces supeditada al límite de nuestra tarjeta de crédito, pero conectamos mucho mejor con el público. El ciudadano que está cabreado porque ha habido un apagón durante veinticuatro horas no quiere escuchar hablar a un distante consultor o acreditado politólogo sobre energías síncronas o sobre un caso similar que sucedió en Italia hace dieciséis años, ¡quiere a un pirata subido a la cornisa, jurando en arameo,

sediento de sangre, buscando culpables y víctimas! Básicamente, porque es como se sienten ellos mientras arrojan a la basura los restos estropeados de un congelador.

Pero, en todos los demás aspectos de esta vida, los periodistas tenemos las de perder. Los consultores hablan mejor, saben más de determinados asuntos técnicos y, sobre todo, están promocionados por los poderes que los quieren allí: matizando errores e internacionalizando conflictos para que descubramos que no todo lo malo sucede en España.

Esto, sin embargo, introduce nuevas coordenadas y un tiempo más oscuro para las tertulias. Por muchos intereses ocultos que pudiéramos ver en los tertulianos clásicos, Paco Marhuenda o Antón Losada pueden descifrarse en dos coordenadas: en qué empresa trabajan y a qué partido defienden. Ahí está todo. Con un consultor tertuliano, todo es mucho más difícil. Sabes que sus empresas se dedican al sector *risk & crisis*, es decir, salvarle la cara comunicativamente a empresas con problemas.

Por ejemplo, la consultora de Asuntos Públicos beBartlet tiene como clientes, entre otros, a farmacéuticas como Novartis y Boehringer Ingelheim, energéticas como Cepsa (ahora Moeve) y Hola Luz, así como Carrefour y la Fundación La Caixa.[26] Cuando su fundador, Nacho Corredor, acude como tertuliano a la SER o La Sexta, ¿se abstiene de hablar sobre estas empresas o sobre sus potenciales competidores? Es más, en *Al rojo vivo*, donde participa, no se informa a los tertulianos con antelación de los temas que van a tratar, por lo que en cualquier momento la actualidad puede saltar a que hablen de los efectos secundarios del Ozempic, el desabastecimiento de supermercados o el terremoto en el sector bancario que supone la oferta pública de adquisición (OPA) del BBVA

al Sabadell. ¿Cómo sabemos los intereses que tienen en todos estos sectores los consultores que haya en ese momento en la mesa?

Además, la aparición de estos actores hace que ahora el juego se dé en dos direcciones. Antonio San José, presentador de *Los desayunos de Radio 1* y las noticias de CNN+ a mediados de los noventa y actualmente colaborador en *Herrera en COPE* o *La linterna*, ambos de la COPE, es desde hace un tiempo *partner* de la consultora Kreab. Nada que objetar. Sin duda, un periodista con su trayectoria aporta mucho a una estructura así, organiza las Kreab Communication Talks, encuentros con grandes referentes mediáticos, y les sirve de rostro reconocible, pero sabiendo, por ejemplo, que Kreab es referente dentro del sector inmobiliario y representa, entre otros, a la Asociación de Promotores y Constructores de España, cabe, al menos, hacerse la pregunta de qué sucederá si estando San José tras el micro sale el tema del precio de la vivienda, los alquileres o la okupación, porque, indudablemente, plantea una encrucijada ética para el veterano comunicador.

Y, por encima de todo esto, están los cientos de casos en los que desconocemos a los clientes de las consultoras. Empresas públicas, cotizadas del Ibex, Gobiernos extranjeros... Es obvio que las americanas que llevan los periodistas están polvorientas y apestan a cerrado, pero los impecables trajes del consultor llevan debajo un chaleco con varias capas de opacidad.[27]

Una cosa es evidente. Cada tertulia está formada por una cadena de intereses informativos, personales, políticos o corporativos. Y el eslabón más débil es el único que necesita el dinero para vivir, porque, cada vez, el dinero percibido será menor, dado que el negocio de estar en las tertulias está ya en otra parte, igual que en los torneos de tenis el negocio no está en vender entradas, sino

palcos vips a patrocinadores. En una mesa de tertulia con una periodista treintañera, un *influencer* de extrema derecha que acude desde Andorra, un politólogo con labia que trabaja en una universidad y un expolítico metido a consultor, ¿cuál es más probable que acabe cediendo su silla?

El tertuliano empezó siendo un periodista con más información de la que podía contar en su periódico y acudía a un estudio de radio en horario clandestino. Como en esas películas de ciencia ficción donde un espíritu extraterrestre va saltando de un cuerpo a otro, en las últimas décadas, este espíritu ha ido abandonando el cuerpo de los periodistas para encontrar otros que le permitan sobrevivir mejor. Ya lo dijo Darwin: no es la especie más fuerte la que sobrevive, ni la más inteligente, sino aquella más adaptable al cambio.

Y el tertuliano, convertido ya en una entidad profesional autónoma, reconocible y a la que solo le falta una categoría propia en la Clasificación Nacional de Actividades Económicas (CNAE), echó los dientes en las tertulias de Luis del Olmo, tuvo una adolescencia iracunda y mordaz en las de Herrero, se volvió solemne en las de Gabilondo, perdió la cabeza en las tertulias de locos —literales o embriagados— de Sardà, fue sardónico en las de Julia Otero y sarcástico en las de Alsina, calculador en las de Herrera, sofisticado en las de Llamas y cruel en las de Jiménez Losantos. De una a otra tertulia aprendieron unos de otros y, a lo largo de estos cuarenta años, los hijos fueron matando al padre en cada madrugada, mediodía, tarde, noche e interrupción publicitaria. Unas estrellas de la radio desfasaron a las siguientes y acabaron desfasadas por las estrellas de la tele y, más tarde, por las de internet. Pequeños mamíferos multiplataforma que saltan de tertulia en tertulia, intervienen durante tres minutos y rápidamente saltan a otra sobre los cadáveres de los grandes carnívoros de la opinión.

Aún no hemos llegado a ese final, pero no será inesperado. Qué es un periodista, sino un dinosaurio fascinado por los meteoritos.

Notas

Introducción

1. Pero, como ocurre en los chistes del teléfono roto, la información se degrada por el camino y del inicial «Esta noche a las diez pasará el cometa Halley, solo se ve cada setenta y ocho años, el jefe ordena que reúna al personal en el patio para ver el fenómeno a ojo desnudo», el receptor acaba escuchando algo tipo «Reúna al personal en el patio, el jefe cumple setenta y ocho años y bailará desnudo a las diez de la noche».

1. Tertuliano significa no tener que decir nunca lo siento (o me equivoqué)

Incluso en «La España que madruga» hay clases: alguna vez, el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) ha preguntado a los españoles a qué hora se levantaban y aquellos que lo hacían antes de las seis de la mañana eran apenas el 6 por ciento de la población.

2. Aunque existen muchas «tertulias» políticas que operan con estas mismas coordenadas.

3. Rubén Amón, *Tenemos que hablar: la conversación en los tiempos de la censura, la soledad y la tecnología*, Espasa, Madrid, 2024.

4. Se estrenó el 8 de abril de 2015.

5. José Ignacio Wert Moreno, «El proyecto del Grupo PRISA en Antena 3 Radio (1992-1994): más allá del "antenicidio"», Universidad San Pablo-CEU, 2023, <http://hdl.handle.net/10637/14
252>.

6. Por supuesto, hablamos de tertulias relevantes. Hay docenas de programas cuyo presentador o director no luchan, sino que aceptan dócilmente a quienes la corporación o el de turno tenga a bien colocarles. En consecuencia, estas tertulias

no suelen durar demasiado, porque en lo esencial no están construidas para atraer la atención de nadie, sino para complacer. En menos de lo que dura un ciclo electoral, este tipo de espacios desaparecen de la parrilla. O el público les da la espalda y son fulminados tras varias reubicaciones horarias o el susodicho presentador ahueca el ala para encontrar acomodo en otro nido donde empollar sus huevos, siempre al calor del poder.

7. En Reino Unido, el único asunto en el que todo esto está permitido es el fútbol. De hecho, allí la palabra *pundit* no se suele atribuir a alguien que opina sobre la política (como sucede en Estados Unidos con los *insiders* de Washington), sino a los exfutbolistas convertidos en comentaristas de partidos.

8. Gabriel Zaid, «Tertulia», *Letras Libres*, mayo de 2019, <https://letraslibres.com/revista/tertulia/>.

9. Disponible en: <https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.do?id=24212>.

10. Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Pre-Textos, Valencia, 2000.

11. En una traducción libre del epígrafe 4.3 de *Meditaciones*, desde el inglés, pero en la línea de lo que dice el original griego: «Ho kosmos, alloiosis. Ho bios, hupolepsis» (‘El cosmos, cambio. La vida, opinión’).

12. Amando de Miguel, «El tertulianés», *Libertad Digital*, 13 de febrero de 2013.

2. Cuando solo había una tertulia

1. Extraído de una entrevista a la Cadena SER, 2019, <https://cadenaser.com/programa/2019/05/03/entre_tiempos/1556895128_548136.html>.

2. *La clave*, copia del programa francés *Les Dossiers de l’écran*, nació en 1976, antes incluso de la llegada de la democracia. Sin embargo, pocos académicos en España lo incluyen dentro de la genealogía de la tertulia, pese a que contenía muchos de los elementos que caracterizan el género.

Incluso cuando la tertulia creció en popularidad en una España sedienta de un debate plural, el de Balbín siempre se mantuvo como un «programa de debate», una forma de diferenciarse quizá de los intercambios barriobajeros que empezaban a popularizarse en los transistores al hilo de la medianoche.

3. Lo de *noticias cañeras* es una expresión del propio González Ferrari en conversación con la académica de la radio Chelo Sánchez Serrano para *Las tertulias de la radio: la plaza pública de los noventa* (Publicaciones Universidad

Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1994), su tesis doctoral. Con todo, lo más llamativo de la perífrasis no es *cañeras*, sino *noticias*. La aspiración de que un periodista, liberado del yugo, se ponga delante del micrófono para seguir dando información.

4. Entrevista con Pedro Calvo Hernando, *Periodista Digital*, 7 de noviembre de 2012, <https://www.periodistadigital.com/periodismo/tv/20121107/pedro-calvo-hernando-estuve-rne-ocho-anos-aznar-echaron-zapatero-poner-amigos-aparato-noticia-689401364461/#La-primera-tertulia-de-periodistas-en-Espa--a-en-la-SER>.

5. En una entrevista con J. F. Lamata publicada en *Periodista Digital* el 14 de febrero de 2022, <https://www.periodistadigital.com/periodismo/tv/20120214/fernando-onega-hizo-gran-servicio-democracia-23-f-error-golpistas-ocuparla-noticia-689400352515/>.

6. En esos cuarenta y cuatro años, Del Olmo saltó varias veces de emisora, pasando aproximadamente una década en cada una. Comenzó en RNE, en los ochenta pasó a la COPE, más tarde a Onda Cero y, por último, en 2004 a la extinta Punto Radio, donde permaneció hasta 2013. Para cerrar el círculo, *Protagonistas* volvió ese año a RNE, pero ya de forma testimonial, como una entrevista de media hora que se emitía los viernes de doce a doce y media.

7. Elsa González pasó en la COPE muchos años, en los que fue jefa de varias secciones y cubrió la información de casa real entre 1992 y 2014. Más tarde, fue la primera mujer en presidir la Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE).

8. Producido por Onda Cero, sus siete capítulos están disponibles en su página web y en sus plataformas de audio.

9. José Luis Gago (1934-2012) fue un sacerdote dominico nacido en Palencia. Licenciado en Ciencias de la Información (Universidad de Navarra, 1969), fue el encargado de unificar las cuarenta emisoras populares que había por todo el país y crear la COPE, un gigante radiofónico ideado para evangelizar a través de las noticias y del entretenimiento.

10. Esta declaración aparece en el libro-tesis de Elsa González, *Cadena COPE: la radio de las estrellas*, Almuzara, Córdoba, 2022.

11. En su programa *Directo, directo*, que RNE emitió entre 1981 y 1982.

12. *Protagonista. Luis del Olmo*. Una serie documental de Diego Fortea. Capítulo 5: «Líder indiscutible de la mañana (1983-1985)», Onda Cero, 2024.

13. Leído en una conversación para la tesis de Chelo Sánchez Serrano, con Josep Maria Martí, director en aquellos años de Ràdio Barcelona y la SER en

Cataluña.

14. El texto se atribuye a Eduardo Haro Tecglen, una de las plumas más veneradas por el lector de *El País* en aquellos años.

15. Publicado por La Esfera de los Libros, Madrid, 2025.

16. Poco antes, también lo hizo en RNE, emisora que, por su carácter público y, por tanto, dependiente del Gobierno, no tuvo otra opción que cumplir.

17. Perdieron 34 escaños, mientras que el Partido Popular (PP) ganaba 16 y se asentaba como la alternativa. González solo pudo formar gobierno al unir su destino al de Convergència i Unió. Sería su último mandato.

18. En aquel momento, Antena 3 contaba con unas ciento cincuenta emisoras por toda España, entre las de radio convencional y musical. La SER tenía 265. Sin embargo, no lograban superar la audiencia de Antena 3 en algunos tramos de radio convencional. Por ejemplo, por las mañanas o las noches, cuando *Supergarcía*, el programa de José María García, era un auténtico *hit*.

19. Conde fue condenado a veinte años de prisión por el Tribunal Supremo, pero solo llegó a cumplir cuatro en Alcalá Meco.

3. El fuego que no quema (primera parte)

1. Creado por Manuel Martín Ferrand en 1972, el programa ha tenido como directores a algunas de las voces más históricas de la radio española: Iñaki Gabilondo, Manuel Antonio Rico, Julio César Iglesias, Carlos Llamas, Àngels Barceló y Pepa Bueno, predecesora directa de Bretos.

2. Aquel lunes asistieron Isabel Vega, Enric Juliana y Pablo Simón; el martes, Esther Palomera, Manuel Rico y Juanma Marqués; el jueves, Isabel Morillo, Daniel Fuentes e Inma Carretero, y el viernes, Fernando Garea, Raquel Ejerique y Javier Alonso.

3. Y no solo de la SER. La tertulia de *Es la mañana de Federico* en esRadio o, cada vez más, algunas tertulias televisivas desafían también los límites de lo que puede considerarse un debate.

4. La referencia *patriotas de hojalata* data de diciembre de 2005, cuando el entonces presidente José Luis Rodríguez Zapatero se la dedicó al PP en un acto del PSOE celebrado en Torrejón de Ardoz por su actitud crítica en la negociación de unos fondos comunitarios. La elección de esta cita, incluso que sea recordada veinte años más tarde, puede resultar sorprendente para todo aquel que no sea un exégeta de Zapatero, pero puede explicarse por el hecho de que Arroyo

ejerciera de asesor del Gobierno entre 2004 y 2011. Actualmente, es también bastante cercano al Gobierno de Pedro Sánchez, lo que podría (o no) explicar su presencia como analista en varias tertulias, siempre adoptando el papel más progubernamental de la mesa.

5. Actualmente, *El hormiguero* celebra dos tertulias semanales en *prime time*, con audiencias millonarias.

6. Fernando Cano, «TVE empieza el curso con doce horas diarias de "infoentretenimiento" al servicio de Moncloa», *The Objective*, 3 de septiembre de 2025.

7. Publicado en Península, Barcelona, 2023.

4. Historia de un cuadro

1. La información aparece en el blog *Radiochips*, un recurso imprescindible para los amantes de la radio española de cualquier época: «El EGM en 1998», 10 de noviembre de 2014, <https://radiochips.blogspot.com/2014/11/el-egm-en-1998.html>.

2. Uno de los certámenes de pintura más antiguos y prestigiosos del país, especialmente para los autores debutantes. Creado a imagen y semejanza del Salon d'Automne parisino que puso en el mapa a artistas como Henri Matisse.

3. Hijo del radiofonista José Luis Pécker y hermano de Cristina, en aquel momento pareja de Antonio Herrero.

4. Publicado en La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

5. Prácticas ambas que para muchos tertulianos de hoy en día resultarían innegociables. Según diversas versiones recogidas durante la documentación de este libro, hay contertulios —cuyos nombres y fama nos acompañarán a la tumba— conocidos por arrasar cual escuadrones del ejército mongol los *catering* de cortesía que ponen habitualmente los programas de televisión a sus colaboradores.

6. En este punto, es necesario aparcar por un momento el relato y zambullirse en un reportaje dentro del reportaje con afán antropológico. Acudí a una biblioteca pública del Estado para respaldar la tesis de que la tertulia política en un medio de masas es un invento necesariamente moderno del cual surge el tertuliano tal y como lo conocemos hoy, ya que en los últimos cien años (la aparición de la radio en España sucede en 1924), nuestro país apenas pudo enlazar periodos muy largos en los que pudiera hablarse de política; desde luego, no durante el

franquismo, pero antes tampoco, salvo en los ocho años que duró la Segunda República. Por fin, en un sótano de la biblioteca encontré un ejemplar de *La sagrada cripta de Pombo* (Visor, Madrid, 1999), el libro donde Gómez de la Serna recoge sus vivencias entre tertulias en el Madrid de comienzos del siglo XX.

Algo que me llamó la atención es que en ningún momento del libro el escritor menciona el Café Gijón, supuestamente el más famoso de aquel siglo y que por entonces ya llevaba muchos años funcionando (fue fundado en 1888 y el libro es de 1924). Para más inri, menciona incluso cafés desaparecidos, cafés malhadados, cafés que no le gustan..., pero no dice una sola palabra del Gijón. ¿Puede que su fama mitológica como centro de reuniones haya sido una construcción colectiva de sus parroquianos, aprovechándose de la desaparición de cafés como el propio Pombo? Realmente, la historia de su fama casi puede circunscribirse a los veintisiete años que transcurrieron entre la publicación de *La colmena* (Camilo José Cela, 1950) y la de *La noche que llegué al Café Gijón* (Francisco Umbral, 1977).

Gómez de la Serna menciona el Café de Callao, el Café de Madrid, que ya no existe porque «ahora hay un Crédit Lyonnais», por entonces el mayor banco del mundo. Habla del Café Habanero y de La Iberia, donde los políticos se reunían a jugar al ajedrez o a la lotería de la política y donde «había una orquesta de ciegos y es fama que unas aristócratas que vivían en el inmueble del café bailaron una noche de verano en el jardín que había al fondo, todas desnudas en medio de la imperturbabilidad de los ciegos», allí acudían también Ventura de la Vega, Ramón Sáez y el doctor Esquerdo, y su especialidad eran los quesitos helados, que costaban dos reales y que la gente iba a tomar después de salir de los jardines del Buen Retiro. Otra originalidad es que daban gazpacho en verano. Siendo justos, no es un buen libro para valorar la calidad de la tertulia en los cafés. Gómez de la Serna se fija principalmente en la comida, la bebida y la crónica rosa o negra de cada garito.

En 1925, don Ramón es ya un acreditado escritor, conferenciante y periodista. Su tertulia del Café de Pombo está entre las más concurridas de Madrid. El empresario de la comunicación Ricardo Urgoiti le propone trabajar en la recién nacida Unión Radio, el germen republicano de lo que luego sería la SER, prestando su voz a las emisiones de la EAJ-7 Radio Madrid, ubicada en el número 32 de la Gran Vía.

La pandilla es la primera tertulia radiofónica, en la que compartió micrófonos con Enrique Jardiel Poncela, otro asiduo del Pombo, y Edgar Neville, entre otros.

«No tenemos grabaciones, tristemente, de aquello», explica Diego Fortea. Sin embargo, la revista *Ondas* publicaba también los escritos radiofónicos de Gómez de la Serna. Pude encontrar un fragmento: «Aquí los héroes humorísticos que, bajo la dirección del gran Ramón, actuarán el próximo miércoles para resolver el importante problema encefálico: ¿qué haría usted si perdiera la cabeza? Se suplica la asistencia de sombreros». Claramente, la tertulia navega por océanos diversos del conocimiento, pero ninguno de ellos es la política. Había entonces alguna que otra tertulia política en cafés, pero su versión radiofónica estaba aún por ver la luz. Tenía sentido: Urgoiti luchó por mantener la empresa radiofónica al margen de la política del dictador Primo de Rivera y, hasta el 7 de octubre de 1930, no programó la emisora un diario hablado. Sin embargo, Gómez de la Serna se anticipó en muchos aspectos. Por ejemplo, Unión Radio le instaló un micrófono particular en su despacho en el número 38 de la calle Villanueva «con derecho a intervenir en medio de las emisiones». ¡Interrumpir en cualquier momento! Ese detalle me hace dudar si Ramón es en realidad el padre de todos los tertulianos de España. Pero, a lo que vamos: claramente, la tertulia en la radio prefranquista era considerada más bien un experimento teatral. El árbol genealógico del tertuliano moderno arranca en los ochenta: lo de antes era otra cosa.

7. En realidad, la más popular del momento era la mesa camilla de Encarna Sánchez (1935-1996), en las tardes de la COPE, todo un acontecimiento en la España de mediados de los noventa y paradigma de la tertulia de crónica social.

8. Teniendo en cuenta que ya han pasado otros treinta años de aquello y en el momento de escribir este libro el exdirector de *ABC* o *La Razón* tiene noventa y un años, es probable que si alguien le solicitara hoy una fotografía quizá recibiera de su secretaria actual la imagen de aquel retrato.

9. «Tertulias a finales de los noventa», Radiochips, 17 de junio de 2021, <https://radiochips.blogspot.com/2021/06/tertulias-finales-de-los-90.html>.

10. En 1996, el sueldo medio de un trabajador español era de 208.048 pesetas al mes, es decir, que solo con acudir a una tertulia semanal de una hora, un tertuliano entonces ya percibía el salario mensual de un trabajador cualquiera, a lo que había que sumar la nómina por su trabajo real —por aquel entonces, la mayoría eran periodistas— y otras retribuciones.

11. En febrero de 2025, Sauquillo fue nombrada presidenta del PSOE de Madrid, algo que seguramente contribuyó a no haber aparecido en aquel cuadro.

12. En marzo de 2023, el economista fue propuesto por Vox como candidato a presidente de consenso si prosperaba la moción de censura que habían presentado en el Congreso contra Pedro Sánchez.

13. La anécdota está reflejada en sendos libros: *De la noche a la manaña: el milagro de la COPE* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2006), de Jiménez Losantos, y *En vida de Antonio Herrero* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2008), de Luis Herrero.

14. J de J Editores, Boadilla del Monte, 2022.

15. Además de tener a Carlos Herrera a bordo de aquel barco, en *Primera hora* andaba cerca otro nombre que más tarde tuvo un papel clave en la historia de la tertulia política contemporánea: Antonio Jiménez, quien allí ejercía de defensor del oyente.

16. La biografía de la pareja que se conoce por la prensa rosa no oficializa la relación hasta 1994, coincidiendo con la pedida de mano. Sí menciona que se conocieron en París, año 1987, durante un curso de literatura francesa, y que coincidieron en un viaje a la India con unos amigos en 1989.

17. Como dirían en *El gran Lebowski* (Joel y Ethan Coen, 1998), «Piense lo que quiera sobre sus principios, ¡pero al menos es un *ethos*!».

18. El Banco Central Europeo nació el 1 de junio de 1998, cuando sucedió al Instituto Monetario Europeo (IME).

19. Fue aprobado con 467 votos a favor, 65 en contra y 24 abstenciones.

5. El fuego que no quema (segunda parte)

1. En septiembre de 2025, Cuní fue sustituido por Juan Ramón Lucas al frente del programa.

2. Estuvo moderado inicialmente por Antonio Casado y, después, por Ernesto Saénz de Buruaga, Mercè Remolí y Antonio San José.

3. «Tertulias radiofónicas», *Información de los Medios*, n.° 1, octubre de 1989.

4. Publicado por Libros del K. O., Madrid, 2019.

5. Esto es una obviedad, pero, como alguien que ha trabajado muchos años en medios de este tipo, puedo asegurar y aseguro que tienen en nómina a múltiples discrepantes con su línea editorial. No solo socialistas o de izquierdas, sino comunistas, posmarxistas, perroflautas, anarcosindicalistas e incluso algún que otro votante del Partido Animalista con el Medio Ambiente (PACMA).

6. Cuando el programa tuvo éxito, era producido por Globomedia y se grababa en el Aula Magna de la Facultad de Derecho de la Complutense. En esta última etapa, la coproducción corrió a cargo de Mediapro, la productora fundada por Jaume Roures y Tatxo Benet, hoy de capital chino.

7. Coscubiela, quien dedicó gran parte de su carrera al sindicalismo desde Comisiones Obreras (CC. OO.) en Cataluña, fue diputado por Iniciativa per Catalunya-Verds (ICV) en el Congreso entre 2011 y 2015. Después, ha sido diputado del Parlament de Catalunya y portavoz de Catalunya Sí que es Pot. Por su parte, López Alegre ocupó diversos puestos en política local dentro del PP de Cataluña y, entre 2004 y 2006, fue diputado en el Parlament catalán.

8. *Hablar de todo y no saber de nada*, Debate, Barcelona, 2016.

9. Publicado en *El País*, 10 de octubre de 2017, <https://elpais.com/elpais/2017/10/09/opinion/1507565383_489219.html>.

10. Nimmo falleció en 2004, y Combs, que siguió publicando hasta el año 2009, lo hizo en 2021.

11. La palabra viene del sánscrito *pandit* y se traduce como 'sabio' o 'estudioso'. Se empleaba para definir a aquellos eruditos que habían logrado dominar las escrituras védicas, la ley, la música, la religión o la filosofía hindú bajo la tutela de un gurú.

12. En 1988, David Broder, un columnista político de *TheWashington Post*, identificó por primera vez a lo que denominó «una criatura híbrida, una ligazón andrógina de periodista y político llamada *insider* de Washington», «Pounding the Pundits», *The New York Times*, 4 de octubre de 1992, <https://www.nytimes.com/1992/10/04/books/pounding-the-pundits.html>.

13. Un periodista *freelance* que, pese a sus críticas al mundo tertuliano, irónicamente acabó siendo contratado como *pundit* por la MSNBC, la cadena de televisión que, para entendernos, sirve de referencia a esa mitad de Estados Unidos que no vota por Trump.

14. En su libro *Sound and Fury: The Making of the Punditocracy*, Cornell University Press, Estados Unidos, 1992.

15. Dentro del régimen dramatizado que es una tertulia contemporánea, lo habitual es encontrar a quienes repiten una idea al otro como si fueran cantantes de un grupo punk dirigiéndose a la primera fila: «¡Se llama malversación! ¡Se llama malversación! ¡Malversacióóón!».

6. La precaria antesala del espectáculo

1. Parte de las siguientes semblanzas aparecieron en un artículo titulado «Opening night: *El gato al agua*», firmado por este autor en la revista digital *Jot Down*, <https://www.jotdown.es/2011/10/opening-night-el-gato-al-agua>.

2. Rosario G. Gómez, «Los "ultras" conquistan la TDT», *El País*, 22 de febrero de 2010, <https://elpais.com/diario/2010/02/22/sociedad/1266793204_850215.html>.

3. Este programa, emitido en el canal de TDT de Unidad Editorial, pretendía usar el reclamo de Pedro J. Ramírez y otros emblemáticos rostros de *El Mundo* como Carlos Cuesta y John Müller. Plantearon un formato con presentadores rotatorios entre los que estaban, además de Ramírez y Cuesta, nombres como Ernesto Sáenz de Buruaga, Luis Herrero y Miguel Ángel Rodríguez, exportavoz del Gobierno con Aznar. La idea no era nueva; de hecho, fue lo mismo que se hizo en *Los desayunos de TVE* poco después de que el PP llegara al poder en 1996. Para completar el círculo, uno de ellos era el propio De Buruaga, que se turnaba con González Ferrari, Alejo García y Julio César Iglesias.

Nada de esto convenció, sin embargo, al público. El canal tuvo muchos problemas económicos y, tras varios bandazos, al final la licencia fue alquilada al grupo Discovery, que se apropió definitivamente de ella en 2012.

4. Uno de los hijos de José Luis Pécker, aquella estrella de la radio en blanco y negro que inspiró a Luis del Olmo para dedicarse a este oficio, y hermano de Cristina Pécker, la mujer que unió su vida a la de Antonio Herrero. La historia de la tertulia en España bien puede contemplarse desde los ojos de esta saga familiar.

5. Antonio Jiménez (ed.), *La España de «El gato al agua»*, Plaza & Janés, Barcelona, 2010.

6. Me impresionó tanto la cifra (el segundo programa que más usaba, *Espejo público*, apenas superaba los treinta tertulianos, y eso que también tiene una mesa de crónica social, mientras que la de *Al rojo vivo* es solo política) que tuve que repasar la lista para asegurarme. En aquellas dos semanas de enero aparecieron por allí Óscar Vara, Ruth Ferrero, Carlos E. Cué, Gabriel Sanz, Belén Carreño, Rodrigo Orihuela, Emilio Doménech, Carmen Morodo, Antonio Maestre, Sandro Pozzi, Yago Rodríguez, José Antonio Gurpegui, Ignacio Urquizu, Pilar Gómez, Juanma Romero, Alán Barroso, Pedro Rodríguez, Pablo Pombo, Pilar Velasco, Pepe Luis Vázquez, Afra Blanco, Rafa López, Sandra León, Beatriz Parera, Lluís Orriols, Pablo Montesinos, Ignacio Escolar, Marta García Aller, Daniel Gascón, Ignacio Cembrero, Pedro Cuartango, Natalia Junquera, Santiago Martínez-Vares, José Enrique Monrosi, Ainhoa Martínez Hoyos, Elizabeth Duval, José María Camarero, Argemino Barro, Juanma Lamet, Antonio Ruiz Valdivia, Fernando Berlín, Manuel Cobo, Ángeles Caballero, Daniel Ramírez, Jesús Núñez Villaverde, Carlos Segovia, Pablo Simón, José María Garrido, Ángel Munárriz y Alberto Sicilia.

7. Es uno de los apodos que, desde entonces, le dedica Federico Jiménez Losantos. Incluso diría que el más benévolo.

8. Marta Montagut y Nereida Carrillo, «Estrategias de espectacularización en las tertulias políticas televisivas. Caso de la cobertura de las elecciones municipales de Barcelona de 2015», *Profesional de la Información*, vol. 26, n.º 4, 2017, pp. 621-629.

9. El debate que aparece en el capítulo 1 sobre la pobreza infantil en el programa de Alsina, entre Toni Bolaño y Marta García Aller, se produjo en estos términos, una señal más de que la tertulia radiofónica —aunque conserva alguna formalidad que la televisión ha perdido— está también espectacularizada.

10. Francesc Valls, «Malestar en la cúpula del Episcopado por el contenido de algunos programas de la COPE», *El País*, 6 de abril de 1989, <https://elpais.com/diario/1989/04/07/sociedad/607903208_850215.html>.

11. Marina González-Sanz, «Mecanismos de descortesía en la tertulia periodística de tema político», *Cultura, Lenguaje y Representación: Revista de Estudios Culturales de la Universitat Jaume I*, vol. 18, pp. 103-119, <https://raco.cat/index.php/CLR/article/view/355650>.

12. En junio de 2025, Esteban Urreiztieta y Juanma Lamet publicaron en *El Mundo* que el entonces secretario de Organización del partido, Santos Cerdán, ofreció a Ábalos tres tertulias televisivas «a propuesta del PSOE» para compensar económicamente la pérdida de ingresos por dejar el escaño. La oferta, según trascendió, fue declinada y el exministro pasó al Grupo Mixto.

13. Pablo Pombo, «Misión imposible: el sanchismo contra las pruebas», *El Confidencial*, 21 de diciembre de 2024, <https://blogs.elconfidencial.com/espana/cronicas-desde-el-frente-viral/2024-12-21/mision-imposible-sanchismo-contra-pruebas_4028578>.

14. Telemanía, «El tertuliano Antonio Carmona reconoce que está "teledirigido" por el PSOE», Mediaset, 5 de junio de 2013, <https://www.mediaset.es/telemania/comunicacion/antonio-carmona-grabado-psoe-periodistas-medios-comunicacion_18_1615425338.html>.

15. Este programa se llamaba al principio *La noria* y estaba presentado por Jordi González y Sandra Barneda. Era un éxito de audiencia, líder de su franja y, por tanto, de las tertulias mejor pagadas del circuito, sobre los mil euros por intervención. Acudir era el deseo confesable de muchos tertulianos. Sin embargo, en octubre de 2011, cruzaron una línea roja al entrevistar en directo a la madre del Cuco, el asesino de Marta del Castillo. Ante la fuga de anunciantes, Telecinco

se vio obligada a blanquear el estropicio y, en 2012, creó un nuevo formato más serio, al que llamó *El gran debate*. Apenas duró un año y medio, pues acabó desapareciendo en agosto de 2013.

16. Carmona había logrado salvar los muebles en el tremebundo batacazo que el PSOE se dio en las elecciones municipales de 2015, donde obtuvo el peor resultado de su historia. Era el político socialista más popular del momento según una encuesta de La Sexta, pero, al mismo tiempo, chocaba continuamente con la dirección del partido.

17. El nombre trataba claramente de establecer una continuidad con *El gato al agua*, pero 13TV tuvo que renombrarlo simplemente como *El cascabel* tras un procedimiento legal de Intereconomía, titular de esa marca.

18. Fue en abril de 2013. Tertsch dijo, literalmente: «En un programa de televisión que para conseguir audiencia trae a una persona que hace apología del delito, de la coacción, del golpismo, yo prefiero no participar».

19. Escritor, presentador de televisión, pero, sobre todo, hijo de Javier Pradera, fundador y primer editorialista de *El País*. Su presencia lograba provocar en el resto de los tertulianos una animadversión telúrica, no tanto hacia el joven Pradera (a quien, por lo general, denostaban) sino hacia su estirpe misma.

20. La anécdota, que no conocía, la compartió el periodista José Ignacio Wert en su cuenta de X el día que falleció Carnicero, en julio de 2025.

21. Programa emitido por Cuatro en la temporada 2014-2015 y presentado primero por Sandra Barneda y Javier Ruiz y, más tarde, por Silvia Intxaurrondo.

7. Un juguete en manos de la política

1. El artículo era «La tertulia en España: medios públicos, última frontera de la pluralidad», publicado en la revista *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, vol. 12, n.º 1, 2011, pp. 67-80, junto con Bernardo José Gómez Calderón.

2. La tertulia de Carlos Herrera en la COPE, donde participa cada semana, es la más tempranera y el último capítulo en la guerra de los programas matinales por adelantar el despertador de los españoles. Una guerra que, alentada por el cambio climático, acabará dentro de unos años con alguna tertulia comenzando a las cinco y media de la mañana para disfrutar de los últimos instantes de relente.

3. Este recurso, según pude descubrir hablando con varios tertulianos para la elaboración del libro, es bastante recurrente. Leen la prensa por la mañana y, cuando algo capta su atención, hacen un pantallazo con el móvil.

4. Su último libro, *La muerte del periodismo: cómo una política sin contrapoder degrada la democracia*, Deusto, Barcelona, 2024, mete el dedo precisamente en esa herida.

5. En muchas ocasiones, he oído a periodistas eso de «En todo el tiempo que llevo en este periódico, nunca me han cambiado una coma» o «Nadie me ha tocado nunca un titular», como sinónimo de que habían trabajado con una libertad absoluta. Evidentemente, suele ser lo opuesto: eres un periodista de una ideología determinada en un medio de esa misma ideología, por eso mismo te contrataron, para asegurarse de que nunca tendrían que tocarte una coma. Lo más sano en un periodista libre es, precisamente, que quiera explorar los límites de esa libertad: ¿podrá publicar algo negativo sobre el político al que la cúpula del medio adora, sobre el empresario que inserta anuncios? En esta tensión jerárquica, florece la auténtica libertad y, de ahí, suelen salir además las únicas cosas que merece la pena leer, ver o escuchar.

6. Blanco fue el secretario de Organización del PSOE entre 2000 y 2008. Por su parte, María Dolores de Cospedal fue la secretaria general del PP entre 2008 y 2018. Ambos han ocupado muchos otros cargos durante su vida política, pero en estos son donde tenían más influencia —aunque desconozco hasta dónde la ejercieron— a la hora de decidir quién se proponía para una tertulia.

7. Es llamativo cómo se ha desplomado el precio que paga el Gobierno por la asistencia técnica veinticuatro horas. En 2019, se fusionaron dos de las principales plataformas de *clipping* (Acceso y Digilant) para crear Rebold, que desde aquel momento se convirtió en la referencia de un mercado que está encogiéndose a pasos agigantados. A partir de entonces, las licitaciones con la Secretaría de Estado de Comunicación no sobrepasan los 35.000 euros. Solo unos pocos años antes, en 2018, fueron 69.424 euros al año. En 2016, 85.360, y de ahí para arriba hasta los años más duros de la crisis. En 2012, el adjudicatario se llevó 117.810,02 euros, muy cerca del precio máximo de adjudicación.

8. Óscar Gutiérrez, «Un error de Moncloa desvela cómo analiza lo que comentan los periodistas en las tertulias», *El Confidencial Digital*, 29 de marzo de 2025.

9. En una encuesta *flash* realizada por el CIS aquel 28 de abril, casi el 60 por ciento de los 1.700 participantes juzgaban la información como insuficiente (frente al 28 por ciento que la consideraba suficiente) y lamentaban que el Gobierno hubiera tardado en comparecer, no hubiese dado información sobre las causas del apagón o explicado cuándo se restablecería el suministro eléctrico.

10. La lista incluye, entre los más importantes, al secretario de Defensa, Pete Hegseth; el secretario de Transporte, Sean P. Duffy; la fiscal interina de Estados

Unidos para el distrito de Columbia, Jeanine Pirro; la directora de Inteligencia Nacional, Tulsi Gabbard, y el subdirector del FBI, Dan Bongino.

11. Diana Carole Mutz y Byron Reeves, «The New Videomalaise: Effects of Televised Incivility on Political Trust», *American Political Science Review*, vol. 99, n.º 1, febrero de 2005, pp. 1-15.

12. «How the Internet Is Loosening Our Grip on the Truth», *The New York Times*, 2 de noviembre de 2016.

13. José Félix Tezanos, «La opinión pública ante los problemas de España», *Nueva Tribuna*, 15 de febrero de 2020.

14. Véase: <https://web.archive.org/>.

15. O en las Comunidades de Castilla, las Germanías de Valencia, la revuelta Irmandiña gallega, la revuelta del Wat Tyler en la Inglaterra del siglo XIV, la guerra de los Campesinos en el Sacro Imperio Romano Germánico o la *Adelsaufhebungsgesetz* o Ley de Abolición de la Nobleza que dinamitó el Imperio austrohúngaro.

16. Glenn Greenwald, «The Perilous Punditocracy», *The National Interest*, n.º 95, mayo-junio de 2008.

17. Rebecca Solnit, «Why is the Pundit Class so Desperate to Push Biden Out of the Race?», *The Guardian*, 6 de julio de 2024, <https://www.theguardian.com/commentisfree/article/2024/jul/06/biden-trump-race-rebecca-solnit>.

18. Además de asistir a sus clases, me dirigió —es un decir, él estaba ya de vuelta de todo— una tesina de máster en la que analicé los discursos de investidura de la democracia, algo que hoy un ordenador hace en un nanosegundo, pero que en aquella época requería de varias visitas al Cuartel del Conde-Duque, donde estaba la Hemeroteca Municipal de Madrid, para sacar aquellas filminas que contenían los periódicos de la época.

19. «Inventar la actualidad», *Diario 16*, 13 de junio de 1973.

8. Pe-rio-dis-mo

1. Publicado originalmente en *Rolling Stone* y más tarde incluido en su libro *Hablemos de langostas*, Random House Mondadori, Barcelona, 2005.

2. David Jiménez, *El director: secretos e intrigas narrados por el exdirector de 'El Mundo'*, Libros del K. O., Madrid, 2019.

3. He vivido muchos años en redacciones jalonadas de pantallas donde una mostraba a algún compañero en una tertulia y otra las métricas de tráfico web en tiempo real. La correlación entre ambas es cercana a cero, mucho más desde que entraron los muros de pago digitales.

4. APM, «El Tribunal Constitucional ampara a un periodista de *El Mundo*», Asociación de la Prensa de Madrid, 30 de mayo de 2007, <https://www.apmadrid.es/el-tribunal-constitucional-ampara-a-un-periodista-de-el-mundo/>.

5. Alicia C. Shepard, «The Pundit Explosion», *American Journalism Review*, septiembre de 1995, pp. 24-29.

6. Un programa creado y presentado por John McLaughlin desde 1982 hasta su muerte, acaecida en 2016. En este formato pionero, McLaughlin escogía tres o cuatro asuntos e iba disparando preguntas alternativamente a sus cuatro colaboradores, algunos de los cuales llegaron a ser mucho más famosos que el propio McLaughlin: Pat Buchanan, Mort Zuckerman, Laura Ingraham y Tucker Carlson, entre otros.

Pat Buchanan, por cierto, resultó premonitorio en muchos sentidos: se presentó tres veces a las primarias presidenciales por el Partido Republicano, sin éxito, usando su estatus como *pundit*. La primera vez, en 1991, dijo: «Ningún otro estadounidense ha pasado cientos de horas hablando de los grandes temas de la política nacional en televisión» como argumento. Estaba claro que el momento en que una celebridad televisiva llegara a ganar unas elecciones a presidente era cuestión de tiempo.

7. Carl Rutan, «Hitchens on the Media: Interview by Carl Rutan», *Scraps from the Loft*, 10 de febrero de 1987.

8. Bueno fue sustituida en junio de 2025 como directora de *El País* por Jan Martínez Ahrens, quien tampoco suele prodigarse en las tertulias.

9. Alfonso Rojo fue corresponsal de guerra durante muchos años en Centroamérica, la guerra del Golfo y los Balcanes, pero si interesaba al Gobierno de Rajoy contar con su voz en tertulias era por su ideología. Desde hace años es el incombustible director de *Periodista Digital*, un periódico digital de corte conservador.

10. Amón, *Tenemos que hablar*, *op. cit.*, capítulo 1.

11. La memoria de Lamata es certera: en efecto, Rojo fue sacado de las tertulias un año antes de que el PP perdiera la moción de censura. El motivo fue un fallo del Tribunal Supremo que le condenó a pagar una indemnización a Pablo Iglesias por llamarle «chorizo», «mangante» y «gilipollas».

12. Como evidencia el hecho de que continuamente se producen contrataciones y movimientos de trabajadores a todos los niveles (redactores, jefes de SEO, subdirectores) entre todos estos periódicos, radios y cadenas de televisión.

13. Tras graduarse, actualmente se desempeña como creador de contenido en redes sociales. Véase Alejandro Valledor, «La espectacularización de las tertulias políticas en los magazines matinales: análisis comparativo de *La hora de La 1*, *Els matins de TV3*, *Espejo público* y *El programa de Ana Rosa*», trabajo final de grado, Universitat Autònoma de Barcelona, 2021.

14. Figueiras trabaja en la Universidade Católica Portuguesa de Lisboa y durante años ha investigado el papel de los tertulianos en Portugal. Para esta académica, la tertulia política funciona como un sistema de recompensas que gira en torno a los círculos del poder, «un campo orientado principalmente hacia los propios tertulianos y a la gestión de sus intereses en la esfera pública, al mismo tiempo que funciona como un espacio en el que los medios de comunicación reconfiguran sus relaciones con y dentro de los poderes establecidos, un lugar donde los políticos ocupan un lugar destacado», escribe en un trabajo de 2019, «Punditry as a reward system: audience construction and the logics of the punditry sphere», en *Critical Studies in Media Communication*. Dicho de otra forma, existe una interdependencia entre los medios de comunicación y los círculos de poder, y ahí las tertulias actúan como una especie de zoco. Los tertulianos, por su papel clave en la conversación pública, serían el médium que interpreta las necesidades del poder en toda esta güija.

15. Además, sucede otra cosa: su popularidad gracias a las tertulias aumenta la posibilidad de una oferta de trabajo, porque los *head hunters* de los medios suelen mirar primero en la radio o la televisión. El aumento salarial para estos perfiles también llega porque, en un sector tan poco regulado y falto de convenios como el periodismo, para tener un aumento sustancial no basta con tener más responsabilidades, sino que hay que llegar con la oferta de otro medio.

16. De nuevo, el nivel de dedicación, horas de trabajo y exposición que requiere ganar esos 5.000 euros al mes excede con mucho al de otras profesiones con ingresos similares. Y ahora es cuando alguien dirá desde el fondo de la barra: «¡Haber *estudiao*!».

17. Aunque Maraña argumentó en varias entrevistas que había cambiado los debates de La Sexta por los de RTVE debido a la «espectacularización» de aquellos, sobre todo de *Al rojo vivo*, todo hace indicar que pactó con la cadena pública algún tipo de acuerdo para acudir principalmente a sus programas. El director de Europa Press, Javier García Vila, ha colaborado también con

Telemadrid. De la Hoz, Ejerique y Esteban aparecen con frecuencia en tertulias de esRadio, la SER y la COPE, respectivamente.

18. Darío Ojeda y Antonio Villarreal, «El intrigante informe que Lanzarote encargó a dedo a tres mediáticos economistas», *El Confidencial*, 19 de abril de 2021.

19. La anécdota se la contó el propio Jiménez a Jesús Cintora en su pódcast *No te calles*, emitido en febrero de 2025.

20. La relación entre ambos es de inquina desde que Manso apareciera en *El director* caracterizado como Rasputín, un trepa sin escrúpulos animoso de derrocar a Jiménez para convertirse en su sucesor.

21. Un par de trabajos recientes apuntan en ese sentido: en primer lugar, el CIS preguntó a los encuestados en mayo de 2025 por los medios de comunicación españoles. El 80,7 por ciento creía que se hacen eco de bulos y mentiras, el 55,5 por ciento negaba que dieran acceso a diferentes tipos de opinión, el 74,7 por ciento estaba de acuerdo con que los medios están concentrados en pocas manos o grupos de opinión y para el 88,7 por ciento los medios «favorecen unas opciones políticas o intereses económicos más que otros». Otra pregunta cuestionaba sobre la libertad de los periodistas. Para el 56 por ciento de los 4.000 encuestados, los profesionales de la información tienen «menos libertad» que hace diez años.

Por su parte, el *Digital News Report 2025* del Reuters Institute for the Study of Journalism (Universidad de Oxford) encontró que «la confianza en los medios de comunicación ha caído a su nivel más bajo de la última década». Hay muchos más españoles desconfiando de las noticias que confiando en ellas (solo el 31 por ciento lo hace) y España es uno de los países donde más estaba creciendo un fenómeno preocupante: la *news avoidance* o 'evitación de noticias', consecuencia de un público saturado que ya solo confía en su propia cámara de eco y rechaza el ecosistema mediático.

Finalmente, el informe anual de Reporteros Sin Fronteras destaca de nuestro país que «la polarización política se refleja en los medios de comunicación, que difuminan peligrosamente la línea entre noticias y opinión». El informe mide la libertad de prensa. En 2024, situó a España en el puesto 30 de 180 países. En 2025, ha subido hasta el puesto 23 tras el anuncio de Pedro Sánchez de trasladar a la legislación española la Ley Europea de Libertad de los Medios de Comunicación (European Media Freedom Act, EMFA), una serie de normas destinadas a preservar la independencia de los medios.

22. En sentido estricto, puede hasta ser cierto, depende del tertuliano.

23. Tim Wu, *Comerciantes de atención: la lucha épica por entrar en nuestra cabeza*, Capitán Swing, Madrid, 2020. La edición original en inglés es de 2016.

24. El 20 de octubre de 1993, durante la emisión de «El estado de la nación», la tertulia de humor de *Protagonistas*, la vedete se presenta allí para aclarar algunas cosas que se han dicho sobre ella, principalmente que era la portavoz del PP. Duval, en antena y en presencia de nombres como José Luis Coll, Alfonso Ussía y Antonio Ozores, entre otros, increpa al escritor: «Te he dicho que te voy a partir la cara hoy antes de irme y lo digo públicamente, y te la voy a partir porque a lo mejor eres sadomasoquista y es lo que necesitas». Por su parte, Giménez-Arnau no se baja del caballo y le devuelve frases como «por eso eres la nueva imagen del PP, que ha elegido a la mejor persona». Por fin, Duval se quita un zapato gris de tacón de aguja y se lo lanza. Ante el aturdimiento general, uno de los colaboradores añade en ese momento: «Apunta bien».

25. «El consultor de comunicación, el perfil de tertuliano que gana terreno en los medios», *Dircomfidencial*, 25 de septiembre de 2024, <https://dircomfidencial.com/medios/el-consultor-de-comunicacion-el-perfil-de-tertuliano-que-gana-terreno-en-los-medios-20240925-0402>.

26. Según aparece en un apartado (sin datar) de su propia página: <https://bebartlet.com>.

27. Aunque esto es ya material para otro libro muy diferente, el oficio de consultor es otro que ha sufrido una metamorfosis tremenda en las últimas décadas, como demuestra el hecho de que cada vez asomen más en las tertulias. Si antes un consultor era contratado por sus grandes conocimientos técnicos sobre un área determinada (ingeniería, derecho, economía...), cada vez más lo es por su red de contactos y por su capacidad de llegar a quienes toman las decisiones. De ahí que cada vez más expolíticos estén atravesando esa puerta y, en algunos casos, llegando a las tertulias, que no dejan de ser un lugar recurrente de encuentro con determinadas élites.

Tertulianos. Un viaje a la industria de la opinión en España
Antonio Villarreal

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: febrero de 2026

© Antonio Villarreal, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta, Óscar Medina

© Edicions 62, S.A., 2026
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-1100-456-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta